

Javier Samper

Ópera para un Palacio



Javier Samper

Ópera para un Palacio

Primera edición.

Ópera para un Palacio.

© 2024, Javier Samper.

© Corrección: Javier Samper Madrigal y Sandra Lázaro Catalá.

© Diseño de portada e interior: Ethereal Ediciones.

Independently published

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Dedicado a todas las personas que,
con ilusión, tiempo y esfuerzo,
tratan de cumplir sus sueños
o desarrollar su trabajo.
Esto es para ti.

Nota aclaratoria

Todos los hechos relatados en esta novela, así como los nombres, apellidos y propios personajes representados en la misma, forman parte de la más pura ficción. A pesar de que sí aparecen algunas calles o entornos reales de las diferentes ciudades citadas durante el desarrollo de la trama, la ambientación también ha sido distorsionada en algunos casos para favorecer el desarrollo de los acontecimientos de la historia.

ÍNDICE

[Nota aclaratoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Capítulo XXXIII](#)

[Epílogo](#)

[Glosario de personajes](#)

[Agradecimientos](#)

[Reseña biográfica del autor](#)

[Otros títulos](#)

[RRSS](#)

Oh, mio babbino caro.
Me gusta y es tan apuesto...
Quiero ir a la Porta Rossa
a comprar el anillo.
Sí, sí quiero ir.
Y si le amase en vano
iría al Ponte Vecchio
a tirarme al Arno.
Me consumo y me atormento.
¡Oh, Dios! ¡Quisiera morir!

Giacomo Puccini
Oh, mio babbino caro
Obra: Gianni Schicchi

“A veces podemos pasarnos años
sin vivir en absoluto;
y, de pronto, toda nuestra vida
se concentra en un solo instante”.

—Óscar Wilde—



Prólogo

Muerte, alrededor solo veía muerte; y a él sumido en un agujero del que no veía salida alguna. Un hoyo de paredes verticales tan resbaladizas como los abrazos que se le habían negado desde hacía tiempo; y de una oscuridad tan profunda como la inefable tristeza que sufría en noches al raso como aquella, que no habían sido pocas.

No tenía claro si le quemaban más los recuerdos de los que fue privado o los últimos tragos amargos de la botella de Jack Daniels, su única compañía en ese lugar. Miró el reloj de su muñeca y se percató de que la aguja del segundero había dejado de funcionar. Curiosamente, paró de girar en el mismo instante en que cruzó la puerta enrejada un par de horas antes. Pensó que el destino había hablado por él y que esa misma noche iba a acabar su sufrimiento. Y, si bien era algo metafórico, no dejó de tener su parte de certeza.

Vale que se consideraba un tipo solitario, a la fuerza; pero aquellos extremos no acababan de ser sanos para su juicio. Decidió abrir los ojos para ver si todo seguía en el mismo sitio. Sí, efectivamente seguía recostado de mala manera sobre aquella fría y austera lápida. A su alrededor no se veía ni un alma; aunque, a decir verdad, quizá sí hubiera alguna vagando entre las sombras de aquel cementerio.

¿Y si decidía abandonarse al frío, agarrar un tosco pedrusco, asestarse un buen golpe y acabar con todo allí mismo? Tal vez fuera una manera de sentirse más cerca de ella; compartiendo, al fin, el tiempo que les arrebataron sin preguntarle siquiera. Podría subirse al imponente ángel custodio que estaba apostado frente a él, sobre uno de los panteones humedecidos por el paso de los años, y marcarse un mortal hacia delante con medio tirabuzón y doble carpado contra el suelo. No, demasiado rocambolesco, no era su estilo. Quién sabe, si hiciera también añicos la botella y colocara los filos sobre la base de su caída, tendría más éxito si cabe en su propósito.

No, autoflagelarse físicamente no parecía buena opción. Hacerse daño a propósito era de tontos. Y él no lo era. O al menos así lo pensaba. Otra cosa era en su mente. Ahí sí que era un hacha, regocijándose en sus propios dramas. Pero claro, las horas muertas en aquel sitio daban para mucho; y el propio lugar animaba también a ello.

Poco le importó ser escudriñado por centenares de ojos de querubines que había allí presentes. Le miraban como diciendo: “pues aquí tampoco se está tan mal, nos hacemos compañía cada noche. Puedes venir las veces que quieras”.

Al paso de los coches, las luces vagueaban entre las piedras del suelo. Las sombras producidas parecían mover las extremidades de las tétricas gárgolas y cambiar la expresión de sus rostros. Algunas corrían, otras saltaban. Algunas reían y otras lloraban. Quizá todo fuera objeto de una sugestionada imaginación, o quizás no. Pudiera ser que, en la más profunda soledad de aquel sitio, todas esas figuras cobraran vida; y no fuera solo producto de su desgaste mental y la soledad que le acompañaba desde hacía tiempo.

Un par de gatos negros cruzaron frente a él y aminoraron el paso por mera curiosidad. Sus brillantes ojos centellearon en la penumbra tras el paso de otro vehículo por una carretera cercana. Sin dejar de guardar una prudente distancia, dieron algunos temerosos pasos hacia él; de esa manera tan amenazante y sinuosa como solamente un felino sabe hacerlo. Tal vez pensarán

que se trataba del operario que por las mañanas les ponía un plato de whiskas, o su equivalente francés. *Le petit-déjeuner* de cada día.

La humedad impregnada en sus huesos tras tantas horas a la intemperie le hizo toser un par de veces, desviando el interés de los animales y volviéndolo a dejar solo en aquella solitaria parcela de terreno mustio y deshabitado. Se sorprendió al sentir que le era necesaria la simple compañía de aquel par de animales. A falta de whiskas, podría haberles dado un trago de whisky. Automáticamente, se sintió ridículo y miserable.

Furiosamente, lanzó la botella —vacía, eso sí—, haciéndose añicos al estamparse contra un querubín de mármol que perdió en el acto parte de las falanges de su delicada mano. Se arrebujó junto a la lápida, tapándose como pudo, para dejar que el destino hablara por él y se lo llevara de una vez, si es que esos eran sus designios. Claramente, el alcohol había ganado la partida aquella noche. Creía que ya no le quedaba nada por lo que pelear. Se sentía vencido, vaciado y con la mente fundida a negro. Cosas de unir la ebriedad y la tristeza; que, según en qué momentos, puede ser tan explosiva como la mezcla de la nitroglicerina.

Pero no, ese no debía ser su día. O su noche, mejor dicho. Las horas fueron pasando y los primeros albos de la mañana alejaron a los fantasmas. Despertó súbitamente, pero no por el voceo de uno de los operarios del cementerio, que le apremió a largarse de allí de malos modos: *Oust, ivrogne de merde !*; sino por un invitado inesperado: el olor a chocolate caliente que provenía de su taza de cerámica. El dulce olor que emanaba de ella reactivó todas sus conexiones cerebrales y lo devolvió de nuevo a la realidad; tras pasar, seguramente, una de las peores noches de su vida. Se moría, sí; pero en esa ocasión solamente era de hambre. Y todo por el chocolate, cómo no. No podía haber sido de otro modo. Compañero fiel durante mucho tiempo a lo largo de su existencia. Y no entendía mejor manera de resucitar que aquella.

Se levantó algo avergonzado, se disculpó del operario del cementerio como buenamente pudo y el idioma le permitió; y se preparó para abandonar aquel lugar. Había estado otras muchas veces durante los últimos meses, pero esa fue la última de todas. De algún modo, aquello sí que tuvo visos de final. Giró la cabeza hacia la lápida en la que había estado recostado toda la noche, leyó una vez más la escueta inscripción escrita sobre la piedra y se despidió para siempre.

Ya no volvió más; aunque claro, tampoco iban a echarlo de menos. Es más, ni siquiera era esperado ninguna de las veces anteriores. Ni conocido.

—¡Vuelve pronto! —dijo uno de los querubines de mármol.

—Y trae comida —contestó el gato negro.

—O más whisky —añadió la gárgola.

*Ópera para
un Palacio
Primer acto*





Capítulo I

Martes, 03 de agosto
Edimburgo, Escocia

Hacía tiempo que se había acostumbrado al sabor rancio de las galletas de avena. No eran muy de su devoción, pero tampoco les iba a hacer ascos. Al fin y al cabo, él no hacía la compra semanal en el Sainsbury's de la esquina. Dicha tarea la realizaba religiosamente uno de sus compañeros de piso. Así que, por él, como si compraba pienso para ganado. Con tal de no ir, todo le valía. A David Marín Palacios, aquello de ir de compras al supermercado le cansaba más que subir y bajar las cuestas de Edimburgo por las que se movía cada mañana, que no eran pocas. Peor llevaba los madrugones, y sus legañas daban fe de ello.

Mojando aquellas galletas a desgana en su expreso, repasaba mentalmente el plan de la jornada. Sentía cierta curiosidad por ver qué le iba a deparar el tour de hoy. Y no por lo que tuviera por delante, que iba a ser similar a los dos últimos años de su vida en la nublada capital de Escocia; sino porque uno de los nombres de la lista le suscitaba cierta curiosidad. Cada día repasaba la web de la empresa para ver los visitantes que recibiría. Y hoy parecía haber sorpresas.

En duermevela desde las cinco y media de la mañana, esperó bajo las sábanas a que sonara la alarma del despertador. El tour nocturno del día anterior había hecho estragos en su cara. Lo de doblar turno, mañana y tarde, no lo llevaba muy bien, aunque le sirviera para llenar un poco más “la saca”. Y no era porque se hubiera pasado con los chupitos *afterwork*, sino porque la modorra que llevaba no era muy compatible con su pericia en el afeitado y había acabado cortándose un par de veces.

Como de costumbre —mala costumbre—, uno de sus compañeros de piso le había cogido la maquinilla de afeitar y se la había dejado descargada, con la rabia que eso le daba. Por ello, no le había quedado más remedio que pelearse con las cuchillas más baratas del supermercado, y un par de cortes en la barbilla daban fe de su falta de práctica y la mala calidad de las mismas. Era joven, pero acostumbraba a ir bastante afeitado por aquello de las canas que ya le asomaban cuando la barba le adquiría cierta consistencia.

Contaba con el tiempo justo para desayunar. Poco más. Aunque solo tenía veintinueve años, ya se preocupaba en tratar de recolocar el cabello sobre los claros que su frente le marcaba. Su compañero de piso, pelón a mucha honra, lo invitaba siempre a sumarse a la religión de la calva bella; aunque David declinaba continuamente tal invitación. Quizás lo hiciera alguna vez, eso sí. De hecho, los tres compañeros mantenían desde hacía tiempo una apuesta absurda pero firme. El primero que abandonara el piso por cuestiones emocionales, perdería; y tendría la obligación de hacer algo excéntrico. Uno optó por el puénting, otro por hacerse un tatuaje dibujado por sus compañeros; y el tercero, él mismo, optó por dejarse rapar la cabeza por los otros dos. Cosas de críos treintañeros...

Tras arreglarse un poco, se sintió preparado para una nueva jornada de trabajo. Cogió los bártulos que necesitaba y bajó a la carrera las cuestas que lo separaban del punto de encuentro.

Este se encontraba en la intersección de High St. con Cockburn St., cerca de la prolongación de la bulliciosa Royal Mile de Edimburgo, así que no tardaría mucho en llegar. Hoy le tocaba turno de mañana, el de los madrugones, así que le tocó soportar las maliciosas frases que sus dos compañeros de piso le habían dedicado desde sus camas. Nada que él no hiciera también cuando podía.

Desde hacía ya un par de años vivía en los límites del barrio de Leith, concretamente en Leith Walk, en la planta más alta de uno de los viejos edificios que plagaban aquella zona. En un principio no era el lugar en el que más le hubiera gustado residir, pero uno de sus compañeros del trabajo le ofreció la posibilidad de usar una habitación libre y la aceptó de manera provisional. Una “provisionalidad” que se había estirado ya durante todo este tiempo.

Si hubiera sido por él, y su economía se lo hubiera permitido, hubiera preferido vivir en el acaudalado y residencial barrio de Merchiston, más que nada porque ahí vivía la persona que más le influyó para que tomara la decisión de mudarse a esta ciudad.

Fiel a la saga y forofo desde sus inicios, David era un ferviente apasionado de Harry Potter, de su mundo y de todo lo que saliera de la pluma de su escritora, J.K. Rowling. Las dos primeras semanas de estancia en esta nueva ciudad hubiera pasado fácilmente por un acosador, pues merodeó mañana y noche por los alrededores de una de sus viviendas para ver si conseguía verla de cerca. Circunstancia que jamás consiguió, obviamente. Con lo cual, tuvo que contentarse con acudir de vez en cuando a los lugares que le recordaban a ella; usándolos, cómo no, en las historias que contaba a diario en el tour. Así mataba dos pájaros de un tiro. Por un lado, ofrecía información a sus clientes; y, por otro, saciaba su propia sed. Llenándose de satisfacción cada vez que hablaba de cualquier circunstancia relacionada con la saga del mago de Hogwarts. Los clientes siempre le escuchaban con atención cuando hablaba de esos temas. No en vano, el universo Potter era uno de los reclamos turísticos de esta ciudad, si es que no tenía ya suficientes de por sí.

Sumido en una realidad más acorde a sus posibilidades económicas, y una vez descartado el suroeste como emplazamiento para una vivienda que le permitiera reconducir su vida, optó por la propuesta de su compañero, un argentino que llevaba unos cuantos años ya por Europa y que se encontraba asentado allí desde hacía un tiempo. Pero una cosa fue cómo se lo había pintado el pelotudo Germán y otra muy diferente lo que se encontró. Cuando David entró en aquella vivienda se le cayó el alma a los pies. ¿Dónde estaba el espíritu gótico edimburgués?

La verdad es que el piso le pareció bastante cutre e impersonal, propio de quien se siente de paso por una ciudad. Sin embargo, curiosamente, todo cambió de manera drástica cuando aparcó su par de gastadas maletas junto a un sofá-cama del siglo pasado y entró al cuarto de baño.

Sí, allí sentado sobre una taza de inodoro de dudosa higiene, fue donde forjó el comienzo de su nuevo destino. Un nuevo amanecer sentado en la taza de un wáter.

Sentado en aquel “trono”, por encima de la pirámide de papel higiénico, se podía ver parte de la colina de Calton Hill a través de un ventanuco; concretamente, su parte más alta, la cúspide del Monumento a Nelson. Al ver aquella torre, sintió una revelación. Y, precisamente, eso era justo lo que necesitaba en ese momento.

Desde aquel lugar tan íntimo y personal consideró que, allí sentado, podría tirar por el wáter todo lo que le recordara a España y a Francia —sus motivos tenía—, sintiéndose como el propio Almirante Nelson; saliendo victorioso cada día de su vida con el simple gesto de estirar de la cadena de la cisterna, como una especie de catarsis existencial escatológica.

Aquella alegoría premonitoria del cuarto de aseo supuso toda la motivación que él necesitaba. Tras aquel peculiar pensamiento visionario regresó al pequeño comedor-sala-de-estar-cocina,

donde sus dos compañeros de curro se dedicaban afanosamente a liarse un par de cigarrillos, y les dijo que se quedaba la habitación, que lo tenía clarísimo; y eso que todavía ni había entrado al cuarto que iban a ofrecerle.

—Claro que sí —le dijo el pelotudo Germán desde el pasillo—. Acá estarás rebién, ya estaba harto de vivir solo con el boludo este.

El otro de sus compañeros, un griego de la isla de Corfú, con la maestría que solamente da la experiencia liando tabaco, le dio también la bienvenida al piso sin ni siquiera quitarse el filtro de entre la comisura de sus labios. La cosa prometía.

Girls just wanna have fun

Martes, 03 de agosto

Edimburgo, Escocia

—¡Vaya rasca hace! —se oyó desde el interior del avión.

—*Welcome to Scotland!* —dijo la primera de las cuatro, nada más abrirse la puerta y recibir la primera bofetada de aire húmedo.

—¿Seguís pensando que la opción de Punta Cana no era la mejor? —añadió una segunda voz desde atrás. Patricia siempre tenía una queja preparada en la punta de la lengua—. Unas piñas coladas, unos bailoteos con los isleños...

—¿Habéis cogido todo? —preguntó Lorena, girando la cabeza para comprobar si el resto la seguía.

—Un constipado es lo que vamos a coger aquí.

—Calla, que nos lo vamos a pasar genial, ya veréis —dijo la principal interesada en la causa, de nombre Noelia Montes.

—Más te vale —añadió Lucía nada más aparecer por la puerta—. ¿Llueve? ¡No fastidies!

—¿Ahora te enteras? ¿Es que no lo has visto por la ventanilla? La mitad del viaje la hemos pasado lloviendo.

—Yo qué sé, iba escuchando música con los ojos cerrados.

—¿Cómo no va a llover? Aquí siempre llueve —aclaró Lorena.

—En verano seguro que no tanto.

—Pues nena, estamos en agosto; más verano que ahora...

—¿Estamos en otro hemisferio o qué? Si llueve todos los días, vamos apañadas. —A Patricia todavía le costaba asimilar que hubieran rechazado su plan de arena y sol.

—Tú sí que estás en otro hemisferio. A ti no te funciona ni el derecho ni el izquierdo.

—Ñi ñi ñi, me parto de la risa.

—¿Lleváis todo? —volvió a insistir Lorena desde la parte delantera.

—¡Que sí, pesada! —exclamó Noelia.

—Va, avanzad —apremió Patricia—, que el de detrás me está arrimando cebolleta.

—Chica, aprovecha, que ya sabes que de una boda sale otra. Pues de mi despedida también.

—Sí, no tengo otra cosa que hacer que liarme con un escocés. Con el frío que hace, seguro que la tienen muy pequeña.

—Pues como tu ex —dijo Lorena provocando la risa de las demás.

—¡Qué cabrona eres! Si lo sé no os lo cuento, vaya brasita me dais con eso.

—Aprovecha, que aquí van con falda y no llevan nada debajo.

—Eso es una trola, no me lo creo.

—Al primero que veamos se lo preguntas —apuntó Lucía.

—¿No hay un tío que toca la gaita en las montañas? —añadió Noelia—. Pues a ese.

—Y luego le toco la gaita, ¿no?

—Exacto, esa es la idea —aclaró Lorena—. En las despedidas de soltera se hace eso, ¿no?

—¡Qué guarra! —dijo Lucía, saliendo ya de la escalerilla.

—He aprendido de la maestra. Estar tanto tiempo pegada a Patri es lo que tiene.

—Va, centraos —cortó Noelia tratando de poner orden. Probablemente fuera la más centrada de las cuatro—. Tenemos que localizar el autobús cuanto antes. ¿Llevas los billetes, Luci?

—Sí, pero primero vamos al baño.

—Uy, sí, por favor. Llevo una hora meándome. —Patricia comenzó a dar saltitos nerviosos, mostrando sus prisas.

—¿Por qué no has ido en el avión?

—Paso, que a saber quién ha entrado antes.

—Pues el que tienes detrás mismo.

—¡Qué asco, calla!

—¡Qué frío hace!

Noelia trataba de taparse cualquier centímetro cuadrado de su cuerpo que estuviera en contacto con el aire.

—No es para tanto —respondió su amiga Lorena—. ¡Pero si no llevas la chaqueta puesta! ¡Póntela, atontada, lógico que tengas frío! A ver si vas a coger una pulmonía en tu despedida.

—Enseguida me la pongo, en cuanto entre al aeropuerto. Quiero ponerme a cubierto ya, en el avión estaba bien así.

—Claro, lo normal que se suele hacer. Me la quito en la calle y me la pongo en el edificio.

—No tengo red todavía, joder —se quejó Lucía.

—Tranquila, nadie te va a llamar. —Patricia la iba empujando para que no se parara.

—Tengo que avisar en la pastelería de que he llegado, listilla.

—Yo tampoco tengo —añadió Noelia—. Quería llamar a Borja, estará preocupado.

—Deja a tu novio un rato que también está de despedida. Seguro que ahora mismo tiene a una *stripper* tetona encima de él.

Lucía miró a Patricia para que se cortara un poco, a sabiendas de que su otra amiga no cazaba las ironías a la primera.

—¿Lo dices en serio? —comentó preocupada.

—¡Que es broma, idiota! ¿Cómo va a estar pasando eso ahora?

—Menos mal...

—Si acaso esta noche, pero aún es muy pronto —soltó, rematando la faena ante la cara de preocupación de su amiga.

—Va, dejad ya de decir tonterías y moved el culo. —Lorena trató de encauzar al grupo—. Vamos al baño rápido y busquemos el bus. Tengo unas ganas locas de llegar a la habitación y dejar las maletas.

—Pero nos tomamos una cerveza antes de ir al hotel, ¿no? Para inaugurar el viaje.

—¿Antes?, ¿vamos a dar tumbos con todos los trastos?

—O algo más fuerte —añadió Lucía—, que estamos de despedida.

—Adiós viajecito en catamarán, adiós cenitas en la arena. Al menos, podríamos haber venido hace un mes, que Beyoncé tocó en julio.

—Hubiera estado guay —contestó Lucía.

—¡Dios, Patri, eres la enana gruñona! No haber venido si tanta queja tienes.

—Que es broma —dijo sonriente, abrazando a Noelia—. Nos lo vamos a pasar superbién, ya

verás.

—Os quiero, chicas. Gracias por acompañarme en este viaje —respondió la novia.

Desde el mismo preciso instante en el que el avión las dejó en el aeropuerto de Edimburgo y tomaron el Airlink con destino a Waverley Bridge, las cuatro chicas se tomaron ese viaje como la gran fiesta que debía ser. Tras un aterrizaje algo retorcido entre nimboestratos juguetones, comenzaba para ellas una despedida de soltera, anterior a la boda de la más joven del grupo. De poco había servido todo el martilleo previo de sus amigas acerca de que no se casara todavía; que a sus joviales veintiséis años aún era muy joven para eso, y que le quedaba mucho tiempo por delante para disfrutar de la vida de soltera. Pero de nada sirvieron sus recomendaciones. La chica estaba hiperenamorada hasta las trancas de un arquitecto llamado Borja, como su padre y su abuelo, que en paz descanse. Y, hasta el momento, no se planteaba ningún vuelco en sus planes de boda.

Así que decidieron que, al menos, iban a disfrutar de aquel último viaje de amigas, antes de que le viniera el pack entero. A saber: casamiento, hijos y cachorro de golden retriever. Todo ello a disfrutar en el lujoso chalet que su suegro les acababa de regalar en el zaragozano Paseo Ruiseñores. Con todos los lujos de dicha zona, por supuesto. ¿Cómo se iba a negar la feliz Noelia a semejante pack “Calidad de vida”? Y es que encima eran buena gente. ¡Qué suerte tenían algunas! No todo iba a ser trabajar en un aburrido cubículo en las dependencias del Ayuntamiento de Zaragoza.

Y asumida la negativa ante cualquier otra variante propuesta para su despedida, las cuatro chicas se embarcaron en esta aventura escocesa. Con su Canon, Nikon o iPhone en mano según los gustos de cada cual, para immortalizar aquellas siguientes cinco jornadas que tenían por delante. Días de beber cerveza hasta decir basta y regodearse entre monumentos de piedra y césped del bueno, del que crece bien donde le dejan y con ese color tan verde y vivo que no se encuentra en España más que a orillas del Cantábrico.

El vuelo, procedente del aeropuerto del Prat, dejaba ahora una ristra de pasajeros aletargados tras las incomodidades propias de la clase turista. Pero cuando uno vuelve al hogar, no vuela como quien comienza su periplo vacacional. Por eso se encontraban eufóricas y emocionadas ante su viaje; lo cual contrastaba con el ánimo de otros pasajeros que arrastraban sus maletas cargadas de imanes de frigorífico, ropa arrugada y recuerdos de su estancia en la Costa Brava.

—Tengo hambre —soltó de pronto Patricia—. ¿Lleváis algo en la mochila?

—Chicles.

—Eso no me quita el hambre.

—¿Y no te has podido comprar algo en el aeropuerto? —Lorena miró en su bolsa de mano, pero tampoco encontró nada.

—Pues tía, no he caído. Me ha entrado hambre ahora. ¿Venderán algo aquí?

—¿En el autobús? Pues no creo, la verdad.

—Pues podrían, digo yo. Si lo hicieran, les haría gasto.

—Patri, no hagas tanto escándalo, que la peña va durmiendo.

Noelia siempre tendía a echar una mano al prójimo, aunque sus amigas se lo solían poner difícil.

—Que les den, que se pongan los cascos.

—Ese espíritu solidario...

—¡Solidario, las narices! El tío de detrás mía en el avión ha ido escuchando una película todo el viaje sin auriculares. ¡Ponte los cascos, joder! He estado a punto de girarme y darle los míos. Me estaba poniendo de una mala leche...

—Qué raro en ti.

—¡Callad, anda, que yo también quiero dormir un rato! —dijo Lucía—. Lee un rato y te entretienes.

—Llegamos en veinte minutos —avisó Lorena, tanteando la ruta desde su teléfono móvil.

—Pues por eso, que me veo pateando hasta la noche y quiero descansar un poco.

—Estás abuela, Luci.

—Abuela tú con tus canas.

—Calla, joder —se quejó Lorena—. No me lo recuerdes, que tuve que ir de carreras ayer por la tarde para encontrar un tinte.

Los pobres británicos, agotados tras aquel trayecto desde la Península Ibérica como ellas, suspiraban porque las cuatro escandalosas jóvenes tuvieran su parada en las afueras de la City, cosa no muy probable por otro lado. Parar en Ingliston o en Gogar era poco frecuente hasta para los habitantes de aquellas húmedas tierras.

Conscientes de que su aventura no tenía nada de despedida de soltera “convencional” —ni la buscaban—, habían preferido marcarse este viaje pseudocultural, por encima de jolgorios ibicencos de puestas de sol o alcoholismos de fin de semana a lo largo y ancho del levante español. Desparrames de esos que desquician a vecinos de cascos antiguos y que acaban con presencias policiales y alquileres de dudosa licencia.

Eso sí, a pesar de ello, no iban a dejar pasar la oportunidad de marcarse su buen “Scotch Whisky Experience” en el museo del mismo nombre de Castlehill. Beber whisky en compañía siempre era una buena opción, aunque solo fuera por la compañía. Y, además, ellas, que eran sobre todo de ginebra y ron, tenían la borrachera asegurada con un par de tragos de cada tipo. Cuando llegaran al whisky ahumado de la isla de Islay, incluso les sabría delicioso, si es que alguien podía encontrarlo así.

Que los habrá, sin duda.

Agosto

Era la primera vez que caminaba por ese lugar. Sin embargo, algo en el ambiente le resultaba familiar. No era el clima, por supuesto. Le sobraba ropa por todos lados. Pero su calor, en parte, se debía a la tensión que sentía en aquellos instantes. Tuvo un *déjà vu*, como si hubiera estado allí en otra ocasión, en otro tiempo, en otra vida. Pero no, a pesar de haber recorrido muchas ciudades desde muy joven, sabía que nunca había estado allí.

Una fuerza desconocida le impulsaba a seguir, tenía la convicción de que esta vez sí que era la correcta. No se estaba equivocando. Ahora no iba a parar, le quedaba muy poco. Al llegar al puente, miró hacia arriba. En lo más alto de cada pedestal, dos Guardianes le dieron la bienvenida, encaramados a sendos soportes que daban acceso a la pasarela del puente. Se sobrecogió al verlos, con esos colmillos amenazantes y sus portentosas alas. En ese momento supo con certeza que estaba en el lugar correcto. Las estatuas de piedra estaban ahí para echarle una mano.

No podía ser casualidad. Parecía tener un sexto sentido para “comunicarse” con estos seres. Aunque no fueran gárgolas, sin ninguna duda eran como primos lejanos. Y él sabía moverse en ese ambiente. Conocía su mundo y se sentía a gusto allí. Miró a las dos primeras, encaramadas en la entrada del puente, animándolo a seguir, como diciéndole: “Sigue, ya estás cerca; ya casi lo tienes”. Les hizo una reverencia a modo de saludo y prosiguió su camino.

Al poner el primer pie sobre el puente, su nerviosismo le provocó un escalofrío. Y, de alguna

manera, sintió el empuje del viento. Los primeros Guardianes estaban con él, a derecha y a izquierda. No lo iban a dejar solo hasta cruzar el puente. Caminó despacio, miró a su acompañante y esta le dio la mano para darle la fuerza que necesitaba. Tampoco ella lo iba a dejar solo en aquel momento tan crucial. Los vehículos se desplazaban a toda velocidad a su alrededor, pero en su cabeza se oían muy lejanos. Parecía no escuchar nada debido a los miles de pensamientos que se le agolpaban ruidosamente en su mente.

Casi al final del puente, dos nuevos Guardianes lo esperaban en lo más alto, como los compañeros que acababa de dejar atrás. De repente, el sol se abrió entre las nubes y la sombra de una de las gárgolas se extendió, como un brazo que señala una dirección, un lugar. Como si hubiera echado a volar. Y lo hizo hasta chocar contra la fachada que había más allá de la concurrida avenida.

Miró al Guardian y sintió su fuerza. “Estoy contigo”, pareció decirle, “síguenos”; y la sombra se estiró todavía más. Echó la vista al frente pero solamente apreció edificios y más edificios. Pero en ese preciso instante, la luz del sol se proyectó sobre uno de los portales. Volvió la vista hacia los Guardianes y estos se lo corroboraron. “Es ahí”, sintió que le decían.

Cruzó la carretera siguiendo la proyección de la luz hasta que llegó a los bajos de un edificio. De pronto, el cielo se volvió a cerrar. Echó la vista atrás, la sombra de las gárgolas había desaparecido, así como el reflejo en los cristales. Todo volvía a la normalidad.

—¿Estás bien? —le preguntó su acompañante—. Pareces ausente, ¿a quién mirabas?

—Sí, tranquila. Solo algo tenso, ya está. —Vio mejor no comentar nada de la conversación con los Guardianes del puente o lo tomaría por loco.

—Coge un poco de aire. ¿Quieres que entre yo antes? Estás un poco pálido.

—No, no, voy yo. Debe ser el calor, creo que llevo demasiada ropa.

Miró de nuevo a la fachada. El cartel indicaba justo lo que tenía que indicar, ni más ni menos. Aquello que llevaba tiempo buscando.

—Bueno, voy a entrar.

—Claro, para eso hemos venido.

—Pero, y si...

—No hay “isis”. Todo va a ir bien, ya verás.

Miró a través del cristal de la puerta. El interior parecía muy apacible y tranquilo, sin mucho movimiento. Cogió aire y empujó la puerta. Una suave fragancia a sándalo y melocotón lo golpeó de lleno. Aquí era, estaba seguro.

La chica de recepción lo miró desde el frío mostrador. A pesar de la calidez del ambiente, el entorno era bastante austero. Se alegró de verlos, no solía haber muchos visitantes a esas horas. Miró el reloj. Las diez y veinte. Se apresuró a esconder su teléfono móvil y a mover el ratón del ordenador para aparentar que estaba atareada. Les echó una mirada cautelosa. Los movimientos de los visitantes eran torpes y dubitativos, parecía que los hubieran dejado caer desde una nave espacial proveniente de otro planeta.

—Hola, bienvenidos —dijo la chica, poniéndose en pie y saliendo a recibirlos.

Era la hora de la verdad.



Capítulo II

La Comunidad del Anillo
Martes, 03 de agosto
Edimburgo, Escocia

Cerca del mediodía, el autobús dejó a las cuatro chicas junto a uno de los puentes más populares de Edimburgo. Teniendo en cuenta que habían encontrado un hotel en la concurrida Princess Street, aquella parada resultaba ideal.

Muy a su pesar, cuando la casamentera sugirió la idea de aquel viaje, no les comentó el perjuicio económico que supondría para sus bolsillos. Si Edimburgo ya era un lugar caro de por sí, agosto era el mes estrella. Y se debía a que se celebraba el Festival de Artes Escénicas de la ciudad, al que llamaban *Fringe*.

Pues sí, esa fue la propuesta para su despedida; o, mejor dicho, su imposición. Así, a lo Ramsés II: “Así se ha escrito, y así sea”. Así que a alguna le tocó romper más de una hucha. Eso sí, para el billete buscaron un vuelo *low-cost*, como está mandado en las escrituras del buen viajero esporádico. Por suerte, consiguieron encontrar un sencillo alojamiento en una cadena hotelera austera a más no poder. De esas cuyos baños consisten en un módulo clavado a pulso en el habitáculo de la habitación, y que cuando estás haciendo aguas mayores —y menores también en su caso—, te fuerza a tener los pies metidos en la ducha, entre pelos y otros organismos que nunca sabes bien de dónde han salido o por qué están ahí.

Aunque una cosa no quitaba la otra, el hotel estaba magníficamente situado en una de las arterias principales de la ciudad, con unas increíbles vistas al Castillo de Edimburgo y muy cerca de la zona monumental. Todo un triunfo por parte de Lorena, sí señor.

Aquella aparente nueva “Comunidad del Anillo” —de boda—, lejos de estar formada por enanos de Moria, elfos y hobbits, estaba compuesta por cuatro chicas. Pero no de la Tierra Media, sino del Medio Aragón. Tres de ellas seguían en ciudades de Zaragoza. Noelia y Lucía vivían en la capital, y Lorena lo hacía en Daroca, un pueblo que lindaba con Teruel. Pero la otra se había establecido en Hospitalet de Llobregat, en Barcelona, para cursar sus estudios de ingeniería informática, que parecían no tener fin. Esta última, de nombre Patricia Cobos, había sido la última en incorporarse al grupo. Y es que lo que unen las Fiestas del Pilar, que no lo separe nadie.

Especialmente, esta salida le era necesitada como agua de mayo a Lucía Gascón, la mayor de las cuatro. La chica llevaba trabajando sin descanso en la pastelería familiar desde hacía tiempo; y, visto lo visto, en el horizonte le quedaba mucho más al cargo.

Ella siempre lo vio muy claro. Nunca había sentido gran debilidad por estudiar. Pasó renqueando como pudo sus últimos años de colegio y el primer curso del instituto, hasta que tuvo edad para poder dejárselo. Su camino no eran los grandes logros académicos, sino trabajar junto a sus padres. Su madre, viendo que seguía su propia estela de estar anclada al obrador desde joven, no se vio con fuerza moral para inclinarla más hacia estudios universitarios. Y mira que había algunos muy buenos y relacionados con la pastelería; pero no, la niña no quiso. Y no hubo

más que hablar en casa.

Así que, tras una fuerte preparación laboral tanto en territorio nacional como en la vecina Francia, se había colocado al frente del negocio; trabajando ahora, codo con codo, junto a sus padres, a quienes les quedaban pocos años ya para jubilarse. Por ello, esta salida junto a sus amigas le era más que reconfortante, prácticamente revitalizadora. Ya no sabía cuántas veces más podría escaparse, así como así.

Por dicho motivo, y por los que arrastraba cada una de sus amigas, no se preocuparon ni en deshacer las maletas, si es que en aquel habitáculo se disponía de espacio para tal menester. Tras un consenso entre todas, optaron finalmente por buscar primero el hotel para descargar los bultos. Pero en cuanto entraron a la habitación y contemplaron la ciudad a través de los amplios ventanales, sintieron la necesidad de salir a explorar tales dominios de marcado estilo gótico medieval.

La imponente vista del Castillo, y el parque que se rendía a sus pies, ofrecía una elegante pasarela para la investigación. Al día siguiente habían contratado un servicio turístico guiado, pero no querían esperar a hacer una primera incursión con el fin de comenzar a callejear por los empedrados callejones. Poco les importaba si en algunas horas volvieran a recorrerlos, aquel lugar bien merecía esa primera exploración del terreno. Así que, con la mochila a la espalda y unas coletas improvisadas, salieron de allí. Edimburgo no podía esperar.

—¡Qué guay es esto, tías! ¡Me encanta! —exclamó Noelia.

—Crucemos por aquí —dijo Lorena—. Si mañana vamos a ver la zona de los monumentos, podemos acercarnos al parque de ahí delante. Cuando yo hice el tour, recuerdo que no entramos. No creo que haya cambiado el recorrido.

—¿Cuántas veces has venido ya? —preguntó Lucía.

—Esta es la tercera, creo. Hice el Erasmus en Glasgow en segundo de carrera y vinimos en alguna ocasión.

—Pues te vas a aburrir, entonces.

—Qué va, es una ciudad muy guay. No me importa para nada. Además, así practico el inglés.

—Sí, sí, yo no pienso abrir la boca. —Noelia y los idiomas no se llevaban muy bien. Su vida en Zaragoza no había necesitado nunca de más variantes de la lengua que el castellano. Generalmente oficiaba trámites locales y rara vez sacaba a pasear su bajo dominio de los idiomas extranjeros—. Tú te encargas de todo, te dejamos al mando de la situación. Tú dirige y nosotras te seguimos.

—Qué morro tenéis. En los restaurantes sí que os soltaréis un poco, ¿no?

—Ni para pedir agua —dijo Patricia—, te lo digo desde ya. Te hemos traído exclusivamente para esto, a ver si crees que te hemos traído como una amiga más. Solo eres nuestra intérprete.

—¡Vaya tela! Pues ya me estáis pagando. Si esto va a ser otro Free Tour, quiero pasta al final del paseo.

—Ya lo veremos, según como lo hagas.

La bocanada cordial de aire fresco que volvió a recibirlas las invitó a cruzar la avenida y adentrarse en los Jardines de Princess Street; donde siguieron la estela de Lorena Menor durante un rato. Tras unos minutos de paseo, divisaron a lo lejos un gran tiiovivo. ¿Qué mejor manera de realizar el bautismo de su viaje en Instagram? Era una oportunidad que no se podía desperdiciar.

—Tía, qué caro es esto —se quejó Lucía al ver los precios de la atracción.

—¿Ya estamos? ¿Vamos a empezar a racanear tan pronto? —Lorena sabía que esto no tardaría en pasar—. Ya sabíamos a qué veníamos a Edimburgo. No te quejes que tú ganas pasta gansa en la pastelería. La única que tendría derecho a quejarse soy yo, que ahora estoy sin curro. Y no lo

pienso hacer, así que no me vengáis con milongas.

—Yo ya sé en cuál me voy a subir. Me pido el delfín.

—¿Qué te crees, Ariel? —Patricia se burló de la elección de Noelia, pero por dentro sintió la frustración que supuso el haber sido privada de su primera elección.

—Yo me subo al caballo ese —indicó Lucía.

—¡Ya está la otra! ¡Ese es el caballo de *Brave*!

—¡Qué control, Patri! —Lorena se giró hacia su amiga—. ¿Te has visto todas las películas de Disney o qué?

—Tú no, ¿verdad? Seguro que tú veías los documentales de la dos, por eso eres tan muermo. Va, vente conmigo a la calesa y déjate de gruñir. O móntate en Pumba.

—¿En el cerdo ese? ¿Quieres que me monte en un cerdo? La llevas clara...

—Que no es un cerdo. Es Pumba, el de *El Rey León*.

—Es un cerdo, yo paso. Va, que me subo contigo a la carroza de Cenicienta.

—Chica, un cuento que te conoces... Tú sabes que la carroza era un ratón peludo antes de transformarse, ¿verdad?

—¡Ja, era una calabaza, eso me lo sé, lista!

—Bien, no todo está perdido contigo, aún hay esperanza.

—Que alguien nos haga una foto, ¿no?

—Oh, sí, va. Pídeselo a ese tío mismo, Noe, el que va con sus hijos.

—Yo paso. ¡Lorena, te necesitamos!

—¡Qué cara tenéis! *Excuse me*...

Minutos después, y más mareadas que una perdiz, se adentraron un poco más en la urbe, alejándose de los vistosos jardines. Su emocionado caminar las llevó hasta las escaleras de Warriston's Close, donde recuperaron la verticalidad ascendiendo por sus escaleras infinitas.

Adentrarse entre la multitud que poblaba High Street las sumergió de sopetón en la grandeza de aquella ciudad. Y no es que provinieran de ciudades de baja población o dimensiones, pero la peculiaridad de sus fachadas, y el ambiente en general, las arrastró a caminar casi sin mediar palabra entre ellas hasta que decidieron parar en un pub a descansar. Allí mismo, Noelia aprovechó para terminar de configurar su terminal móvil. Dicho problema la traía de cabeza desde que había salido del aeropuerto. ¡Seguro que su novio estaría preocupadísimo! O no, pero ella así lo pensaba; y aquel problema con su red de datos en el extranjero la tenía martirizada. Esas pequeñas circunstancias incómodas de la vida que muestran las verdades de cada ser humano. Y mientras, las demás intentaban trazar un plan de ruta que les permitiera aprovechar al máximo su aventura escocesa.

A decir verdad, no es que tal previsión no existiera ya. Lorena lo tenía todo perfectamente planificado desde España, pero nunca estaba de más regodearse en los lugares a los que iban a ir: Calton Hill, The Elephant House, el perrito Bobby... Ya se sabe, hacer un *planning* por aquello de “salivar y hacer hambre” antes de verlos aparecer ante sus ojos.

El peso de las horas y el largo día que las había traído desde la Península hasta aquellas latitudes mayores, comenzó a hacer mella pronto en ellas; lo cual las llevó a cenar pronto y regresar a su poco acogedora habitación de hotel.

—Puf, yo paso de deshacer ahora la maleta. —Noelia se tiró directamente sobre una de las camas.

—Ni yo —añadió Lorena, tumbándose junto a ella y descalzándose aparatosamente.

—Todavía es pronto —dijo Lucía—, son las nueve y media. Hemos cenado casi a la hora de merendar.

—Da igual, yo paso; voy a ducharme y me pongo ya el pijama. No pienso hacer nada más.

La pastelera, en cambio, sí que estaba dispuesta a organizar su ropa. No iba a poder descansar hasta que todo estuviera en orden. Le molestaba mucho ponerse directamente la ropa arrugada desde la maleta.

—¿Alguien ha traído perchas? —preguntó.

—Sí, claro, toma siete.

—¿Tienes?

—¡Pues no, Luci! —respondió Patricia—. ¿Cómo voy a traer perchas en la maleta? Os emperasteis en no facturar equipaje y traigo todo apretujado. Como para traer perchas además...

—La verdad es que la habitación está guay —dijo Noelia—, pero un poquito más grande hubiera sido mejor.

—Yo os di varias posibilidades. —Lorena se incorporó sobre la cama—. Ahora no venidme con historias. Me marcasteis un tope en el presupuesto y me ajusté a él. Además, aquí todos los hoteles son de este estilo, esto funciona así. Mirad, tenemos dos camas de matrimonio. El pasillo central se deja vacío para que puedan salir las que duerman en la parte interna. Esas dos personas colocan sus maletas sobre aquella mesa. Si se dejan bien cerradas, cogen ambas; y las vais abriendo según necesitéis coger algo. Y las que duerman en la parte exterior de las camas, colocan su maleta junto a las mesitas; también cerradas. Así también dejamos libre el pasillo que va hacia el baño, y a mitad de noche nos evitamos dejarnos los dedos del pie en el canto de alguna maleta.

—¡Joder, Lore, qué nivel! —exclamó Patricia—. ¿Tú qué trabajas, de organizadora de eventos los fines de semana?

—Sí, de las fiestas que dan tus padres cada vez que sales de casa.

—¿Dónde duerme cada una? —Lucía se apoyó en el borde de la mesa para mirar a las demás.

—¡Me pido esquina! —se apresuró a decir Patricia.

—No hay esquinas, lerda; son dos camas de matrimonio —respondió Lorena—. Todas estamos igual.

—Allí, quería decir, junto a la ventana; donde está sentada Noe. La de la izquierda.

—Pues yo me quedo el extremo derecho —dijo Lorena.

—Mira la lista, yo también lo quería —añadió Lucía.

—Yo lo he pedido primero. Tú has preguntado y yo te he contestado.

—Vale, cansina. Quedan las partes de dentro. Noe, ¿tienes alguna predilección política concreta? ¿Centro-derecha o centro-izquierda?

—Me da igual —respondió—. El de la derecha mismo, así duermes tú con Patricia, que seguro que se pasa la noche dando por saco con la luz del e-book. Pero, Lorena, ojito con meterme mano por las noches, ¿eh? Eso te lo dejas para tus aventuras.

—Más quisieras tú, no sabes lo que te pierdes.

—Eso, eso; tú resérvate bien para Borja —añadió Patricia—. Coge fuerzas para exprimirlo a la vuelta.

—Borja ya está muy contento con todo lo que le hago.

—Va, centrémonos —cortó Lucía—. Ahora que ya hemos finiquitado el asunto “camas”, vuelvo a las perchas. ¿Puedo usar las que hay en el armario?

—Tú misma —dijo Lorena.

—El mueble que tiene mi padre para las herramientas es más grande que ese armario. Yo no meto ahí mis cosas, me da grima. Seguro que está lleno de chinches; son todas tuyas. —Patricia era bastante aprensiva con los seres pequeños y de múltiples patas articuladas.

—¡Déjame una a mí, *please*! —pidió la novia.

—Sois víctimas de la cultura del orden —cortó Lorena—. Llevar la ropa planchada está altamente sobrevalorado.

—Tú sí que estás altamente sobrevalorada. ¿Qué me dices de tu plancha del pelo?

—Eso es otra cosa.

—Ya, claro...

Ajeno a toda esta problemática del primer mundo, el Castillo de Edimburgo se erigía imponentemente iluminado a través de los ventanales. Mostrando su poderosa presencia encima de aquel gran peñón enaltecido por las luces festivaleras.

Las cuatro cayeron rendidas rápidamente. Al día siguiente debían amanecer pronto si no querían perderse la visita turística que tenían contratada. A las siete y media se tocaba imperiosamente diana si no querían llegar tarde a su cita con la City. Cada una fue apagándose a su manera. Las hubo quienes cerraron sus ojos entre mensaje y mensaje a sus respectivas parejas. Lucía eligió los auriculares y una serie a través de su teléfono móvil, y Patricia enmudeció acompañada de una novela de Joël Dicker que había traído desde casa. Aunque, a decir verdad, en su maleta traía alguna más. Perchas no, pero libros sí. En su tiempo libre, colaboraba vía redes sociales para una editorial con sede en Cataluña. Aspirante a *booktuber*, era una asidua devoradora de libros y pretendía no faltar a la cita con sus obligaciones lectoras a pesar de encontrarse de viaje con sus amigas. Al fin y al cabo, leer para ella era otra forma de ocio totalmente compatible con cualquier otra cosa. Bueno, tampoco estaba muy claro que fuera compatible del todo, ya que quizás este fuera uno de los motivos por los que se le eternizaba la carrera universitaria que parecía cursar entre libro y libro. Y no al revés.

Una infantil cadena de *good night* entre todas supuso el broche final a aquella larga jornada cuyo nuevo amanecer traería consigo inesperadas sorpresas. Sobre todo, para una de ellas; circunstancia que jamás hubiera imaginado.



Capítulo III

Miércoles, 04 de agosto
Edimburgo, Escocia

Habituado en su día a día a moverse a pie en aquella ciudad de distancias no muy largas, David ya se había acostumbrado a los desniveles del terreno y a las calles empedradas que plagaban su orografía. De momento las aguantaba bien, ya llegaría el momento en que sus rodillas le reclamaran un cambio de aires. Pero por ahora, estaba allí, ya vería qué sería de él en el futuro.

Aquello era muy diferente a la Francia en la que había estado pasando los últimos años. Sus compañeros de trabajo lo tenían por un tipo solitario y bastante reservado. Un tipo de esos que hablaba poco, pero en cuya mirada intuías que escondía mucho conocimiento detrás, del bueno y del no tan bueno. Un tipo del que te podías fiar, sin lugar a dudas, pero del que no esperarías que te confiara sus propios secretos.

Su salto a la isla británica le había servido para alejarse de parte de sus demonios y, seguramente, de su peor época. Los suburbios de París le pasaron factura. La noche parisina no le fue buena compañía, y las interminables horas fregando platos y cambiando sábanas de los huéspedes de un hotel habían dinamitado las ilusiones del joven David. Qué diferente había acabado siendo aquella aventura, teniendo en cuenta las expectativas que se había imaginado tiempo atrás, en España, cuando Francia suponía para él algo grande, inmenso, pero de otro modo; un deseable plan de vida.

Su anterior etapa había sido de todo menos tranquila, y ordinaria. Por eso, caminar rumbo de la Royal Mile durante los casi veinte minutos que la separaban de su casa, era, para él, el máspreciado de los tesoros. Y en ello se encontraba en la actualidad, disfrutándolo desde hacía un par de años, fecha en la que decidió cambiar de aires pensando las cosas de una manera más adulta. Más o menos desde el instante en el que se dio cuenta de que se le había deparado un destino que tenía que trabajarse por sí mismo, lejos de sus ideales.

No es que se llevara mal con su familia. De hecho, sus padres siempre habían estado ahí para todo lo que le hiciera falta. Pero un hecho clave que sucedió en su casa propició que todo comenzara a torcerse hasta sentir un distanciamiento que no supo frenar. Y aunque mantenía el contacto con ellos por teléfono, raro era que se le viera aparecer por su Zaragoza natal.

Fiel a su costumbre, David entró al mismo comercio de todos los días, una pequeña cafetería de fachada roja junto al callejón de Fleshmarket, alejándose de las cadenas comerciales más socorridas. Su propósito de integrarse en la ciudad pasó desde el primer momento por conocer los lugares más peculiares y autóctonos. Lo había hecho así en Francia y no iba a ser diferente aquí. Es más, conocer este tipo de locales era un valor añadido a su tour. Por eso huía de las franquicias dominadoras del mercado, que allí se prodigaban por todos lados. Al entrar, se sentó en su rincón favorito y saludó a Molly, la camarera. Su camarera. Quien, con un simple vistazo, ya sabía la comanda que le iba a pedir. Lo de todas las jornadas de trabajo.

A decir verdad, Molly Campbell sabía de él algo más que el café que le gustaba. Conocía su

perfume diario y el de los fines de semana, su chaqueta favorita y hasta cuál era su postura sexual preferida. Hasta ese punto llegaba la cosa. La verdad es que no podía decirse que fueran pareja. No, no lo eran; pero sin duda, era lo más parecido a ello que ambos querían tener. Llevaban viéndose fuera de sus respectivos trabajos desde hacía cerca de un año y mantenían una relación “de conveniencia” consentida por los dos. Lo cual, al menos de momento, les era válido y suficiente. Quedaban para tomar café o ir al cine, disfrutaban de alguna cena esporádica; o compartían sábanas, alguna que otra noche. Sin embargo, ambos sabían que no habría nada más en el futuro. Sexualmente eran muy compatibles y, durante esas horas, sentían una conexión que les permitía mantener conversaciones de todo tipo. Sin embargo, no sentían la necesidad de verse cada día; más allá de que lo hicieran simplemente por el hecho de que a él le gustara ir a desayunar a dicha cafetería.

Laboralmente, las aspiraciones de la chica iban más allá de ser camarera de cafetería. Molly trataba también de salir adelante como artista. Era la vocal de “The Three Cats”, un grupo de *country* que, de vez en cuando, tocaba en una pequeña sala de la ciudad. Además, durante este mes de agosto tenía su hueco entre las actuaciones del *Fringe*. David ya se había parado a verla actuar un par de veces en la calle; y, lo cierto, es que le gustaba bastante su voz y cómo sonaba su grupo.

Como suele decirse, el problema no era ella, era él. No había tenido suerte con las relaciones, y las parejas que había tenido habían ido cayendo por desmotivación de un tipo u otro. Tan solo sintió que se enamorara en un par de ocasiones en su vida, pero no le había ido bien la cosa. Por eso, haber encontrado a Molly y ser capaz de mantener una medio relación durante tanto tiempo, era todo un logro para él.

—¿Lo de siempre? —le preguntó al verlo. David ya había aprendido a cazar el acento escocés. Siempre mantenían una cierta distancia en público. Podían comerse en la intimidad, pero con gente alrededor esa era su forma habitual de actuar.

—Sí. ¿Cómo estás?

—Pues aquí, ya me ves; aguantando al encargado otro día más.

—¿Tocas hoy?

—Sí, esta tarde tenemos dos actuaciones. Tocamos en la calle a las cuatro, en el escenario pequeño; y a las ocho estamos en la sala “Rainbow”. Pásate luego, si quieres.

—Uf, no sé qué ritmo llevaré esta noche. Pero te veo seguro en la calle, yo creo que me dará tiempo. ¿Quieres quedar mañana o pasado? Tendré la tarde más tranquila.

—Vale, te llamo mañana y hacemos algo.

—Ok.

—Marchando una Triple C y un café para llevar —dijo ella, girándose hacia el mostrador tras sacarle la lengua.

Sentado frente a aquella mesa rayada con una infinidad de nombres de viajeros, repasó la lista de las personas que habían reservado su plaza en el tour que él dirigía esa jornada. Esa mañana se ofrecían un par de recorridos diferentes. A él le había tocado el de los primerizos: el del barrido básico por la ciudad y las referencias a J.K. Rowling; y por eso estaba encantado. El grupo iba a contar con veintitrés miembros. No andaba mal. Con suerte, a unos diez o quince euros por persona que solían valorar la experiencia, le daría para dejar parte en la empresa y recoger su cantidad correspondiente. La experiencia le había llevado a preferir los tours con gente francesa. Era *vox populi* entre los guías de allí que estos solían “agradecer” la visita por la ciudad algo mejor que el resto de nacionalidades. Sin embargo, el acento francófono le resultaba todavía un poco complejo, comparado con el español, y realizar la salida en castellano le

compensaba en cierta manera. En sus discursos turísticos siempre solía tocar temas poco conflictivos. Además, llevaba especial cuidado con no herir sensibilidades de ningún tipo, por lo que pudiera repercutir en su economía. Su pan de cada día le iba en ello, así que era mejor centrarse en los monumentos históricos de Edimburgo, que contaban con tema de conversación para rato.

Vestía ropa cómoda: vaqueros claros, zapatillas de suela gruesa y camiseta de manga corta. Arrugado en su mochila le acompañaba siempre un chubasquero. Por si acaso. Nunca se sabía cómo iba a acabar el día en aquellas tierras escocesas. En cualquier momento podía asomar un nubarrón y liarte la jornada.

Como remate a su indumentaria, su imperturbable chaleco acolchado; en el que tenía enganchada su acreditación de la empresa, donde constaban su nombre y las tres banderitas que indicaban que se manejaba con relativa soltura en francés, inglés y, obviamente, en español. Incluso en catalán si le apurabas, por aquello de la cierta similitud con el francés. Un políglota de la vida, de los que no cuentan con títulos oficiales pero que son los más válidos. Los que barren en las entrevistas de trabajo y te pasan de un idioma a otro en décimas de segundo. De esos que en España casi son una especie en extinción o están fuera de sus fronteras ganándose el pan.

Tras un vistazo a su mochila, comprobó que tenía los trípticos publicitarios que su empresa le obligaba a llevar. Asegurándose, de igual modo, de que su banderita extensible naranja funcionaba a la perfección. Ese era uno de los hábitos que menos le gustaban de su trabajo. Algunas compañeras solían utilizar un paraguas del mismo color para ser localizadas —cosa que todavía odiaba más—, pero él había conseguido que lo dejaran trabajar con una bandera extensible con el logo de la empresa. De manera que, cuando no estuviera utilizándola, pudiera meterla en la mochila de cuero desgastado que le había acompañado prácticamente desde hacía unos ocho años, cuando decidió salir de España para recuperar el aliento.

David era una persona de costumbres. Solía pedirse siempre lo mismo. En su momento, le supuso todo un triunfo descubrir en Francia el café *noisette*, que fue lo más parecido que encontró al típico cortado español. En Escocia, en cambio, había tenido mayores problemas. Harto de tazas ardientes de medio litro de algunas franquicias, no encontró nada a su gusto hasta que dio con esta cafetería. Por eso, ahora saboreaba a pequeños sorbos la bebida que Molly le había traído con prontitud mientras daba ese último repaso a los acompañantes que estaba a punto de conocer. Ahí se sentía a gusto.

En la calle ya se notaba cierto frenetismo. Se encontraban en la temporada grande de Edimburgo, gracias al *Fringe*, y la calle se plagaba de espectáculos callejeros que daban a la ciudad un dinamismo todavía mayor del habitual.

Su época en París le había hecho acostumbrarse a las grandes masas de gente. Sin embargo, la atmósfera que se respiraba en Edimburgo le resultaba más atrayente. Quizás fuera el clima, mucho más cerrado que en Francia, o tal vez la magia que desprendían sus calles. La piedra envejecida presente, miraras donde miraras, y la niebla siempre amenazante, otorgaban a sus rincones de cierto halo de misterio. Edimburgo era una ciudad-museo con mil y un recovecos por descubrir y contar. Y para David no iba a ser menos. Se había enamorado de aquella ciudad desde el mismo instante en el que puso el pie. Sus callejones y leyendas, o sus paisajes con ese verde tan particular donde pastaban a sus anchas las vacas peludas. Todo muy diferente al de los territorios cercanos al río Ebro en los que se había criado de pequeño.

A lo largo de estos dos últimos años le había dado tiempo a recorrerse bastantes regiones de Escocia. A pesar de ello, todavía le quedaban muchas asignaturas pendientes, como las Highlands más allá de los páramos de Inverness, que habían sido su tope hasta la fecha. Su sitio

favorito, y al que se escapaba siempre que podía, era el valle de Glencoe, para hacerse su foto semestral con Alexander, el valiente gaitero que se mantenía imperturbable a los pies de la montaña, lloviera o tronase en aquel lugar.

Sentado en la butaca de la cafetería, podía ver a través de uno de los ventanales cómo los turistas se arremolinaban en la esquina, buscando probablemente a algún colega suyo que ofreciera algún servicio similar. Él se lo tomaba con más calma. Resultaba curioso cómo, teniendo un cierto carácter ansioso para sus cosas —la procrastinación no era lo suyo—, para el trabajo era más pausado. Había cosas más importantes a las que prestar atención en aquel momento. Como, por ejemplo, lo que tenía en ese instante entre manos, que no era otra cosa que la galleta de chocolate que se estaba comiendo.

Habría prisas para otras historias, pero no para analizar las proporciones de la todopoderosa “triple C” de la carta del local: su “Chocolate Chip Cookie”. Que, dicho sea de paso, no le estaba pareciendo del todo apetitosa en aquella ocasión. La notaba un poco pasada de cocción, las había probado mejores allí. No le cabía duda de que él la hubiera hecho mejor. Porque si algo era David Marín, más allá de guía turístico y aspirante a conocer a la reina de la literatura fantástica, era sin duda un buen pastelero. Es más, *Excellent* si atendíamos a las valoraciones de sus profesores en la Escuela Nacional Superior de Pastelería de Yssingeaux, en Francia, en la que pasó alguna temporada junto a otros prometedores aprendices de pastelería de todo el mundo. Aunque eso formaba parte de su pasado y estaba bastante enterrado para él. Salvo cuando se encontraba con —a su parecer— injusticias culinarias evidentes, como era el caso de aquella galleta. La salvaba de la quema total el hecho de que se la hubiese traído Molly, pero tenía claro que algo había ocurrido durante su elaboración.

—¿Todo bien? —dijo Molly al pasar junto a él—. Estás analizando la galleta como si fuera de otro planeta.

—¿Las has hecho tú hoy?

—¡Ya está el pastelero tiquismiquis sacando pegas!

—No sé, la noto más seca de lo habitual.

—No vas desencaminado, tenemos un novato. Ayer lo pusimos dentro porque no se aclaraba con los cafés y el datáfono. Lleva solo tres días y mi jefe lo quiere echar ya. No se puede comer, ¿verdad?

—No, no es eso. Pero está diferente a cuando las haces tú.

—Es que tú ya sabes que mis manos hacen maravillas.

—Sí lo sé, sí señor.

—Va, me voy, que me lías. ¿Quieres que te traiga otra cosa? Paga la casa.

—No, no; qué va. Esto no se tira, me la pienso comer igual. No le digas nada a tu encargado, que no quiero que echen a tu compañero por mi culpa.

—Uy, no sufras; él ya se encarga solito de eso.

—Bueno, por si acaso, tú mantenme el secreto.

—A sus órdenes, señor pastelero. Voy a continuar, que no quiero que me echen a mí también. Aunque tampoco es que me importara mucho, la verdad. Si no fuera porque me paga las facturas y los instrumentos, aquí me iban a ver. Menos mal que algún día seré una gran estrella del *country* y saldré de este antro.

—No te quejes, que no estás tan mal aquí. Y encima tienes un horario compatible con los conciertos.

—Sí, eso es cierto. No me convence mucho, pero es cierto. Bueno, nos vemos mañana. Ya hablamos luego, ¿vale?

—Que vayan bien los conciertos. Luego intentaré verte.

Volvió a mirar la galleta y su mente se retrotrajo unos años, casi sin querer. Su quehacer diario distaba bastante ahora de calcular proporciones y fórmulas pasteleras. Simplemente consistía en intentar hacer pasar un buen rato a turistas hispanohablantes o francófonos mientras les mostraba todas las bondades de aquel lugar. Así funcionaba su vida como guía de un *Free Tour*, sustentada a base de “donaciones” a modo de pago que se trabajaba a pulso cada día; hasta, en ocasiones, bien entrada la madrugada. Ejemplo de ello, todavía lo evidenciaba el par de sutiles franjas rojas cruzándole el hoyuelo de la barbilla.

Y es que la historia de David Marín Palacios sería muy diferente si no hubiera dado un paso al lado y se hubiera apartado del camino que tenía marcado desde niño. Su familia materna se había dedicado a la rama de la pastelería desde generaciones y todo parecía indicar que él seguiría sus pasos, de ahí que fuera preparado desde muy joven para ese rol. Pero, seguramente por tal insistencia, unido a otros episodios de su vida no deseados, fue por lo que quiso apartarse del camino y sacar los pies de la saga de los Palacios, muy reconocida en toda Zaragoza por la gran historia que llevaba a sus espaldas desde que su bisabuelo diera sus primeros pasos en esto de la pastelería.



Capítulo IV

La saga de los Palacios

Como decimos, David tenía su destino marcado a fuego. O, mejor dicho, a caramelo caliente. Desde bien pequeño se le había dirigido hacia la continuación de la saga familiar. No en vano, sus dos padres se encontraban al mando del local que había fundado en Zaragoza su bisabuelo materno hacía ya casi un siglo.

Concretamente, el comercio fue inaugurado en mil novecientos veinte, cuando su bisabuelo tenía treinta años, al igual que su hermano gemelo, siendo al principio una simple panadería de barrio regentada por ambos: “Panadería Palacios”.

Por circunstancias de la vida —y las malas artes—, comenzaron a surgir conflictos familiares. Tiempo después de la creación del negocio, y a pesar de que funcionaba estupendamente, ambos hermanos tuvieron una serie de disputas surgidas por la aparición en escena de una bonita joven de cabellos ondulados. Dicha mujer llevó de cabeza a ambos hermanos durante una breve temporada. Tal fue la cosa que aquello acabó en una auténtica guerra fraternal incapaz de ser resuelta de manera positiva.

Así, resolvieron el asunto al modo Palacios. Uno de los hermanos se llevó a la chica; y el otro, el negocio. Aunque tampoco es que sufriera mucho la pérdida emocional el segundo, pues ya contaba con un hijo de una relación anterior (el futuro abuelo de David) y no andaba escaso de nuevas oportunidades. Tener un negocio propio en esa época era un reclamo más que atrayente. Digamos que la pérdida de la joven pretendiente fue más una cuestión de orgullo masculino que otra cosa.

Así pues, ambos hermanos pusieron tierra de por medio y dejaron de hablarse hasta el fin de los tiempos. Lorenzo Palacios, que así se llamaba el de mayor espíritu emprendedor, indignado como él solo, no tardó ni un día en coger una escalera de madera carcomida y encaramarse al cartel que había encima de su escaparate. Allí subido, comenzó a liarse a martillazos con la zona del madero donde estaba la letra S de su apellido —ya ves tú qué culpa tendría la pobre—. Y así, según su aplastante lógica, con aquello se cargaba a su hermano del negocio. “Ale, sin la “s” ya no hay Palacios, ahora solo hay un Palacio. ¡Yo!”.

Panadería Palacio.

¡Y punto!

El otro hermano, de nombre Mariano, después de pasar un par de madrugadas barrenando la fachada de la panadería con huevos podridos, volvió a intentar meterse de nuevo en el sector. Pero Lorenzo se había llevado la fama y la lana, así que no le quedó más remedio que probar suerte en otros trabajos, con mayor o menor fortuna.

Fue en mil novecientos cincuenta, con el paso a la merecida jubilación, cuando el patriarca del clan decidió que ya bastaba de madrugarse tanto y dejó al abuelo de David al mando del barco, pasando a llamarse “Pastelería Palacio”, ya que iba más acorde con la nueva línea que el hijo de Don Lorenzo quería llevar en el negocio. Renovación que conllevó un nuevo cambio de nombre, como se ha podido apreciar, aunque esta vez fue sin disputas de por medio. Eso sí, su padre le hizo firmar ante notario que jamás en su vida volvería a reconvertirlo a “Palacios”. Hiciera lo que hiciese, incluso tras su futurible fallecimiento, debía mantener el nombre en singular por los siglos de los siglos.

Amén.

El abuelo —Lorenzo hijo—, como si de una última voluntad se tratase, no puso reparos en dejarlo así. Tonto hubiera sido si no hubiera aprovechado el regalo que le ofrecía su padre sin mayor condición que esa. Además, al fin y al cabo, su tío Mariano no le había caído nunca bien del todo. De pequeño le solía pegar collejas cuando lo veía por la calle. Y maldita sea la gracia que le hacía eso...

Y en esas se vería Lorenzo Palacios, hijo, durante una larga temporada, disfrutando de la prosperidad de su negocio.

Ya en el cincuenta y cinco, unos años después de haberse quedado al frente de él, y con la tranquilidad de ver que funcionaba viento en popa, aprovechó una época de bonanza para coger algunos ahorros y cumplir uno de sus sueños de juventud.

Es por eso que a principios del verano del cincuenta y cinco, aprovechando la temporada estival que siempre era un poco más floja en el negocio, cogió la maleta y se fue un par de semanas a Francia para ver si podía sacar algo de provecho y que pudiera utilizar en su local. Llevaba escuchando las maravillas de la pastelería del país vecino y se moría por conocerlas. Parecía mentira, pero, a pesar de comenzar a marcar ya canas, nunca había salido de Zaragoza. Lorenzo era un hombre ambicioso, y aquello de pasarse los días haciendo pan, bollería y tartas de San Marcos estaba bien, pero quería aprender a hacer nuevas cosas.

La pastelería ya contaba, hasta esa fecha, con bastante presencia en “Palacio”, pero no con la intensidad o la manera que a él le hubiera gustado. No fueron pocas las ocasiones en las que colegas de profesión acudieron a su obrador para contarle lo que se estaba gestando más allá de los Pirineos. Le hablaban de las nuevas técnicas y tendencias que se estaban desarrollando en la ya de por sí avanzada pastelería francesa.

Por eso, habló con su mujer y se marchó. Sin más. Sin pedir permiso y sin mediar más palabras.

Por lo que al negocio se trataba, no le hizo mucha gracia a su esposa; porque su marido, con un carácter bastante terco, había mantenido siempre un control tan autoritario de su trabajo que su mujer ignoraba muchas cosas que se manejaban en el obrador. Ella simplemente se dedicaba al mostrador y a la caja. En cambio, por lo que respectaba a que se fuera de casa durante una temporada, fue la propia mujer la que le hizo rápidamente hasta las maletas, haciendo acopio de suficientes mudas limpias para bastantes días, que conocía de sobra a su marido...

Y es que algunas semanas sin su marido dando la tabarra a todas horas, eran prácticamente unas vacaciones. Así que cogió de la mano a la pequeña Pilarica —la que acabaría siendo la madre de David—, y acompañó a su marido hasta la estación para asegurarse de que no perdía el tren. Lo quería, y mucho, pero le puso un par de bocatas y una botella de vino y le dio el último empujón para que entrara por las escaleras del vagón. ¡Con Dios! Ya volvería, de eso no se iba a librar la mujer.

Y volvió, vaya si lo hizo. Poniendo patas arriba el negocio. Regresó tan encandilado con todo lo que había visto, que no dudó ni un segundo en cambiarle de nuevo el cartel al establecimiento. Sí, otra vez. Ya era todo un experto en eso, lo llevaba en los genes. Seguramente en otra vida fuera decorador o escaparatista más que repostero.

Aquello de “Pastelería Palacio” ya no se estilaba, era demasiado clásico. Ahora, la tendencia era llamarse de un modo más impactante, de manera que el solo nombre del lugar ya fuera un reclamo para entrar. O esa fue la milonga que le contó a su mujer al regresar, que lo vio tan emocionado con el asunto y con tanta alegría de volver que no puso reparos en el cambio. Aunque tampoco hubiera valido de mucho su opinión, la verdad. Al fin y al cabo, lo que a ella le

interesaba es que entrara la gente al local y el dinero en casa, y si él estaba seguro de que iba a ser así, pues bienvenido el cambio. Su marido era tozudo, pero sabía llevar adelante un negocio. No le cabía duda.

Lorenzo Palacios sintió una revelación nada más poner el pie en tierras galas. Aterrizó en la Francia de mil novecientos cincuenta y cinco, justo cuando todo el mundo no hablaba de otra cosa allí que no fuera el accidente de Le Mans que había ocurrido apenas unos días antes, y que se había llevado por delante la vida de más de ochenta personas. Lorenzo, que aquello del francés no lo llevaba muy allá y las únicas frases que se sabía venían de las canciones de Édith Piaf y Charles Aznavour, se comunicaba como podía con los lugareños de Toulouse, el primer destino de su viaje.

Ya allí mismo, en todas las pastelerías que visitaba, se mencionaba siempre un mismo apellido, Lenôtre; y una zona, el norte de Francia. Así que no tardó mucho en coger el petate de nuevo y adentrarse más en el país. El oro dulce no estaba al pasar los Pirineos, sino en la zona de Normandía. Así que se recorrió el país de sur a norte hasta llegar a dicha zona, donde por aquel entonces solo existía un nombre en la pastelería francesa: Gastón Lenôtre.

Por fin, Lorenzo había encontrado el sentido de su viaje.

En aquellas zonas norteñas, todas las *pâtisseries* narraban las andanzas y tendencias de un joven de unos treinta años que estaba revolucionando el sector. No había local que no supiera de este joven, así que allí que se plantó el abuelo de David; dispuesto a aprender de la mano de los más grandes.

Motivado como él solo, viajó hasta Normandía con la idea fija de conocer a Lenôtre, aunque se permitió previamente hacer una breve incursión en el Mont Saint Michel, lugar del que tan bien le habían hablado. Un poco de turismo no hacía daño a nadie, y una tortilla de *la Mère Poulard*, tampoco.

Y así, cuarenta y ocho horas después, encontró por fin al chef al frente de su pequeño local, desde el que ideaba la mejor pastelería conocida hasta la fecha, y en donde Lorenzo Palacios aprendió uno de los grandes secretos que luego se llevaría a Zaragoza, y que no fue otro que el de la delicada mantequilla francesa. Lorenzo quedó muy sorprendido de cómo este ingrediente, utilizado con una mejor o peor calidad, podía condicionar tantísimo el producto final.

Con la fortuna de cara para el viajero, Gastón Lenôtre aceptó a *Laurent* —como el chef lo llamó—, como aprendiz durante cinco días. El aragonés se hizo de querer. Pero sin cobrar ni un mísero franco, eso sí. No pudo sacar nada mejor, pero aquello fue suficiente para él, que estaba encantado de poder trabajar codo con codo con uno de los grandes de Francia y Europa. Durante aquel tiempo, tuvo incluso la oportunidad de compartir alguna cena en casa del chef. Por fortuna, Lenôtre había tratado de niño con familias españolas y conocía algunas palabras, suficientes como para poder comunicarse un poco; con lo que, entre un idioma y otro, se apañaban bastante bien.

A Lorenzo le resultaba muy desconcertante que Gastón se hubiera conformado con aquel local en una provincia tan pequeña. Sin duda, sus creaciones eran dignas de sitios más concurridos. Incluso le llegó a cuestionar por qué no probaba suerte en París, lugar que el chef idolatraba pero que le resultaba de muy difícil acceso. *La Grand Place*, la llamaba.

Cosas de la vida, e información que llegó posteriormente a oídos de Lorenzo —y que quiso atribuirse como mérito propio—, Gastón Lenôtre volaría a París en mil novecientos cincuenta y siete, apenas un par de años después de la estancia de Lorenzo allí con él, obteniendo a partir de entonces el reconocimiento que, sin duda, merecía.

Aquello fue una anécdota que Lorenzo exprimió todo lo que pudo. Su mujer estaba harta de

escucharla. Era siempre lo primero que le decía a sus nuevos clientes y el chascarrillo que su familia tenía que soportar recurrentemente en las cenas familiares. “Si no hubiera sido por mi recomendación, qué hubiera sido de él. Menos mal que le insistí con que se fuera a París. Amasó una gran fortuna gracias a mí...”. Y bravuconerías similares. Cosas de “Palacio”...

Lorenzo regresó de Francia con la sensación de haber hecho bien los deberes. Tomó nota de todo cuanto pudo, escribiendo todas sus anotaciones en tres libretas que protegió con su vida hasta llegar a casa. Según se dice, J.R.R. Tolkien había publicado su trilogía de “El Señor de los Anillos” el año anterior. Para Lorenzo Palacios, la importancia de esas tres libretas se situaba en el mismo lugar dentro de la historia literaria universal. De hecho, siempre las llevaba encima, metidas en el forro de su chaqueta, por si acaso. Era todo un tesoro. “Su tesooroooo...”.

Entre todos aquellos apuntes, había especialmente uno que guardaba como oro en paño. Lorenzo había quedado prendado de una de las creaciones del chef.

El zaragozano, gran amante de la lírica, había quedado maravillado con la tarta Ópera, nombre que recibía en honor a la Ópera Garnier de París. Y aunque nunca llegó a saberse con certeza si esta creación había sido genuina de Lenôtre, a Lorenzo le bastaba. Tenía la receta y eso era lo que realmente le importaba. Así que la adoptó y la convirtió en la nueva creación estrella de su local en Zaragoza a partir de entonces. Manteniéndose todavía en la actualidad. Siendo, además, el principal motivo por el que, en cuanto llegó a su pastelería, agarrara el martillo de nuevo y, como hicieran antaño en la época de rencillas entre su tío Mariano y su propio padre, tirara él mismo nuevamente por tierra el cartel del establecimiento. A partir de aquel entonces, dejó de llamarse “Pastelería Palacio” y pasó a llamarse “El Palacio de la Ópera”. Ahí es nada. Y así reza desde entonces el letrero. Al menos, hasta que alguien llegue y se líe de nuevo a martillazos con él o innove de alguna manera. Y así, hasta llegar a la generación de David Marín Palacios. Su nieto.

El chico siempre había mantenido la convicción de intentar llegar a la universidad, aunque al final abandonara los estudios en bachillerato. Su infancia había sido algo compleja, quizá por eso se había propuesto firmemente alcanzar por méritos propios cada una de las metas que se propusiese. Y, entre ellas, estuvo durante un tiempo la de obtener una carrera universitaria y crear una gran familia a la que poder ofrecerle todo lo que estuviera a su alcance. Objetivos alcanzables a priori, aunque luego la vida le sorprendiera llevándole por caminos que no esperara. Sin acabar bachillerato, su voluntad se desinfló y acabó por mermar las esperanzas universitarias del joven. Decantándose, entonces sí, por la pastelería junto a sus padres. Cambio que al principio cogió con optimismo y mucha ilusión.

Pedro Jesús, el padre de David, tampoco contaba con estudios universitarios. Después de dar tumbos por varias ramas, optó finalmente por dejárselo todo y meterse en el negocio familiar de distribución alimentaria. Sus padres querían que hiciera la carrera de empresariales, pero a él le entraron las prisas por ganar dinero, comprarse un coche y lograr ser independiente; así que, con ese propósito metido entre ceja y ceja, se dejó arrastrar. O solo entre ceja, mejor dicho, porque tenía tan poblado el entrecejo que prácticamente parecía que era una sola, cruzándole la cara de oreja a oreja. Pero no se las quería depilar. “Eso no era de hombres”, decía.

Y así se mantuvo muchos años, dejándose llevar; hasta que, al conocer a María del Pilar Palacios, fue poco a poco metiendo el codo en la pastelería de su suegro, con el que mantuvo siempre una muy buena relación. Con el firme propósito de convertirse, si no en el dueño, sí en la persona que dirigiera la pastelería cuando su suegro la dejara. Otra cosa es que lo consiguiera al final, ya que quedó al mando de su mujer, la verdadera dueña. Así que, viendo que las carreras universitarias no habían sido nunca de su propio interés, a Pedro pronto se le pasó la fiebre de

intentar que David no siguiera sus pasos. A él, con que le dejaran hacer el arqueo de la caja cada día le era suficiente.

Visto lo visto, el planteamiento familiar respecto a su hijo fue meterlo cuanto antes en el obrador; y, en el momento en que se pudiera, lanzarlo al mundo creativo para que aprendiera nuevas técnicas, tal y como había hecho su abuelo en mil novecientos cincuenta y cinco.

Y es que no había manera alguna de haber podido evitar tal presión desde pequeño. El propio abuelo, nada más nacer la criatura, le abrió una cuenta bancaria para tal fin. Aquello era una especie de tradición en esa familia. La condición impuesta era que, cuando tuviera la edad suficiente para ello, se utilizara el importante saldo que contenía para la Escuela que sus padres decidieran, de modo que pudiera seguir su estela. Algo así como una herencia futurible, pues Lorenzo Palacios murió cuando su nieto solo tenía un par de años y no pudo tener mucho contacto con él.

Dicha condición fue el motivo por el que David cogería la maleta y se marcharía rumbo a Yssingeaux, en Francia, para mantener alto el pabellón de la pastelería en su ciudad natal. Pero una cosa es lo que se desea y otra lo que finalmente se consigue; y a veces, los caminos se tuercen sin esperarlo. David Marín Palacios acabó saturándose y necesitó poner tierra de por medio. La pastelería pasó a un plano muy secundario en su vida. Ahora, recorrer ciudades era lo suyo, y en ello estaba en la actualidad.

Miró su reloj y vio que ya era hora de empezar: las nueve menos cinco. Saludó a Molly desde la distancia, cogió su vaso de cartón con el resto de café que le quedaba y se dirigió hacia la puerta.

Salió de *Bobby's Coffee Shop* y echó una mirada alrededor. Acostumbrado a tratar con la gente, se había convertido en un experto antropólogo y con solo un vistazo era capaz de adivinar la nacionalidad de las personas. A pesar de pertenecer a una misma especie, resultaba increíble cómo el aspecto físico, o las modas y las costumbres a la hora de peinarse o de vestir, determinaban a unas nacionalidades respecto de otras. No le costó mucho comprobar quiénes de aquellos viandantes pertenecerían a su grupo español. Echó un ligero vistazo y, tras saludar a un par de guías legañosos como él, cruzó con ellos un par de palabras y echó a andar hacia el punto medio de la intersección entre calles mientras extendía su banderola anaranjada, incorporándose por fin a la fauna laboral de aquella jornada.



Capítulo V

Miércoles, 04 de agosto

Edimburgo, Escocia

—¿Puede haber peor colchón en el universo? —Patricia se levantó con la espalda totalmente agarrotada.

—Yo me hundía hacia el centro —contestó Lucía, a su lado, tratando de activar su móvil.

—Sí, ya lo he notado. Has estado toda la noche pegada a mí, dándome calor.

—Vaya mierda de almohada. —Lorena apareció en escena desde la otra cama—. Es superbajita. Me duele el cuello.

—Y a mí, parecía que estuviera durmiendo directamente sobre el colchón. ¡Eh! —exclamó Patricia levantando las almohadas de su compañera—. ¿Y tú por qué tienes dos?

—Me la puse anoche.

—¿De dónde la has sacado?

—Están en el armario, las vi ayer cuando colgué la ropa en las perchas. Hay más.

—¡Anda que dices algo!

—Eso os pasa por no colgar la ropa en perchas.

—Podías haberlo dicho —añadió Lorena.

—Y yo qué sé si queríais una. Me he levantado al aseo a mitad de noche y la he cogido.

—¿Has sido tú entonces la pesada de la cisterna?

—Yo he sido una vez, pero en la habitación de al lado también se han levantado varias veces, se oye mogollón.

—Mientras no golpeen la pared echando polvos... —dijo Patricia—. Pues hoy pillo una para mí.

—Te aviso que están donde los chinches...

—A la mierda, prefiero los chinches al dolor de cuello. No he dormido nada bien. Por cierto, ¿quién de ahí ha estado roncando toda la santa noche?

—Aquí, la novia. —Lorena señaló a su compañera de cama.

—¿Yo?

—¡Hombre, ya se ha despertado la bella durmiente! —Con el ruido de sus amigas, Noelia dio por imposible el poder seguir durmiendo—. ¡Y tanto que tú!

—Yo no ronco.

—¡No, claro, jaja! ¿No te lo ha dicho tu novio?

—No, la verdad.

—Pues verás tú cuando estrenéis la cama del chalet, lo bien que lo va a pasar con la princesa Fiona por las noches.

—Ya hemos dormido muchas veces juntos y no me ha dicho nunca nada.

—¡Qué bonito es el amor! —exclamó Lucía.

—Eso es porque no convivís todavía. —Patricia apoyó su espalda sobre el cabezal de la cama—. Ya verás dentro de unos meses. Va a pasar de correrse en la almohada, a correrte a almohadazos.

—¡Qué asco! Mi novio no va a hacer eso.

—¿El qué? ¿Lo primero o lo segundo? —preguntó Patricia.

—¡Ninguna de las dos cosas!

—Esta va a follar a través de un agujero en el camisón, ya verás.

—Seguro que en esta almohada sí que lo han hecho —sugirió su compañera de cama—, y más de una vez.

—¡Calla, joder, qué asco me has dado, me voy a la ducha ya! Hoy mismo me compro una almohada por ahí.

Como no podía ser de otra manera, aquel minúsculo baño a compartir entre las cuatro supuso toda una odisea organizativa. No tuvieron forma alguna de planificarse medianamente ni de crear turnos. Quizás lo consiguieran al día siguiente, o seguramente no.

Los minutos se les fueron echando encima. Desayunar y llegar a tiempo al punto de encuentro comenzaba a resultarles una tarea algo complicada de hacer. O una cosa o la otra, así funcionan de serie los periplos vacacionales. Aun así, Lorena, que era la más cuadrículada de las cuatro, las llevaba a ritmo de fusta esa nublada mañana, convirtiéndose un poco en la madre de las otras tres.

—¡Va, nenas, que llegamos tarde!

—Tengo hambre —dijo Lucía.

—Comes algo de camino. Píllate unas galletas de la máquina de abajo.

—Sí, claro. Yo necesito un café.

—Y yo un fisio para mi cuello, pero no hay tiempo. Va, que no llegamos. Te pillas el café de la máquina, y punto.

—¿Habéis visto mi móvil? —preguntó Noelia.

—¿Ese que tienes a medio metro de tu culo?

—Uy, sí.

—¿Qué bolso me llevo? —dijo Patricia sentada sobre el colchón.

—El de tachuelas negras que usas cuando te pones los vestidos de loba —respondió Lorena un tanto desesperada. Tenía la puerta abierta de la habitación desde hacía varios minutos y sus amigas parecían no tener prisa.

—Yo no tengo ningún bolso de tachuelas. Y tampoco ningún vestido de loba, que lo sepas.

—¿Qué bolso te vas a llevar, alma cántaro? Pues ninguno, ayer dijimos que nos apañaríamos con una mochila y que la llevaríamos por turnos.

—Ay, es verdad.

—Y vestidos de loba tienes un par. El naranja escotado, por ejemplo, es uno de ellos.

—Bueno, vale, ese admito que sí que es un poco. Te lo dejo cuando quieras, por cierto.

—Pues ale, toma. Tú eres la primera en llevar la mochila, por hablar.

—No, de eso nada. Yo, luego.

—Después la llenaremos de agua y comida, y pesará más —añadió Noelia.

—Ostras, es verdad. Vale, yo la primera. —Patricia se la arrebató de las manos de su desesperada amiga.

—¡Qué cara más dura tienes! Va, delante de mí las tres ya. Andando, ¡un, dos, un, dos!

Con fuerzas renovadas, salieron a la arteria principal de Edimburgo, que ya hervía de actividad frenética. A la carrera, volvieron a recorrer los metros que las separaban de la Royal Mile, aunque en esta ocasión prescindieron de las empinadas escaleras —con una vez ya bastaba— y optaron por subir hacia la izquierda, pues el punto de encuentro del *Free Tour* se encontraba en la intersección de Cockburn St. con la Milla Real.

—Necesito ir al baño —dijo Lorena, de repente.

—¿Ya? —Noelia la miró sorprendida—. Si acabamos de salir hace nada.

—Sí, ya mismo.

—¿Tanta prisa, tanta prisa y ahora nos vas a hacer pararnos? —añadió Patricia—. ¿No llegábamos tan tarde?

—Ya podías haber ido en el hotel en lugar de esperarnos en la puerta tanto rato.

—¿También te vas a poner de su parte, Lucía? He ido, pero quiero ir otra vez. ¿No conocéis la primera norma escrita de un viaje turístico?

—¿Cuál es? —preguntó Patricia—. ¿Llevarte las toallas del hotel?

—No, esa es la segunda.

—Sorpréndeme, entonces...

—Ve al baño siempre que encuentres uno porque nunca sabes lo que vas a tardar en tener una nueva oportunidad.

—¿Eso quién te lo ha enseñado, tu abuela?

—Sí, tú riéte; pero yo voy a ir, por si acaso. Si no me queréis hacer caso, es problema vuestro.

—Luego meas entre un par de arbustos y ya está. —Lucía le señaló un par de posibilidades cercanas.

—Sí, claro; no tengo otra cosa que hacer. Prefiero mear en una cafetería de estas, que es temprano y todavía estará limpio.

—Llegamos tarde —apremió Noelia—, ¿no puedes aguantarte?

—¡Que es un minuto! Si quieres, ve adelantándote tú y diles que ya llegamos.

—Yo acompaño a Lorena —dijo la pastelera, de pronto.

—¡Ala, otra más! —exclamó Noelia—. Va, entramos a ese Starbucks mismo y meáis todas a chorro, que nos estarán esperando ya.

—¿Vas tú a avisarles, entonces?

—No, que yo también quiero entrar. —La novia se subió al carro.

—¡Joder, estáis dando todas por saco y pensáis igual que yo! ¡Uf, quejarse por quejarse!

—A ver si te crees que nosotras no teníamos abuelas que nos contaran normas no escritas de las excursiones.

—¿Nos dejarán entrar solo al aseo? —preguntó Lucía—. La puerta tendrá código.

—Yo creo que ya no funciona eso de los números —respondió Patricia—. Pero bueno, pillad un botellín de agua y ya está, por si acaso. Con un código, entramos las cuatro.

—¿Las cuatro? —Lorena no estaba muy por la labor de hacer esa maniobra.

—Obvio, ni te plantees hacer más gasto para esto. Tú has querido entrar, ahora te aguantas con nuestras normas.

—Parecéis turistas españolas.

—Y a mucha honra...

Al final, compraron dos botellas de agua, cuatro cafés para llevar, dos croissants de chocolate, una galleta con arándanos y una trenza de nueces y pasas. La exposición de la vitrina de la cafetería había hecho despertar el hambre en todas ellas.

Resuelta la cuestión principal y otras apresuradas labores de acicalamiento frente al espejo, salieron a la carrera con cierta temeridad por si el guía ya hubiera empezado la marcha. De hecho, cuando la primera de ellas llegó al punto de encuentro pudo comprobar enseguida que el grupo ya no se encontraba allí.

—¡Ya no están, se han ido sin nosotras! —dijo Lorena, girando la cabeza.

—Pregúntale a cualquier otro guía —respondió Patricia, que iba tras ella a la carrera—. Tienen que haberlos visto, no pueden estar muy lejos. Quizás no sea este el punto de reunión.

—Es este, estoy segura.

—Va, díselo a ese mismo del paraguas.

—Pero ese hace la ruta en francés, yo no quiero hacer la ruta en francés.

—Que le preguntes dónde se ha ido nuestro grupo, lerda. Solo eso, no te estoy diciendo que vayamos a meternos en otro grupo.

—Ah, claro; voy.

—¡Dios, dame paciencia con esta persona!

Por suerte, el tipo del paraguas les indicó el lugar al que se habían desplazado. Así pues, tras girar la esquina, los vieron finalmente. David había decidido apartarse un poco de la calle principal para pasar lista, hacer la presentación del tour y comenzar la visita tras esperar durante unos minutos de cortesía. Otra de las turistas le avisó de que llegaban nuevas personas a la carrera. Tras girarse, cuando las vio venir, su mirada se fue rápidamente a la última de la fila, que subía sonriendo a la carrera peleándose con el vaso del café, un croissant en la mano y su melena al viento.

La primera en llegar fue obviamente Lorena y su fusta, que se disculpó por la tardanza; y así, hasta Lucía, la última en aparecer, que se abrió camino como pudo entre la gente para presentarse al guía y dar por formalizada su asistencia.

—Y tú debes ser la última que falta —dijo sin necesidad de respuesta—. Lucía Gascón, si no me equivoco...

Lucía se quedó a cuadros. Encajar esa pieza en el puzzle no le fue una tarea sencilla. En tan solo unos segundos, le dio tiempo a verlo, saber que conocía a esa persona, reconocerla al fin; abrir la mochila de recuerdos de hacía un sinfín de años, los buenos y los complicados; y cambiar la expresión de sonrisa por una de sorpresa y apuro.

—¡Ey, hola! ¿Qué haces tú aquí? —dijo ella.

—¿Yo?, trabajar. Más raro es verte a ti.

—He venido con unas amigas.

—Ya veo.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó. Sus amigas no acababan de entender nada—. ¿Y eso que estás aquí?

—Pues ya ves —dijo escuetamente—. Currando.

—¿Pero tú? ¿Eres guía? ¿Qué haces de guía? Tú no eres guía turístico.

El resto del grupo los miraba atentamente.

—Calla, no se lo digas a esta gente, que es un secreto —respondió él con una sonrisa.

—Ay, perdón —dijo, dándose cuenta de que había comenzado una conversación en un entorno poco apropiado—. Ay, sí, sí, esto, bueno, te dejo a lo tuyo, perdón por interrumpir.

David no contestó. Giró la cabeza y se limitó a mirar al resto un tanto avergonzado, tratando de reconducir la situación. Miró su carpeta para disimular y volvió a levantar la mirada al frente. Decenas de ojos esperaban el próximo movimiento, ya fuera del tour o de la conversación entre ambos.

—Bueno, parece que ya estamos todos —dijo, finalmente—. Creo que es hora de ponerse en marcha. Pero antes, para tranquilidad popular, debo aclarar que sí soy guía oficial, por si alguien se había preocupado —añadió, sonriendo al grupo—. En Escocia desde hace un par de años; y en Francia, algunos más. Pero sí, en la vida he hecho otras muchas cosas; aunque dejaremos mi truculento pasado para otra ocasión. —David buscó con la mirada a Lucía, quien se ruborizó y agachó la cabeza, al tiempo que trató de desaparecer de las miradas de los demás—. Tranquilos, solo era pastelero, nada más; algo poco emocionante. Ninguna cosa que pueda convertirse en una leyenda oscura como las que inundan estas calles y que os iré contando a lo largo del recorrido. Así que, vamos a ello, que es lo realmente interesante.

Ella se apartó unos metros y se colocó al final del grupo. Sus amigas, extrañadas, se le acercaron, ávidas de información. Mientras, él comenzó a hablar en la parte delantera, dando por comenzada la visita por las calles de Edimburgo.

—¿Quién es este chico? —preguntó Patricia—. ¿De qué lo conoces?

—Es un antiguo ligue de Lucía —respondió Noelia.

—¡De eso nada!

—¿Es que tú lo conoces? —añadió Lorena.

—Claro, vivía cerca de mi barrio.

—¿En serio?

—¿Tú sabías que era él? —preguntó Lucía, extrañada.

—No, no había caído hasta que se ha puesto a hablar contigo. Al verlo más de cerca lo he reconocido. Hacía mil años que no lo veía, supongo que como tú. Y tampoco podía asociarlo con Edimburgo, por supuesto.

—Ya —respondió Lucía, mirándolo desde la distancia.

—Pues menuda casualidad —dijo Lorena—. ¿Tú sabías que andaba por aquí? —le preguntó.

—¡Qué va! Ya le tenía perdida la pista.

—¿Saliste con ese chico? ¿Por qué no lo sabíamos nosotras?

—No salí con él. No tuvimos nada.

—Porque tú no quisiste —dijo Noelia.

—Por lo que fuera, y ya está. A Patri quizás no, pero a ti sí que te habré hablado alguna vez de él —dijo, dirigiéndose a Lorena—. Es el chico que se vino a Francia conmigo cuando estábamos estudiando.

—¿El pastelero?

—Ese mismo.

—¿Y qué hace de guía turístico? No le debe haber ido muy bien.

—Pues no será porque no tuviera ya el futuro montado —añadió Noelia—. Es el hijo de “Palacio”, una pastelería superfamosa de Zaragoza.

—¡No fastidies! —exclamó Patricia.

—Pensaba que tu pastelería era la mejor de allí. —Lorena echó un nuevo vistazo al guía.

—No, qué va. La de su familia nos pega mil vueltas, tiene más de cien años.

—Pues qué raro.

—Uf, le pasaron mil cosas.

—Y una fuiste tú —añadió Noelia.

—¡Una mierda, de eso nada!

—Sabes que sí. Sabes que se coló por ti y lo pasó supermal. Vamos, eso fue lo que me contaste.

—Pero tampoco fue para tanto. No se fue por mi culpa, tuvo el problema de su madre y eso.

—¿Qué problema? —preguntó Patricia.

—Rollos que se contaban en Zaragoza. Nunca se supo bien la verdad de todo aquello, o al menos yo no me enteré. No me apetece hablar de eso ahora, la verdad. El pobre chico lo debió pasar mal.

—Pues hablas de él como si te pillara de cerca la historia.

—Hace mucho tiempo ya de eso. Me ha sorprendido encontrármelo aquí, la verdad.

—Te has quedado blanca al verlo —dijo Lorena.

—Pues ya ves —añadió Patricia—. Es bastante atractivo.

—Sí, la verdad es que sí que está guapo. Siempre lo fue.

—Tenías que haberte quedado con él en lugar de con el mendrugo de Cristian. —Noelia nunca entendió esa relación pasada de su amiga—. Anda que vaya elección hiciste.

—¿Fue en aquella época? —preguntó Lorena.

—Sí, yo salía con Cristian cuando empecé a tener más trato con él.

—Pues mira, a este no lo conozco. Pero Cristian era un capullo, así que cualquiera hubiera sido mejor que él.

—Este era un partidazo —dijo Noelia—, ahora tendrías los dos pies metidos en la mejor pastelería de Zaragoza.

—¡Oye, que la de mis padres tampoco está mal!

—Ya, pero no me compares. Además, ya no es solo eso; este chico era muy majo. Solo habré hablado un par de veces con él, pero me cayó bien. Qué penita me dio la vez que me contó que lo ignorabas.

—¡Sí, hombre!, ¿te dijo eso? —exclamó Patricia—. ¡¿Cómo eres así de mala persona, Lucía?!

—No rayarme la cabeza, anda; que os estáis montando películas. Nunca llegamos a tener nada. Que podríamos haberlo tenido; pues no os digo que no. Pero aquello se quedó en Francia. Fueron unas semanas de tonto y ya está, cuando volvimos a España todo se enfrió y se acabó ahí.

—¿Tonto? Eso no es lo que me dijiste entonces, recuérdalo.

—No, no quiero recordar aquella conversación. Eso ya es agua pasada.

—Creo que fue algo más que tonto lo que tuvisteis en Francia.

—Lo que pasa en Francia, se queda en Francia. ¿No dicen eso?

—Mira qué lista —cortó Patricia—. Pues nosotras sí que queremos que nos recuerdes esa conversación.

—¡Dios, qué cotillas sois! Otro día; que estamos en el tour y nos estamos perdiendo todo. Esta noche ya os cuento lo que queráis.

La salida de High Street trajo consigo mayores visos de tranquilidad e interacción con el resto del grupo. David seguía a su marcha, enarbolando la banderola naranja que tan poco le gustaba, detallando todo cuanto podía de las diferentes callejuelas. Solo en contadas ocasiones, y por el hecho de que no se le despistara ningún miembro de la expedición, echaba una mirada atrás y las buscaba. En la parte más rezagada, ellas se dejaban arrastrar por la inercia del grupo, aunque se mantenían todavía a una distancia algo separada del resto. Era indudable que la concentración del guía estaba tocada, aunque no dejaba que se le notara. Mientras tanto, el grupo avanzaba siguiendo la estela anaranjada, camino de otra de las paradas de la ruta. Un lugar que conocía muy bien y que veía a diario desde su casa. O sea, desde su wáter, queremos decir: la colina de Calton Hill. Al mostrarles la torre homenaje al Almirante Nelson, le vino a la mente la primera vez que la vio desde el baño de su vivienda. Sin embargo, no se iba a dejar amedrentar por la situación.

Pero sí que le resultaba curioso que aquella loma representara el cambio de rumbo de David; y justo en ese instante, estuviera llevando hacia allí al foco de uno de sus recuerdos más complejos. Y si una cosa le había quedado clara después de reencontrarse con ella después de tanto tiempo, era que la herida no estaba del todo cerrada.

Aquel día podría haber tergiversado fácilmente la historia que estaba contando al grupo; ya que, al parecer, no había conseguido ganar del todo la batalla contra España. Pero tampoco era nadie como para cargarse la historia de todo un país de un plumazo. Total, solamente era un día. Pasaría antes de que se diera cuenta. Y podría seguir haciendo sus rutas como si nada, durante tantas veces y tantos años más. De modo que lo de hoy se quedara en una simple anécdota, como el propio hecho de que aquel sitio fuera considerado en otra época como “la vergüenza de

Edimburgo” y ahora se erigiera como uno de sus lugares más visitados y emblemáticos de Escocia.

La historia era así...

Las intermitentes ráfagas de viento traían olores a metal provenientes de las vías de tren cercanas, así como olores a humedad, campo y aire fresco. Esta sensación fría y viva trajo de vuelta a David desde sus alejados pensamientos. Tras unos segundos de parón en los que trató de reconducir sus pensamientos, y que justificó intentando ajustarse mejor el chaleco, completó la información sobre la zona y los dejó deambular a sus anchas durante algunos minutos. Así podrían dar rienda suelta a su afán de inmortalizar todo con sus respectivas cámaras.

Allí, alejado por unos minutos del grupo, su mente se fue lejos en distancia y tiempo. Se trasladó al Château de Montbarnier.

Y de ahí a París.

Y, de ahí, a todo lo demás...



Capítulo VI

Escuela Nacional Superior de Pastelería
Junio de 2010
Yssingeaux, Francia

Con el equipaje cargado de ilusión, un nuevo grupo de aprendices descargaba sus maletas del autobús que los había traído desde Lyon. Dicho colectivo, formado en su mayoría por jóvenes asiáticos, daba sus primeros pasos ese comienzo de verano en la Escuela Nacional Superior de Pastelería de Yssingeaux. Además de ellos, la nueva remesa también contaba con otro reducido grupo hispanohablante, cuyas familias habían ingresado los casi diez mil euros que costaba la estancia allí. Ese era el desembolso que se debía hacer si te querías inscribir en el campus que la prestigiosa escuela tenía en el Château de Montbarnier. Allí se cursaban estudios de pastelería, ya fuera a través de sus cursos oficiales anuales o por medio de becas y módulos intensivos de aprendizaje, como era el caso concreto, por ejemplo, de Lucía Gascón y David Marín.

Se trataba de una Escuela de Alto Rendimiento donde las metas eran crear panes, soufflés y otras exquisiteces. En su obrador no había cabida para la mediocridad, y así se lo hacían ver a los estudiantes desde el primer día. Se les exigía cierta preparación previa. Ahí no aparecían alumnos sin una base fiable. Y en el caso de los españoles, ambos ya la traían consigo.

Los objetivos estaban claros desde el principio. Desde dar a conocer la más básica formación para crear pan hasta desarrollar técnicas de repostería francesa y tratamiento del chocolate. Además, el esfuerzo económico de las familias también costaba unos cursos intensivos de inglés y francés técnico que completaba la formación de sus alumnos.

Era bien sabido que salir con uno de sus diplomas de formación suponía un espaldarazo importante para la entrada de sus estudiantes al mercado laboral. Ese era el motivo de que acudieran a sus obradores alumnos de todo el mundo, como los que arrastraban ahora su equipaje por el camino de acceso a aquel histórico lugar situado en el Alto Loira francés.

Caminar entre sus olorosas mimosas y la verde campiña llenaba de adrenalina a cualquiera. Incluso se podía percibir el olor a chocolate flotando por los alrededores. La maquinaria tecnológica y humana no paraba prácticamente en toda la jornada. Los dieciocho afortunados tenían claro que no iba a haber tregua en su enseñanza. La exigencia iba a ser feroz, y entregarse al máximo debía ser una premisa para todos.

Tanto para David como para Lucía, las sesiones les resultaban muy entretenidas, liados entre masas madre, hojaldres, chocolates y tartaletas. Las primeras tardes, incluso, solían encerrarse a estudiar, con el objetivo de aprender todo lo posible antes de acabar su estancia allí. Además, también era frecuente que ella pasara horas refrescando los idiomas en la habitación de su compañero. Pues, a la necesidad de pelearse con el idioma francés en casi todas las sesiones lectivas, había que sumar que la mayoría de gente utilizaba el inglés como modo principal de comunicación, y no era cuestión de quedarse al margen del grupo.

Ese fue el primer punto de inflexión en la relación entre Lucía Gascón y David Marín.

Hasta ese día, no eran más que dos jóvenes de Zaragoza que, si bien se conocían porque ambas familias pertenecían al gremio de la pastelería, no habían tenido mucha mayor interacción. Sin embargo, esta dependencia idiomática y la intensidad con que se vivieron aquellas tres semanas apartados de sus vidas cotidianas, provocó un mayor acercamiento entre ambos.

La burbuja de Yssingeaux.

No todo fue aprendizaje intensivo. Alguna tarde solían alquilar bicicletas para dar paseos por la campiña francesa y las grandes extensiones de viñedos que no quedaban lejos de allí. Poco a poco, fueron creando una complicidad entre ellos que iba más allá de lo cotidiano; incrementándose la necesidad de atención de uno por parte del otro. Buscando cada vez más momentos en los que aislarse del resto para compartir tiempo juntos. Sin embargo, había un gran impedimento. Lucía tenía pareja en Zaragoza, un chico llamado Cristian con el que llevaba saliendo cerca de un par de años. Una relación bastante asentada a pesar de la juventud de ambos.

Al comenzar a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, la pareja española se abrió más al resto. Pronto se unieron a un chico italiano que se defendía con el idioma español y a dos chicas provenientes de Méjico y Colombia, respectivamente. Cinco personas que formaron una piña durante el resto de su permanencia en Yssingeaux, tanto dentro de la academia como durante los fines de semana que se escapaban a ver mundo.

Marco Martonelli y su Cinquecento eran un valor que había que preservar a toda costa, aunque los dirigentes de la Escuela no pensaran lo mismo ya que se saltaba las clases cuando le venía en gana. Pero se trataba del hijo de un reputado chef de Milán. Precisamente, una de las personas que más alumnos de aquel país derivaba hacia la Escuela, con lo que siempre se les permitían ciertas licencias a los aprendices que él traía. Y su hijo Marco lo sabía perfectamente y se aprovechaba de ello.

Cada día acudían a los enormes obradores que había en aquellas instalaciones. Allí, chefs consagrados y maestros acreditados ofrecían talleres teórico-prácticos sobre diferentes aspectos de la pastelería francesa. El obrador de granito y acero inoxidable evidenciaba los aciertos y errores de cada aprendiz. La pastelería era una ciencia exacta. Y aunque todos esos jóvenes eran diestros en aquel campo —porque si no, por ahí ni aparecías—, eran más frecuentes los desatinos que los aciertos.

Fueron tres semanas muy intensas. Era inevitable pensar que aquello era una especie de secta dedicada exclusivamente al gremio. En la Escuela, las conversaciones siempre versaban alrededor de la pastelería. Era tan prestigiosa que había preparado a varios de los pasteleros que ahora abanderaban el oficio por media Europa y otras partes del mundo.

A Lucía le apasionaba el concepto de vida en la masa del pan. Desde la primera sesión ya hicieron mucho hincapié en ello, enseñando a tratar el producto como un organismo vivo que había que cuidar con esmero. Le gustaban dichas clases porque, además de producir el pan, le servían de sesión tonificadora muscular. Cada vez que tenía aquellas clases de amasado, acababa con los brazos destrozados. Le encantaba ponerse frente a los moldes para ver crecer la masa. La fermentación primaria le fascinaba. Sería porque había mamado todo aquello desde bien pequeña, pero le parecían hijos recién nacidos que comenzaban a respirar, viéndolos hornear a través de las mamparas de cristal, como bebés a través de una incubadora.

David, por su parte, se entusiasmaba con las técnicas fundamentales de pastelería francesa. Un par de tardes a la semana, les permitían elaborar tartas de manera más libre a modo de experimentación, dejándoles llevarse sus propias creaciones para catarlas después entre todos. Siendo frecuente que se apreciaran bajas sensibles al día siguiente como consecuencia de

aquello. La cantidad de malestares de estómago se incrementaba tras aquellas quedadas. No tardaría mucho el profesorado en percatarse del asunto y en censurar tales reuniones secretas edulcoradas, al más puro estilo “Club de los Poetas Muertos”.

¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!

Tal era su entrega que, cuando los sábados por la mañana obtenían su preciada libertad hasta el siguiente lunes, no tardaban ni un segundo en coger el coche y escapar de allí. Y una de esas ocasiones fue la que llevó finalmente a la pareja a una prueba de fuego que no consiguieron superar.

El punto de no retorno en su relación.

Tras llenar el depósito, Marco apareció tocando el claxon sin parar, con el objetivo de que David, Lucía y Camila, la mejicana del grupo, se subieran a bordo. A los cuatro les esperaba un largo trayecto hasta París. Más de cinco horas que Verónica, la chica colombiana que también se juntaba con ellos, no estuvo dispuesta a hacer ese día y prefirió quedarse estudiando. Aunque no le dijeron nada. De hecho, los demás agradecieron que lo hiciera, porque cuatro personas más las maletas ya era suficiente carga en un vehículo que, a todas luces, no estaba diseñado para aquel tipo de trayecto. Sin embargo, por voluntad no iba a ser. Y allá que se fueron casi sin detenerse hasta llegar a París.

—¿En serio? —preguntó Camila—. ¿Es necesario que siempre que montemos al coche lleves puesta la misma canción?

—Seguro que solo la pone cuando montamos nosotros para fastidiarnos —respondió David.

—¿Qué pasa? *Es una gran canzone: “Azzurro, il pomeriggio è troppo azzurro e lungo per meeeee...”*.

—No cantes, no cantes, que ya nos la sabemos de memoria gracias a ti —replicó Camila—. Que no queremos encontrarnos lluvia en París.

—*Ma no valoráis niente* a Adriano Celentano —se quejó en broma Marco.

—Esto es música de abuelos —dijo Lucía—. Es como si yo te pongo a José Luis Perales.

—O yo a Juan Gabriel —añadió Camila.

—*Io* no sé quiénes son esos *cantanti*. —Marco tenía esa forma peculiar de hablar con el grupo. Ya se habían acostumbrado a que mezclara el italiano y el español a su aire.

—Por eso. Nos estás poniendo música de otra época —dijo Lucía.

—Pero *sicuro* que también *mi piace molto* Perales y el otro cantante.

—No lo ponemos en duda —respondió la mejicana—, eres capaz.

—Si quieres taladrarnos con música en italiano, ponnos a Nek o a Laura Pausini, por ejemplo —dijo el zaragozano.

—Ah, Bella Laura... *Penso* que tengo algo *qui di la bella Laura...*

Atravesar el Parque de los Príncipes con aquel minivehículo era el impulso que les hacía falta para pasar su gran fin de semana. Camila iba en el asiento del copiloto. Era un rumor de sobra conocido que mantenía una relación más estrecha con el italiano. Así que, en la parte trasera del coche, los dos zaragozanos disfrutaban del aire parisino sacando sus cabezas por las respectivas ventanillas, viendo todo lo que les ofrecía la ciudad.

Como no podía ser de otro modo, después de un entretenido día por la capital de Francia, Marco y Camila tenían sus propios planes para la noche del sábado en París: una romántica cena a la que, por supuesto, los españoles no estaban invitados. Sin embargo, lejos de preocuparles, lo entendieron y decidieron buscarse un plan alternativo para esa noche. Pronto comenzaron a barajar posibilidades. Rebuscaron entre panfletos publicitarios que se fueron encontrando y

descubrieron un par de representaciones que cumplían el papel a la perfección. Al final optaron por la ópera “Gianni Schicchi”. Nunca la habían visto y parecía el momento apropiado para ello.

Tras recorrerse las principales calles, a media tarde las dos parejas se separaron y cada una emprendió un rumbo diferente. Marco y Camila desaparecieron cogidos de la cintura por las callejuelas del barrio de Montparnasse, mientras que los otros regresaron al hotel para ducharse y arreglarse un poco.

Pasear por el viejo París siempre resultaba motivador. Pero David, además, parecía tener una conexión especial con aquella ciudad. Caminaba tranquilo, mirando fachadas y rostros de la gente. Difícilmente cruzaba miradas con nadie, los parisinos eran muy reservados. Aun así, disfrutaba sintiéndose entre ellos. Le resultaba muy curioso el acento. Poder comunicarse en diferentes idiomas era un objetivo que siempre le había interesado mucho. Y, además, París escondía misterios que le hubiera encantado descubrir a esas alturas de su existencia. Quizás algún día lo hiciera para poder terminar de colocar ciertas piezas de su vida en su sitio.

Sin tiempo para mucho más, se arreglaron un poco y se fueron hacia el teatro. David decidió adelantarse unos minutos para comprar las entradas. No fue hasta que se vieron ya sentados cuando se sintieron relajados al fin. Encontraron sus asientos con la señal del último aviso antes del comienzo de la representación. La tranquilidad del ambiente comenzó a hacer mella en ella. Apoyó su cabeza sobre el hombro de él y se dejó adormecer por la música. Sus manos se tocaron y se cogieron de manera natural. Se encontraban cómodos y nadie los veía. Pronto se quedó medio dormida en la butaca, David se percató de ello y no quiso molestarla. Habían tenido un largo día y entendía que seguramente necesitara aquel descanso.

Lucía solo reaccionaba de vez en cuando al acabar alguna escena. Los aplausos del público la sacaban de su estado. En esos momentos se reactivaba durante unos segundos, pero no tardaba mucho en volver a cerrar los ojos. A él le hacía mucha gracia aquella situación. Le gustaba tenerla cerca. Lucía se arrebujó contra su hombro y siguió durmiendo a su manera. Y así fue hasta que acabó la función, más de dos horas después; con ella durmiendo agarrada a su brazo como almohada.

—Buenos días, vaya sobada te has pegado. —La cara de sueño y el pelo arremolinado con el que reapareció al encender las luces, le pareció hasta tierna.

—Madre mía, ¿ya ha terminado? No he visto casi nada —respondió, limpiándose la comisura de los labios.

—Ya lo sé, ya.

—¿Cómo acaba?

—Pues no te creas que yo me he enterado mucho. Echa a todo el mundo de las tierras y se queda con todo, o algo así.

—Me la he perdido entera, lo siento, es que estaba cansadísima.

—Tampoco ha sido muy allá, pero las arias sonaban bastante bien. *Oh, mio babbino caro* ha sido espectacular, a mi madre le hubiera encantado.

Lucía ya no soltaría la cara de cansancio hasta llegar al hotel. Se sentía incluso sin hambre, así que abandonaron la idea de acudir a una crepería a cenar. Cogieron un par de sándwiches y dos botellas de agua y se los tomaron por la calle, camino del hotel. El cansancio los estaba venciendo y al día siguiente querían todavía seguir viendo la ciudad, antes de regresar por la tarde a la Escuela.

—¡Venga, va!, ¿esto es en serio? —exclamó David al llegar a la puerta de la habitación.

En un italiano castellanizado, y colgado del picaporte de la habitación de los chicos, había una nota y una bolsa. En la primera, había escrita una curiosa invitación a que aquella noche

durmiera —*per favore*— en la habitación de las chicas, junto a Lucía. Y en la bolsa: un pijama, su cepillo de dientes y unos calzoncillos limpios sacados de la maleta del chico.

—¡Qué detalle! —dijo ella.

—¡No fastidies!

Se miraron en la soledad de aquel pasillo de moqueta verdosa y se sonrieron.

—¿Crees que estarán “dándole” ahora mismo? —preguntó él.

—No, si te parece están comiendo palomitas y viendo la tele.

David golpeó un par de veces en la puerta, al tiempo que les dedicó algunas frases a la pareja.

—¡Para, déjalos en paz, hombre! —exclamó Lucía.

—¡Que se fastidien los tortolitos!

—Déjalos anda, vamos a la otra. Menos mal que Camila me ha dado la llave esta mañana; si no, a ver cómo hubiéramos entrado.

—¿Acaso no piensas que esto lo tenían perfectamente hablado desde esta mañana?

—Pues también es verdad, qué cabrones.

Ahora fue ella la que dio un par de golpes fuertes en la puerta de los chicos. Soltaron unas carcajadas y se alejaron de allí para dejarles la intimidad que necesitaban.

Desde el interior de la habitación, el italiano y la mejicana prestaron algo de atención al ruido exterior mientras se dedicaban a lo suyo, y cuando notaron que les había convencido la propuesta del cambio de habitación, continuaron a su faena.

Al entrar a la habitación se produjo un distanciamiento que no habían tenido en toda la noche. La situación los tensaba y ambos sabían el porqué. Cada cual se dedicó a sus cosas para desconectar de aquel día. Sin embargo, el pensamiento de ambos no estaba a la distancia real a la que se encontraban, sino mucho más cercana. Cada uno se metió en su cama y trataron de enfriar aquello que ambos estaban sintiendo. Además, desde la habitación de al lado no dejaban de oírse chirridos de muelles y golpes contra la pared.

—La va a romper —dijo David de pronto, asustando sin querer a Lucía.

—¿Cómo dices?

—Ahí al lado, que parece que la vaya a romper.

—¿El qué, la cama?

—La cama, o a Camila. A una de las dos.

—¡Qué bruto eres!

David encendió la luz de la habitación y agarró el callejero de París que había cogido en recepción.

—Así va a ser difícil que durmamos. Creo que podríamos pensar lo que podemos ver mañana.

Se incorporó en la cama y puso el plano sobre sus piernas. De repente, Lucía se levantó de la suya y fue a sentarse a su lado. Ambos se recostaron cogiendo cada uno un lateral del plano. Su conversación pasó a un tono más íntimo y silencioso. Sentirse tan cerca, separados simplemente por el tacto del pijama, fue venciéndoles poco a poco. Localizar los Campos Elíseos pasó a un segundo plano. Pronto sus manos se juntaron de nuevo, como en el teatro. Sus respiraciones se acompañaron y sus alientos fueron cada vez más cercanos. Giraron la cabeza y se dejaron llevar por lo que los dos necesitaban y querían. La levadura había ido fermentándose entre ambos. Los hornos alcanzaron la temperatura adecuada y la maquinaria fue amasando lentamente la mezcla con delicadeza y tranquilidad, dando calor y cariño a cada pasada, provocando que el producto final tuviera muy buen sabor.

Al día siguiente volvieron tan satisfechos como cansados. La pareja española no contó nada de lo que había ocurrido durante esa noche, manteniéndolo en absoluto secreto. De hecho, tuvieron

mucho cuidado en hacer el mínimo ruido posible, y pareció haber funcionado. Marco y Camila no se habían enterado de nada. Ya hicieron ellos solos escándalo de sobra. Por lo tanto, las conversaciones durante el regreso fueron acerca de ruidos de muelles oxidados y golpes en la pared de la habitación de los chicos.

Sería cerca de las ocho y media de la tarde cuando vieron en la lejanía la imponente estampa del *Château*, iluminado por las escasas luces de las habitaciones y las farolas que alumbraban la entrada a las instalaciones de la Academia de Yssingeaux.

A partir de ese fin de semana, ya les fue imposible parar a Lucía y a David. Y si bien ya no pusieron el horno en marcha de nuevo a tan alta intensidad, sí que siguieron citándose a escondidas del resto. Lucía sabía que estaba actuando mal ya que en Zaragoza tenía una relación estable, pero se sentía incapaz de pensar más allá y frenarse. Estaba haciendo lo que realmente sentía. Optó por tratar de aislarse de sus propios pensamientos; lo cual no hacía más que volverla más loca. Por su parte, David quería más; y aunque sabía que era algo imposible, en aquella burbuja de Yssingeaux se encontraba muy cómodo. Ya se vería lo que ocurriría más tarde. De momento, con eso le bastaba. Sin embargo, Lucía no lo sentía igual. Comenzó a darse cuenta de que se le había ido bastante de las manos.

Quizás fuera porque veía que la estancia allí se acababa y que pronto todo volvería a la normalidad; pero lo cierto es que comenzó a sentirse cada vez más incómoda. Así que, tras un problema que ocurrió durante uno de los últimos días, quiso cerrar aquello de una vez por todas.

Como si no hubiera pasado nada.

En una de las últimas tardes libres en Yssingeaux, quedó con David para descubrir una cafetería nueva en el centro de la ciudad. No era la primera vez que lo hacían. Sin embargo, ese día algo no salió como estaba previsto y David tuvo que llamarla por teléfono para ver qué ocurría. Llevaba un buen rato sentado en un banco perdido en Rue Alsace Lorraine y estaba cansado de esperarla.

—Hola, ¿qué ocurre? —contestó Lucía tras descolgar la llamada.

—¿Dónde paras? —preguntó él.

—Estoy con Marco. Me ha dicho que iba de compras y me he venido con él —contestó como si nada.

—¿Perdona? —respondió contrariado—. ¿Cómo que con Marco?

—¿Qué pasa, no puedo irme con él?

—Se supone que habíamos quedado, ¿no?

En aquel instante, Lucía sintió que la tierra se removía bajo sus pies y se la tragaba. Se había olvidado por completo de la cita del día anterior.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó—. ¡No me he acordado!

—Ya veo, ya.

—¡Ay!, ¡qué mal me sabe! ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Pues casi una hora.

—¡Ay, madre! —exclamó por no saber justificarse de otra manera.

—Ya decía yo que tardabas demasiado.

—No me he acordado, de verdad, no sé qué decirte. Dile a alguien que te acompañe, por favor. ¡Ay, qué mal me sabe!

—No estoy ya allí. Estoy en la calle, te estoy esperando enfrente de la cafetería. Habíamos quedado aquí mismo.

—¡Ay, Dios!

—Estoy de plantón en medio de no sé ni dónde. ¡Quedamos ayer mismo! Dijimos de vernos en

la cafetería porque antes querías terminar el trabajo de clase. Me dijiste que nos reuniéramos aquí directamente. Ya veo el trabajo que estás haciendo...

—Lo he hecho. He comido con Marco, por eso estoy con él. Hemos terminado el trabajo y ahí ha sido cuando me ha dicho que se venía de compras a Saint Maurice.

—¿Y tenía que ser con él?

—¿A qué te refieres?

—De toda la gente que había, ¿me tienes que dejar plantado para irte con el italiano?

—Perdona, sigo sin entenderte. Eso, o que no me lo estás explicando bien; porque no acabo de verle ningún sentido a lo que me estás diciendo.

Marco no se encontraba muy lejos de allí, pero no estaba al tanto de la conversación. Aun así, Lucía se giró y se apartó un par de pasos para no involucrarlo en el asunto y buscar cierta intimidad.

—Me has dejado tirado. Llevo esperándote una hora. Yo también tenía trabajos que terminar, pero había quedado contigo —dijo, tratando de incomodarla para compensar el fastidio que sentía en aquel instante.

—Y no sabes cuánto lo siento, de verdad, pero ahora ya no puedo hacer nada. No estoy ahí y no me va a dar tiempo a llegar. Te aseguro que si me encontrara en Yssingeaux le diría que me llevara con el coche ya mismo.

—Ya veo. Yo aquí y tú de paseo con el italianito.

—¿Me puedes explicar qué te pasa? —preguntó contrariada—. No es “el italianito”, se llama Marco. Es Marco, nuestro compañero. ¿Desde cuándo es “el italianito”?

—¡Bah, da igual! —contestó airado—. Me tomaré el café yo solo. Tú disfruta de tus compras.

—¿Se puede saber qué te pasa? Parece que estés celoso de Marco.

—¿Celoso yo? ¿Por qué? ¿Qué tontería es esa?

—Pues a eso me refiero, que no le veo el sentido. Ya sé que la he cagado bien. Sé que he olvidado nuestra quedada y sé que llevas un rato esperándome. Mucho lo siento, de verdad. Pero ¿qué puedo hacer yo ahora? Ya está hecho. Lo siento, te lo vuelvo a repetir. No me he venido con Marco para hacerte rabiar, ni para pasar de ti. Me he venido porque se me ha pasado nuestra cita, ya está. Se me ha ido el santo al cielo. Quedamos ayer y he estado muy liada con los trabajos. Hemos comido juntos y me ha apetecido lo de venir de compras. No he pensado más allá.

—No, creo que tú nunca piensas más allá.

—¿Y ese ataque tan gratuito a qué viene?

—Va, déjalo, disfruta de tus compras.

—Mira, pues sí, lo voy a hacer. Total, el daño ya está hecho. Luego lo hablamos si quieres.

—Da igual, no hay nada de qué hablar.

—Sí, sí que lo hay. Yo te pediré perdón luego en persona, pero tú me vas a explicar por qué me has venido con eso del “italianito”.

A David comenzaba a incomodarle aquella situación. Había tirado la piedra y ahora escondía la mano. Comenzaba a entrar en un bucle que no le apetecía. Total, no era la primera ocasión que merendaba solo alguna tarde y parecía que ya se le comenzaba a pasar la rabieta por haberlo dejado tirado. Aunque no se lo iba a decir a Lucía, por supuesto. Prefería mantener su postura terca a dar su brazo a torcer. Ya lo arreglaría después.

—Bueno, me voy a merendar —dijo finalmente—. Ya nos vemos luego en la Escuela.

—Va, luego lo hablamos. No te pongas así, a la próxima te invito yo. Me pondré dos alarmas para que no se me olvide —añadió, tratando de mejorar el ánimo de su amigo.

—No sé, ya veremos —contestó, haciéndose de rogar—. No sé cómo lo tendré, a lo mejor quedo con Verónica.

—¡No me lo puedo creer! ¿Otra vez? ¿Vas a seguir? ¿A qué viene esto ahora?

—¿Qué pasa? Tú has quedado con Marco. ¿Qué hay de raro en que yo quede con Verónica?

—Increíble, me parece increíble. Alucino contigo. Nada, claro que no pasa nada porque quedes con ella ni con ninguna otra persona. Puedes quedar con quien quieras, faltaría más. Como que no pasa nada tampoco porque yo quede con Marco. Vamos, digo yo.

—Va, que tengo que colgar, que ya estoy en la puerta.

—Hablamos luego —contestó sin recibir respuesta alguna.

Lucía colgó el teléfono y se quedó mirando la pantalla durante unos segundos. Los suficientes como para que su compañero Marco se acercara hasta su posición. Aun sin saber de qué iba la conversación, era evidente que su amiga había tenido una charla un poco tensa.

—*¿Tutto bene?* —preguntó el italiano.

—¡Eh, sí! —respondió—. Era David, había quedado con él y se me había olvidado, vaya cagada. Se ha mosqueado porque me he venido contigo.

—Me parece que está celoso.

—¡¿Qué dices?! Es ridículo, eso no tiene sentido alguno. Tú y yo solo somos compañeros, y él...

—Eso son celos. David è *innamorato di te*.

—¡No digas bobadas!

—Te lo digo *io*, que sé *di queste cose*. Sono italiano e bello, recuerda.

—Y no tienes abuela, tampoco.

—¿Abuela? Sí tengo, *la mia nonna* está en Venecia.

—No me has entendido...

Lucía y Marco reemprendieron la marcha por la calle principal y siguieron buscando tiendas a las que entrar. Total, el daño ya estaba hecho.

—Ahora que David *dice che io e te siamo* pareja, ¿puedo cogerte de la cintura *per camminare*? —le dijo mientras la agarraba con su brazo.

—¡Sí, hombre, quita la mano de ahí! —le contestó sonriente, al tiempo que apartaba el brazo de Marco de su cintura—. A mí no me lías con tus artimañas italianas de ligoteo.

—Lástima, a *la mia nonna* le encantarías.

—Qué pesado eres —añadió ella, sonriéndole.

Lucía miró al frente y siguió caminando junto a su amigo. Todavía le costaría unos minutos volver al presente, su cabeza todavía seguía dándole vueltas al episodio inesperado de celos que le había representado por teléfono.

A la vuelta del paseo, quedó con David en los jardines exteriores del recinto. No fue una conversación fácil. Hablaron largo y tendido; y por propia autoprotección, le pidió acabar con aquello que había surgido entre ambos. No era viable continuar con dicha relación en Zaragoza. Su novio, su familia, etc. A él no le quedó más remedio que acatar la decisión de Lucía, aunque sin mucha convicción. Los dos últimos días el ambiente fue muy frío, prácticamente la relación entre ellos fue inexistente. No tenía ganas de verla ni de buscarla. Sentía un poco de rabia por el hecho de que ahora todo se lo estuviera presentando como muy importante, en contra de unos días antes donde todo parecía no serlo tanto. Pero no le quedaba otra, la vida debía seguir para ambos.

Y así acabó su historia en la burbuja francesa.

Tras su regreso a Zaragoza, todavía se mantuvo la llama encendida durante un par de semanas

más, teniendo algún que otro encuentro a escondidas de todo el mundo; pero Lucía se agobió y acabó por cortarlo todo de raíz. Sexo y amistad. David se volvió loco y trató de convencerla. Pero, pese a su insistencia con ella o con alguna de sus amigas, como Noelia, la situación se enfrió tanto que pocas semanas después perdieron el contacto del todo. Él desapareció de escena completamente y ambos emprendieron diferentes caminos.

Sin embargo, desde entonces nada fue igual tampoco para Lucía. A pesar de que nunca se lo contó a su pareja, su sentimiento de culpabilidad fue creciendo y provocó que acabara la relación con su novio medio año después de haber acudido a Yssingeaux. No sentía que aquello fuera a funcionar. Decidió pasar página y abstenerse durante un tiempo de mantener cualquier otra relación. De hecho, a partir de ahí ya no acabó teniendo ninguna que durara demasiado.

Como le ocurrió igualmente a él.



Capítulo VII

Miércoles, 04 de agosto
Edimburgo, Escocia

—¡Hogwarts, es Hogwarts! —exclamó Patricia, de repente.

—¿Qué dice esta ahora? —respondió Noelia.

Tras visitar la colina de Calton Hill, la bandera naranja asomó por Cockburn Street. Y desde ahí, volvieron a cruzar hacia la zona antigua donde atravesaron el cementerio de Greyfriars, con su leyenda del perrito yorkshire Bobby incluida, u otros lugares emblemáticos que no pasaron desapercibidos para la *booktuber*. Y es que en Edimburgo podías encontrar leyendas e historias en cualquier lado.

—Ese edificio de ahí sirvió de inspiración para crear el castillo de Hogwarts —aclaró.

—Ah, ¿sí? Ni idea.

—¡Qué poca cultura friki tienes, Noe! Seguro que no sabías que este lugar es la cuna de Harry Potter. Me habré leído las novelas decenas de veces. Eso es Hogwarts, ¿verdad? —preguntó Patricia girándose hacia David. Aquello hizo que el guía las mirara directamente, cosa que hacía rato que no ocurría. Había vuelto a convertirse en el eficiente guía que llevaba años enseñando la ciudad, y había conseguido olvidarse de quién se encontraba a cola del grupo, luchando también contra sus propios recuerdos.

—Sí, así es. O más que Hogwarts, se trata de un colegio —respondió él, a modo de aclaración general—. Nos encontramos frente a la George Heriot's School, una escuela privada. Se dice que su fachada y, más concretamente, los remates de las torres sirvieron de inspiración a J.K. Rowling para crear el castillo, sí. Aunque nunca he visto aparecer a Dumbledore ni a la profesora McGonagall, y mira que paso veces por aquí...

—Pues estaría guay ver alguna escoba volando —añadió Patricia.

—Sí, no estaría mal. Dicen que los alumnos lanzan a veces libros por las ventanas, pero dudo que sean sobre hechizos o que remonten el vuelo una vez los hayan lanzado. Me parece más bien simples travesuras infantiles. A partir de ahora vamos a encontrar más referencias al universo del mago. De hecho, es la parte del recorrido que más me gusta y seguro que me lo notáis. Libros, películas, lo he devorado todo acerca de la saga. Pronto llegaremos a “The Elephant House”.

—Ahí es donde la autora escribió “la piedra filosofal” —dijo Patricia, al tiempo que otras personas del grupo asentían con una sonrisa. Estaba claro que mucha de la gente que había contratado el tour, lo había hecho para visitar esos lugares tan particulares.

El resto de amigas llevaba un rato sorprendida por la complicidad que había surgido entre Patricia y el guía. Sin embargo, lejos de preocuparse, comenzaron a verlo divertido. Es más, Lucía se encontraba bien, aquella conversación entre su amiga y David le permitía asistir a todo como en una especie de segundo plano. Le resultaba entretenido verlo interactuar con ellas y el resto del grupo mientras pasaba desapercibida entre los demás.

—Sí, eso se dice —respondió el guía a la afirmación de Patricia—. La verdad es que no se sabe

del todo si esa historia es cierta, o si se han aprovechado de la fama de la autora y la novela para crear esa leyenda con el objetivo de darle notoriedad al local. Pero lo cierto es que funciona, tal y como podéis ver allí a lo lejos. Toda aquella gente que está frente al pub está haciéndole fotos a la fachada.

—Yo también quiero ir.

—Es el próximo sitio al que vamos, de hecho —respondió para tranquilizarla—. Estoy esperando que se vacíe un poco. Esto es lo mismo que ocurre en París, no sé si alguien del grupo habrá estado allí, seguro que muchos de vosotros. —Al decir eso, hizo un barrido general con la mirada y sus ojos fueron a parar directamente a los de Lucía, quien sintió una vergüenza terrible y se escondió tras Noelia. Tenía claro que, en parte, ese comentario intencionado iba dirigido a ella—. Si habéis estado en París —prosiguió—, esto es lo mismo que ocurre en el Café de los Dos Molinos, el lugar en el que se grabó parte de la película *Amélie*. Siempre hay mucha gente haciendo fotos.

—¿Pero hay que reservar, o se puede entrar libremente? —preguntó Noelia ante la sorpresa de las demás.

—¿En esta o en la de París?

—En la de París.

—Sí, sí, es una cafetería normal y corriente. Puede que coincida que vayas y no haya nadie. Puedes entrar sin problemas, igual que en esta.

—Es que voy a París de viaje de novios, me caso en unas semanas.

—Ah, enhorabuena —respondió él.

—Seguro que a mi novio Borja le encanta ese sitio.

—Ya está la pesada otra vez... —susurró Patricia a las otras dos, provocando sus risas.

—Seguro. Es muy bonito, tanto la cafetería en sí como los alrededores del barrio de Montmartre. Es un lugar fantástico para una luna de miel o para cualquier escapada de enamorados.

Al escuchar esto, Lucía volvió a sentirse protagonista y bajó su mirada, lejos del alcance de David. No es que se sintiera incómoda, pero le fastidiaba la serie de leves puñaladas maliciosas que sentía que él trataba de meterle a modo de juego entre pregunta y pregunta del grupo. Como si estuviera por encima de la situación. Y eso, de pronto, le fastidiaba.

Poco a poco fue creciendo en su interior una necesidad curiosa de saber de él. Lo necesitaba, era un poder que crecía a cada minuto que pasaba. Y si ella hubiera sido de otra manera, pues lo hubiera dejado pasar. Pero se conocía bien y sabía que eso no era posible. “Necesito hablar con él”, se dijo para sí mientras sus amigas fotografiaban todo cuanto podían.

La mañana fue avanzando sin que se dieran cuenta. Borear la catedral de St. Giles o atravesar el callejón de Mary King eran lugares emblemáticos que no se podían desperdiciar allí. No había duda de que David había aprovechado los años en aquella ciudad, ya que bordaba las historias como si fuera autóctono. Acostumbrada ya a verlo ahí, Lucía comenzó a preguntarse cómo le habría ido durante el tiempo en el que perdieron totalmente el contacto. A medida que escuchaba cada una de sus anécdotas, le venían más y más preguntas.

Cuando cruzaban sus miradas, instantáneamente ella la desviaba hacia otra persona. En esos momentos, él aprovechaba para observarla entre la multitud. Estaba cambiada, más adulta. Ya no tenía el cuerpo adolescente que él recordaba, pero la veía muy bien. Con el pelo algo cambiado y las facciones más duras; pero no había duda, era la misma chica de la que él se enamoró perdidamente. Con la misma mirada y con la misma manera de frotarse el dedo índice con el pulgar cuando estaba nerviosa, cosa que hacía cada vez que él la observaba de reojo y ella se

percataba.

Saltando entre historias y curiosidades llegaron hasta las inmediaciones del Castillo de Edimburgo, la imponente fortaleza que se erigía en lo alto de un cerro y donde pudieron disponer de algo de tiempo libre antes de concluir la visita. David recogió las entradas a aquel recinto y se las fue dando a cada miembro del grupo. Al llegar a las chicas, fue Lorena la encargada de recogerlas.

—¿Todo bien? —preguntó conforme le daba los cuatro tickets.

—Sí, nos está encantando todo —contestó. El guía parecía tener una segunda intención con su pregunta, así que insistió en ello.

—¿Cómo va tu amiga? —añadió—. La he visto un poco nerviosa.

Ahora sí, Lorena pareció entender la indirecta.

—Ah, sí. Todo está en orden. Se ha alegrado mucho de verte. Y Noelia también.

—¿Sois amigas desde hace mucho? —preguntó—. Me parece raro que no nos hayamos visto nunca.

—Sí, desde hace años; pero yo no soy de la capital, sino de Daroca.

—¿Dónde para eso?

—Casi en Teruel. Por eso no quedamos tan a menudo. Pero vamos, que había oído hablar de ti.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendido.

—Sí, bueno. —Lorena intuyó que se estaba metiendo ella solita en el barro—. Pero no mal, o sea. Eso fue hace bastantes años. De hecho, me lo han tenido que recordar.

David comprendió en aquel momento que todas las cartas se encontraban ya sobre la mesa. Ya no servía de nada esconder la mano.

—Ya veo. Solo dile que no quiero incomodarla. Que me vea simplemente como el guía de la excursión. Esta tarde desaparezcó de escena y ya está. En cualquier caso, si necesitáis algo, me lo pedís, ¿de acuerdo? Espero que estéis disfrutando del tour.

—Sí, sí, mucho. Nos gusta mucho cómo lo estás explicando. Seguro que luego te dejamos una buena propina. —Lorena le guiñó un ojo.

—Así me gusta, que seáis buenas clientas. Te tomo la palabra. Muy bien, pues tomad los tickets. Voy a dejaros un rato para que visitéis el castillo a vuestro aire.

—Gracias.

Tras esto, él siguió a lo suyo, concertando la quedada posterior para una media hora después en un lugar concreto de aquella fortaleza. Después se apartó del resto y se dirigió a un puesto en el que servían cafés para llevar. Del mismo modo, el grupo se dispersó, quedándose solo y apartado, haciendo como que llamaba por teléfono mientras que con el rabillo del ojo veía alejarse a las cuatro chicas. David las siguió con la mirada. No quería hacerlo, pero un nerviosismo incipiente lo había cubierto al descubrir que todas las chicas conocían su historia con Lucía.

Ahora, libre de su rol de guía por unos minutos, sus ojos parecían obligarle a buscarla de nuevo entre toda la marabunta de gente que se acumulaba en la entrada. Así, las vio llegar a la puerta y entregar los tickets. Aunque, justo antes de entrar, ella se giró y él pudo ver claramente cómo lo buscaba con la mirada. Hasta que lo encontró. No fueron más que unos segundos, pero esta vez no bajaron la mirada ninguno de los dos. Fueron cinco largos segundos. David, a modo de saludo, levantó el panfleto publicitario que llevaba en una de sus manos. Aquello pareció cortar la línea de visión entre ambos. Lucía se ruborizó, miró al frente y cruzó el portón agachando la cabeza de nuevo para tratar de volver a la realidad. Pero él ya estaba ahí, sobre la puntera misma de sus zapatillas converse negras que miraba por vergüenza. O en cada adoquín pétreo que

pisaba. Ahí estaba su imagen reciente, él estaba de nuevo ahí.

La visita terminó en la plaza de Makar's Court, justo enfrente del Museo de los Escritores. El guía se relajó al fin, había cumplido su cometido con excelente nota. De modo que la gente se lo agradeció enormemente, chicas incluidas; siendo Noelia la que se lo agradeciera en nombre de las cuatro. Ahí aprovechó para hablar unos segundos con él. También hacía muchos años que no se veían.

Un par de personas se le acercaron solicitando información acerca de sitios para comer. Al verlo tan ocupado, Lucía no quiso entretenerlo más; o esa excusa puso.

—Me ha gustado verte —le dijo escuetamente al pasar por su lado. En esos momentos no le salió nada más.

El guía, entretenido con la otra conversación, giró la cabeza hacia ella y se despidió también de manera rápida.

—Ah, y a mí. Pasadlo bien en la ciudad.

Y eso fue todo.

En cierta manera, David agradeció perderlas de vista. Deseoso de normalidad, replegó su banderín, se ajustó el chaleco contra el pecho y comenzó a caminar cabizbajo hasta desaparecer por una callejuela. El ambiente estaba húmedo, chispeaba levemente y animaba a salir pronto de allí. Al día siguiente tendría un nuevo grupo, a la misma hora y por los mismos lugares. La vida seguía su curso.

En condiciones normales, acabaría la jornada con su típica quedada de guías donde se contarían cómo les había ido. Últimamente se había estado planteando algunos cambios para el futuro. Y uno de ellos, el que contaba con mayor fuerza, era el de crear una agencia propia. Aquellas sesiones vespertinas bañadas entre pintas de Guinness y patatas fritas junto a Germán y otros compañeros, le habían servido para tejer la posibilidad de crear dicha empresa. Sin embargo, problemas burocráticos frenaban de momento la nueva aventura. Era por eso que en sus planes inmediatos no valoraba otras posibilidades que seguir investigando la parte norte de la isla. O quizás pasarse a Irlanda para cambiar de aires laborales, pero poco más.

Pero hoy su ánimo se había resentido y dudaba entre acudir o no. Se sentía un poco fastidiado por sentir aquello; pero sabía de sobra a qué se debía su sensación. Pensaba que lo había superado, pero le había quedado claro que no era del todo así.

Fue directamente a su pequeño piso de Leith Walk. Ya pensaría más tarde si ir o no a tomar ese par de pintas. Todavía tenía margen de tiempo para decidirlo. No es que ahora tuviese muchas ganas; pero al menos, intentaría hacer el esfuerzo. Comería algo, descansaría un rato y se lo pensaría. Quizás, tomar un bocado y un par de cervezas le sentara bien. Tal vez el alcohol ahogara sus penas de aquel día. O, en cambio, se las acrecentara todavía más, quién sabía.

Por su parte, las integrantes de la “Comunidad del Anillo”, después de la visita al museo, acabaron en una hamburguesería temática a la que Lorena quiso llevarlas.

—¿Dónde nos has traído? —preguntó Lucía mirando a su amiga.

—¿No os gusta? —respondió—. ¡Este sitio es la leche!

—Me da grima.

—Encima que os traigo a pubs molones...

—¿Es Frankenstein? —preguntó Patricia.

—¡A que mola!

—¿Nos has traído a una hamburguesería de Frankenstein? —preguntó Lucía, visiblemente cansada—. ¿Es en serio? ¿Para eso nos has hecho patear tanto?

—¡Está guay! —dijo Patricia, observando la fachada.

—¡Que mola un montón, en serio, esperad a entrar! —dijo mientras abría las puertas del local. Al hacerlo, la música las golpeó con fuerza. Sin esperarlo, se vieron inmersas en el último local al que hubieran pensado acudir en Edimburgo—. ¡Bienvenidas al Frankenstein Pub! —añadió.

—¿Dónde nos has metido? —preguntó Noelia—. Mientras lo decía, era incapaz de dejar de mirar alrededor. Las pantallas proyectaban imágenes de hombres-lobo. Las luces centelleaban por todas partes y la música reverberaba entre tumbas y objetos de laboratorio.

—Va, pidamos una mesa —dijo Lorena.

—¿Es en serio que nos vamos a quedar aquí? —cuestionó Lucía—. No oigo un carajo con la música tan alta.

—Sí, sí, nos quedamos —respondió Patricia—. A mí me mola el rollo. Frankenstein es uno de mis libros favoritos.

—Pues espérate a que aparezca dentro de un rato, que vas a fliparlo.

—¡Sí, hombre! —contestó Patricia mirando hacia el techo.

—Va, pillemos una mesa. Es esto o salir a patear las calles de nuevo hasta encontrar otro sitio. Nos hemos alejado un poco del centro para llegar hasta aquí.

—No, por Dios, eso sí que no —contestó Lucía—. Tengo los pies hechos polvo. Nos quedamos, definitivamente. Me voy a quitar las zapatillas en cuanto me siente.

—Va, friki —añadió Noelia—, dile a la camarera que nos dé una mesa.

—Aquí no vas a traer a Borja, ¿verdad? —le dijo Patricia.

—No, ni de coña. No le gustan las películas de miedo, dice que luego no duerme bien. Hasta los veinte años o así, dormía con una lamparita de Peter Pan encendida porque le da miedo la oscuridad.

—¡La Virgen! —respondió Patricia—. Hay cosas que da igual si no nos las cuentas...

Sin duda, aquel lugar era puro espectáculo. No les fue difícil relajarse y desconectar, al tiempo que probaban alguna de las insanas especialidades que servían. Y allí mismo, por fin, pudo Lucía poner al día a sus amigas de todo lo que había supuesto ese guía en su vida; y por qué nunca había querido hablar de esa parte de su pasado, anterior a los años en que todas ellas se conocieron. Pero como la música estaba tan alta en el Frankenstein Pub, esa parte de su vida no salió de aquella reunión. Y si acaso alguien la escuchó, fue la figura del monstruo que subía y bajaba desde una plataforma sobre sus cabezas. Pero este, seguro que no se iba a ir de la boca. En cualquier caso, insistió en que aquello eran historias del pasado. El día siguiente traería consigo nuevas visitas a la ciudad y podría olvidar el reencuentro.

Aunque otra cosa es que lo consiguiera.

O quisiera hacerlo.

O lo fuera a hacer de verdad...

—Me va a matar la comida esta. —Patricia se echó las manos al estómago nada más salir por la puerta del pub—. Si sigo comiendo hamburguesas, petaré. Os lo juro. Hoy ceno infusiones.

—Yo necesitaré un par —dijo Lucía.

—Sí, tú vas a dormir bien. Has tenido un día movidillo.

—No sé yo, todavía llevo la cabeza un poco aturullada.

—No le des más vueltas —dijo Lorena—, ya ha pasado. Después de hoy, seguro que ya no vuelves a verlo más.

Por toda respuesta, Lucía le sonrió. Sin embargo, en ese instante se hizo la gran pregunta: ¿Era eso lo que realmente quería? Ahora que había vuelto a cruzarse con él, ¿era bueno volver a perderle la pista? ¿Y si el destino la había llevado de nuevo hasta él por algo? ¿Era posible una relación cordial entre ambos? Al fin y al cabo, se fue él; ella nunca quiso que se marchara de su

mundo.

Su amiga Noelia supo leer en los ojos de su amiga. El silencio de su respuesta fue muy revelador. Se le acercó y la rodeó con su brazo. Juntas, avanzaron durante un rato siguiendo la estela de las otras dos.

—¿En qué estás pensando, Luci?

—Nada. En nada, de verdad —contestó sin dar más explicaciones—. Solo estoy cansada. Necesito desconectar en el hotel, quizás me dé una ducha.

Su amiga no le pidió más explicaciones. Caminaron así el resto del trayecto hasta llegar a su guarida edimburguesa. Sin embargo, Noelia la conocía de sobra. Sabía que continuaba dándole vueltas al asunto y que no iba a ser capaz de conciliar el sueño. Por mucho que Lucía quisiera suavizárselo, ella conoció de primera mano la realidad de aquella relación pasada.

Por consenso, decidieron no madrugar a la mañana siguiente, ningún despertador iba a sonar antes de las nueve y media. Así que, en cuanto la secuencia de baños y rutinas fue amainando, cada una fue desapareciendo bajo la tenue luz de sus pantallas. Pero cuando el día parecía haber acabado por fin, Noelia Montes tenía un último acto preparado.

—Tengo hambre —soltó de repente, encendiendo la luz de la habitación.

—¡Ey, apaga la luz! —respondió Patricia con un claro gesto de incomodidad en sus ojos.

—Me apetece comer algo —continuó.

—¿Ahora? —respondió Lorena a su lado—. ¿Cómo vas a tener hambre si te has comido la bestialidad de hamburguesa esa?

—Pues tengo hambre.

—Duérmete ya y verás como se te pasa el hambre.

—¿Eso qué es?, ¿otra norma escrita en el libro del buen viajero? —preguntó Lucía, sonriendo.

—Que no, que tengo hambre.

—Creo que tengo galletas saladas dentro de la mochila. —Lucía hizo el amago de palpar su bolsa sobre la mesita de noche.

—Me apetece algo dulce.

—Tómate un sobre de azúcar de esos de la mesa —dijo Patricia.

—Que no, que quiero algo de la máquina de abajo.

—¡¿De recepción?! —exclamó Lorena—. ¿Estás loca? ¿Vas a ir hasta allí ahora?

—Sí. Luci, ¿me acompañas? —Por fin había podido meter la cuña que buscaba.

—Ni de coña, yo paso.

—Va, baja conmigo, que no quiero ir sola.

—Que no. Además, si ya vas con el pijama. ¿Dónde vas así? ¿Te vas a vestir y todo?

—Nos ponemos la chaqueta y ya está. Si no nos va a ver nadie. Va, vente.

—Sí, claro. Que no, que paso. Que vaya Patri.

—¡Unas narices! —contestó la otra—. Te ha dicho a ti, ve tú. Eres su amiga favorita, te ha elegido a ti.

—Yo no soy su amiga favorita.

—Esta noche, lo eres.

—Luci, va, acompáñame a la máquina —dijo, endulzando la voz. En ese momento, Lucía miró a su amiga y vio cómo esta le hacía un gesto con la cabeza. Al mismo tiempo, los labios de Noelia se movieron de manera que pronunció un entendible “vamos a hablar” que no produjo ningún sonido pero que pudo leer perfectamente.

—¿Tiene que ser en este momento? —respondió en voz alta.

—Sí, va; que no quiero ir sola. —Lucía entendió por fin a qué se debía todo aquel teatro.

—¡Dios, espero que le hagas exactamente lo mismo a tu novio cuando te quedes preñada y te entren los antojos! —dijo, saliendo de manera airada de la cama y poniéndose las zapatillas—. Si no volvemos en diez minutos, salid a buscarnos por si nos han raptado.

—En diez minutos estoy durmiendo ya, guapa —contestó Patricia con los ojos cerrados—. Iría Lorena.

—¡Sí, claro! —exclamó.

—Si hay que hablar en inglés con la policía, tú eres la que mejor se apaña.

—Va, daos prisa en volver —añadió desde la otra cama—. Y cuando vengáis de vuestra ridícula incursión nocturna, no haced ni un ruido, que nos conocemos.

A regañadientes, Lucía abandonó la habitación junto a su amiga, tratando de no hacer mucho ruido con la puerta. Se cerró la cremallera de la chaqueta y rezó porque nadie las viera por los pasillos con esas pintas.

—Va, ¿qué quieres? —preguntó—. ¿Qué te pasa?

—A mí nada, la cuestión es qué te pasa a ti. No se te va de la cabeza, ¿verdad?

Había caído en la trampa.

—Tía, es que no sé. Hay algo que... Son muchos años y... No sé... Uf, estoy hecha un lío.

—Es un caso no cerrado.

—Exacto. Cuando se fue, me quedé con mil preguntas por hacerle. ¿Sabes la sensación esa de que no sabes qué decir y luego, minutos después, se te ocurren mil dudas que preguntar?

—Ya veo.

—Pues eso me está pasando. David se fue y me quedé muy dolida.

—Creo que se lo dejaste muy clarito.

—Ya, pero si me hubiera dado un poco más de tiempo...

—Eso hubiera sido egoísta por tu parte, ya estuvimos hablando de eso.

—Ya, pero no era todo tan así. Tenía que ser ya o ya. Y así no podía ser. Y ahora me lo he encontrado y, al principio no, pero luego se me han ido ocurriendo cosas que preguntarle. O simplemente, quería saber qué había sido de él, pero no era ni el momento ni el lugar.

—Y te has quedado con la misma sensación que entonces.

—Eso es. ¿Me voy a quedar otra vez con las ganas de hablar con él todo lo que necesito?

—¿En serio crees que es necesario a estas alturas?

—Para mí sí.

—¿Y para él?

—Pues no lo sé, quizás no. Seguramente, no. Pero a mí sí que me gustaría.

—Pues va a estar difícil la cosa, ha vuelto a desaparecer de tu vida.

—O no.

—¿Cómo que no?

—Está aquí en Edimburgo. No se ha ido para siempre.

—¿Pero tienes manera de localizarlo?

—No, en principio...

—Y en final, digo yo. No tienes ni idea de dónde vive.

—O sí.

—¿O sí? ¿Sabes dónde vive?

—No, eso no.

—¿Entonces?

—Pero sé dónde trabaja.

—Sí, en cualquier calle de todo Edimburgo.

—Ya, bueno...

—¿Qué tramas, Lucía?

—Y si... He pensado que, si vuelvo mañana al lugar del tour, puede que me lo vuelva a encontrar.

—¡Sí, claro! ¿Tú sabes la de peña que había esta mañana? ¿Y la de guías turísticos que habrá?

—Sí, pero si él no está, quizás haya alguien de su empresa y me pueda dar su teléfono o algo, ¿no?

—Ya se lo podías haber pedido esta mañana.

—Ya, tía. Pues no he caído, y mira que he tenido oportunidades.

—Puf, no sé si me parece una buena idea. ¿Y vas a ir tú sola?

—Sí.

—¿Cómo te vas a ir tú sola? ¿Te acompaño?

—No, no, que va.

—Ya, si entiendo que yo no pinto nada allí. Quieres hablar tú a solas con él.

—Ya, por eso necesito ir sola.

—Me parece una idea horrible que no sé si te va a salir bien.

—Ya, pero es lo que había pensado.

—¿Sabes qué pasa? Que sé que me lo estás contando como propuesta, pero ya lo tenías decidido de antemano. —Lucía contestó con una sonrisa—. Tú ya sabías que ibas a ir de todos modos.

—Sí. Ya tenía previsto salir mañana temprano sin decíroslo.

—¡Sí, hombre!

—Sí, lo iba a hacer. Pero bueno, mejor si te lo digo a ti. Así sabrás dónde estoy por si las demás preguntan.

—Joder, qué papelón me dejas. ¿Y yo no puedo decir nada?

—No sé, me da igual. Tampoco me importa mucho. Es que me da vergüenza lo que voy a hacer, es como de niña pequeña.

—Pues sí, la verdad es que sí.

—Si te preguntan, pues se lo dices y ya está. Puede que vuelva antes de que os hayáis despertado.

—Con razón has dicho lo de no madrugar mañana...

Noelia abrazó a su amiga. En aquel instante se dieron cuenta de que ni siquiera habían entrado al ascensor para bajar a recepción. Se habían mantenido en todo momento en el pasillo de su planta.

—Espero que tengas suerte y lo encuentres —añadió.

—Yo lo voy a intentar. Si no tuviera esa vía para tratar de hacerlo, sé que no podría dormir esta noche.

—Ya, eres así de neurás. Te conozco bien.

—Así, focalizo el problema y lo atajo antes.

—¡Qué rara es mi mañica! —le dijo, dándole un beso a continuación—. Pero, ¿cuál es la idea? ¿Volver a tener algo con él?

—¡No, no, no!, ¡qué va!, ¡qué va! Ni mucho menos, eso ni de coña. Solamente quiero saber cómo le ha ido todo este tiempo.

—¿Pero no habías dicho esta mañana que no había sido tan importante para ti?

—Ya, eso he dicho.

—Entonces te gusta.

—No sé, no diría eso. Solo tengo curiosidad por saber de él.

—Luci, no me vuelvas loco al pobre, ¿eh? Que él tiene su vida aquí montada y seguro que lo último que necesita es que vengas tú ahora a marearlo de nuevo.

—Ya, no, no. Todo será muy *light*.

—Muy *light*, dice. Sí, ya veremos qué nos cuentas a la vuelta. —Noelia abrazó de nuevo a su amiga.

—Bueno, qué, ¿vamos a por el chocolate que querías?

—¡Qué va, tía, si he cenado como una cerda!

—Ya me extrañaba a mí. Entonces, ¿podemos irnos ya a dormir o quieres pasear más tu pijama de Nemo?

—Sí, va, vámonos a dormir, que mañana tenemos la subida al monte ese. No le digas nada a Lorena, pero su *planning* de la despedida me tiene reventada. Nos lleva a todos lados a todo tren.

—Es que quiere que veas muchas cosas y te lo pases bien.

—Ya, tía, pero no es necesario ir a ese ritmo militar al que nos lleva.

—Al final vamos a echar de menos el no haber ido a Punta Cana a tumbarnos a la bartola y a beber piñas coladas.

—Un poco sí, pero no se lo digas a Patri, que se crece...

—¿Yo? Ni de coña. ¡Edimburgo *Forever*!

Con mucho cuidado, entraron a la habitación sin despertar a las demás. Tiraron las chaquetas sobre una silla y se dirigieron a sus respectivas camas. En la quietud de la noche, un sonido constante rompía el silencio emergiendo desde la garganta de Lorena.

—Mira la hija de perra —susurró Noelia—, con que la que roncaba era yo... Verás tú cuando se despierte mañana, se va a enterar.

—Métele un almohadazo, eso funciona —respondió Lucía.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Te vas a poner la alarma muy pronto? —preguntó Noelia antes de girarse hacia la roncadora.

—No sé, a las ocho y diez o así. Lo pondré en vibración y así no os enteraréis.

—Lleva cuidado si no te veo mañana.

—Que sí, Noe; que solo voy a hablar con él un rato y me vuelvo. No va a pasar nada de nada, todo irá bien.

—Eso espero. A la vuelta me cuentas. Buenas noches.

—Sí, sí, claro. Buenas noches.

Bastante más relajada después de la conversación, Lucía sintió que iba a ser capaz de descansar mejor. Así acostumbraba a solucionar muchos de sus problemas, simplificándolos a lo más importante para encontrar las soluciones. La cuestión era que esta vez, el problema en sí, se lo generaba un chico que la conocía como la palma de su mano. Alguien que conocía sus debilidades, con lo que no era capaz de evitar sentir cierto miedo ante el posible encuentro del día siguiente. Pero tenía circunstancias que aclarar todavía y estaba decidida a hacerlo, a pesar de ser una idea tan descabellada como poco lógica. Pero a veces, lo necesario y lo poco lógico van de la mano. Debía verlo de nuevo, tenía que quedar con él. O, al menos, intentar tener un rato a solas con David. Quizás un simple café sería suficiente para aclarar ciertas cosas. Para darle un final con sentido a una parte de su vida que no supo cerrar adecuadamente. Necesitaba saber qué había sido de él y qué pensaba después de todo aquel tiempo que había pasado.

Antes de poner la alarma, localizó a través del buscador del móvil la empresa de tours y

comprobó que había un recorrido similar que comenzaba a la misma hora. Era todo lo que necesitaba saber. La suerte estaba echada. Y así, pensando que probablemente fuera la peor idea del mundo, fue como por fin, por mucho que fuera impensable, Lucía calmó el ansia de su pecho y pudo conciliar el sueño.

Aquella noche soñó que era más joven y que podía volar sobre lagos de chocolate en los que vivían monstruos de largos cuellos. Y que surcaba los cielos por encima de castillos franceses en los que hombres con falda recorrían la verde campiña como pequeñas hormiguitas. Pero no volaba sin más, lo hacía dentro de un coche muy pequeño, que parecía un horno de pan, junto a David y el resto de los amigos que hizo durante el verano francés de dos mil diez. Fue un sueño muy extraño, pero muy muy feliz.

Sin duda, la pesada digestión de las hamburguesas del Frankenstein Pub también tendría algo que ver en ello...



Capítulo VIII

Jueves, 05 de agosto
Edimburgo, Escocia

El teléfono móvil de Lucía activó finalmente su plan a las ocho y cuarto de la mañana. Tal y como había previsto, se despertó ella sola. La almohada era tan blanda y estaba tan chafada que la vibración le golpeó prácticamente en la cara. El zumbido llegó de inmediato a los oídos de la chica, quien se deslizó entre las sábanas con mucho sigilo y se acercó cuidadosamente al baño. Como no quería molestar a las demás, sobre todo a las dos que no sabían nada de su escapada secreta, agarró la ropa del día anterior, que tenía tirada a los pies de la cama, y se la puso rápidamente en el baño con la única luz de la pantalla de su teléfono.

Aquello no era de su agrado, pero para que su plan funcionara, era necesario no rebuscar entre las maletas ni en las perchas en aquel momento. Además, su idea era acudir a buscarlo y regresar con rapidez a la habitación de nuevo. Estaba claro que luego tendría que dar mil explicaciones, pero prefería darlas a la vuelta, y no antes de salir de la habitación.

Se sorprendió de la ligereza que había mostrado, para ir a trabajar no era tan veloz. No hacía ni diez minutos que se había levantado de la cama y ya se disponía, chaqueta en mano, a abrir el picaporte de la puerta. Pero, de repente, se sobresaltó cuando alguien tocó su hombro.

—¿Dónde vas? —preguntó Patricia con un ojo entreabierto.

Al girarse, vio a su compañera medio dormida, en una especie de trance somnoliento. Parecía una aparición fantasmal, con los pelos revueltos sobre la cara y un pijama totalmente blanco que le recordaba a las películas asiáticas de terror.

—No es nada —susurró la escapista—, vuelvo ya, vete a la cama.

—¿Vas a por chocolates a la máquina de abajo? —preguntó medio grogui.

—No, voy a bajar a recepción para decirles que no va el agua caliente. —Lucía improvisó esa respuesta para salir del atolladero.

—Ah, qué rollo —contestó sin saber muy bien qué le había dicho su amiga.

—Va, vete a la cama, anda; que vuelvo enseguida.

—Iba al aseo, me meo mucho —dijo, rascándose la cabeza—. Pero el agua caliente no va, ¿no?

—Para eso no te hace falta. Anda, ve al baño y vuélvete a la cama, que todavía es muy temprano.

—Vale, mamá —dijo, dirigiéndose hacia el cuarto de aseo—. ¿Me traes chocolates de la máquina? —añadió todavía con los ojos cerrados—. Me apetecen Lacasitos.

—Aquí no hay Lacasitos. Luego nos compramos algo para desayunar, ¿vale? Vete a dormir, que subo ya.

Cuando Patricia se metió al aseo, salió rápidamente de la habitación. Se puso la chaqueta en el pasillo para paliar el frío de aquellas latitudes y aceleró el paso tras cerrar la puerta. En el interior del cuarto, Patricia volvió a la cama, se tapó con las sábanas y siguió durmiendo como si nada.

Lucía se notaba las pulsaciones aceleradas y no era por el susto que le acababa de pegar su

amiga. Obviamente, lo achacaba a la misión que tenía por delante. Salió correteando del hotel y cruzó la avenida a toda prisa llevando cuidado con el tráfico, pero sin atender a los semáforos. Le invadía una especie de ansiedad. David no la esperaba, pero necesitaba llegar tan rápido como pudiera.

De pronto, sintió una especie de *déjà vu*. No era la primera vez que se veía en una situación parecida. Se trasladó a la noche en que quedó con él para acudir a la Ópera de París. Ese día, él tuvo que esperarla tomando cervezas mientras ella terminaba de arreglarse y casi llega tarde al espectáculo. Le tocó correr más de la cuenta y acabó dormida en la butaca por el estrés. Fue el día del cruce de habitaciones. El día en que comenzó todo.

Llegó a High Street en pocos minutos y esperó apoyada en uno de los portales de la calle. Por suerte, su previsión fue acertada y no tardó mucho en divisarlo bastante cerca de donde se encontraba. Lo vio hablando con una camarera en la puerta de una cafetería. Molly, obviamente. Al despedirse, salió con su café para llevar. Se alegró de haber tenido la fortuna de cara, hubiera sido más que posible que los turnos hubieran cambiado.

Tapada hasta más arriba de la nariz por cuestiones climatológicas y también por los nervios, lo vio pasar a su lado sin que este se diera cuenta. Sentía cierto temor ante su reacción, pero ya no había marcha atrás. Después de todo lo que se había preocupado en llegar a tiempo, tenía que hacerlo; no le quedaba otra.

Comenzó a seguirlo sigilosamente unos cuantos metros, hasta que lo tuvo tan cerca que con una simple llamada le hubiera escuchado. Pero justo cuando iba a hacerlo, una pareja reclamó su atención para indicarle que formarían parte del grupo de aquella jornada. Paso en falso para Lucía. La chica se paró en seco y se giró, intentando disimular su propia vergüenza. Segundos después, volvió a encontrarse solo, así que se armó de valor y lo llamó.

—David...

Notó que sus piernas le temblaban y no era por el frío. El guía se volvió para ver quién lo llamaba. Al girar la cabeza la vio, encogida, con los brazos cruzados por el frío y el pelo sobresaliéndole a duras penas de la capucha que le cubría la cabeza.

—Hola —contestó tras unos segundos de tensa situación en la que tan solo se miraron a los ojos—, ¿tienes otro tour hoy?

—No, hoy no —respondió ella, que se había quedado completamente en blanco.

—¿Te has perdido acaso?

—No.

—Entonces, ¿qué haces aquí tan temprano?

—He venido a ver si te encontraba.

El guía frunció el ceño de modo pensativo y la miró de arriba a abajo. Aquel escaneo momentáneo tan directo la hizo sentir bastante incómoda.

—¿A mí?

—Sí.

—Pues te la has jugado bien. Hoy no me tocaba ruta de mañana, estoy sustituyendo a una compañera.

—He tenido suerte entonces —comentó Lucía tratando de sacar una sonrisa nerviosa.

David no entendía a qué venía todo aquello. La incomodidad de la situación comenzó a desgastar su paciencia. Miró el reloj en un acto reflejo, sin ni siquiera preocuparse de la hora que marcaba.

—Tengo prisa, Lucía, me están esperando. ¿Dime qué quieres? ¿Por qué has venido?

—Pues... quería hablar contigo si tienes un rato —contestó tensa.

—¿Hablar conmigo? ¿Sobre qué? —respondió algo altivo. Sin duda, el nuevo tono de voz dejaba entrever que había levantado la guardia de nuevo—. Ahora no puedo, comienzo la visita en unos minutos. Y, además, ¿hablar de qué? No creo que tenga ya nada que hablar contigo. Creo que la última vez ya nos dijimos todo lo que nos teníamos que decir, ¿no? Sobre todo, tú.

—Pero ayer me dio la sensación...

—¿Ayer? ¿Qué tuvo ayer de raro mi comportamiento? Creo que me mantuve bastante al margen. Eráis un grupo más, ya está.

—No sé, solo fue una sensación...

—¿Sensación de qué? Ayer fuisteis mis clientas, te lo repito. Y hoy tengo otros en unos minutos, ya está. De hecho, me están esperando allí. Creo que no voy a poder atenderte más tiempo. Me tengo que ir, lo siento.

—Pero, ¿no me puedes escuchar unos minutos?

—No los tengo, Lucía, no los tengo. Y si los tuviera, no sé si te los daría.

—Vaya —dijo un poco decepcionada—, pues había venido a propósito para ver si podía hablar contigo.

—¿Qué juego es este? —preguntó contrariado.

—No entiendo lo que dices, no estoy jugando a nada.

—¿Sabes cuánto tiempo ha pasado? —David volvió a mirar su reloj y abrió los brazos de modo impaciente—. ¿A qué vienes ahora? ¿Qué pretendes? No entiendo a qué has venido, la verdad.

—He venido con unas amigas de despedida.

—No es eso, joder. Eso ya lo sé. Digo aquí, ahora, hablando conmigo. ¿De despedida? ¿Acaso te casas? Pues enhorabuena, me tengo que ir.

—No, yo no. Es Noe la que se casa —quiso aclarar.

—Ah, sí, es verdad; me lo dijo ayer; que se iba a París con su novio. Bueno, que me da igual. Como si fueras tú, tanto me da. O como si tuvieras familia e hijos. Me da igual ya todo. ¿No lo comprendes?

Lucía agachó la cabeza, consciente de que quizás no había sido tan buena idea lo que, en la comodidad de su cama, vio como una idea fabulosa.

—Pero me gustaría hablar contigo —insistió ella—. Ha pasado mucho tiempo, ya lo sé, pero no veo que ese sea motivo como para no hablar contigo nunca más. Ayer, cuando te vi, me sentí un poco avergonzada, ya lo viste.

—Yo no vi nada, te repito que yo me dediqué a lo mío.

Sin embargo, era plenamente consciente de que parte de mentira iba en su respuesta.

—Me quedé muy en shock, no esperaba verte.

—Vaya, siento haberte estropeado el día.

—No es eso, no estoy diciendo eso. Me quedé parada. Pero a medida que iba pasando el tour, comencé a acostumbrarme a verte de nuevo. Pensé que quizá podríamos tomarnos un café o algo para contarnos cómo nos habían ido todos estos años sin vernos.

—Sí, claro, no tengo otra cosa mejor que hacer —respondió con brusquedad—. ¿Y tus amigas? ¿Dónde paran? ¿Están detrás de alguna esquina esperando que les cuentes el parte?

Lucía comenzó a notar nubarrones negros en el tono de David y no le apetecía entrar en la tormenta.

—Están en el hotel, las he dejado durmiendo. He venido sin decirles nada —mintió.

—Pues allí es justo donde tendrías que estar tú ahora. Yo tengo ya a gente esperándome y no quiero hacerles esperar más. Además, es un grupo francés y necesito estar concentrado. No

necesito mareos extra de cabeza.

—¿En francés? ¡Qué bien! Seguro que has mejorado mucho el idioma desde que estuvimos en Francia.

Aquello le molestó, no le hizo ninguna gracia que hiciera referencia al pasado que ambos compartieron. Ya no pudo más con la situación.

—Lo siento, pero tengo que irme. Es mejor que te vuelvas al hotel y te metas un rato más en la cama, que allí estarás mejor que dando vueltas a estas horas por aquí.

—He venido abrigada —dijo, señalándole la capucha con ambas manos, intentando marcar una sonrisa para rebajar el clima de tensión que se respiraba. La chica venía dispuesta a romper el muro, pero le estaba costando horrores conseguirlo.

—Ya veo —contestó tras echar un rápido vistazo a su indumentaria. En esta ocasión, no se sintió cohibida por su mirada—. Y, por lo que veo, el hecho de que lleves calcetines de colores diferentes también forma parte de tu preparación previa, ¿no?

Lucía echó una fugaz mirada a sus pies y comprobó ruborizada que era cierto lo que le decía. Con las prisas, no se dio cuenta de que había cogido por error uno de los calcetines de Lorena. En la oscuridad del cuarto de baño, el rosa y el naranja le habían parecido iguales. Levantó la mirada algo avergonzada y sonrió.

—Las prisas... —dijo ella para justificarse.

David miró su reloj de muñeca por tercera vez y echó un vistazo al grupo francófono que se estaba generando a escasos quince metros. El episodio de los calcetines, o la última sonrisa de la chica, pareció derribar finalmente sus defensas. Y sin mucho convencimiento todavía y con bastantes ganas de salir de aquella situación, aceptó finalmente la propuesta del café.

—A ver, vale, lo has conseguido. Veo que sigues igual de terca que siempre. Tendrás ese café. —Lucía sonrió y apretó visiblemente el puño de su mano derecha. De repente, se sintió aliviada—. Pero ahora no puedo, como comprenderás. Tendrá que ser más tarde, seguramente después de comer.

—Claro, lógico —contestó con mejor ánimo—. Iré donde tú me digas.

El guía suspiró al verse vencido y echó una mirada hacia su derecha, como pretendiendo alejar su mente de allí.

—¿Conoces George Street? —Ella lo miró con cara de circunstancia—. Vale, no, lógicamente. A ver que piense. ¿Dónde estáis alojadas? ¿En qué calle?

—En Princess Street.

—Vale, perfecto; entonces sí, te pilla muy cerca. George Street es una paralela que hay por detrás. Si el castillo os pilla por delante, pues hacia el lado opuesto. —Lucía hizo un gesto de asentimiento. Lo de delante y detrás lo llevaba bastante controlado. De niña, se había chupado bastantes horas de “Barrio Sésamo” en la televisión—. Allí hay un local llamado “Bobby’s Muzzle”.

—¿Es que aquí todo tiene el nombre de ese perro?

—Pues sí, bastantes cosas, la verdad. Lo tienen muy arraigado en su cultura.

—Ok, de acuerdo —contestó, tratando de recordar el nombre del lugar—. ¿A qué hora? Yo me adapto.

—¿Qué tal a las cinco?

—Sí, sí, cuando a ti te venga bien.

—Esto no me viene bien a ninguna hora, la verdad. No me apetece mucho remover cosas del pasado, te lo digo sinceramente. —Lucía prefirió no responder y dejarlo hablar—. Venga, pues así quedamos, nos vemos a las cinco. ¿Te acuerdas del nombre del sitio?

—Claro, “Bobby’s Muscle” —dijo ella.

—No, “Muscle” no. No es el músculo de Bobby. Es “Muzzle”, significa hocico. “M-u-z-z-l-e”. Es el hocico de Bobby. “Muscle” “muzzle”, ¿notas la diferencia de pronunciación? —añadió, tratando de clarificar inútilmente la cuestión.

—Esto es como lo de “Leviosa o Leviosá” de Harry Potter, ¿no?

—Sí, algo así, señorita Granger. ¿No aprendiste nada en el tour de ayer? Vimos la escultura del perrito.

—Ayer no estaba muy centrada, que digamos.

—Eso me pareció.

—¿No habías dicho que no estuviste pendiente de mí?

David usó la misma estrategia de su rival y prefirió no dar respuesta a su pregunta.

—Bueno, nos vemos luego entonces.

—Sí, en “Bobby’s Muzzle”.

—Eso es.

Allí se verían. Lucía asumió que sería un encuentro algo tenso, pero lo necesitaba. Se despidió levantando la mano y no tardó en darse la vuelta para volver a acelerar el paso camino del hotel. Ya no sabía por qué corría. Si por alejarse de él, por buscar rápidamente una pasta de dientes que arreglara su mal aliento, del que había sido consciente al ponerse a hablar; por sus calcetines de colores diferentes o por el frío. O quizás por sentir cierta ilusión, que de eso también uno echa a correr a veces sin saber por qué.

Cuando regresó a la habitación no la encontró tan silenciosa como esperaba. Patricia ya estaba pegada a su e-book esperando su turno de aseo y Lorena se estaba duchando. Solo Noelia parecía resistirse todavía a abandonar el cálido tacto del nórdico. Podían estar a principios de agosto, pero le era muy necesario para compensar la potencia a la que estaba el aire acondicionado de la habitación. Parecía el Polo Norte. Y, para fastidio suyo, sus tres amigas estaban encantadas con ello.

—¡Hombre, si ha vuelto la hija pródiga! —dijo Patricia alzando la vista—. Ya han arreglado el agua caliente, por cierto...

—¿Qué hacéis despiertas ya? No son ni las nueve y media.

—Esta —dijo Noelia señalando hacia la otra cama—, que poco después de irte nos ha despertado porque no volvías.

—¡La culpa no ha sido mía! —gruñó—. Es la cisterna del cuarto de baño ese minúsculo, que cuando se está llenando parece que bajen ratas por las cañerías.

—Sí, pero te duermes otra vez y ya está —replicó Noelia.

—Pues tía, no volvías de recepción y he pensado que te había pasado alguna cosa. Subir y bajar son cinco minutos. Yo qué sabía lo que ibas a hacer. Encima que una se preocupa... A la próxima, mierda para todas. Si os pasa algo ya me llamarán del hospital.

—Te debo una bolsa de Lacasitos por tu preocupación —dijo Lucía.

—De las grandes, por favor.

—¡Hecho! Aunque tendrán que ser M&M’s. Aquí creo que solo hay de esos.

—Me vale.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Noelia reconduciendo la situación.

—¿Lo saben las demás? ¿Se lo has dicho?

—¡No, si te parece no nos lo dice! —exclamó Patricia—. ¿Qué somos Lorena y yo, amigas de segunda categoría o qué?

—No, claro que no, perdón.

—No me echéis la culpa a mí porque no nos lo iba a decir a ninguna —dijo Noelia—. La loca se iba a ir sin decirnos nada, ya os lo he dicho antes. Si le echamos la bronca, se la echamos las tres.

—La bronca se la va a llevar la pava esta que no sale de la ducha —dijo Patricia—. ¡Nena, va o qué, que llevas media hora!

La puerta del baño se abrió en ese momento echando una humareda caliente hacia el resto de la habitación. Lorena salió envuelta en una toalla y otra más pequeña cubriéndole la cabeza.

—¡Dios, qué gusto! —dijo Lorena tumbándose sobre la cama.

—¡Ya era hora! —exclamó Patricia.

—¡Ey, ya has vuelto! ¿Qué tal ha ido? ¿Lo has visto?

—Sí, estaba en la misma esquina de ayer.

—Menos mal —añadió Noelia.

—¿Y cómo ha ido? —preguntó Lorena—. ¿Ha estado borde?

—Un poco, al principio. Pero luego, mejor.

—¿Y habéis podido hablar?

—Poco, tenía prisa.

—¿Y entonces? ¿Has sacado algo en claro? —preguntó Noelia.

—He quedado esta tarde con él.

—¡¿Cómo?! —exclamaron las tres al unísono.

—He quedado para un café a las cinco.

—¿A solas? —preguntó Lorena.

—¡No, si te parece vamos las tres de carabinas! —dijo Patricia—. ¿Vamos contigo? —añadió justo a continuación.

—No, no, voy yo sola. Lo que pasa es que me sabe muy mal por ti, Noe. Esta tarde teníamos muchas cosas que ver.

—¡Qué dices! Por mí no te preocupes. En serio, no pasa nada. Nosotras nos damos una vuelta y te esperamos donde sea. Como si quieres estar hasta la noche.

—No, no, solo será un ratito.

—A ver si vas a quedar “solo para un ratito” y acabas descubriendo si hay agua caliente mañana en su casa... —dijo Patricia.

—¡Sí, claro! —exclamó Lucía.

—¡Qué bestia eres! —añadió Lorena dirigiéndose a la aspirante a *booktuber*—. ¿No te ibas a duchar? Va, arrea, que habrá que ir a desayunar algún día.

—Sí, ahora me metes prisas —contestó, poniéndose en pie—. Voy a tardar lo mismo que tú.

—¿Te acompañamos por lo menos al lugar donde has quedado? —dijo Noelia.

—No hace falta. Es aquí detrás, a un par de calles.

—No sé yo —dijo Patricia ya desde el cuarto de aseo—. No sé si me convence la jugada. Yo no iría detrás de él.

—Nadie va detrás de nadie —respondió Lorena—, tan solo van a tomar un café.

—Eso es, ya os he contado la historia. Me apetece saber de él.

—Que sí, Lucía, que no hagas caso a la zumbada esta.

En aquel instante, Patricia se tiró un pedo que se escuchó en toda la habitación. Y, probablemente, también en el pasillo de la planta.

—¡Te lo dedico, Lorena! —exclamó desde el baño.

—¡Qué guarra eres!

—Pues no es el primero que me tiro, que lo sepáis. Esta noche os he regado bien las narices.

—Joder, Patri, que yo he dormido contigo —dijo Lucía.

—Pues tú te los mereces más que nadie, por hacer de escapista.

—¿Qué puede pasar si voy? —preguntó a sus amigas—. ¿Que no aparezca? Pues me vengo y ya está.

—Que se ponga borde —respondió Lorena.

—Borde ya ha estado un poco, pero lo conozco. Seguramente comience así, como antes, y sería lo más normal del mundo. Pero sé que un rato después, estaremos hablando con normalidad. No es una persona agresiva, nunca lo ha sido. Me extrañaría que lo fuera ahora. Lo más seguro es que nos reprochemos algunas cosas, nos tomemos un café y ya está. Luego cada uno tirará por su camino y punto. Pero habré saciado mi curiosidad por saber cómo le ha ido todo este tiempo. Solo quiero escuchar que le ha ido bien y que le seguirá yendo, aquí o donde sea. No necesito más, de verdad. Si acabo llorando, pues vuelvo y nos emborrachamos.

—¡Sí, por favor, que hoy toca! —exclamó Noelia—. Pero sin llantos. Alcohol y ya está.

—Sí, te prometo que esta noche te lo compenso.

—Que no te preocupes. Tú haz lo que tengas que hacer, tenemos todavía muchos días por delante.

David, por su parte, intentó reconducir el hilo de su jornada de la mejor manera que supo. Parecía mentira, pero una vez que Lucía ya se había marchado, parecía incluso más desconcentrado que teniéndola delante; al igual que el día anterior. Era como si hubiese pasado una tormenta eléctrica y le hubiera pegado una fuerte sacudida alrededor del cuerpo. Aun así, gracias a su espíritu organizativo, procuró no pensar más en ello. El hecho de tener que pensar en francés a partir de ese instante hizo que se olvidara del asunto durante algunas horas. Ya llegaría más tarde el momento de tener que enfrentarse a recuerdos incómodos.

Tal vez la cita no se pareciera en nada a las que vivieron años atrás, a escondidas de la gente, pero no cabía duda de que aquella tarde iban a rememorarse situaciones complejas de recordar. Sin duda, iba a ser un reencuentro cargado de emociones. Si es que ella se presentaba a la cita, claro; porque tenía sus propias dudas acerca de ello. No en vano, no era la primera vez que lo dejaba tirado en una cafetería; aunque en esta ocasión no había tarde de compras ni chico italiano de por medio.



Capítulo IX

Jueves, 05 de agosto
Edimburgo, Escocia

—¿De quién fue la genial idea? —Patricia se desesperaba un poquito más a cada paso que daba.

El nuevo día ya estaba en marcha para todo el mundo. El sol trataba de hacerse hueco entre las nubes de Edimburgo, perdiendo la batalla; como era la costumbre.

—Mía no —dijo Lucía.

—De Lorena, de quién va a ser.

—Y una mierda, fue de todas. El plan fue consensuado.

—Tampoco hace falta hacer la ruta entera, ¿no? Quiero llegar viva a la boda.

—¡Dios, mirad por dónde van esos! —exclamó la ingeniera—. No tendremos que subir hasta allí, ¿verdad? Mi cuerpo no está preparado para tanto esfuerzo.

—¿Ves ese cartel de ahí que pone “Arthur’s Seat”? ¿Ves hacia dónde apunta la flecha?

—¡Joder!

—Pues eso, a mover el culo —apremió Lorena—. Lucía, cántanos alguna marcha militar para animar a la cuadrilla...

—Sí, para cantar estoy yo ahora mismo. Mejor me guardo el aliento, que con respirar a este ritmo ya tengo suficiente.

—Mi tío Luis me enseñó una para ir a paso ligero —dijo Noelia.

—¿Te sabes una marcha militar? —respondió Patricia—. No te pega nada. Va, cántala.

—A ver, creo que me acuerdo. Voy a ver si recuerdo el tono, creo que decía algo así:

“Artillero, artillero,
tú que dices que no trabajo,
díselo a tu novia
cuando la tengo debajo...”

—¡Jajaja! ¡Jajaja! —Sus amigas no podían creer el nuevo registro que acababan de descubrir en ella.

—¡Dios! ¡¿Qué mierdas te enseña tu tío?!

—Pues es graciosa. Es mucho más larga, me sé más. Pero tenéis que ir repitiendo mis frases.

—¡Déjate, déjate, que así vamos bien! —replicó Lorena—. Solo faltaba ir escuchando sandeces machistas.

—Pues del ejército de antes, qué esperabas...

Aunque en un principio iban a estirar un poco más en la habitación, el hecho de la huida inesperada de su amiga pastelera las había activado bastante antes de la cuenta. Ya duchadas y con los calcetines perfectamente emparejados —detalle importante—, salieron a la calle sobre las diez de la mañana. Por delante tenían dos objetivos principales: uno sano y otro perjudicial. Y allí en lo alto de la montaña, no veían el momento de que llegara el segundo.

Después de hacerse unas cuantas fotografías delante del monumento a Walter Scott, pusieron rumbo a las colinas del Parque de Holyrood. Aquella idea, improvisada la tarde anterior a raíz de ver a muchas personas caminando sobre la cima, se tornó pronto en algo menos aconsejable. La caminata sin tregua por las peñas de Salisbury mantuvo a la compañía callada durante un rato porque no tardaron en verse con falta de aliento.

Aun así, entre unas y otras se animaban. El día siguiente sería más relajado ya que las llevarían en autobús al lago Ness, en las Highlands escocesas, y allí tendrían tiempo para descansar durante el trayecto. Y, por supuesto, a tres de ellas todavía les quedaba la visita de esa misma tarde a “The Scotch Whisky Experience”, aprovechando que Lucía había quedado con David.

—Va, que tenemos que hacer hambre —dijo Noelia, animosa.

—Por mí, como si bajamos ya a comer —respondió Lorena.

—Tú quieres librarte de hacer la ruta.

—¡Qué va! Es en serio, tengo ya el desayuno por los tobillos. Me muero de hambre. Y pinchos, también tengo un montón de pinchos en los calcetines.

—¡Qué quejica! A mí me preocupa más el estado al que vamos a llegar esta tarde al Museo del whisky. Como llegemos arrastrándonos del cansancio, al primer trago vamos a caer rodando.

—O acabamos arrastrándonos allí —añadió Patricia.

—Pues pudiera ser.

—Luci, ¿seguro que no quieres que te esperemos? —preguntó la novia.

—No, qué va. Si a mí no me va mucho el whisky. Iba a ir porque íbamos todas, pero no me emocionaba nada. Me parece ideal que vayáis vosotras mientras yo quedo con él. Si probáis algún whisky que no sepa a whisky, me lo decís luego y lo pruebo en un pub después de cenar.

—No hables de cenar que me entra más hambre. Me comía dos hamburguesas.

—Y yo una *baked potato* —añadió Patricia.

—¡Dios, sí, con mucha salsa!

—¡Parad de hablar de ya comida! —exclamó Noelia—. Todos esos niños van andando tranquilamente y vosotras parecéis abuelas de ochenta años.

—Esos han mamado estas cuevas desde que nacieron —dijo Patricia—. El agua que beben de las montañas tiene que prepararlos desde pequeños.

—Claro, porque en Escocia los niños beben directamente de grietas que aparecen entre las rocas; y no de grifos en sus casas y agua embotellada del supermercado.

—Lo que sea, seguro que algo les hará.

—Es que Patri baja al Ebro a beber agua, por eso lo dice —cortó Lorena—: de ahí su mala hostia. Bebe de donde mean los siluros gigantes. Seguro que baja con garrafas y las llena cada tarde.

—Sí, ahí es donde quedo con tu padre cada noche. ¿No te lo había dicho?

—Parecéis cotorras —dijo Noelia—. Aprended de Lucía, que va callada. ¿Va todo bien?

—Sí, solo estaba en mis cosas. Tampoco quería cortar la interesante conversación que llevaban estas dos.

—¿Sigues pensando en lo de esta tarde? —añadió.

—Un poco, pero bueno... Esta caminata es un castigo para la mente.

—¿Veis como teníamos que ir cantando? —dijo Lorena—. Va, no te preocupes. Disfruta del paisaje y no te adelantes a lo que te pueda venir. Noe, mira a ver si recuerdas alguna otra canción que no sea tan ordinaria como la de antes...

Pero como juez implacable de la vida, el reloj no se detiene; y, horas después, había llevado a Lucía hasta las cinco de la tarde.

Después de coronar exitosamente la cima y de ganarse una buena comilona, dejó a sus amigas en el hotel un poco antes de esa hora. Todavía le dio tiempo a darse una ducha y relajarse después de la excursión a pie. Las demás se quedarían descansando un poco más antes de entrar al Museo.

Recorrió en apenas cinco minutos el par de calles que la separaban de George St. y caminó buscando el local en el que habían quedado. Sus amigas andarían pendientes del teléfono móvil ante cualquier imprevisto, cosa que la chica agradeció con sinceridad.

Al llegar al lugar vio que él todavía no había llegado, lo que le permitió deambular por aquella calle tan acogedora. A pesar de encontrarse apenas a trescientos metros del bullicio de Princess Street, esta otra parecía vivir ajena a todo eso. Los primeros pasos que dio le justificaron el motivo de por qué David había elegido aquel sitio. Se trataba de una calle bastante ancha, con un boulevard en el centro ocupado totalmente por una serie de pubs con terraza. Lucía intuyó que aquello debía ser temporal y que lo habrían instalado allí con motivo del *Fringe*.

La música acompañaba desde cada uno de los locales, los cuales estaban decorados en tonos marrones y blancos, mezclando módulos modernistas y otros más rudimentarios como grandes barriles o cajas de madera. Pequeñas banderolas escocesas plagaban el boulevard y el distendido ambiente de aquella gente animaba a sentarse y conversar.

Pronto localizó el pub que le había indicado, el “Bobby’s Muzzle”. Echó un vistazo a aquel lugar y optó por sentarse en un cajón de madera que resultó más cómodo de lo que parecía en un principio. La música de Ed Sheeran y el sonido de toda la gente hablando en inglés, hizo que tardara poco tiempo en abstraerse de su alrededor. Pidió un capuchino y mandó un tranquilizador “todo OK” al grupo de chat del viaje, al que habían llamado “Despedida de soltera en Outlander”.

Minutos después, mientras su mente tarareaba inconscientemente la canción que sonaba, notó la leve presión de unos dedos sobre su hombro derecho, acompañados de una frase en tono conciliador.

—Señorita, ¿puedo sentarme mientras que aparece su acompañante?

Al escuchar aquellas palabras, el nerviosismo que había cargado durante todo el día se fue de un plumazo. En sí no significaba nada, pero al menos suponía que no venía con el hacha de guerra en la mano. David se quitó la mochila, dejándola con cuidado sobre la mesa, y se sentó frente a ella, quedando ambos callados durante unos segundos.

—¿Te pido algo más? —le preguntó.

—No, gracias. Casi no he bebido, todavía está caliente. Estoy dejando que se enfríe.

—Esperar hasta que se enfríe la bebida. Ya veo que algunas cosas no cambian.

—No creas, sí que han cambiado bastantes. Pero eso no, ya sabes que la bebida caliente no me sienta bien.

David hizo una señal al camarero. Tan solo un par de gestos y volvió a la conversación.

—Sí, lo recuerdo. Es curioso cómo hay detalles que jamás se olvidan a pesar del paso del tiempo.

—Sí, como lo de tu muñeca —dijo ella.

—¿Mi muñeca? —respondió, mirándose la mano—. ¿Qué le pasa a mi muñeca?

—Veo que sigues llevando gomas del pelo como pulseras. ¿No es un tanto infantil eso ya para tu edad?

—¿Me lo dice la que lleva calcetines de muñequitos?

Lucía agachó la cabeza, ruborizada.

—Al menos esta vez son iguales —dijo sonriente.

—Eso es cierto —contestó—. No sé, me gusta llevarlas. Siempre me ha gustado. Se las quito a alguna compañera y me las pongo.

—A saber qué estarías haciendo para quitársela... —soltó casi sin pensarlo a modo de broma. Automáticamente, se arrepintió de ello.

—¿Perdona? —contestó confuso.

—Lo siento, lo siento. Ha sido una tontería. No sé por qué lo he dicho. Quería que sonara como una broma y no ha sido así.

—No, no lo ha parecido.

—Ya, ya, lo siento de nuevo —dijo avergonzada—. Ha sido una estupidez.

—Aunque, si quieres, te cuento lo que estábamos haciendo Sofía y yo en ese momento. No me importa decírtelo.

—Que no, que no. Que me perdones, que ha sido una tontería con poca gracia.

A David le pareció gracioso su agobio, así que insistió con el tema, a sabiendas de que ella iba a reaccionar agobiándose más todavía.

—Pues estábamos en la oficina recogiendo panfletos publicitarios para llevármelos a mi casa y, como nos quedamos sin gomas, usamos la suya del pelo.

—Déjalo, por favor. Que me da igual, en serio, que ha sido una tontería sin más.

Afortunadamente, apareció su ángel salvador en forma de camarero y finiquitó el entuerto en el que se había metido ella sola. Durante aquellos breves segundos, giró la cabeza e intentó perder la mirada para tratar de reconducir la situación. Aquel gesto evitó que viera la sonrisa maliciosa de David mientras atendía al chico que había venido a servirle un café y una porción de tarta.

—Parece que vienes mucho por este sitio —reanudó ella con el firme propósito de cambiar de tema—. Te lo han traído sin necesidad siquiera de preguntarte —añadió sorprendida.

—Sí, la verdad es que en verano suelo caer por estas terrazas siempre que puedo. Me saca de la zona de trabajo. Sofía no me suele acompañar —añadió, entretenido, para ver su reacción. Lucía se guardó de hacer ningún mínimo gesto—. Me gusta pasear por esta calle camino de casa. No solemos recorrerla en los tours. La guardo como una especie de tesoro.

—Creo que entiendo el porqué: es una calle muy bonita.

—Sí. Lo que más me sorprende es que se acuerden de mí de un año para otro. Es mi tercer verano aquí. Montan estas terrazas solo durante estos meses; y cada año, cuando regreso por primera vez y saludo a la jefa, se acuerda perfectamente de mí y de lo que me gusta tomar. El “spanish boy”, me llama.

—Eso es porque dejas huella.

—No sé, tú lo sabrás bien. —Pero Lucía no respondió, de nuevo. David seguía teniendo la capacidad de dejarla sin habla con sorprendente facilidad—. Bueno —continuó—, no creo que hayamos quedado solo para enseñarte este sitio. Yo no he propuesto la cita. Tú dirás qué interés tenías en que nos viéramos después de tantos años. Te confieso que he estado a punto de no venir.

—Lo hubiera entendido perfectamente.

—En realidad, no sé qué hago aquí. Hace unos años no hubiera venido por nada del mundo. Te confieso que te odié durante bastante tiempo. Pero bueno, ya se me ha pasado, quizás habré madurado. O quizá ya todo aquello me importe poco. He rehecho mi vida desde cero y estoy muy feliz.

Lucía lo escuchaba hablar sin verse con la capacidad de añadir información nueva; al menos, relevante. Pero lo prefería así. Realmente tan solo necesitaba escucharlo de nuevo. Recordar su voz, a pesar de que fuera un planteamiento bastante egoísta.

—Te entiendo —acertó a decir solamente.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué querías contarme? ¿Todo marcha bien en Zaragoza? ¿Qué tal va el viaje?

Ella recopiló todas aquellas preguntas y optó por salir por la tangente y responder a la última, que parecía la menos inquisidora y que tenía más fresca.

—Hemos venido de despedida de soltera.

—A la tierra de Outlander.

—Exacto, estamos enganchadísimas a la serie.

—Todo el mundo lo está. Yo me pondré algún día con ella.

—¿Todavía no la has visto?

—No, será que paso demasiado tiempo en Escocia como para querer ver series escocesas. Lo mío es el universo Hogwarts, ya sabes. Pero sí, me pondré a verla. Lo tengo como asignatura pendiente. Es que no tengo muchos ratos libres para ver cosas, la verdad.

—Yo te la recomiendo, desde luego.

—La despedida es de Noelia, ¿no? Llevaba un montón de años sin verla.

—Sí. Se nos casa ya la criatura.

—¿Con alguien del barrio? ¿Crees que puedo conocerlo? Quizás me suene.

—No sé si lo conocerás, es un arquitecto de buena familia. Se llama Borja. Es buen tío, la verdad.

—Creo que no conozco a ningún arquitecto. Me alegro por ella, entonces. ¿Y tú qué? ¿Sigues con el tipo aquel con el que estabas?

—No, qué va. Cortamos poco después de todo aquello.

—Todo aquello..., interesante forma de llamarlo. —David no tenía mayor intención de seguir por ese camino—. Bueno —añadió para cambiar de tema—, ¿y no tenéis otro sitio al que ir de despedida de soltera que a Edimburgo? ¿Qué ha sido de eso de ir a Magaluf o a Mojácar? ¿Ya no se estila?

—No es nuestro rollo. Pero sí, se sigue haciendo, supongo. En un principio nos planteamos ir a Lloret de Mar, que nos pillaba cerca, pero este plan es más nuestro.

—¿Lloret de Mar? ¡Uf, qué pereza me daría irme a una de esas despedidas ahora!

—Ya, nosotras tampoco somos de ese perfil. Preferimos esto. También surgió Punta Cana, pero estaba muy lejos.

—Y ahora es época de tornados allí.

—Ya, eso nos dijeron.

—¿Y bien?, ¿qué os está pareciendo la ciudad?

—Preciosa. Increíblemente preciosa. Nos está encantando, al menos a mí. Aunque tenga los pies hechos polvo.

—¿Dónde habéis estado hoy?

—Hemos subido a Arthur's Seat.

—¡Joder! Sí que vais con ganas, sí.

—Y mañana nos vamos a las Highlands.

—¿Lago Ness?

—Sí.

—¿En autobús?

—Sí.

—¿Con nosotros?

—No, creo que no teníais ese servicio. Creo que Lorena lo ha reservado con otros. Vamos

hasta el lago, estamos un ratillo y nos volvemos.

—Sí, y tanto que es así. Vas y vuelves, es un visto y no visto. Sinceramente, no me parece una excursión que merezca la pena. En esa visita no da tiempo a mucho; pero bueno, está el rollo del “monstruo” y eso. Las vistas del trayecto son muy bonitas, eso sí. Son muy “Outlander”. Os gustará.

—Eso espero.

—¿Hasta cuándo os quedáis?

—Hasta el domingo.

—¿Y tenéis pensado visitar algún sitio más? ¿Algún pueblo cercano?

—No, la verdad es que lo planeamos un poco a la carrera. Por eso nos ha costado tan caro.

—Ya, la verdad es que es el mejor mes para venir porque podéis disfrutar del *Fringe*, pero también es el menos económico.

—¡Y tanto!

—Pues es una pena. Hay pueblos como Saint Andrews o Stirling que también merecen la pena.

—Quizás en otra ocasión. No me he ido todavía y ya sé que querré volver alguna otra vez.

—Hay muchos sitios a los que ir. Edimburgo está muy bien, pero hay otras ciudades muy interesantes. Si me voy de aquí algún día, yo no sé si volvería ya. Aunque puede que sea porque llevo en este lugar bastante tiempo y lo vea de manera diferente a ti.

—Te tengo muy perdida la pista —dijo ella.

—Lógico. ¿No es eso lo que querías?

La chica se arrepintió automáticamente de su frase. Quería sentirse protegida a toda costa contra sus recuerdos, pero sus barreras eran tan maleables que él las estaba flanqueando sin mucha dificultad.

—¿Cuánto llevas aquí? —quiso añadir para continuar la conversación—. ¿Viniste directamente desde España?

Lucía tenía una pregunta más en la punta de la lengua, pero no quería decirla. Sintió miedo de acabar la frase porque podía llevarla de nuevo a un terreno pantanoso. Se notó las manos frías e intentó abrazar su taza para ganar algo de temperatura; aunque sin fortuna, porque su capuchino ya estaba bastante frío. Por suerte, fue el propio David quien respondió sin necesidad de serle preguntado.

—No. Cuando salí de España me fui a Francia a buscar a mi madre.

—Ah, sí, lo recuerdo —respondió con la cabeza gacha—. Y, ¿pudiste encontrarla? —añadió un par de segundos después.

David mantuvo la mirada fija en ella durante unos incómodos segundos antes de contestar.

—Sí y no —contestó finalmente. Lucía le dejó continuar—. Estuve buscándola durante un tiempo. Pero ya dejé de hacerlo.

—¡Vaya, siento que no la pudieras encontrar!

—No, no es eso. Sí que la encontré, claro que la encontré. —El gesto facial de la chica formuló la siguiente pregunta sin necesidad de verbalizarla—. Digamos que no la encontré en el estado o la manera en que me hubiera gustado hacerlo.

Tanta intriga la incomodaba.

—No te entiendo —dijo finalmente.

—Cuando di con su pista, simplemente ya había fallecido. Estaba en un cementerio de París, cerca de donde vivió. Moriría un par de años o así antes de que yo fuera, no sé la fecha exacta.

Lucía se echó instintivamente la mano a la boca. Aquella respuesta tan directa e inesperada la hizo emocionarse y sus ojos se humedecieron un poco. Mientras, él la miraba firme y sin

aparentes atisbos de emoción.

—¡Dios mío! Lo siento mucho.

—Gracias. Pero bueno, ya es cosa del pasado, como tantas otras circunstancias que pasan en la vida. No es que lo haya descubierto antes de ayer, ya me entiendes. Ahora te lo estoy contando y parece que no me afecte. Pero sí que lo hizo, lógicamente. Solo que tuvo su momento, ya está. Todo pasa, y el tiempo lo va tapando.

—Aun así, lo siento muchísimo. Es una pena que no la encontraras antes.

—La verdad es que dudo de que nos hubiera ido mejor si la hubiera encontrado de otra manera. Con el paso de los años, he aprendido a ver las cosas del modo en que más me pudieran fortalecer. Y en este caso, encontrar su tumba fue lo mejor que pudo ocurrirme.

—¿Por qué dices eso? Era tu madre, la que te dio a luz. No me parece bien que digas eso.

—Era una borracha, Lucía. Una borracha y una perdida. Eso es lo que era desde hacía años. Seguramente desde toda su vida. Y me atrevería a decir que incluso una prostituta del barrio obrero.

—¿Pero qué locura es esa? ¿Cómo puedes decir eso de ella? ¿Cómo lo sabes?

—Porque pregunté. Desde que llegué a Francia, fui de mal en peor, esa es la realidad. La verdad es que me largué de casa sin tener nada previsto. Cogí una maleta, un poco de dinero y me fui.

—Ya, de eso me acuerdo perfectamente...

—Pues eso. Cuando salí de Zaragoza, todavía tenía unos cuantos ahorros de mi abuelo, pero cuando te tienes que manejar por tu cuenta, sin un trabajo y buscándote la vida como puedas, los días corren rápido. Y el dinero también. Llegué a París enseguida. Por aquel entonces, sentía la necesidad de avanzar rápido.

—¿Y tus padres no se opusieron? —dijo a modo de inciso.

—No pudieron hacerlo. No es fácil de explicar, la verdad es que no les pedí permiso; no lo necesité. Me fui y ya está.

—Tuvo que ser muy duro para tu madre ver que su hijo se iba a buscar a su madre biológica.

—Bueno, fue algo que ya había hablado con ellos en más de una ocasión. Lo cierto es que en casa no estaba mal, no tengo ninguna duda de que mi madre me quería mucho. Hablo de mi madre de Zaragoza. —David hizo una pausa para poder explicarse mejor—. Es difícil acotar entre una madre y otra para poder explicártelo adecuadamente. Pero sí, mi madre de Zaragoza se portó siempre genial conmigo. La quiero mucho, eso es una realidad. Pero algo dentro de mí quería ir en busca de la otra, saber de ella. Supongo que surgió a raíz de mi época de mayor rebeldía. Fueron muchas cosas. Me vi con fuerza y tiré para adelante.

—¿Sigues hablando con tus padres?

—Sí, sí, claro. Lo cierto es que soy un tipo muy despegado de la familia. Sabiendo que están vivos y que están bien, me es suficiente. Les llamo por sus cumpleaños y suelo hacerles visitas rápidas en Navidad, ya está. Así aprovecho también para renovar documentación u otras cosas que me van surgiendo. Yo hago mi marcha, ya sabes.

—No te pudieron disfrutar todo el tiempo que hubieran querido.

—Es que una vez que la idea apareció en mi cabeza y tuve edad para moverme, quise salir cuanto antes para encontrarla. Necesitaba, no sé; quizás empezar de cero, en todos los sentidos. Buscarla y desvincularme de ti también, no te lo voy a negar. Tú acabaste siendo el clic que me faltaba. Se me juntó todo. Ahora me es fácil hablar de ello, pero me enamoré muchísimo de ti y me costó olvidarte. Te veía con el tipo aquel por Zaragoza y me quemaba por dentro, por eso también quise quitarte de mi vista.

—¡Ah, muy bonito!

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Verte con él cada día y pasarlo mal?

—Era broma, te entiendo. Está muy bien que hicieras lo que fuera mejor para ti. Debes haber tenido una vida muy compleja desde que te fuiste.

—Bastante. Cuando llegué a París me moví mucho, pero todo fueron palos de ciego en su búsqueda. Pregunté en hoteles, alojamientos, centros sociales, y así. Hasta que unos días después se me ocurrió entrar en la oficina de desempleo. Pensé que quizá allí constaría su nombre en alguna base de datos, aunque fuera por casualidad. Y sí, di en el clavo. Les constaba una tal Raquel Robles, que así se llamaba. Así que lo di por válido. No creo que hubiera muchas francesas que se llamaran Raquel Robles, con el problema que encima tienen para pronunciar las erres. —Lucía esbozó una sonrisa—. Así que intuí que sería ella —continuó—. Y me fui en busca de alguna pista más.

—Jo, no pudiste ni verla...

—No, no. Ya te he dicho que la encontré pasando la resaca ya debajo de una losa de piedra. —A la chica le pareció un comentario de muy mal gusto, pero prefirió no decir nada y dejarle continuar—. El último trabajo que les constaba era en una cafetería del barrio de Aulnay-sous-Bois; que, si no lo conoces, es mejor que ni vayas por allí. Así que me planté en dicha cafetería. Por fortuna, la regentaba uno de esos tipos que no se jubilan hasta que se van con los pies por delante, así que solo tuve que sentarme con él y me contó las gracias y desgracias de Raquel Robles; o, como él la llamó: *la petit amie de tout le monde*.

—¿Qué significa eso? —preguntó inocentemente, aunque recordaba suficientes nociones de francés como para haberlo entendido.

—La novia de todo el mundo. Eso es lo que me dijo el tipo.

—¡Vaya, eso es que tu madre era una mujer muy querida por todos!

—No, Lucía. Eso es que tenía relaciones con todo el mundo que le pagara por ello... Ya sabes a qué tipo de relaciones me refiero.

—¿No me digas?!

—Pues eso. Así me quedé yo al escuchar a aquel hombre, que me lo soltó así, sin cortapisas. Pero bueno, a pesar de que el tipo me daba más asco a cada palabra que me decía, aguanté como pude porque lo que me estaba diciendo me parecía muy coherente. Patético, eso sí, pero muy coherente y útil para lo que necesitaba saber.

—¿Y cómo sabes seguro que era ella? No sé yo si me fiaría, así como así, de lo que me dijera un tipo cualquiera.

—Todo cuadraba, o al menos a mí me lo parecía. Me dijo que por aquella época varios grupos de españoles vivían por la zona y que algunas eran chicas que buscaban trabajo. Según me comentó, unas cuantas trabajaron en ese local. O, al menos, eso le entendí. Según parece, las camareras iban y venían. Todo legal, pero muy precario, ya sabes. El barrio no era bueno, como te he dicho, y era fácil que más de uno acabara mal, como parece que fue el caso de mi madre. Lo cierto es que el viejo ese hablaba en un francés muy cerrado y algunas palabras no se las pillaba del todo, pero grosso modo eso es lo que me dijo.

—O sea, que podía estar hablando de ella o de otra chica cualquiera.

—No lo creo. El tipo se acordaba de sus nombres, así que me pareció muy convincente. Me habló de varios nombres de mujer, ahora no los recuerdo bien, pero había una Raquel. Así que esa tenía que ser mi madre.

—¿Te ayudó al menos a localizarla?

—Sí. Y aquello sí que fue de agradecer. Aquel tipo, con todo lo repulsivo que era; y a pesar de

hablar así, parecía tenerles mucho aprecio a todas esas mujeres españolas. Al preguntarle por ella, empezó a contarme cosas que fui organizando en mi cabeza. Al parecer, abandonó aquella cafetería porque su estado ya era muy deplorable. Y la mala vida se la estaba llevando por delante. Ya no mantenía una imagen digna para atender a los clientes, más bien se sentaba sobre sus rodillas y se bebía sus licores, ya me entiendes.

»Sin embargo, habiendo ya dejado de trabajar ahí, continuó pasándose de vez en cuando para saludar. Cuando estaba sobria, claro está. No sé, parece ser que murió cinco o seis meses después de dejar aquella terraza; y, mira tú por dónde, que la muerte de *la petit amie* llegó a oídos de aquel tipo y se empeñó en pagar su sepelio, para que al menos tuviera un entierro digno. Y como nadie más respondió por ella y se negaba a dejarla ahí tirada sin hacer nada, él pagó los costes. ¿Qué te parece?

—Puf, me dejas de piedra, la verdad. No sé qué decir.

—Pues imagínate yo cuando me fui enterando de todo.

—Ya me imagino, ya.

—En fin, que la vida tiene estas cosas. Hasta ahí llegó su historia. No es la que me hubiera gustado contarte hoy, pero es lo que hay.

—Vaya tela, vaya historia. Era joven, ¿no?

—No tengo ni idea, la verdad. Pero muy mayor no sería si iba de aquí para allá de camarera y eso. Debió morir sobre el año dos mil. ¿Ves?, ya tengo algo en común con ella, ese año fue un año de cambios para los dos. Para ella mucho más brusco, evidentemente.

—¿Qué te pasó a ti ese año? Bueno, cuéntamelo si quieres.

—Fue el año que me enteré de que era adoptado. Justo en la Nochevieja en la que entraba el año dos mil.

—¡No me digas!

—Sí, justo en aquella noche “de celebración”. Pero no sufras, que también está más que olvidado. Pero, como te digo, con la vida que parece que llevaba, creo que fue mejor así. Si yo la hubiera encontrado en tal estado, dudo que hubiera hecho por ella más de lo que hizo aquel hombre. Nos habiéramos supuesto un lastre tanto el uno como la otra.

—No digas eso. Eso no puedes saberlo. Fuiste a buscarla, seguro que os hubiese ido muy bien. Os habríais ayudado. Solo con estar juntos ya os hubiera ido mejor.

—Quién sabe. Pero bueno, ahora ya da igual.

—¿Fuiste a verla al cementerio?

—Sí, fui bastantes veces. No sé por qué, pero fui. Bueno, sí sé el porqué, claro. Algunas veces hasta le lloré. Otras le grité o abracé su lápida. Dirás que soy ridículo.

—No me parece nada ridículo.

—Da igual. Incluso llegué a llevarme una botella de whisky y me emborraché a su lado un par de veces. Pensé que quizá así pudiéramos compartir al menos esa afición que tenía. Pensé que, si me moría allí junto a ella, algo nos uniría al fin, aunque fuera en la otra vida.

—No digas eso, hombre.

—Ya, bueno. Cosas que se hacen y se dicen. La verdad es que poco a poco dejé de ir. Lo comencé a ver como una pérdida de tiempo. Me comenzó a hacer daño ir allí. Sentí que me autodestruía más, a medida que lo hacía. Pero estoy acostumbrado a reinventarme. Así que llegó un momento en el que cogí aire y decidí pasar página del todo. Dejé de ir durante varios años, hasta que llegó el día de mi partida hacia Inglaterra. Aquella noche fui a despedirme de una tumba que siempre estuvo pelada y fría. Mi última borrachera juntos.

—¿No le llevaste flores nunca? Seguro que le habrían gustado.

—¿A *la petit amie de tout le monde*? —Lucía asintió con tristeza—. Nada de flores. Siempre quise ver su tumba desnuda. No sé, pensaba que aquello le daba pureza a mi madre. No valoré ninguna otra posibilidad. Aunque lo cierto es que yo no soy mucho de comprar flores. Recuerdo que el último día que la visité, me encontré una pequeña pala no muy lejos de allí. La cogí y, con el filo, rasqué fuerte en la piedra intentando subrayar su nombre, para que se supiera de una vez por todas que la persona que allí se encontraba enterrada tenía nombre y apellidos: Raquel Robles. Las letras de la lápida ya casi ni se veían, no había ni placa.

—¿Y no trataste de encontrar más familia? ¿Y de tu padre, sabes algo? ¿No quieres buscarlo también?

—No, qué va, paso. En casa me dejaron bastante claro que fui fruto de un embarazo no deseado. Un polvo cualquiera con un tipo cualquiera, ya sabes.

—No digas eso.

—Ya, bueno, que me da igual. La verdad es que, no sé por qué, lo único que quería era encontrarla a ella. Una vez conseguido, ella ya me explicaría todo. En este caso, como que el tipo que la dejó preñada me daba igual.

—¿Y abuelos o tíos?

—No, ahí se acabó todo. Yo buscaba a mi madre, ya te lo he dicho. Además, si cuando llegó su muerte en Francia, nadie la echó en falta, es que no habría nadie detrás. Por lo tanto, no iba a ser yo quien los buscara. Esa gente ya no me interesaba lo más mínimo.

—¿Y tus padres de Zaragoza no te dijeron nunca nada más? ¿No sabían dónde se encontraba?

—En mi casa nunca quisieron hablar mucho del tema. Para ellos, yo era su hijo. Lógicamente. Tampoco les culpo del todo, en cierta manera los entiendo. Ninguno quiso remover nunca más el tema. Aquel día de Año Nuevo me contaron todo lo que sabían, aparentemente, y ya está. Pero creo que me siguen ocultando parte de la verdad.

—Yo creo que deberías haber insistido más.

—¿Con mis padres?

—Sí.

—Quise dejarlo estar.

—Con lo tozuda que soy yo, te digo que no me voy del cuarto sin que me digan todo lo que saben.

—Va, pues ve tú y que te lo cuenten, si quieres. Y luego me lo dices.

—Sí, claro; yo no pinto nada ahí. Pero creo que algo más sabrían, estoy segura.

—Sí que lo intenté durante algún tiempo, pero llegó un día en el que me cansé de insistir. Además, sé que a mi madre de Zaragoza le duele mucho remover todo esto, así que dejé de agobiarla.

—Normal, para ella eres su hijo.

—Sí, lo sé, y lo soy. Ella es mi madre. Pero también soy hijo de Raquel. Me considero hijo de ambas por igual. Por eso quise encontrarla.

Lucía sintió de repente unas enormes ganas de abrazarlo. Aquella historia la había dejado muy tocada. Y más, con todo lo que había pasado entre ellos años atrás.

Como un pequeño gesto de ánimo, le tendió la mano hasta tocar la suya, que se encontraba sobre la mesa; gesto que él agradeció con una sonrisa. David se mantenía firme pero emocionado. Era indudable que la porción de tarta había encontrado ciertos problemas para pasar por su garganta. Durante unos cuantos segundos, ambos se dedicaron a beber de sus respectivas tazas, asimilando la conversación y dejándola pasar hacia el estómago, para que este se encargara de deshacer toda la angustia emocional que sentían.

—No sé. Me lo estás contando y parece que tiene sentido —dijo finalmente Lucía—. Pero yo no sé si me hubiera creído las palabras del hombre aquel, así como así. Era un viejo que no tenía nada que ver ni contigo ni con ella. ¿Quién te dice a ti que no te soltó una milonga para que te fueras y ya está?

—Las fechas cuadran.

—Sí, vale, cuadran. Pero luego dices que en la tumba no había escrito ningún nombre con claridad, que solo había unas marcas descoloridas. ¿Cómo sabes seguro que está allí y no era la tumba de, yo qué sé, de un tipo llamado **Vincent Lemond**, ¿por ejemplo?

—Era la sección de los muertos de hambre, nunca mejor dicho. Era donde enterraban a ese tipo de personas, buscavidas y gente sin oficio ni beneficio. Mucho que le dieron sepultura, al menos.

—Vaya justificación me das. Será que no habrá gente enterrada allí que no tenga nombre en la lápida.

—¿Qué quieres que te diga? Esa es mi historia, no sé otra; y prefiero quedarme con esa a no poder cerrar nunca ese capítulo de mi vida. No sé si me comprendes.

—Sí, sí, por supuesto que te comprendo. Y entiendo que lo hayas hecho así, lo debes haber pasado muy mal. Me alegro de que lo hayas superado. Ahora te veo muy bien, la verdad.

—Mis años me ha costado, no te voy a engañar. —David le dio un último trago a su taza—. Pero ya basta de dramas, vaya ladrillo que te he soltado —añadió—. Va, habla tú ahora, que yo me anime un poco.

—Siento haberte recordado estas cosas tan desagradables de tu vida.

—No te preocupes. A veces, al compartirlas con los demás dejan de hacerte tanto daño. Estoy bien, no te preocupes. Pero va, cuéntame algo tuyo, que seguro que es más agradable que las penurias que te he contado yo. Voy a pedir algo más al camarero, ¿quieres otro capuchino?



Capítulo X

La ficha roja se come a la verde
Nochevieja de 1999
Zaragoza, España

Decían las malas lenguas que el fin del milenio traería consigo el fin del mundo, quizás incluso que volverían a repetirse las diez plagas del antiguo Egipto. Y aunque finalmente no sucedió nada de esto en casa de los Marín-Palacios, tampoco tuvo el esperado final festivo que se esperaba.

Aunque parte de maldición sí tuvo.

Cuando los calores estivales comenzaron a faltar allá por finales de septiembre de aquel año, una corriente fría proveniente del norte de Europa consiguió saltar los Pirineos e instalarse en la ribera del Ebro, a su paso exacto por la calle de los padres de Pedro Jesús Marín.

Nunca se lo hubieran podido imaginar, puesto que sus padres contaban hasta entonces con una salud de hierro. Pero prácticamente a la vez, como si de los amantes de Teruel se tratasen, los abuelos paternos de David se fueron al otro barrio con apenas tres semanas de diferencia. Un resfriado, que degeneró en neumonía galopante, se llevó con él a la madre. Y el padre, sin fuerzas ni ganas de seguir adelante, y con un cuadro clínico similar, se emperrió como solo un anciano tozudo sabe hacer, terminándose de descuidar. Ignorando los cuidados que el médico le había impuesto y manteniendo su mismo ritmo de trabajo, y de tabaco negro, como hasta entonces. Por eso, cuando la parca vino a recoger unas verduras a su huerto, se lo llevó también a él en oferta de dos por uno. Dejando huérfano a Pedro en el último trimestre del año noventa y nueve.

Situación parecida ocurrió con Dolores, la abuela materna; quien, en cambio, murió de muerte natural. Le tocaba y punto, su corazón dejó de bombear amor. La pobre mujer se había ido consumiendo lentamente y se atisbaba que su libro de vida estaba a punto de contar sus últimas hazañas.

Acostumbrada ya a estar sin su marido, muerto desde hacía siete años, prácticamente ya no salía de casa; y el único contacto que tenía con el mundo exterior era cuando su hija o su nieto venían a traerle la compra o a prepararle algo de comida. Por eso, cuando a principios de diciembre cerró las persianas para siempre, nadie se sorprendió, llevaban tiempo asumiéndolo.

Por tales motivos, puede decirse que el final de aquel año no trajo con él la alegría que generalmente suele acompañar a estas fechas. ¡Cómo podía cambiar todo en tan poco tiempo! De la gran fiesta que Pedro Jesús había pensado preparar, ya desde la Nochevieja anterior por la ridícula historia del cambio de milenio, a acabar compartiendo austera cena sin cava ni cotillones junto a su mujer y su hijo preadolescente.

Sería a causa de ello, o no, por lo que Pedro agarraría una melopea de aúpa, cogiendo la botella de vino prácticamente en solitario. Comenzando su particular partida con tal de evadirse del todavía sentimiento de tristeza que traía consigo desde la muerte de sus padres. Y claro, cuando uno está así, suele tener el pico más suelto de lo normal, como acabó ocurriendo en aquella ocasión. Reventando de un certero tiro a una familia que había sabido resistir contra vientos y mareas frente a las habladurías más mordaces del vecindario.

Su hijo David siempre había mantenido un tira y afloja con su padre. Desde siempre había sido un chico al que nunca le había gustado que lo dirigieran, y mira que todavía era muy pequeño. Por eso, dentro del núcleo familiar, sentía una mayor devoción por su madre, mientras que su padre tenía que sufrir las tiranteces del chico. Tales muestras de mayor afecto hacia su mujer le hervían la sangre, ya que estaba acostumbrado a tratar de mandar en la familia, sobre todo a partir de que el abuelo Lorenzo hubiera fallecido. Y el genio del chico lo solía sacar de sus casillas.

Y, precisamente, este genio fue sin duda uno de los detonantes que hicieron saltar las chispas de un ebrio Pedro Jesús poco después de medianoche, cuando la subida del alcohol llegó a su punto álgido y los demás estaban ya cansados de sus salidas de tono de aquella noche, y de siempre que bebía más de la cuenta.

La desgraciada situación llegó de la manera más absurda y ridícula posible: jugando una simple partida de parchís. Y es que el que conocía al padre de familia, sabía que tenía un mal perder que a veces le jugaba malas pasadas; y que volvió a hacer aparición cuando, por cosas de la partida, acabó con todas las fichas comidas y encerradas en su “casa”, a la espera del escurridizo número cinco con el que salir de nuevo. Así que esperó, esperó y esperó; y como si del lobo feroz del cuento se tratase, vio a los cerditos agazapados confabulando contra él, riéndose de su mala suerte, en una especie de complot familiar en su contra. O así se lo hizo ver el alcohol, que hizo que se le hincharan las narices; si es que ya de por sí no estaban lo suficientemente rojas por el vino. Y a tanto llegó, que comenzó a despotricar contra ellos dos, como si de molinos de viento convertidos en gigantes se tratase, viendo mover sus brazos y acercándose a él con porras en las manos.

Y entre todos ellos, el molino de David fue el que sufrió las consecuencias, recibiendo sin previo aviso una colleja que resonó hasta en la cocina. El niño reaccionó a su manera, chillando y lanzando las cosas que tenía a su alcance. Con tan mala fortuna que el cubilete de los dados se convirtió en un proyectil que voló a toda velocidad, impactando contra el cristal frontal de la vitrina que contenía los cinerarios de los padres de Pedro Jesús, recientemente fallecidos. Un error que el chico tardaría años en olvidar, si es que alguna vez lo ha hecho realmente.

Cuando su padre oyó el impacto y se acercó a observar la grieta producida en aquel objeto tan apreciado por él, le cambió el rostro. Vinieron los nubarrones negros como tizones. Hasta el gato de la familia corrió a esconderse, a sabiendas de lo que se avecinaba. Pedro se giró hacia su hijo con una mirada llena de ira difícilmente contenida y se lanzó a la carrera a por él. David se levantó de la silla como alma que lleva el diablo y trató de huir de allí, intuyendo la que se le venía encima.

El primer golpe lo recibió de refilón, sin que Pilar pudiera alcanzar a frenar a su marido en pleno ataque de furia. De nada sirvió que la madre insistiera en que lo dejara en paz, alegando que había sido una chiquillería y un accidente. El segundo golpe que recibió el niño, lo recibió de lleno en plena cara. Un tortazo a palma abierta que dio con su cuerpo en el suelo después de tropezarse con una de las sillas del salón comedor.

A pesar del dolor y el llanto, y las pocas ganas de levantarse, corrió a refugiarse en los brazos de Pilar. Pedro Jesús trató de agarrarlo; pero, por suerte, se pudo escabullir arrastrándose por el suelo como una lagartija sin cola.

Ya bajo la protección maternal, los gritos de ambos parecieron sacarlo del trance y relajar las furias étlicas de Pedro Jesús. Sin embargo, lejos de calmarlas del todo, tan solo provocó que cambiara los golpes por insultos y desprecios hacia los dos, niño y madre.

Fue justo en ese momento, al ver a su hijo protegido de nuevo por su mujer, cuando cometió un

error que nunca llegó a perdonarse.

Jamás en su vida.

Aprovechando lo agobiado que lo veía, comenzó a reírse del niño, con un desprecio tras otro, hasta acabar argumentándole que los brazos que lo protegían no eran los de su verdadera madre; y que realmente había sido abandonado por otra al nacer. Las primeras veces su hijo ni lo escuchaba, estaba tan asustado que solamente oía gritos. Pero ante la insistencia del padre, comenzó a ser consciente de lo que le gritaba.

Su mujer trató de que parase, pero él estaba demasiado envenenado. “¡Es mentira!”, repetía sin parar el chico. Pero en contra de tranquilizar al niño, los gestos de Pilar, llantos incluidos, parecían confirmar que aquello iba totalmente en serio.

Pilar trataba, en balde, de taponar los oídos de su hijo, pero él no necesitaba eso, David tan solo necesitaba que le dijera que era mentira, pero ella no tenía fuerzas para mentirle. No en aquella ocasión, no durante el bloqueo mental que estaba sufriendo su madre. Pedro Jesús repetía insistentemente un discurso que ella no tuvo fuerzas de frenar. Su sofoco era tal que comenzó a sentirse mareada, lo cual alentó el poder ebrio de su marido, arrancando al niño de sus brazos y empujándolo hacia el pasillo de la casa, indicándole airadamente que se fuera a buscar a su verdadera madre. “Raquel Robles”, le repetía sin cesar. “Raquel Robles se llama, vete a buscarla si quieres”.

A pesar de ser muy pequeño y de no terminar de entender del todo aquella surrealista situación, intentó reunirse de nuevo con su madre. Pero Pedro se lo impidió, sacándolo finalmente del comedor a la fuerza y cerrando la puerta de un portazo. David se sintió ahogado. Comenzó a patear la puerta para poder entrar de nuevo mientras gritaba desde el pasillo. Pero cuando lo hizo, su padre abrió voz en grito y amagó con pegarle una nueva bofetada. Por suerte, su hijo anduvo más ágil y se escapó hacia su habitación, donde se encerró suplicando porque su padre no lo siguiera hasta allí.

Y afortunadamente no lo hizo. David se quedó allí encerrado y no saldría hasta el día siguiente. Un par de horas después, y tras despacharse a gusto en una batalla dialéctica con su marido, su madre acudió a la habitación para dormir junto a él. No lo soltó en toda la noche. A la mañana siguiente le explicaría todo lo que hiciera falta, pero por aquella noche ya estaba bien de fuegos artificiales de Año Nuevo. Era hora de descansar. El nuevo milenio no había traído consigo el fin del mundo, pero sin duda, había empezado fuerte; y había cambiado a una familia que ya no llegó jamás a estar tan unida como hasta entonces.

Con el tiempo, aquella revelación pareció ser superada por el chico. El amor de Pilar fue clave en ello. No tardaría mucho su padre en darse cuenta de lo desacertado de su actuación, aunque hubo que esperar a que pasase la resaca que le duró un par de días. Bastantes meses tendrían que pasar, eso sí, para que aquello pareciera estar olvidado por todos.

O, al menos, pareciese.

A raíz de dichos acontecimientos, surgió en Pedro Jesús una necesidad de jugar al parchís cada fin de semana, a modo de redención, y como parte de un proceso terapéutico de maduración personal. Las primeras veces fue una especie de imposición, pero poco a poco parecieron cogerle el gustillo a jugar juntos de nuevo. Nunca sabes qué aspecto de la vida va a acabar haciéndote madurar. Eso sí, durante aquellas veladas solo se bebía agua y *Schweppes* de limón. Sí, tenía que ser *Schweppes* porque era la bebida favorita de David, la *Fanta* no le gustaba.

Pero, aunque la relación entre padre e hijo pareció volver a la normalidad, la etapa final de la adolescencia trajo nuevos problemas a la familia; y aquel tema era uno de los que surgían de

nuevo con recurrencia, aunque no de manera tan agresiva como la primera vez. Ya no volaron cubiletes de colores ni collejas aceleradas.

Quién sabe si llevado por la edad del cambio, o por la propia revelación hecha años atrás, fue también distanciándose de Pilar, alejándose del único apoyo que había tenido en esa etapa de su vida. Y ahí fue cuando empezó a crecer en él un mayor sentimiento por la otra madre, y que agrandaron las ganas de salir en su búsqueda. Pasarían todavía muchos años; pero, cuando se vio con fuerza y ánimo, agarró la mochila y se fue a París: el último lugar en el que tuvo noticias de ella.



Capítulo XI

Jueves, 05 de agosto
Edimburgo, Escocia

- Creo que mis amigas se han cansado de esperar —dijo Lucía—, eso es que tienen hambre.
- ¿Qué hora es? Llevamos un buen rato.
- ¡Madre mía, son las siete y media ya! Se me ha pasado el tiempo volando.
- ¿Están esperándote en el hotel?
- ¡Qué va! Se han ido al Museo del Whisky.
- ¿Sin ti?
- Sí, pero a mí no me iba mucho; por eso era la tarde ideal.
- La verdad es que es un sitio curioso, te guste o no el whisky.
- Da igual, luego me lo cuentan. Están pesaditas, voy a escribirles para decirles que voy ya.
- A ver si van a ir borrachas...
- Miedo me da lo que me pueda encontrar, aunque no son de beber mucho, la verdad.
- Pues casi peor.
- Creo que es hora de irme.
- Te acompaño hacia el hotel, si quieres.
- No, da igual, está muy cerca.
- Me pillas de paso. Aunque si prefieres ir sola, lo entiendo.
- No, no, no es eso. No quería quitarte más tiempo.
- No te preocupes, he quedado más tarde, voy bien.
- Me ha gustado mucho verte. Me alegro de haber venido.
- Sí, yo también he pasado un buen rato. Una vez ya hemos pasado los partes necrológicos, ha estado mejor. Me alegra saber que “Dulcinea” está en buenas manos contigo al frente.
- Tenía un poco de miedo por la cita, pero me alegra haber hablado con el David de siempre.
- ¿Y con quién creías que habías quedado?
- No sé.
- Será que no me conoces de sobra.
- Sí, pero habían pasado tantos años que no sabía.
- Sí, pero soy el mismo, no te creas. Para ciertas cosas, no. Pero cuando me encuentro cómodo, soy el mismo de siempre.
- Entonces me alegro de que hayas estado cómodo conmigo.
- Bajaron la calle en dirección al hotel. Lucía había quedado con sus amigas en la puerta, así no perdían más tiempo. La visita al museo les había generado un hambre atroz y estaban desesperadas por ir a cenar. Además, deseosas de saber cómo había ido la cita de su amiga, querían verla cuanto antes, aunque solo fuera para reforzarla a modo de mosqueteras escoltando a *D’Artagnan*.
- ¿Vais borrachas o no ha sido para tanto? —les dijo al verlas.
- ¡Qué va! No hemos bebido casi nada —contestó Noelia.
- ¡No!, ¡qué va! —añadió Lorena—. Aquí la novia se ha bebido lo suyo y lo nuestro.
- Me tendré que emborrachar un poco, ¿no? Es mi despedida de soltera. —La novia sonrió al guía. Él le respondió con otra sonrisa.
- A mí no me ha gustado ninguno —dijo Patricia—. Sabían fatal. ¡Dios, qué malo estaba el

último; el ahumado ese!

—El whisky ahumado no está malo —intervino David—. Solo hay que acostumbrarse a su sabor. Seguro que era de la isla de Islay.

—Pues se lo dejo todo a los isleños, te lo juro. Yo me quedo con mi gin-tonic del alma.

—No te voy a quitar la razón —contestó él.

—Chicas, os presento a David.

—Ya lo conocemos de ayer —dijo Patricia.

—Ya, digo más oficialmente —aclaró sin necesidad.

—Hola a todas, más oficialmente —repitió él.

Lucía temía por este momento. Conocía a sus amigas y lo que eran capaces de hacer o decir. Las había visto comportarse adecuadamente en algunas ocasiones y ser destructivas en otras tantas. Rezó porque esta vez actuaran de modo civilizado.

—Bueno —dijo Patricia, de repente—. Nos han dicho que nos ibas a decir dónde cenar hoy. A mí es eso lo que más me interesa.

Aquello fue una buena manera de evitar cualquier pregunta incómoda.

—Sí, a ver, dejadme que piense... —respondió él—. ¿Qué queréis cenar?

—¿Qué queremos? Como si hubiera más posibilidades que hamburguesas y fish & chips...

—¡Claro que las hay! Y no muy lejos de aquí. Lo que pasa es que los turistas tendéis a buscar en el móvil dónde cenar y siempre os salen los mismos restaurantes. Ya estáis hartas de comida pesada, ¿verdad?

—Pues un poco sí, la verdad —dijo Noelia.

—Como tú eres la protagonista del viaje, tú eliges qué cenar.

—Uy, me gusta la idea.

—¿Qué te gustaría?

—Es que no sé qué quiero. Solo sé que necesito llenar el estómago para que empape todo el alcohol que me he tomado, pero no me apetecen más hamburguesas.

—Cerca hay un sitio que está bastante bien, aunque no sé en qué precios os queréis mover. ¿Os apetece cenar pescado, mejillones o algo así?

—¡Sí, por favor! —saltó Lorena—. Yo quiero mejillones.

—Hay un sitio donde los hacen muy buenos. Y también hay hamburguesas y fish & chips, por supuesto; por si alguna no quiere pescado. Es un lugar que recomiendo siempre a grupos o parejas que quieren comer alguna cosa diferente en la ciudad.

—A mí me parece bien —dijo Lucía—. ¿Qué opinas, Noe?

—Sí, sí, claro. El precio no importa, tampoco será para tanto. Además, a esta cena os invito yo, que es mi despedida.

—Ahora sí que me has terminado de convencer —añadió Patricia—. Eso de los mejillones no me hace mucha ilusión. Pero si hay otras cosas, por mí, de acuerdo.

—¿Crees que habrá hueco a estas horas y sin reservar? —preguntó Lucía.

—Seguro que sí. Pero dadme un minuto para que les llame. Conozco a los dueños. Si digo que vais de mi parte, a lo mejor aparece una mesa donde no la hubiera. Por intentarlo...

David se apartó unos metros mientras buscaba en la agenda de su móvil y marcaba la llamada.

—Me cae bien —apuntó Lorena mirando a su amiga.

—Sí, lo cierto es que sigue igual. Hemos estado superbién, luego os cuento. A los cinco minutos ya parecía como si no hubiera pasado el tiempo. Ha estado muy guay, la verdad; me alegro mucho de haber ido.

—¿Vas a mantener la relación con él de nuevo? —preguntó Noelia.

—Pues la verdad es que me gustaría; pero no se me ha ocurrido pedirle su teléfono. No sé qué pensará él de eso.

La conversación cesó rápidamente cuando lo vieron regresar hacia ellas.

—¡Listo, os están esperando! Tenéis mesa en la terraza.

—¿En serio?, ¡¿qué guay?! —dijo Lucía—. ¡Muchas gracias, de verdad!

—¿Quieres venirte con nosotras a cenar? —preguntó Noelia. Lucía se sorprendió de la propuesta de su amiga, pero no hizo ningún gesto visible—. También te invito.

—No, no, qué va —respondió—. Pero muchas gracias de todos modos.

—Pues ahora solamente nos falta saber dónde es —añadió Lorena—, que no nos lo has dicho aún. Mira que he estado varias veces en Edimburgo, pero no he comido mejillones en ningún lado. Me encanta la idea.

—¿Has estado más veces aquí?

—Sí, de Erasmus durante la universidad. Pero ahí comíamos siempre mal. En ese tiempo engordé casi diez kilos, así que fíjate cómo fue.

—Vaya tela. No, pues hoy cenarás mejor, te lo aseguro. El sitio está en Rose Street. Se llama “Mussel Inn Seafood”. Si lo buscáis en el mapa, llegaréis en seguida. Está a menos de diez minutos de aquí.

—Chicas —dijo de pronto Lucía—, yo necesito subir a la habitación un minuto, me gustaría cambiarme de ropa.

—¿En serio? Mira cómo vamos nosotras.

—Tardo nada.

—Me quedo con ellas mientras que te esperan —dijo David—. Les contaré un par de anécdotas del Edimburgo nocturno: el de las apariciones en los cementerios y los asesinatos en los callejones.

—¡Ni de coña! —dijo Noelia.

—¡Sí, sí, cuéntanos alguna! —contestó Lorena.

—Va, súbete ya, que os están esperando en el restaurante.

—Sí, ya voy —contestó corriendo hacia la puerta.

—¡Date prisa o empezamos a preguntarle por las cosas que tú no nos quieres contar! —voceó desde atrás Patricia con una amplia sonrisa. David se quedó parado, Lorena y Noelia se taparon la cara y Lucía la miró con cara de querer matarla.

—Esa cara ha dado más miedo que la historia que iba a contaros —dijo el guía.

Apareció pocos minutos después. Al hacerlo, los encontró charlando animosamente y se unió de nuevo al grupo. Justo antes de irse, Lucía saltó al ruedo y le preguntó si quería quedarse con su número de teléfono. David se lo pensó durante un par de segundos, pero finalmente accedió; y, mediante una llamada perdida, hizo lo propio respecto a ella. El guía miró la pantalla de su móvil, consciente de que aquel número tenía un poder mucho mayor del que solía tener un número cualquiera. No lo reconoció, lo que le indicó que seguramente lo habría cambiado a lo largo de estos años.

Con los números de teléfono ocurría algo curioso, se podía olvidar una infinidad de detalles de una persona a la que se había querido, pero los números de teléfono solían quedarse ocultos en algún lugar remoto de la memoria. O al menos a él le ocurría así. Y por eso había sabido al primer contacto visual que no era el mismo número que él recordaba en su cabeza.

No sabía si debía, o si quería tenerlo en realidad; pero tampoco quería hacer ningún mal gesto delante de ellas, así que bloqueó el teléfono y se lo guardó. Ya pensaría después si lo borraba o se lo guardaba. Tras esto, se despidieron y se marcharon por sentidos contrarios de Princess

Street.

—¿Te aclaras con el mapa, Noe?

—Sí, sí, faltan trescientos metros.

—A ver si por fin cenamos bien —añadió Patricia—, y no como en los antros a los que nos ha llevado Lorena.

—Cierra la boquita, guapa, no sea cosa que te la vaya a tapar con una conchita de mejillón.

—Eso es lo que te gustaría que te hicieran a ti. Así, sin limpiar.

—Qué cerda eres...

—Lo que tú digas. Pero, ¿es o no es?

—Bueno, según quien sea...

—¿Lo ves? No sé a quién quieres engañar.



Capítulo XII

Viernes, 06 de agosto
Edimburgo, Escocia

Los primeros rayos de un perezoso sol dieron los buenos días a las chicas en su cuarto día en la capital de Escocia. Hoy tocaba madrugar mucho. Comenzaba el seis de agosto y lo hacía con una perspectiva más que motivante: iban en busca del Monstruo del lago Ness. ¿Quién no podría estar animada frente a esa gran aventura?

Pues Lucía Gascón Chaparro.

No sabía qué pensar. Ni siquiera es que lo esperara, pero sintió una pequeña decepción al desactivar el modo avión de su teléfono y no ver ningún mensaje de David. De algún modo, esperaba algo.

En principio esto sería lo más normal del mundo, si no fuera porque poco antes de dormir, ella le escribió un escueto mensaje agradeciéndole la sugerencia del lugar de la cena. El sitio había resultado ser todo un acierto.

No es que le contara gran cosa, tan solo fueron un par de escuetas frases sin importancia. Pero las escribió con el claro objetivo de buscar alguna reacción en él, y quizás por eso esperaba una respuesta. Pasada la decepción inicial, trató de no pensar más en ello y ahogó el desencanto con la tempranera ducha que hicieron las cuatro prácticamente a contrarreloj. Su autobús salía a las ocho en punto de la mañana y no tenían tiempo que perder. Suerte que el transporte salía desde la parada de North Bridge y con salir del hotel unos minutos antes les bastaría.

—¿Peerdonaaa? ¿Ese es nuestro guía? —dijo Patricia al llegar al vehículo, dirigiéndose a Lorena.

—¡Qué buenorro está!, ¿no? —Lucía hizo un gesto de aprobación.

—Pues no empieza mal esto, no.

—Me recuerda a alguien, pero no sé a quién —añadió Noelia.

—Alguien que esté muy bueno —dijo la *booktuber*—. Cualquiera así podría ser.

—Bradley Cooper —indicó Lorena—. Le da un aire a Bradley Cooper.

—¡Ostras, es verdad!

—¿Quién es ese? —preguntó Lucía.

—¿En serio? ¿No sabes quién es Bradley Cooper?

—Pues ahora no caigo, la verdad.

—Tiene narices que tu amiga lesbiana lo conozca y tú no —dijo Patricia.

—¡Ey! ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? —respondió Lorena—. ¿Es que por gustarme las tías no puedo saber de cine? El chico es guapo, eso es indiscutible.

—Es el tío de *Resacón en las Vegas* —aclaró Patricia.

—No he visto esa película.

—Creo que va a sacar una peli con Lady Gaga —añadió Noelia.

—¿Lady Gaga también es actriz?

—¡Dios, Lucía! ¿En qué mundo vives?

—Yo qué sé, yo no me entero. Seguro que lo he visto en alguna película, pero ahora mismo no me acuerdo de quién es. A mí preguntadme por pelis alternativas.

—¿En serio? —contestó Patricia—. Esas pelis solo las ve gente rara.

—Yo las veo, ¿qué pasa?

—Pues eso, gente rara.

—O las de Richard Gere. Esas sí que las veo porque a mi madre le encanta, y las pone una y otra vez en casa.

—¡Bah, este está mucho más bueno!

—¿Quién de los dos? —preguntó Lorena—. ¿El del autobús o el actor?

—Pues los dos.

—¿Pensáis entrar o qué? —cortó Noelia—. ¡Dejaos ya de cháchara! Meteos ya para adentro y seguid babeando en el asiento. Daos prisa, que quiero pillar un buen asiento para echarme el respaldo hacia atrás. Nos esperan mil horas de camino y no quiero llegar molida.

—¿Nos subimos al piso de arriba?

—Por supuesto, Lucía. Eso es de primero de autobuses —dijo Noelia—. No quiero estar atravesando las Highlands conmigo encerrada en la planta baja sin poder verlas bien por la ventana. Venga, pasad ya, que no se os cuelen esos. Mete el codo, Patri.

Entre hombros, respaldos y cristaleras, terminaron de acoplarse. Encontraron un equilibrio que les permitió descansar y apreciar ese paisaje tan salvaje y diferente al que estaban acostumbradas en España. Enya amenizaba desde el hilo musical del vehículo. No es que se tratara de música escocesa, pero daba el pego perfectamente para lo que se apreciaba a través de las ventanas.

Lejos de aquel autobús, David Marín Palacios amaneció con aires optimistas, que no descansados. Se moría de cansancio, pero sabía que en pocas horas acababa su rotación y dispondría de dos días libres. No veía el momento de desconectar la alarma o de tirarse en el sofá para ver alguna serie desde su portátil.

Mientras se vestía, se acordó de quitar el modo avión de su teléfono y comenzaron a llegarle avisos. Tras hacer un barrido rápido en la pestaña superior del teléfono, vio diferentes notificaciones agrupadas, un par de emails del trabajo y alguna otra referida a recibos bancarios. Nada que le preocupara en exceso.

No sería hasta el camino al trabajo cuando se percató de que uno de los mensajes de texto era de Lucía. Y es que venía referenciado por el número de teléfono y no por el nombre de la chica. En aquel instante se acordó de que no lo había registrado todavía. Tras leerlo y ver que no era nada urgente, decidió no contestar en ese momento. Tenía prisa y, además, no tenía claro qué ponerle. Ya vería qué haría luego con él, y con su cabeza.

David sabía que algo no marchaba bien. Se encontraba a escasos minutos de comenzar un nuevo tour y no se sentía concentrado para ello. La charla distendida del día anterior había destapado la caja de Pandora. Volverla a ver, recordar sus gestos y olores... Dentro de él, comenzó a crecer una “vieja conocida”, la necesidad de tenerla cerca de nuevo. Y la imposibilidad de poder frenar aquello, le fastidiaba sobremanera. No, no necesitaba volver a pasar de nuevo por ahí. Definitivamente, no necesitaba su número de teléfono.

Y luego estaba Molly. La tenía delante. Le había saludado con su típico gesto de sacarle la lengua, con lo que a él le gustaba cada vez que lo hacía. Aquella chica le atraía bastante; pero, ¿realmente valía la pena mantener esa relación? Vale que los ratos de sexo eran muy buenos con ella, incluso las conversaciones al anochecer o los ratos escuchándola cantar en el pub. Pero,

¿estaba siendo franco con ella? ¿No sería mejor dar un paso al lado para aclarar primero sus sentimientos?

Verla frente a él y sentir que su mente pensaba en Lucía en aquellos momentos le hizo ver que quizás no sentía por Molly lo suficiente. No tenían planes de futuro. Pero, quisieras o no, cuando uno comenzaba una relación, siempre estaba el compromiso mayor en el horizonte. Pero ahora mismo, Molly ya no era tan importante, y la posibilidad de tomar café, o incluso quedar para hacer el amor en su casa, ya no le era prioritaria.

Se sentía sobrepasado. Algo tenía que hacer. Pero no, no podía hacerlo a través del teléfono móvil, no era un modo ético. Ni tampoco le apetecía hacerlo así. Tenía que aclarar sus sentimientos. A Molly sabía dónde encontrarla, bastaba con ir a la cafetería y la tendría delante. Pero con Lucía era otra cosa. Tenía que quedar con ella. Una vez más. No le había sido suficiente con la tarde anterior.

Apagar el fuego bajando al infierno no parecía muy buena opción a priori, pero la ansiedad que sentía se estaba llevando por delante sus uñas y sus pulmones. ¿Qué decirle? ¿Cómo hacerlo? Y, al mismo tiempo, ¿con qué fin real? Ahora que se había establecido finalmente en Reino Unido y tenía en el horizonte un nuevo proyecto laboral junto a sus compañeros; se volvía a cruzar la persona que, probablemente, fuera el gran amor de su vida.

David daba vueltas a su teléfono sobre la mesa. Pensativo, frotaba el aparato como llevado por una crisis nerviosa, como si de tanto dar vueltas al móvil fuera a salir un genio mágico que le diera la solución a su conflicto. Vueltas y vueltas al mismo ritmo que iba su propio cerebro. Pensamientos inconexos saltando de neurona en neurona, rompiendo el infranqueable muro que se había construido desde hacía años, y que justo en aquellos momentos se estaba resquebrajando. Pobre Molly, qué mal correspondida era. La camarera con aspiraciones a cantante, hoy le parecía una extraña a sus ojos. Lucía había reaparecido y había roto todos sus esquemas de un plumazo, tan rápido como bajaba un soufflé mal hecho. Vaya, al pensar en pastelería, volvió a su pensamiento de nuevo. Todo era Lucía esa mañana. Algo debía hacer para aliviar la presión que sentía en el pecho. Pero ahora no tenía tiempo, un nuevo grupo de turistas le esperaba.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó Noelia, desorientada—. ¿Tan pronto?

—¡Qué va! —respondió Lorena—. Es una parada intermedia.

—Está lloviendo, ¿en serio vamos a parar aquí? —dijo Lucía.

—Así son las Highlands. Quédate en el autobús y te lo contamos luego.

—Sí, claro, no tengo otra cosa que hacer. Esto es una pasada, mira qué sitio.

—¿Está sonando una gaita? —preguntó Noelia.

—¡Foto, quiero una foto con ese tío! —exclamó Lucía—. ¡Es el de las postales!

—¿El de la sidra asturiana?

—¡Sí, claro, se ha venido desde Asturias para echar la tarde aquí contigo! —exclamó Patricia ante el comentario de Noelia.

—No, ese hombre sale un montón en las fotos de Escocia tocando la gaita.

Lucía parecida muy experta en la cuestión.

—¿No conoces a Bradley Cooper y conoces al puto gaitero este?

—Es que antes de venir aquí estuve investigando. Es el tío del que hablasteis en el avión.

—Seguro que lo vio en alguna película independiente de esas —añadió Lorena.

—Pues no, lista. Por cierto, se llama Alexander.

—¿No jodas que te sabes su nombre?!

—Sabrás también si lleva ropa interior, ¿no?

—Pues seguramente no. Llevará el kilt ese, supongo.

—Interesante, creo que es hora de hacernos una foto con el gaitero pelotero —dijo Patricia—. Mientras Lorena lo distrae, yo me agacho por detrás y le tiro el flash...

—No seas idiota, anda.

Alexander, el gaitero de las Tierras Altas de Escocia, dio la bienvenida a los integrantes de la excursión pasadas las once de la mañana. Ataviado con su instrumento y la vestimenta folklórica típica, se mostraba impecable a pies del valle de Glencoe para deleite de turistas.

La parada fue aprovechada por todo el mundo para estirar las piernas e inmortalizar aquel escenario tan sublime, que bien valía unas cuantas fotografías. Justo en aquel instante en el que sacó su teléfono móvil para usar la cámara, fue cuando Lucía se percató de que David había visto por fin el mensaje. Sin embargo, seguía sin haber respuesta.

Tras unos escasos diez minutos de parada, siguieron su marcha hacia el lago Ness, su verdadero destino del día. Todavía les quedaban por delante un par de horas de trayecto, pero entre páramos y bosques de enormes abetos y frondosas coníferas se les pasó en un santiamén. Un clima frío y húmedo las recibió en las inmediaciones del lago. Nada que no esperaran de antemano.

Con todas las ilusiones puestas en conseguir ver al monstruo, las cuatro chicas se subieron a la embarcación que las llevó por negras aguas, donde un joven monitor les ilustró acerca de la composición del terreno y los complejos aparatos que utilizaban para comprobar si el “monstruo” se les acercaba. O eso creyeron entender, porque hablaba con un acento escocés tan cerrado que a duras penas le entendían algo.

Y antes de que se dieran cuenta, estuvieron de vuelta en el autobús. Por mala suerte, o por lo que fuera, en esa ocasión ninguno de los presentes consiguió avistar a “Nessy”. Tal vez fuera a la próxima.

—¿Ya nos volvemos? —preguntó Noelia mientras engullía unas frambuesas que había comprado al salir de la embarcación—. Esta excursión es un poco tangué.

—¿Qué esperabas, ver al monstruo? —Lorena le dio una palmadita en la espalda a su amiga.

—Pues sí. Para eso habíamos venido, ¿no? —respondió decepcionada—. No es eso. Es que, entre las paradas, la llegada, el paseo en barco y tal, se nos ha pasado el día corriendo. Nos hemos pegado una paliza de cinco horas para estar solo un ratito aquí.

—Y otras cinco más que te esperan, maja.

—Yo hubiera parado a mitad de camino para ver los paisajes —añadió Noelia.

—Pues decidle a Bradley Cooper que nos pare ahora a la vuelta.

—Sí, claro, y nos tiramos siete horas para volver. —Lucía apareció por detrás, le había tocado hacer de fotógrafa a un grupo de jubilados—. Que esta no se queje tanto que no ha parado de mandarle fotos a Borja. Tan mal no se lo habrá pasado.

—Yo quería llamarlo desde el lago y se me ha olvidado con todo el rollo del monstruo.

—Este lago no es nada romántico —cortó Patricia.

—A mí sí que me ha gustado.

—No digo que no sea bonito, pero romántico no es para nada. Dile a tu novio que se estire y te lleve de viaje a Italia, al lago de Como. Ahí sí podréis procrear muchos hijos de manera romántica en una barquita.

—Borja y yo no vamos a tener hijos todavía. Primero queremos disfrutar de la vida de casados.

—¿La vida de casados? ¿Eso qué es, pagar hipotecas, comprar Euromillones y follar una vez al mes? Porque eso es lo que tendrás de aquí a un par de años.

—Menudos ánimos le das —dijo Lucía, mirando a Patricia.

—Esta no va a tener que pagar hipotecas en su puñetera vida —añadió Lorena—. Y la lotería tampoco creo que le haga mucha falta.

—También es verdad. Mira, ya tienes menos presión psicológica; quizá acabes follando tres veces al mes.

—Envidia cochina que me tenéis, eso es lo que os pasa.

—Di que sí, Noe —dijo Lorena.

Recostada entre la ventana y la pelota que hizo con su chaqueta, Lucía se abandonó al descanso con algo de música desde su móvil sin prestar mucha atención a la película. *Jumanji 2* no era cine muy independiente, que digamos. Y así estaría un buen rato, quizá cerca de una hora, hasta que el teléfono vibró entre sus manos un par de veces y un fuerte zumbido la sobresaltó desde su auricular. La chica pulsó el desbloqueo y automáticamente leyó “David móvil”.

La sorpresa del remitente hizo que su mano torpeará ligeramente, lo que ocasionó que el aparato se le resbalara hacia la mediana de los asientos, entre Lorena y ella. Por suerte, tenía los auriculares conectados con el cable que les habían regalado en el autobús y pudo tirar de ellos con rapidez, antes de que el teléfono cayera al suelo. Lorena abrió un ojo para ver si todo marchaba bien, y al ver el gesto de recuperación de su amiga, sonrió y volvió a su mundo onírico recostándose un poco hacia el pasillo del vehículo.

Tras recuperarlo, orientó el teléfono con disimulo de manera que nadie más pudiera ver el contenido del mensaje. Por fin le había contestado. Una sensación fría le atravesó la espalda. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Al fin y al cabo, solo estaba contestando lo que ella misma había comenzado. Seguro que no iba a encontrarse nada descortés. La tarde anterior había notado buen *feeling* entre ambos, así que no tenía por qué sentir apuro.

Entró en la aplicación de mensajes. Nueve palabras, solamente nueve. Pero que, sin embargo, la asustaron más que los agresivos simios que estaban saliendo en aquel momento en la película. Vaya si le había contestado, pero con algo que la pilló totalmente desprevenida:

“Hola. ¿Te apetece escaparte mañana a St. Andrews conmigo?”.

“¡Madre mía!”, soltó en un tono relativamente audible. ¿Aquello iba en serio? Además, justo a Saint Andrews, uno de los lugares a los que tuvieron que prescindir por la corta duración de su viaje. ¿Qué debía hacer?

Por un lado, era impensable abandonar a sus amigas durante todo un día, no había ido a la despedida para eso. Pero, por otro, ¿para qué se iba a mentir? Ciertamente, le apetecía mucho aquella idea tan loca. Y encima con él. Lo más duro ya había pasado la tarde anterior. David le podía haber reprochado muchas cosas. Y, sin embargo, no lo hizo. Así que, ¿por qué no debía confiar en que fuera una salida interesante y entretenida?

En cualquier caso, no quiso contestarle de inmediato. Tenía muchas ideas que aclarar y muchas explicaciones que dar a sus compañeras de viaje, si finalmente aceptaba. Se sentía indecisa y un poco desubicada. Ahora mismo le sobraba el viaje en autobús. Le hubiera encantado estar en la soledad de su habitación de Zaragoza. O, al menos, a solas en la habitación del hotel. Y, al tiempo, sentía la necesidad de hablarlo con sus amigas. Más que como un simple cotilleo, como una búsqueda de consejo sabio, aquel que solo una verdadera amiga sabe dar. Aunque, a decir verdad, tenía claro que su mente quizás no compartiera esta vez el consejo de una voz amiga.

La situación a su alrededor no ofrecía demasiados visos de Consejo de Sabias. Un par de ellas dormían ajenas al mundo, y la otra parecía haberse sumergido de lleno en los tejemanejes de la película, porque no despegaba los ojos de la pantalla. Así que decidió postergar el cónclave para cuando hubiesen regresado a la ciudad. A partir de ahí ya no hubo ni película ni música capaz de

evadirla de sus pensamientos. Lucía releyó varias veces la breve frase, como esperando algo nuevo por parte de él, pero sin la intención de contestarle todavía. Su ansiedad iba en aumento.

Nada más bajar del autobús, reunió a la “Comunidad del Anillo” para informarles de la noticia. Sin embargo, tuvo que esperar a que Patricia se despidiera formalmente del guía. No iba a dejar pasar la oportunidad de darle un par de besos a aquel ejemplar masculino de tan buen ver. Y, ya puestos, le dejó una buena propina de parte de las cuatro por los servicios prestados. Bastante más, por cierto, que lo que le dieron al pobre David. Y es que siempre hubo clases...

—Chicas, tengo una cosa que comentaros...

—Ya empezamos —dijo Lorena—, sorpréndenos.

—¿El del autobús también era un ligue tuyo?

—No, el gaitero era su tío.

—Va, en serio, que es importante.

—Será algo sobre tu guía favorito, suponemos. —Patricia le sonrió amablemente.

—Sí, quiere que nos veamos mañana otra vez.

—¿Mañana? —preguntó Lorena—. ¿Otro café?

—No. —Hizo una pausa—. Quiere llevarme a St. Andrews.

—¿En serio?! —exclamó Noelia.

—¡Toma ya! —dijo Patricia—. Vaya con el guía, va a saco.

—¿Qué le digo? —preguntó a modo general.

—¿Cómo que qué le dices? —respondió Noelia—. ¿Qué quieres tú?

—No sé. Por un lado, me apetece, pero por otro...

—¿Por otro qué?

—Pues que yo no he venido a esto, he venido a estar con vosotras. Noe, es tu despedida y estoy yéndome cada dos por tres. Creo que le voy a decir que no.

—De eso nada, guapa. Vamos a ver, Luci. Yo entiendo tu preocupación, pero de verdad que no pasa nada; en serio. Nadie esperaba esto que te ha ocurrido. Pero yo creo en el destino. Y si te ha pasado, es por algo.

—Chorradas —dijo Patricia.

—Ni caso, Luci. No te preocupes por mi despedida. Estoy pasándolo genial tal y como va, y no me voy a enfadar en absoluto porque mañana tú te vayas. Eso sí, nosotras nos quedaremos con las ganas de ir a St. Andrews. Eso sí que nos da envidia, perra.

—Qué mal me sabe. Si queréis le digo si podemos ir las cuatro.

—¿Qué dices! —exclamó Noelia.

—De eso nada, que nosotras no vamos a ir de carabinas —respondió Patricia—, ya te lo dije.

—¡No seríais carabinas de nadie!

—Que no, que te vayas y ya está —respondió Patricia—. ¿No ves que estoy de coña? Si te apetece, vete; claro que sí.

—¿Le digo que sí, entonces?

—¿Tú quieres ir, Lucía? —preguntó Noelia—. ¿Te fías de que todo irá bien?

—Sí, supongo que sí. Es posible que se quedara con alguna pregunta por hacerme. En un par de días cada uno volverá a su vida y querrá cerrar esto de un modo más adecuado.

—Pues entonces, adelante. Nosotras haremos marcha mañana y ya nos veríamos por la tarde. Ya está, es así de sencillo.

—Mañana de tranquis, por favor —suplicó Lorena—. Cañas y Fringe, poco más; que casi no hemos parado.

—Mañana podemos ver algún espectáculo de los que se anuncian en los *flyers*.

—Pues ya está. ¿Ves? Ya tenemos el plan hecho, puedes ir en paz.

—Gracias, de verdad. Os lo recompensaré. Mañana os invito yo a cenar.

—Vale, adjudicado.

—¡Qué guay! Me hace mucha ilusión ver la universidad en la que estudió el príncipe Guillermo de Inglaterra.

—¿Perdona? —exclamó Patricia—. ¿Con todo lo que debe tener St. Andrews y vas a perder el tiempo en esa tontería? Los monumentos, la playa...

—¡Qué pasa! A mí me gusta el príncipe.

—¡Dios mío! Me tendrían que pagar una subvención por aguantar vuestras taras. Una, enfadada porque no ha visto al monstruo del Lago Ness. Y ahora me viene la otra con lo del Príncipe Guillermo... Madre del Señor. Al final vais a hacer normal a Lorena.

—Eh, cuidadito con lo que dices de mí...

Así pues, camino del hotel, Lucía aceptó la invitación, citándose para las nueve de la mañana. David la recogería en el coche de uno de sus compañeros y se marcharían a Saint Andrews a pasar el día. ¿Qué mejor manera de visitar una bonita ciudad que de manos de un guía experimentado en la zona? Y encima, sin tener que darle propina alguna.

—Ya os veo a los dos retozando mañana en la arena de la playa —dijo Patricia durante la cena de esa noche.

—Me lo estoy imaginando —añadió Lorena—. Lucía haciendo topless en la playa, corriendo a cámara lenta al ritmo de la banda sonora de *Carros de fuego*, con las tetas brincándole de un lado para otro, corriendo detrás de él.

—Estáis muy mal, ¿lo sabéis? —respondió—. ¿Y por qué tengo que ir yo detrás de él? ¿No puede ser al revés?

—¡Ah!, ¿al revés sí que lo harías? Interesante...

—¡Pues no, tampoco! Dejad de decir idioteces. Lo que pasó hace años ocurrió porque éramos muy jóvenes, ya está.

—No sé yo —dijo Lorena—. Desde que lo viste, no has parado de hablarnos de él.

—¡Porque me habéis preguntado vosotras!

—Y sin eso. Te digo yo que ese río todavía lleva agua.

—Para nada, aquello fue algo que no tengo la menor idea de resucitar.

—Sí, ya veremos... —dijo la novia. Al escucharlo, Lucía puso gesto de sorpresa y esgrimió una tímida sonrisa.

—¡No me lo puedo creer! Tú eras mi mayor aliada contra estas dos. ¿Tú también crees que tiene intención de retomar aquella historia?

—¿Él? —respondió su amiga—. Pero si de la que no me fío es de ti.

—¿Perdona? ¡No me lo puedo creer, qué poca confianza me tenéis!

—¿Qué quieres que te diga? En estos últimos años te he visto cortar con chicos, aguantarte el drama y los lloros, y verte volver con ellos a los tres días. Así con todos.

—No es lo mismo.

—O sí, es lo mismo. Pero vamos, que no te lo digo por nada, que me parecería muy bien hicieras lo que hicieras, por supuesto. Eso sí, a mí no venidme lloriqueando los dos de nuevo. A mí me dejáis en paz esta vez.

—¡Qué fuerte me parece!

—Tan solo hay una cosa en la que no estoy de acuerdo con lo que han dicho estas dos. —Ambas escuchaban atentamente—. Eso de que te brinquen las tetas cuando corras por la playa, no lo veo. Estás más plana que una tabla de planchar, poco brinco habría.

—Eso es verdad —añadió Patricia.

—¡Oye! ¿Qué les pasa a mis tetas? Pues tetas son. ¡Vaya amigas que me he echado! Pues muy bien que lucirían en cámara, parecería una vigilante de la playa.

—Sí, claro. Ahora vas a ser Lucía Anderson. A ti lo que te gustaría sería rescatar a David del mar y hacerle el boca a boca.

—¡Joder, le sacáis punta a todo! —exclamó—. ¡Parad ya, anda!

—La experiencia, Luci —remató Noelia—. Siempre has sido una cabra loca. A ver qué Lucía aparece mañana.

—Os odio mucho, por si no lo sabéis aún.

—Nosotras también te queremos —dijo Lorena.



Capítulo XIII

Sábado, 07 de agosto
Edimburgo, Escocia

A la mañana siguiente, puntual como un reloj, David apuraba los minutos de espera fumando un cigarrillo. Con el coche estacionado en una calle anexa, la vio aparecer cerca de las nueve y diez. Una pequeña tardanza que le pareció razonablemente aceptable.

Venía con ritmo acelerado. No había dormido muy bien, y las prisas y las incomodidades de la habitación no le habían permitido maquillarse con tanto esmero como hubiera deseado para paliar su aspecto cansado.

—Perdón por el retraso. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, qué va —respondió al tiempo que pisaba la colilla del cigarro—. A esta hora todavía se puede aparcar cerca, por eso casi acabo de llegar.

Se habían saludado con dos escuetos y distantes besos. Como los primeros compases de un enfrentamiento de boxeo, parecía que ambos contendientes se estuvieran controlando la distancia, como midiendo sus fuerzas. Tras el ligero saludo, le hizo un ademán con la mano derecha, indicándole el camino hacia el que debían dirigirse.

—Vaya —dijo Lucía nada más echar a andar—, parece que nos hayamos puesto de acuerdo al elegir la ropa.

Curiosamente, ambos habían elegido prendas de ropa similares: zapatillas marrones, pantalón vaquero y jersey verde, algo más oscuro en el caso de él. Aquello cortó un poco el hielo de un primer atisbo de conversación.

—Le he preguntado a los de la recepción de tu hotel, para saber cómo ibas vestida.

—¿En serio? —preguntó nerviosa.

—Pues no, no ves que es mentira.

—Capaz eres —respondió ella—. La verdad es que no me queda ya mucha ropa limpia en la maleta. Ya he repetido algún modelo, pero hoy no quería oler a sudor.

—Ya ves tú, no hubiera importado. Además, lo compensas con el litro de perfume que te has echado.

—Me he pasado, ¿verdad? Ya lo sabía.

—Que no, que también es una broma. Hoy no pillas una.

—Ay, ¡yo qué sé! Aún voy durmiendo. He dormido fatal. Esas almohadas nos están matando.

—¿Cómo fue el viaje de ayer?

—Genial. Pero tuvimos muy pocos minutos para ir a nuestro aire, ya me lo avisaste.

—Ya, esa excursión es así. ¿Has desayunado?

—No, qué va. He salido a la carrera. Pero no tengo hambre, puedo esperarme hasta llegar allí.

—No, tranquila, tenemos tiempo de sobra. Realmente, St. Andrews no es tan grande. Podrías estar varios días visitándola, pero con unas cuantas horas sobra para ver las cosas más relevantes. Vamos a una cafetería y te tomas un café, aunque sea.

—Ah, vale. Pues sí, mejor; me vendrá bien para espabilarme.

—¿Qué tal vuestro hotel? Quitando las almohadas, claro. Está en buena zona.

—Bastante apañado. Pero ya sabes: cama extraña, almohadas blandas, amigas que roncan... Esas historias.

—¡No fastidies!

—Es lo que hay.

—Sí, mi compañero argentino también ronca como un demonio. Una vez fuimos el griego y yo con las almohadas y le dimos una paliza en plena noche. —David señaló la fachada de un local —. Aquí mismo podemos tomar algo.

Justo enfrente de donde tenía aparcado el coche había una cafetería a la que entraron para que ella pudiera desayunar. Por no dejarla sola con el desayuno, él se pidió el segundo café del día. Un extra de cafeína no le vendría mal.

—¿Cómo se han tomado tus amigas que vinieras?

—Bien, la verdad es que bien. Creo que les pareces de fiar.

—¿Cómo? —cortó extrañado—. ¿Es que no se fiaban de mí? Yo me refería al hecho de que tú fueras hoy a St. Andrews.

—Es porque casi no te conocen. Pero, en fin, que Noe y yo les hemos dado buenas referencias sobre ti.

—Vaya, me alegro.

—Además, con la indicación de la cena del otro día, te las ganaste del todo. Sobre todo, a Lorena.

—¿Os gustó?

—Sí, estaba todo buenísimo. No descartamos volver esta noche, ya veremos. Necesitamos desintoxicarnos de las grasas.

—Vaya, pues hoy el menú era de batalla. Te iba a llevar a un sitio que dicen que hacen el mejor fish & chips de toda Escocia, pero podemos buscar otro. Conozco un par parecidos al de Edimburgo.

—No, no, para nada. Quiero ir. Ahora que me has dicho que es el mejor, quiero ir ahí.

—No te creas, es un poco antro; pero ciertamente está muy bueno.

—No se hable más. Además, ellas sí que han comido eso, pero yo he ido tirando de hamburguesas. Así que será mi estreno, y no veo mejor sitio que donde sirven el mejor de Escocia.

—Bueno, eso es lo que dicen. Luego me das tu opinión y, si te gusta, le ponemos una buena valoración en Tripadvisor. Eso siempre nos viene bien a los que trabajamos en el turismo.

—¡Vale! Y, por lo otro; pues la verdad es que sí que les hubiera apetecido venir, pero tampoco han hecho mucho drama. Hoy darán una vuelta por el *Fringe* y quizás vayan a ver algún espectáculo. Según les dé el aire. Las he dejado pintándose las uñas en pijama, así que saldrán tarde. Les he dicho que esta noche ya cenaríamos juntas y nos contaríamos cómo nos había ido el día. ¿Volveremos muy tarde?

—No, no, a media tarde nos podemos volver si quieres. En coche no está muy lejos, cuando quieras nos volvemos. Te enseñé unas cuantas cosas y ya está.

—¿Vamos a ver la universidad?

—¿La universidad? Pues no tenía intención, la verdad.

—¡Oh, vaya! —se lamentó.

—¿Quieres ir? No creo que podamos entrar. Además, no es tan relevante como otras del Reino Unido, no es Oxford ni Cambridge. Es bonita porque aquí la piedra hace que cualquier edificio

resalte mucho; pero no tiene gran misterio.

—Jo, pues sí que me hacía ilusión.

—¿Y eso?

—Es que me da un poco de vergüenza decirlo.

—No será por lo que estoy pensando...

—Ahí estudió geografía el príncipe Guillermo de Inglaterra.

—¡Toma! No sabía yo de ese amor tuyo por la Realeza Británica.

—¡¿Qué pasa?! Pues siempre me ha gustado el príncipe.

—Guillermo de Inglaterra, el *crush* de Lucía Gascón Chaparro. Es lo último que me hubiera imaginado de ti.

—No te burles de mí.

—No, si cada uno tiene sus taras.

—¡Qué idiota eres, ya estás como Patri! Es como un amor platónico. Seguro que tú también tienes uno y te estás riendo de mí.

—Sí, cierto, lo tengo. El mío es Olivia Newton John.

—¿Lo ves?

—¡Bah, me vas a comparar a Olivia Newton John con el príncipe William! Está a años luz la una del otro, la mía sí que lo merece.

—Sí, claro, porque tú lo digas.

—¿Y eso es todo lo que conoces de St. Andrews? ¿Quieres ir solo por eso?

—No, bueno. También sé que hay una playa donde grabaron una película famosa.

—Vaya, estás bien informada.

—No te rías de mí. Yo qué sé, tú eres el guía, sabrás un montón de cosas más que yo. Tú pregúntame por bares de Zaragoza, que seguro que sé un montón más que tú. Bueno, tampoco de muchos, que casi no salgo.

—De eso no me cabe duda, hace siglos que no voy. Desde que me fui solo hago visitas rápidas a mis padres, y ya está. Casi no piso ni la calle.

—¿Y piensas volver algún día?

—No creo, no está en mis planes. Bueno, no te preocupes —dijo para cambiar de tema—, durante el trayecto te iré informando de todo lo que vamos a ver. Sí, la playa es importante porque allí grabaron una escena de la película *Carros de fuego*.

—Eso, es que no me salía el nombre.

—Pero hay un montón de lugares más aparte de la universidad y la playa. Está la catedral, el castillo, el club de golf...

—A mí no me lleves a un club de golf.

—Daremos una vuelta, los alrededores son muy bonitos. Tranquila, que no te voy a meter dentro, pero seguro que te gusta el sitio. Y aquí me pillas un poco, pero creo que también hay en la ciudad alguna localización de la serie *Outlander*.

—¡¿En serio?!, ¡quiero verla!

—Sí, luego me aseguro y vamos. Y, obviamente, hay un montón de referencias a William Wallace. No es *Outlander*, pero es *Braveheart*; que es del estilo.

—No es para nada del estilo, cómo se nota que no has visto la serie.

—Ya, ahí sí me pillas. Me conozco tan poco la serie como los bares de Zaragoza ya. Al menos, confío en que siga el de las croquetas que había cerca de tu casa.

—Sí, ese sigue en pie, contra viento y marea.

—Bien, veo que no todo está perdido.

—Me resulta extraño que no vayas más a Zaragoza.

—¿Por qué?

—No sé, es tu ciudad, allí están tus padres. Tendrás amigos allí, supongo.

—Sí, pero tengo a todos tan abandonados que me da una pereza horrible retomar las relaciones. Hace mil años que ni los veo. Supongo que eso es herencia de mis padres. No recuerdo verlos con amigos nunca. Siempre han vivido encerrados en su propia vida. A mí me está pasando algo parecido. Tengo algunos amigos, pero suelo pasar bastante tiempo solo.

—Al menos se llevan bien. Pilar y Pedro se llamaban, ¿no?

—¿Que se llevan bien? ¿Lo sabes tú eso?

—No sé, están juntos todavía y el negocio va viento en popa.

—Sí, pero de puertas para adentro no es lo mismo. Y, a decir verdad, en la pastelería tampoco es que sea muy cordial su relación. Si sigue funcionando es porque mi madre está al frente y tiene allí a gente muy capaz. Siempre están discutiendo. Yo los recuerdo así toda la vida, desde que tengo uso de razón.

—No digas eso.

—Es lo que hay. Si mi padre sigue en la pastelería es porque se llevaba muy bien con mi abuelo. El comienzo de la relación entre mis padres no fue muy normal, que digamos. Esa historia sí que me la contaron.

—Me encantaría escucharla algún día.

—Bueno, tenemos por delante un buen trayecto de carretera. Si quieres dormirte en el coche, te la puedo ir contando.

—Vale, me gustaría oírla.

—Como quieras. ¿Nos vamos ya? St. Andrews nos espera.



Capítulo XIV

De los inicios de Pilar y Pedro Jesús
Mayo de 1983, domingos de apuestas
Zaragoza, España

Como venía siendo habitual las tardes de domingo cuando el Real Zaragoza jugaba fuera de La Romareda, todo aficionado que se preciara acudía a las peñas futbolísticas, como llevado por toque de corneta, a escuchar la retransmisión de la jornada deportiva. Allí podían criticar a su gusto. Todo el mundo era el mejor entrenador. Sin embargo, daban más muestras de sus inflados egos que de buenas prácticas como técnico siquiera de un equipo dominguero.

En uno de esos locales cercanos a la ribera del Ebro, aquellos que se consideraban “los importantes del lugar” conversaban entre risotadas, estableciendo una especie de jerarquía, en función de lo largo que lo tenían.

El habano amarrado a las comisuras de sus labios; queremos decir, claro.

Y entre esas personas que seguían las proezas de un jovencísimo Jorge Valdano o de un tal Juan Señor —cuyo destino le tendría preparada una gran alegría deportiva para finales de aquel mismo año—, se encontraba, dando tragos a su carajillo, Lorenzo Palacios, el abuelo de David. Robando cartas del mazo y haciendo los sumatorios que le mantenían la mente fresca a pesar de los setenta y un años que ya marcaban los anillos de su tronco.

Entre aquellas cuatro paredes, cinco si contamos el chaflán donde la televisión de culo ancho llevaba años amenazando con suicidarse, se juntaba lo más granado de la parte norte de la ciudad. Fulano y Mengano, el hijo de tal y el hijo de cual; y más de un hijo de su madre también.

Resultaba curioso ver sentados en la misma mesa de juego a prestamistas usureros y deudores; o a mangantes de tres al cuarto y a sus víctimas. Todos separados únicamente por roídos tapetes verdosos. Aquello era todo un ecosistema de subespecies humanas donde el líquido que lo sustentaba todo no era el agua sino el coñac, formando un equilibrio que duraba hasta que acababa la retransmisión del último partido de la tarde.

A partir de ahí se abría la veda y desaparecía la tregua. Así que más de un tertuliano salía de ahí por patas, no fuera cosa que pretendieran rendirse cuentas entre unos y otros; ya fuera por rencillas no resueltas o por refriegas surgidas aquella misma tarde. Ríete tú del cruce de *Five Points* en Nueva York. En cualquier caso, en aquel momento todo andaba en calma, el habilidoso Morgado sacaba jugando el balón y la mano de cartas parecía contentar a todo el mundo.

Sería ese mismo día, en ese preciso lugar, cuando a su derecha en el tapete de juego, Lorenzo Palacios tenía a un joven contrincante que no había visto hasta la fecha pero que no tardó en caerle en gracia. Y lo hizo como solamente un brabucón que se reúne a jugar a las cartas en un “club de caballeros” sabe hacer: usando la socarronería, fanfarroneando sobre mujeres y creyendo saber más de fútbol que ningún otro miembro de aquella fauna allí reunida.

Suerte que aquel joven contaba tan solo con treinta y un años. Por esas se libró, porque si le llega a venir a Lorenzo alguien de su misma edad y con esos aires, sale a empujones del local: vía puerta o vía ventana. Pero le cayó bien desde el principio. Parecía mayor de lo que era y Lorenzo no tardó en echarle el guante y agarrarlo del brazo para no soltarlo, tratándolo como a un igual. Y allí, donde se establecían clases sociales entre ellos mismos, ya era un gran paso dado.

Aquel chico de pantalones de pana marrón y aspecto de galán de cintura para arriba —que, al

fin y al cabo, es lo único que se veía cuando estabas jugando a las cartas—, no era otro que Pedro Jesús Marín. El chico venía acompañando por primera vez a su tío político. Había oído hablar de esta peña deportiva y tenía curiosidad por ver qué se manejaba. Siempre le había gustado moverse entre gente mayor que él, y la peña deportiva era un lugar perfecto para aquello.

El tío de Pedro Jesús era un empresario de distribución alimenticia en la provincia de Zaragoza y estaba comenzando a expandirse hacia el resto de Aragón. O, al menos, eso era de lo que se jactaba su tío Enrique, cuñado de su padre. Aunque para Lorenzo y el resto de miembros de aquel local, no era Enrique Aguado; sino “el Patillas”. Y no por su poblada mejilla, porque más bien tiraba ya a pelón, sino porque no levantaba más de metro sesenta del suelo. Pero ya hemos dicho que en aquel lugar poco importaba el tamaño corporal, y sí el del puro que engalanara sus ebrias bocas.

En uno de aquellos lances de la partida, entre risotada y risotada, la chulería de los jugadores derivó en apuestas a cada cual más ridícula: que si comerse la ceniza, que si beber la copa de un solo trago, etc. Esas lindezas que saben hacer los cromaños cuando se frotan las espaldas unos contra otros. Y todo habría acabado así, y cada cual se habría ido a mear la fachada de sus respectivas casas, pero Lorenzo Palacios tuvo una sensacional idea. Total, era una mano ganadora... ¿Por qué no apostar a su propia hija con aquel chico que tan bien le había caído? Al fin y al cabo, más o menos, los dos eran de la misma edad y, sin duda, el chico tenía un magnífico camino por delante en el mundo de la distribución de conservas y papel higiénico. Según parecía, iba a ser la persona encargada de la gran expansión de la empresa en el futuro. El tío Enrique, “el Patillas”, ya había expandido su barriga todo lo posible. Si conseguía hacer lo mismo con su empresa, aquello era pan asegurado para muchos años.

Volviendo a la insólita apuesta, habría que matizar un aspecto. Más que apostar a su hija, “simplemente” se apostó una cita de Pedro Jesús con ella. “¿Qué mal le haría a la pobre?”, pensó. Seguro que estaría encantada. Además, siempre estaba encerrada en casa leyendo; y eso, para él, era cosa de viudas y solteronas. Y Lorenzo no quería eso para su propia hija. Ni para las casas vecinas, que hacían mal barrio.

Pero claro, una apuesta con un motivo inicial y luego la resolución final puede llevarte por unos derroteros bien distintos. Así que, cuando sumaron puntuaciones y Lorenzo calculó que había perdido, supo que ya no era tan importante que en aquel bar pudiera estar el ladrón que meses atrás amagara con colarse en su negocio. Sino que su mayor problema lo iba a tener cuando le dijera a su hija María Pilar que fuera sacando su mejor vestido, que el lunes por la tarde, en apenas veinticuatro horas, tenía una cita con un total desconocido: un encantador de serpientes tres años menor que ella. Y que había obtenido tal derecho por una mala mano jugando al guiñote. Y, a todo esto, también habría que sumar la que indudablemente le iba a caer por parte de Dolores, su mujer. Bronca que iba a ser de órdago... Un órdago a la grande.

Aquella noche, durante la cena, unas comieron lágrimas al punto de sal, otras escupieron migas del pastor por la boca, y el mal jugador de cartas comió ración doble de adoquines del Pilar. Aunque tuvo suerte al menos de que le fueran lanzados de los de caramelo duro, desde la campana de cristal donde se guardaban los dulces en la cocina; y no arrancados directamente del suelo de la calle; porque, sin dudar, eso es lo que a su mujer le hubiera gustado realmente hacer.

Pero como todo el mundo sabe, después de la tormenta siempre llega la calma; y, al fin y al cabo, aunque el modo fuera completamente inapropiado, Pedro Jesús era un buen chico que, aunque de cuentas sabía poco, se le veía con buen porvenir y pertenecía a una buena familia zaragozana. Así que, durante el almuerzo del día siguiente, con la calidez del sol de aquel lunes

de penitencia, todo pareció verse de un modo diferente y María Pilar accedió a quedar con él para una merienda, ¡y punto! Y como no habían concretado los términos durante la apuesta de la tarde anterior, a su padre le pareció suficiente y adecuado. Con eso salvaba su palabra y, al tiempo, no dormía en el sofá otra noche más.

Así pues, tras la venia a regañadientes de su hija y la maldición recibida por parte de su mujer, Lorenzo llamó a uno de los chicos que le hacían los recados en la pastelería, enviándolo a dar los pormenores de la cita a Pedro Jesús, quien recibió la noticia con gran alegría e interés en el almacén de la empresa familiar. No en vano, tenía cierta lagunilla mental alcohólica que le impedía recordar a ciencia cierta el usufructo de aquella transacción. Así que el recordatorio del chico le vino de perlas. No había visto jamás a M.^a Pilar, así que debía confiar en la palabra de su padre, que le había dicho que era una mañica muy agraciada que no se le parecía en nada a él, debiendo haber cogido los genes de la madre. Y eso ya era mejor que el agua bendita.

Y así, a las cinco de la tarde del lunes, como si de un toro colorado asomando por “La Misericordia” se tratara, Pedro Jesús tocó el timbre de la casa de los Palacios, con las mejillas sonrosadas, la raya marcada en el pelo y un escueto ramillete de flores que había comprado para la ocasión. Lástima que no supiera que ella era alérgica al polen. Así que, cuando la señora Dolores abrió la puerta y vio el ramo, sin mediar palabra previa alguna, alzó la mano en señal de negación y con un: “No, no, no. No le traigas flores a mi hija que es alérgica”, le faltó tiempo a Pedro Jesús para lanzarlas a la trasera de una furgoneta de culo abierto que pasaba justo en ese momento por detrás de él. Afortunadamente, aquel gesto improvisado del chico, como pidiendo disculpas, fue bien recogido por la madre, quien le invitó a pasar al interior. Nada más cerrar la puerta, y antes de que su hija apareciese, agarró las dos manos del joven galán y las frotó con ímpetu contra su delantal para eliminar cualquier resto de polen. “Te limpio las manos”, le dijo, “pero a mi hija ni la toques, eso tenlo claro”. Por toda respuesta, el joven tragó saliva y asintió sin decir ni mu.

Entró con precaución en la casa, seguido de cerca por la inquisidora mirada de Dolores. De sobra sabía ella que esta era una de sus poderosas armas. Cuando Dolores te miraba con aquellos ojos azules tan penetrantes, te podía congelar el pensamiento. Así que nunca dudaba en echar mano de dicha baza. Aquella sí que era una mano siempre ganadora.

A María del Pilar todavía le quedaban unos minutos para estar lista, así que entró algo incómodo al salón notando el aliento de la madre a su espalda. El frío de aquel pasillo le recordó que había hecho mal repitiendo los calcetines del día anterior. Tenía los pies congelados, aunque confiaba en recuperar el tono al salir de allí.

Dolores, que se encontraba preparando un postre cuando él tocó al timbre, sacó del bolsillo del delantal el mazo que estaba usando minutos antes. Simplemente lo mantuvo en la mano, como para darle notoria presencia. Pedro lo vio y tragó saliva; nunca llegó a saber que estaba ahí por motivos culinarios y no amenazantes, y Dolores bien que se guardó de decírselo también.

El chico trató de buscar a Lorenzo con la mirada. Cierta cobertura logística le hubiera venido de perlas. Sin embargo, a aquellas horas, Lorenzo estaba muy lejos de allí. El muy cobarde se había inventado un asunto para no estar presente durante la ceremonia de iniciación, por si acaso le caían más adoquines...

Unos minutos después, cuando M.^a Pilar salió de su cuarto y llegó al salón, a Pedro le cambió el semblante. La chica lucía impecable con un vestido color crema y el pelo adornado con una diadema, que generaba un conjunto de tal calibre como Pedro había visto pocas veces en su vida, si no ninguna.

Más acostumbrado a ir con nocturnidad de local en local, tomando copas de aquí para allá,

aquella chica le llenó pronto los ojos y pareció sentirse algo más cómodo de lo que lo había estado hasta aquel momento, a pesar del mazo...

Tras las frías presentaciones, Pedro se apresuró a huir de la incómoda situación tan rápidamente como pudo. Tenía la boca seca y eso no era muy normal en él. Necesitaba abrir camino ya. Salir de la guarida del lobo cuanto antes resultaba indispensable para que él cogiera ritmo. Así que se dirigió hacia la puerta y María Pilar le siguió, no sin antes prometer a su madre que a las nueve de la noche estaría de vuelta en casa. De hecho, lo último que hizo su hija fue mirar el reloj para ver cuánto tiempo faltaba. Solo debía aguantar estoicamente tres horas y cuarenta minutos, eso estaba hecho. Había soportado cosas peores. “Nueve menos cuarto”, le dijo la madre al despedirse. Dolores apoyó el mazo en su hombro derecho, gesto que fue totalmente perceptible por el chico. De hecho, esa era concretamente su intención.

Para su descanso, en cuanto salieron al exterior, Pedro consiguió recuperar un poco el aliento y fue ganándosela con alguna que otra broma que a ella le cayó de buen modo. Y aunque si bien es cierto que Pilar sí que le mostró reticencias y desagradecimientos durante casi toda la tarde, se fue viendo una mejor sintonía a medida que él hablaba y hablaba. Porque, sin duda, su don de gentes era una de sus mayores habilidades. Tanto picó piedra que consiguió finalmente la libre promesa de una nueva cita para días posteriores. Quizás para acudir al cine el fin de semana siguiente, cuando hubiera acabado su jornada laboral. Pedro no trabajaba los fines de semana, pero Pilar ya estaba prácticamente al frente de la pastelería desde hacía casi un lustro, y los fines de semana solía tenerlos muy comprometidos. Sin embargo, trataría de hacer un hueco. De hecho, acababan de estrenar *Octopussy*, la última película de James Bond, y ella era fiel seguidora de las correrías del agente secreto británico.

Y así surgió, casi sin darse cuenta, la curiosa relación de Pedro Jesús Marín y María Pilar Palacios. Una relación que empezó cuando él contaba con treinta y un años y ella con treinta y cuatro, pero que todavía duraba hasta la actualidad, pese a lo que podía parecer en un principio. Unión, sin embargo, que se movió en claroscuros; ya que no era oro todo lo que relucía, ni orégano todo el monte.

Y es que la relación entre ambos no fue ni mucho menos la mejor. Pero los principios siempre son idílicos. Él supo hacerlo y ella accedió, dejándose engatusar enamorada. Y, a la postre, apareció el hijo que acabó por dar sentido completo a su relación, aunque más de una vez se tiraran las cazuelas a la cabeza, literalmente.



Capítulo XV

Sábado, 07 de agosto
St. Andrews, Escocia

Tras el desayuno en la cafetería, David y Lucía emprendieron la marcha a Saint Andrews. Sin tiempo que perder, cogieron el Ford de segunda mano que su compañero griego Stéfanos había devuelto a la vida y se adentraron en la selva de asfalto, tratando de llegar a su destino en algo más de una hora. Durante el viaje, además de contarle la excéntrica historia de cómo se conocieron sus padres, pudo explicarle la hoja de ruta con mayor tranquilidad.

David tenía esa capacidad. Más que por la experiencia, parecía innato en él. Aquella habilidad de pormenorizar cada detalle y recordar fechas o acontecimientos provocaba que quisieras escucharle sin perder la atención. Pero esto no era nuevo, Lucía lo conocía de sobra de la época que estudiaron juntos en Francia. En una materia tan exacta como la pastelería, era vital conocer y tener en cuenta las cantidades precisas y las elaboraciones exactas. Y él ya destacaba con una capacidad superior al resto.

Aquella carretera de direcciones desconocidas, trasladó a ambos a una época en la que todo era diferente. Durante algunos minutos, ambos se mantuvieron en silencio. Sin ser conscientes, llegaron al mismo recuerdo, aunque existieran dos diferencias fundamentales. Por un lado, que la anterior vez los carteles estaban en francés. Y, por otro, que sus manos iban unidas, no como en este caso. Todo era muy diferente.

Después de toda una mañana paseando por las calles de la ciudad, el cansancio comenzó a tocar a las puertas pasadas las cuatro de la tarde. Poco antes habían parado a comer en el local que presumía de hacer el mejor fish & chips de toda Escocia; y que apartó por un rato las ansias de querer ver nuevos lugares. David había exprimido la visita al máximo, actuando como el experimentado guía que era. Además, los pies de ella le pedían una tregua. Pero, a pesar de ello, se mostraba totalmente satisfecha con su decisión.

Desde el primer minuto, se había mostrado muy atento, rozando el comportamiento hasta cariñoso; lo cual, lejos de incomodarla, la hacía sentir muy a gusto. El largo paseo por aquellas tierras dio pie a largas conversaciones del presente y del pasado. Y todo ello, a caballo con paseos y curiosidades acerca de la playa, el campo de golf, las referencias a Outlander; o la deseada fachada de la facultad en la que había estudiado de joven Guillermo de Inglaterra. Y que, tal y como había supuesto, no les permitieron visitar. Pero David, buen conocedor de la zona, había dejado el plato fuerte para el final. Un lugar que, al igual que la propia edificación derruida, acabó destruyendo las murallas interiores y exteriores de ambos.

—Pues podríamos decir que aquí concluye la visita a St. Andrews. ¿Qué te ha parecido?

—Preciosa, todo es superbonito.

—No te dejes llevar por su aspecto actual, este sitio tuvo que ser una pasada.

—Esto fue una iglesia, ¿verdad?

—Sí, es la catedral de St. Andrews. Ahora está hecha polvo, pero si quieres podemos

acercarnos a la oficina de turismo para que te den un tríptico que explica cómo era en sus orígenes.

—No, tranquilo, no me hace falta. Solo con verla así, ya impresiona una barbaridad. Además, verlo rodeado de tanto verde y con el mar al fondo es una auténtica pasada.

—Por eso he querido dejarla para el final. No tiene el atractivo del club de golf..., pero no está mal.

—Sí, claro, me vas a comparar. Aunque en tu defensa, he de admitir que tenías razón. También me ha gustado, con los puentecitos y todo eso; aunque siempre me parecerá un deporte superaburrido.

—Ya te había dicho que te gustaría.

—Yo creo que la compañía también ha hecho lo suyo. Me ha gustado mucho verla contigo. Sabes muchísimas cosas, se nota que estás muy a gusto aquí.

—Es mi trabajo. Lo cierto es que, al final, pierdes un poco la emoción por los lugares. Todos te acaban pareciendo iguales. En cada ciudad te cansas de enseñar siempre lo mismo. Si me has visto más animado, quizás sea porque no vengo muy a menudo. Lo cierto es que también me apetecía venir a mí. Digamos que te he utilizado de excusa.

—Seguro que era para comerte el fish & chips.

—Pues no te digo que no. Es otro punto a favor.

—¿Nos sentamos un rato en el césped? Me apetece disfrutar un poco de este sitio. Tiene una atmósfera mágica.

—Claro, vamos.

Nada más pisar el césped de los aledaños de la catedral de St. Andrews, Lucía supo que se encontraba en un lugar especial. El color verde tan intenso, la historia viva de cada muro derruido... Y tener allí a David junto a ella lo hacía ser mucho mejor. Hacía ya algún rato incluso que se habían permitido darse algún abrazo. Tanto tiempo a solas y con tantas cosas por contarse había acabado siendo una trampa mortal para los dos.

—¿Todo eso de ahí delante es un cementerio?

—Sí, seguramente estemos sentados encima de decenas de muertos.

—¿En serio? ¡No me digas eso! Aunque tampoco me extraña, aquí hay un cementerio cada dos por tres. La verdad es que es un entorno sobrecogedor, pero en el buen sentido. Abruma lo bonito y lo grande que es. Pero no me cabe duda de que en otra época esto tuvo que ser muy goloso para conquistar.

—Sí, en estas tierras se debieron dar de lo lindo hace un buen puñado de siglos.

—¿Es que siempre tiene que estar la historia llena de guerras y muerte?

—La historia de la humanidad es así. Y dudo bastante que no lo siga siendo en el futuro. Ojalá la historia próxima se escriba en base a descubrimientos científicos, médicos o espaciales; pero dudo mucho que las guerras no formen parte también del desarrollo del mundo.

—Pues qué pena.

—Aunque en este caso, si está tan derruida no se debe tan solo a las batallas y al paso del tiempo. Hubo una época en la que los habitantes de la zona, viendo que ya no había posibilidad de rehacerla, comenzaron a llevarse las piedras de la catedral para construir otras edificaciones.

—¡Sí, hombre!

—Como te digo.

—Mira, pues por lo menos fueron apañados. Otras civilizaciones tienen las piedras muertas en museos por todo el mundo.

—Eso es cierto.

—Fueron más prácticos. Un punto para los *san andriusianos*. ¿Se dice así el gentilicio de aquí?
—Pues no lo creo, la verdad; no me suena muy bien, que digamos. Dejémoslo en escoceses.
—Pues un punto para los escoceses de St. Andrews.
—Así, mejor.

David se pasó un buen rato contándole historias bélicas acerca de William Wallace, sobre la propia catedral o sobre los restos humanos que allí descansaban.

—Me quedaría durmiendo sobre el césped —dijo ella—. Se está tan a gusto...

—Yo no tengo prisa hoy. Regresamos cuando tú quieras. Yo también estoy muy bien.

Lucía giró la cabeza hacia él y le sonrió. Tenerlo tan cerca y mirarlo tan directamente, le produjo una agradable sensación. El ambiente tan relajado de aquel lugar y su voz narrándole historias y anécdotas, hicieron aflorar la parte más sensible de Lucía, que se dejó llevar y apoyó la cabeza contra su hombro. De manera consciente, él alzó la mano y comenzó a acariciar su melena. Parecía mentira, pero a pesar de estar todo el día dando tumbos, el cabello de Lucía le seguía oliendo a champú fresco, y David se sumergió en su olor. Una sensación nerviosa comenzó a erizarle la piel. Ella lo miró de nuevo y sonrió nuevamente.

—Me encanta estar aquí contigo —dijo, a modo de susurro.

Y, tras esto, y sin necesidad de recibir respuesta por parte de él, ya que sus ojos hablaban por sí mismos, acercaron sus labios y se besaron cálidamente.

Hasta la fecha, los terrenos de la catedral de St. Andrews habían sufrido masacres, vendavales y hasta expolios. Ahora, con aquellos besos entre Lucía Gascón y David Marín, ya tenían una nueva muesca que añadir a su intensísima historia de vida.

La calidez de los besos contrastó rápidamente con la rigidez de ambos, segundos después. Para nada contaban con que su cita derivara de tal manera, pero el poso del pasado propició aquella escena a pie de las ruinas de lo que antaño sería una majestuosa catedral a orillas del Mar del Norte.

Pasados unos segundos, el sentido común volvió a mandar. Lucía se apartó ligeramente. Necesitaba respirar y oxigenar su mente. Saltarse el guion de esa manera seguramente acabaría pasándole factura, más pronto que tarde. Vista la situación, él se separó un poco, dándole el espacio que necesitaba, quedando sentado frente al rostro de Lucía; quien, de manera consciente, evitaba hacer coincidir sus miradas. Aunque pareciera una locura, darle aquellos besos le habían supuesto un ejercicio de valor inferior a simplemente mirarle a la cara ahora. Se sentía muy avergonzada; y él, tremendamente confundido.

David intervino para poner fin a la incómoda situación. Al menos, sirvió para que ella volviera de su desconexión momentánea. Él, en cambio, a pesar de encontrarse seguramente más confundido, parecía llevar aquella situación con mayor aplomo. Total, el mal ya estaba hecho, y solo faltaba plantarle cara.

—¿Qué ha sido esto?

—No sé. No sé qué me ha pasado. Perdóname, por favor, se me ha ido la cabeza de repente.

—¿Perdonarte? Si de hecho me ha gustado, pero no sé qué significa.

—No significa nada. ¡Ay, madre!, no sé qué decir. Solo lo he hecho y ya está, sin pensar. No sé, me ha apetecido. Me siento avergonzada, lo siento.

—¿Por besarme o por mirarme?

—No sé, por ambas cosas, supongo.

—No creo que tengamos que avergonzarnos de esto. No hemos hecho nada malo.

—Ya, pero... me siento mal por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué por mí?

—Porque te gusto.

—¿Cómo? ¿Cómo es eso? Ahí sí que me he perdido.

—Bueno, porque te gustaba, digo; hace años.

—No, lo que me preocupa no es el tiempo verbal. Lo que no me cuadra es que me echas a mí toda la responsabilidad emocional de este asunto.

—Ya, pero...

—Pero qué. Supongo que me has besado porque tú sigues sintiendo algo por mí; porque si no, no lo entiendo. ¿O me vas a decir que me has besado solo porque has pensado que me podría gustar que lo hicieras?

—No sé, David, no lo sé. Ha sido una tontería, un error gordo. No sé qué siento ahora mismo. Estoy superavergonzada. Pero da igual, no le des más importancia, por favor; ya da igual.

—¿Qué es lo que da igual? Pareces una cría. No entiendo nada. ¿Qué está pasando? ¿Qué ocurre? ¿Me lo puedes explicar?

—No lo sé. Han pasado muchos años, muchísimos; ni sé la cuenta. Y todo para mí está absolutamente olvidado. Del todo, te lo juro.

—Sí, solo hay que verlo.

—No, en serio. Lo está. Olvida lo que he hecho.

—No sé si quiero escuchar eso. Pero bueno, te entiendo.

—Pues eso, que todo formaba parte del pasado. Pero fue verte y, no sé, has vuelto.

—¿He vuelto? ¿Qué significa “he vuelto”?

—Sí. O sea, que desde que te vi, mi cabeza se ha desajustado. Estoy con mis amigas y es como si estuviera fuera de onda. Me pregunto dónde estás o qué estarás haciendo.

—¿Qué estaré haciendo? Te lo digo yo ya, estaré dando vueltas por Edimburgo; no puedes fallar. Seguro que estoy atravesando la Royal Mile o subiendo a Calton Hill. Una y otra vez, cuesta para arriba, cuesta para abajo. Lo llevo haciendo mucho tiempo ya, seguramente demasiado.

—Ya me entiendes, bobo.

—Sí.

—¿Y lo vas a seguir haciendo?

—¿Haciendo el qué?

—Trabajar aquí, digo.

—¿Cuándo? ¿Estos días? Supongo. Es lo que se hace cuando trabajas, ¿no? Trabajar.

—No, me refiero a los próximos meses o años. Si es lo que vas a seguir haciendo para siempre.

—No sé. ¿Tengo otro plan mejor? Después de los tumbos que he dado en mi vida, creo que no me puedo quejar. Además, tenemos pendiente la creación de la nueva empresa.

—¡Ah, ya veo! —dijo a media voz.

—Ya ves, ¿qué? ¿Qué es lo que ves? Ya empiezas otra vez.

—No, nada. Pues eso, que me extraña que esto es lo que quieras hacer con tu vida. Pasarte las horas subiendo y bajando cuestas en el culo del mundo.

—Edimburgo no es precisamente el culo del mundo.

—Ya me entiendes. Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Y te parece mal que lo haga?

—No, pero tú tenías otras aspiraciones.

—Lucía, no te entiendo. ¿Y qué se supone que tendría que hacer? Pues sí, supongo que seguiré este camino —añadió, agriando el tono.

—Pues no entiendo que trabajes en algo que no te gusta.

—Perdona, pero me gusta mucho mi trabajo. Trabajar al aire libre y solo unas cuantas horas al día tiene su parte positiva.

—Quizá tengas razón. Lo haces muy bien. Sabes muchas cosas de la ciudad.

—Sí, claro que la tengo.

—Pues yo creo que estarías mejor trabajando en la rama de la pastelería. Sé que es lo que realmente te apasiona. Esto te podrá gustar, y se te da fantásticamente, eso es cierto; pero yo también he visto el entusiasmo con el que trabajabas en el obrador.

—¡Puf, eso no es tan sencillo! Ese cartucho ya lo agoté en Francia.

—¿Trabajaste allí de pastelero?

—No, precisamente por eso lo digo. Me fue imposible. Pero lo intenté, vaya si lo intenté. Lo que pasa es que iba sin referencias y allí todo estaba ya muy pillado. En los grandes obradores no se podía entrar. Era imposible. Al final, entre los que nos dedicamos a esto, quien no ha ido a Yssingeaux, ha ido a Barcelona u otras academias así. Todos vamos con lo mismo en la mochila, prácticamente.

—En tu casa podrían haberte dado buenas referencias.

—Qué gran idea. Cojo y les digo a mis padres que no quiero trabajar con ellos, pero les pido una carta de recomendación para trabajar en otras pastelerías.

—Ya, es verdad. ¿Y aquí? ¿Has buscado trabajo en ese sector?

—¿En Escocia? Paso. Los escoceses no saben de pastelería, no va con ellos. De los *scones* o algunas tartas básicas no pasan. Yo no estudié en Francia para acabar poniendo esa mierda de mantequillas en los postres.

—Por eso mismo hubieras tenido la oportunidad de triunfar.

—Abrir una pastelería no es fácil, se necesitan muchas cosas y no tengo ninguna de ellas. Y tú bien que lo sabes.

—Tienes la ilusión, eso es lo principal.

—Ilusión dice...—respondió, perdiendo la vista en la lejanía—. ¿Cómo se hacen los pasteles de ilusión? Supongo que se hacen en un obrador de ilusión con mantequilla de ilusión y caramelo caliente de ilusión. Vamos, no me vengas con tonterías; que esto no es “Charlie y la fábrica de chocolate”. Ya sabes la pasta que hace falta para montar un negocio. Pasta real, y mucha.

—Pues yo creo que deberías pelear más por tus sueños.

—Y dale. ¿Pelear más? ¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que pelear por mis sueños? Me parece hasta de mal gusto que tú me vengas con eso. —Lucía lo miraba cabizbaja—. ¿Acaso sabes o tienes idea del tipo de vida que he llevado estos últimos años? Pelear, dice...

—Sí, me lo contaste ayer.

—Pues mira, con más motivo. ¿Acaso no me creíste?

—Sí, sí que te creí.

—Y entonces, ¿por qué me vienes ahora con esto?

—Pues porque lo pienso así.

—Pues no, aquí es imposible trabajar en ello.

—¿Y en España? ¿No has pensado nunca en volver?

—¿A vivir o a trabajar?

—Pues a ambas, supongo.

—¿Has venido a Edimburgo a pretender manejar la vida?

—No, yo no, por supuesto.

—Lucía, tengo lo que he buscado, ya está. No es ni mejor ni peor. Es lo que hay, y punto. No

puedo seguir perdiendo el tiempo buscando las cosas que no puedo conseguir. Ni esperando a que lleguen solas.

—Pues ya que hablas de buscar, tampoco entiendo que dejaras de buscar a tu madre biológica.

—¿Otra vez vas a empezar con eso? Estás pesadita con el tema.

—Es que creo que te diste muy pronto por vencido.

—¡Esto ya es el colmo! ¿En serio vamos a volver a lo mismo? ¿Acaso estabas tú junto a mí durante todos los meses que viví en soledad, tratando de buscarla en un país que no era el mío?

Lucía se sintió mal de repente. Lamentó no haber cerrado la boca antes.

—Bueno, yo solo decía...

—¿Estabas tú acaso en París? Porque yo no te vi. Podías haber estado, por cierto, porque yo estaba superenamorado de ti, y tú lo sabías. Pero la chica tenía pareja, cosa que respeto. Pero en España, solamente ahí. En Francia no, en Francia todo estaba permitido, parece.

—Eso es muy injusto.

—¿Perdona? ¿Injusto? ¿Injusto de qué? Injusto fue lo que hiciste conmigo, que me tenías para ti sola en Francia; pero luego, al volver, “no quiero saber nada de ti porque tengo novio”. ¿Dónde está ahora ese novio que era tan importante? ¿Limándose los cuernos todavía?

—No digas eso.

—Tanta tontería, ¿para qué? La chica hizo y deshizo a su antojo y me viene ahora con que la trato de manera injusta. ¡Es lo que me faltaba por oír! Estás haciendo que me arrepienta de haberte dicho de venir hoy, con lo bien que iba el día.

Al final, el beso sí que había traído consecuencias. Había abierto la caja de los truenos. Lucía se sintió un tanto contrariada al escuchar estas últimas palabras tan duras. Se sentía culpable por todo lo transcurrido durante los últimos veinte minutos. Necesitaba oxígeno de nuevo. Se levantó y se distanció un poco de su lado, yendo hacia uno de los bancos que ofrecían una inmejorable vista al mar. David la dejó marcharse, cada uno necesitaba su espacio para asimilar todo aquello.

Cerca de diez minutos después, y cuando Lucía todavía lidiaba con alguna que otra lágrima, él se le acercó y se sentó en el extremo opuesto del banco, sin cruzar palabras todavía. Simplemente, la acompañó y se dedicó a mirar cómo desaparecían los barcos por el horizonte buscando nuevos puertos en los que atracar. Y se sintió navegante por un rato.

—¿Estás bien? —preguntó un par de minutos después. Su tono se había relajado completamente.

—Sí, sí, tranquilo. Se me pasará enseguida, creo que ya es hora de irnos.

—Perdóname, siento haberte hablado así —continuó, pese a que ella todavía mantenía la mirada perdida en el horizonte—. Me has venido con el asunto de mi madre otra vez y... No sé. Supongo que han aflorado demasiadas emociones escondidas que creía que ya eran fuegos apagados. Demasiadas cosas contenidas durante tanto tiempo sin poder darle salida.

—Sí, no tenía derecho a insistirte. Estoy convencida de que lo hiciste lo mejor que pudiste.

—Quiero pensar que sí —respondió, mientras se sacudía briznas de hierba de las perneras del pantalón.

—Pero te has puesto muy borde, no creo que me mereciera un trato así.

—Lo sé —contestó con apuro—. Siento haberme puesto así. La verdad es que ha sido un día fantástico, me alegro mucho de haberte traído aquí, aunque no hayamos visto al Príncipe Guillermo.

—Sí, eso hubiera sido la guinda del pastel. Pero me lo he pasado muy bien, de verdad. Hasta hace un rato, claro. Pero gracias por traerme. En serio, te lo agradezco. Estoy deseando contarles todo lo que he visto.

—¿Les vas a contar también el fin de fiesta?

—Creo que de momento me voy a callar ciertas cosas que han pasado.

—Ya te lo sacarán ellas.

—Pudiera ser, pero primero me tendrán que emborrachar para eso.

El día se nubló tanto como los pensamientos de ambos. Casi sin darse cuenta, se habían puesto en pie y habían comenzado a caminar, encarando el recorrido de vuelta hacia el coche. Prácticamente no se dirigieron la palabra durante todo el trayecto de vuelta. Tenían mucho que procesar. Pero, a pesar de las tensas conversaciones que habían mantenido, ambos se encontraban mejor; y las pocas palabras que cruzaron fueron amables y relajadas. El agua había vuelto a su cauce. Ya no se habló de los besos.

A las seis de la tarde, el coche se detuvo de nuevo en la misma esquina de esa misma mañana, junto a la puerta de la cafetería.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lucía—. ¿Volveremos a vernos?

—Pues no sé, la verdad es que no lo sé.

—¿Podré llamarte al menos?

—Tienes mi teléfono. No te voy a decir yo que me llames o no.

—¿Me llamarás tú?

—No lo sé —respondió David—. Quizás sí, pero no lo sé. No me gusta mentir. Ahora mismo no le veo el sentido. Pero dentro de unos meses o tal, yo qué sé; puede. No sé. Sinceramente, creo que lo mejor es que cada uno vuelva a su mundo y sigamos caminando. Tú a tus pasteles y yo a mis catedrales de piedra.

—Intentaré, al menos, recordar este día por si ya no nos vemos más.

—Siempre nos quedará St. Andrews.

—Eso parece.

Cuando salió del coche, prefirió mantener el silencio respecto a sus amigas y no decirles todavía que ya había regresado. Con suerte, llegaría al hotel y no habrían vuelto aún. Lo cual le daría un tiempo precioso para darse una ducha y resolver el problema de las ojeras que las lágrimas le habían producido. Tanto las de aquella tarde, como las propias que derramó mientras se duchaba en la soledad de la habitación del hotel.

Una vez estuvo con ellas, todo pareció volver a la normalidad. Increíblemente, consiguió centrarse lo suficiente como para evitar ser descubierta. Todavía les quedaba una noche por pasar en la ciudad, así que el *Fringe* las esperaba de nuevo en las calles de Edimburgo y no había tiempo que perder. No era momento de lamentarse por relaciones pasadas o amores no correspondidos.

El bullicio de los espectáculos terminó de distraerla. La feria de arte visual y musical plagaba las principales calles, iluminadas por farolas de corte clásico; y con la portentosa presencia del castillo esperando nuevos desfiles que completarían otro día más de aquel agosto festivo. Centenares de personas caminaban entre los espectáculos desarrollados en los escenarios situados a lo largo y ancho de la Royal Mile. En cada esquina podías encontrar cantantes, malabaristas, músicos o *speakers*, intentando atraer a las masas a las decenas de espectáculos de sala que más tarde se realizarían en locales de pago. Todo, absolutamente todo, evocaba arte e intensidad en aquella ciudad.

Y así, entre unas cosas y otras, las cuatro acabaron sentadas sobre el césped, a los pies del Monumento a Scott, disfrutando de los fuegos artificiales y compartiendo una botella de cava que habían comprado en un supermercado. Ni los pies, ni la economía, daban ya para mucho más, aunque tampoco les era necesario. A las cuatro les bastaba con eso. No en vano, quitando a

Lucía que había hecho aquel viaje relajado a St. Andrews, las otras tres habían estado todo el día pateando la ciudad y visitando museos como el de la Cámara Oscura, así que no tenían muchas más ganas de andar de aquí para allá. Edimburgo era una ciudad que te podías recorrer en poco tiempo, pero no apta para pies sensibles o piernas debilitadas.

—Chicas, esto se acaba ya —dijo Lucía—. Mañana ya es ocho de agosto, qué rápido se me ha pasado.

—¿Qué valoración le das a la despedida? —preguntó Lorena.

—¡Uy, me ha encantado! Quizás Patri siga prefiriendo haber ido a un hotel de pulserita, pero yo me lo he pasado genial.

—Psss, no ha estado tan mal, al fin y al cabo. Quitando que no he visto el sol en cinco días, el resto ha estado muy bien. Mi piel necesita sol, está mustia.

—Tú ya eres una mustia de por sí —añadió Lorena.

—En cuanto llegue, me meto a la piscina. Esta gente no sé cómo lo aguanta. Estamos en pleno agosto y vamos con chaqueta.

—Están acostumbrados —dijo Lucía.

—Así van los que vienen a España, hiperexcitados.

—Me extraña mucho que los que hacen *balconing* en España sean de Edimburgo, ni escoceses, siquiera. —Lorena echó un vistazo alrededor—. ¿Os habéis fijado? Todo el mundo parece serio, formal. Nadie te mira.

—¿Quién te va a mirar con lo sosa que eres?

—Lucía es la única que ha tenido algo parecido a un ligue en este viaje.

Ella las miró de reojo. Pensó que tal vez intuyeran lo que había ocurrido en St. Andrews. Pero al no ver ninguna señal más, entendió que había sido un comentario sin importancia.

—Yo no he ligado —respondió—. Lo mío ha sido...un expediente X del pasado.

—Sí, claro.

—No, en serio —aclaró Lorena—. En España somos tan diferentes a la gente de aquí...

—Yo me voy el fin de semana al apartamento de mis suegros —dijo Noelia—. Me voy a tostar al sol.

—¿También tienen un apartamento? —preguntó sorprendida Patricia.

—Sí, cerca de Tarragona.

—¡Joder! Cómo manejan los billetes, ¿no? Con razón querías una despedida bajo la lluvia, porque luego vas a ir a torrarte al apartamento de los suegros. Avisa la próxima vez que vayas, anda, que me planto con el bikini y la toalla.

—Va, callad, que ya empiezan los fuegos —cortó Lorena.

—¿Un brindis por la novia? —dijo Lucía.

—Venga, brindemos porque el año que viene, en estas fechas, ya nos haya hecho tías de algún retoño.

—Deja, deja —contestó Noelia mientras todas alzaban las copas—. Ya os dije que eso ni de coña. Paso a paso.

—Pero no tardes, que me tienes que dar faena en la pastelería.

—¿Pero si ya te he encargado la tarta de bodas?

—Sí, pero luego están los bautizos, las comuniones, etc.

—¡Y las segundas bodas! —añadió Patricia.

—¿Aún no me he casado y ya quieres que celebre la segunda?

—Eso, y los divorcios. Los divorcios deberían tener también su propio tipo de tarta, como en las bodas. Lo voy a proponer en “Dulcinea”.

—¡Y celebrarse! —exclamó la *booktuber*—. El divorcio sí que lo celebramos en Punta Cana.

—¡Hecho! —respondió Lucía alzando de nuevo su copa.

—¡A mí no metedme en líos! Lo que tenéis que hacer es buscaros pareja de una vez y procrear vosotras mismas, que yo también quiero ser tía.

—Tú serás la tía pija —dijo Lorena.

—Pues tú la británica, que a ti te mola esto. Y Patricia será la tía tronada.

—Yo no quiero ser la tronada. Yo seré la tía más divertida de todas. Tus hijos se irán conmigo de fiesta, yo les enseñaré a beber alcohol del caro.

—La llevas clara, a ti no te fío a mis hijos.

—¡Qué fuerte me parece!

—¿Y yo qué? —preguntó Lucía.

—Tú, la tía cursi y cabezota.

—Pues vaya papel me ha tocado...

—Joder, pues nos falta una para ser las *Spice Girls* —indicó Patricia—. Lorena, ¿tú no estás saliendo con una chica? Dile que se apunte al grupo.

—Sí, lo estaba pensando, no tengo otra cosa que hacer. A Susana dejádmela quieta, anda, que con una *Spice* ya tiene suficiente. Aunque realmente le pegaría ser la *Spice* deportista, está superfuerte. ¡Ains!, ya me habéis hecho pensar en ella. Mira, voy a preguntarle si quiere quedar mañana por la noche.

—Vas a llegar muy cansada como para hacer conciertos de guitarra. Mejor te dedicas a tocar un solo.

—¡Qué cerda eres! Siempre estás igual. Esa no era la idea, lista. Tan solo pensaba en tomar algo por la noche.

—Y luego ir a rascar cuerdas.

—Bueno, quizás, según se tercié. De hecho, duermo mejor en su casa que en la mía. Me gusta más su colchón. Pero eso no te incumbe. ¿O es que te quieres apuntar con nosotras? Creo que te gustaría. Además, no es la primera vez que hago un trío.

—¡¿En serio?! —exclamó Lucía—. Eso no nos lo habías contado.

—Uy, no, gracias —añadió Patricia—. A mi avatar de *Spice Girl* le gusta agarrar bien el micrófono para cantar.

—¡¿Os vais a callar ya?! —interrumpió Noelia—. ¿No estabais cansadas? ¡Quiero ver los fuegos tranquila!

—Pero luego nos cuentas lo del trío, que yo me quiero enterar de eso —dijo Lucía.

La conversación acabó en cuanto las primeras luces comenzaron a sobrevolar el torreón más alto del castillo. Su viaje a Edimburgo bajaba el telón después de unos días muy intensos.

Pero la vida continuaba y traería consigo cambios de rumbo totalmente inesperados



Capítulo XVI

Sábado, 07 de agosto
St. Andrews, Escocia

David regresó de la cita con la cabeza a punto de estallarle. Pero no quería entrar en un bucle del que no pudiera salir en toda la noche. Afortunadamente, horas después tenía la fiesta de cumpleaños de una compañera y aquello le ayudaría a despejarse un poco. No se trataba solamente de una celebración de aniversario, sino que algunos de los invitados eran las otras cabezas pensantes de “Islands Tours & Fun”, la empresa que habían pensado montar en un futuro; y quería aprovechar esa reunión para encarrilar algunos flecos que todavía andaban sueltos.

Pasó por un-veinticuatro-horas para comprar algo de alcohol para la fiesta. Tenía tiempo suficiente como para regresar a su casa, darse una ducha y llegar al local, que estaba no muy lejos de la plaza de la Catedral de St. Giles.

Pero, lejos de espabilarlo, la ducha templada y el regreso al piso dinamitaron sus ganas de fiesta. Solo había dos opciones: quedarse en casa y enterrarse en sus quebraderos de cabeza, o salir de allí. Al final optó por la segunda opción. No le convenía encerrarse y consumirse. Abrió una de las botellas que había comprado y se hizo una copa mientras se vestía, así se animaría un poco. Se la bebió en dos tragos. Así que se tuvo que poner otra. Y otra más. Con lo que, finalmente, salió con botella y media en una bolsa y el cerebro medio sedado por el alcohol. Era hora de irse.

Sin embargo, en cuanto se vio caminando en la soledad de la noche, la desgana fue alargándose y cubriéndolo como un frío manto que lo envolvió durante todo el trayecto. A la altura de la Catedral de St. Giles, ya había decidido que no le apetecía nada encontrarse con la gente. Se paró en seco y se resguardó del frío junto a la fachada de la catedral. Sacó el móvil y buscó el número de su compañera mientras trataba de buscar una excusa que resultara convincente.

En ese momento, muy por encima de él, las nubes se cerraron, tapando la claridad de la luna. Las farolas se proyectaron con mayor intensidad sobre la catedral y las sombras provocadas por las gárgolas de su parte alta se estiraron hasta cubrir íntegramente su cuerpo. Las pocas personas que también deambulaban por aquel lugar desaparecieron a paso tranquilo por diferentes callejones. La plaza se vació por completo. Solo quedó él, sus botellas de whisky abiertas y sus propios pensamientos.

Le costó un poco localizar el número de su compañera. Ya lo había decidido del todo. Mandaría un mensaje de texto y regresaría a su casa. Pero antes, bebió un nuevo trago. Al menos, eso le iba quitando el helor que sentía en los huesos.

—¡Pssss, pssss! ¡Eh, tú, el de ahí abajo! —se escuchó de repente.

—No te oye, está a su rollo. ¿No lo ves? —contestó su compañera de la derecha.

Ante la indiferencia, el dragón lo volvió a intentar.

—Eh, tú, el que está escribiendo con el teléfono —dijo, alzando la voz un poco más.

David levantó la cabeza y miró al frente.

—No se entera —respondió la del pico de loro.

—Pues como siempre, eso no nos sorprende ya —contestó la de orejas lanudas.

—¡Eh, aquí arriba! —gritó más fuerte el dragón.

El guía volvió a apartar su vista del teléfono y miró en todas direcciones. Era evidente que estaba escuchando voces a su alrededor, pero no sabía de dónde provenían.

—Tírale una piedra, anda —dijo la lanuda.

—Que sea bien grande —contestó la picuda.

—O mejor dos —añadió el dragón.

Al fin, levantó la cabeza y miró la parte alta de la fachada. Seis ojos lo observaban desde lo más alto. Frente a él, tres gárgolas lo miraban fijamente. Una bostezaba, otra se limpiaba sus plumas de piedra y la tercera se atusaba la pétrea lana de su cuerpo, buscando impurezas de cal y haciéndola caer sobre la cabeza de David.

—¡Hombre, ya nos ha visto! —exclamaron al unísono.

—¡Ya era hora! Nos podías pasar esa botella, no te la bebas tú solo, que llevas buen ritmo.

—¿Qué está pasando aquí? Las gárgolas no hablan —contestó lapidario.

—No nos preocupa, ya hablas tú por nosotras.

—No entiendo, ¿y de qué tendría que hablar yo con unas gárgolas de piedra?

—De la vida, de la muerte; de lo triste que eres y de lo solo que estás. Por ejemplo.

—No creo tener que hablar de eso con vosotras.

—Suerte que nunca te hayamos hecho caso y hablamos cuando nos apetece —dijo una de ellas—. Ya hacía tiempo que no hablábamos, por cierto. Creo que desde que nos vimos en el cementerio de París, hace muchos años.

—No quiero escucharos, no tengo nada que deciros.

—Mientras sigas bebiendo y mirándonos, no tendrás más remedio que escucharnos.

David volvió a mirar alrededor. Dejó la botella en el suelo y miró de nuevo en todas las direcciones. Seguía sin haber nadie en la plaza, más que él. Nadie a quien poder preguntarle: “Perdona, ¿oyes tú también a las gárgolas?”. Aunque no estaba muy seguro de que hacer aquella pregunta fuera muy indicado. Seguramente, lo tomarían por loco y saldrían corriendo.

—Pobre chico, sigue sin creernos —dijo la lanuda.

—Nos cree, pero se niega a vernos —contestó la picuda.

—Tírale otra piedra —añadió el dragón.

Poco convencido, se apartó unos metros y se puso frente a ellas.

—Está bien, habéis ganado. A ver, contadme. ¿Qué se supone que tenéis que decirme?

—Que eres tonto —dijo sin contemplaciones la gárgola de lana pétrea—. Te lo decimos nosotras por si tú todavía no te habías dado cuenta.

—No ofendas al chico, mujer —añadió la del pico de loro—. Dile, si acaso, que tiene dificultad de comprensión y asimilación de las señales de su entorno y su propio cuerpo.

—Vaya tontería. Para eso, dile mejor que es tonto directamente, y ya está —remató el dragón.

David levantó el brazo para mandarlas callar, pero estas no le hicieron caso.

—Vamos a ver cómo te lo explicamos —dijo la de orejas lanudas—. Llevamos suficiente tiempo contigo como para conocerte de sobra. Te hemos visto huyendo toda la vida. Primero de tus padres porque te asustaba que no entendieran que eligieras un camino diferente a la pastelería; aunque bien sabes que es lo que realmente te gusta. Después, te hemos visto salir corriendo de todas tus relaciones porque te da miedo comprometerte seriamente con alguien. Incluso estando muy enamorado, no has tenido paciencia y te has rendido fácilmente.

Posteriormente, está lo de la búsqueda de tu madre. Donde, por cierto, encima coges y le metes un sermón a la pobre Lucía, que ha aparecido de la nada después de tanto tiempo para tratar de ayudarte, y tú coges y le tiras todo el peso de tu tormenta interior.

—¿Cómo conocéis vosotras a Lucía? —interrumpió de pronto.

—Nosotras sabemos todo de ti, bobo. ¿Acaso todavía no te has dado cuenta? Estamos contigo a cada paso que das. Las gárgolas estamos conectadas. Estamos aquí y allá; delante y detrás.

—Lo que quiere decir mi compañera —cortó la más picuda— es que ya basta de huir de todo y de todos. A pesar de que tratas de acercarte a la gente, sabes perfectamente que estás solo. Ya está bien de hacerte el duro. Acepta la ayuda de los demás, no juegues en soledad cada partida de tu vida. Espabila. Date cuenta de la gente que quiere echarte una mano y ábreles el camino. Sé franco contigo mismo, asume los errores y acepta la ayuda que te ofrezcan.

—No creo que vosotras seáis nadie como para darme consejos —respondió tras pegar un último trago de whisky—. Yo hago las cosas según me parece que es mejor para mí.

—Ese es el problema, que “crees” que es lo mejor para ti. Todavía estás a tiempo.

—Ahora ya es muy tarde para hacer cambios.

—No, no lo es. Date cuenta de que no lo es. Todavía está en tu mano. Confía más en ti y en el futuro. No debes huir más, ábrete de nuevo las puertas que te has cerrado tú mismo con tu actitud.

Tras estas últimas palabras, David dijo basta. Ya no le apetecía seguir escuchando sermones morales de invitados de piedra. Agachó la cabeza y sintió un ligero mareo. Dejó de prestar atención a los ruidos que rebotaban en su cabeza y se centró lo suficiente como para escribir el mensaje de texto a su compañera. Definitivamente, se volvía al piso. Cogió la bolsa con las botellas y la metió en un contenedor cercano, se arrebujó el abrigo contra su cuerpo y echó a caminar cabizbajo en dirección a su casa. Con toda seguridad, al día siguiente amanecería con una buena resaca. La vida debía continuar su curso. También para él.

—Míralo, ni siquiera se ha despedido de nosotras —dijo la gárgola lanuda.

—Qué desagradecido que es —contestó la picuda.

—Dejadle con sus cosas, que tiene que pensar. Ya le volveremos a ver —añadió el dragón.

Las nubes se abrieron de nuevo en el cielo de Edimburgo y la luna volvió a aparecer en las alturas, atenta bajo sus pies a todo lo que acabaría por suceder más adelante...

*Ópera para
un Palacio
Segundo acto*





Capítulo XVII

Los años turbios
Año 1988. Domingos de gloria
Zaragoza, España

No podría decirse que los padres de David no se quisieran. No, realmente lo hicieron, sobre todo al principio, como suele ocurrir siempre. Tras aquella primera quedada forzosa de Pedro y M.^a Pilar, derivada de una mala tarde de cartas, sus citas fueron cada vez más recurrentes y productivas. Aquellos encuentros fueron cuajando, algo que sorprendió a propios y extraños; y más que a nadie, a los propios padres de la chica. Pero esto de las relaciones humanas es un mundo misterioso, y nunca sabes el porqué de los enamoramientos ilógicos. Y este fue un ejemplo más.

Su amor estuvo basado en la especie de admiración que cada uno sentía por el otro, derivada seguramente del contraste de sus formas de ser, ya que cada uno veía en el otro la parte de personalidad y carácter de la que carecían.

Pedro era un animal social. Su carisma le había abierto, por ejemplo, muchos caminos de negociación en la empresa familiar. Siendo ese el principal motivo por el que su padre y su tío lo mantenían en ella. En cambio, María Pilar era menos abierta a la gente. Siempre había tenido fama de huraña, y los dos luceros azules y fríos que tenía por ojos, y que había heredado de su madre, favorecían tal creencia.

Por otro lado, lo que Pedro Jesús admiraba de su mujer era su capacidad organizativa y su prudencia. Pilar no decía tres palabras si podía decir dos. Y, pese a su juventud, llevaba tal control en su trabajo que su marido lo admiraba hasta el extremo, ya que él era todo lo contrario. Sin embargo, había un problema de base entre ambos que acabó estando por encima de cualquier otra cosa.

O Dios no lo había querido o el Diablo jugueteaba con ellos, porque eran incapaces de entenderlo de otro modo. Pero, por mucho empeño que habían puesto, no habían conseguido tener descendencia. Y mira que lo habían intentado; y, además, con cierta fogosidad y recurrencia, pero nada. Y es que cuando Pedro logró descubrir lo que escondía Pilar y él dejó de hablar por los codos y se mostró en todo su esplendor, se dieron cuenta de que aquello que veían les gustaba más que quedar para ver el *Un, dos, tres* la noche de los viernes junto a Dolores y Lorenzo.

Tras intentarlo todo, se quedaron sin ideas. Y eso que ella tenía desgastada la columna de la Basílica del Pilar de tanto frote y beso que le había dado. Así que, después de abandonar vías médicas por cuestiones de incompatibilidad sanguínea, asumieron que el destino lo había querido así. Todo era cuestión de seguir besando el pilar de la Catedral, cosa que estuvo haciendo durante cinco infructuosos años. Por insistencia no iba a ser.

Y, como no podía ser de otro modo, esta circunstancia acarreó efectos colaterales.

Por ejemplo en Pedro, en quien la frustración fue cada vez más evidente y acabó arrastrándola también a su entorno laboral, llegando a su culmen sobre el año ochenta y siete. Ese año, varias

gestiones suyas impulsivas hicieron que la empresa de alimentación Aguado S.L. hiciera aguas, como su propio nombre predestinaba. Además, se le sumó que apareció un potente grupo empresarial que acabaría sembrando la Península de supermercados con distribución y producción propia, llevándose por delante empresas de menor tamaño, como era esta. El orgullo de la familia de Pedro, incapaz de rendirse ante el todopoderoso ente empresarial surgido, hizo que su negocio cayera en barrena, dándose por extinguido y decretando el cierre definitivo.

Por tanto, en los inicios de mil novecientos ochenta y ocho, Pedro se encontró sin un futuro laboral claro. Lo cual hizo que tuviera que acabar suplicando trabajo a su suegro y a su propia mujer, quien hasta aquel momento no había querido ver a su marido en el obrador por nada del mundo. Pero visto el caso, y porque afectaba directamente a su economía familiar, acordaron ofrecerle un puesto de trabajo en la pastelería; que parecía, pese a todo, seguir funcionando viento en popa.

Por otro lado, la crisis de pareja también hizo mella en la mujer, quien se sentía viva y flameante en su interior; pero, por causas desconocidas, más naturales que divinas seguramente, era incapaz de quedarse embarazada. Y aquello minaba su autoestima hasta unos niveles que solamente alguien en su situación lo podía entender. Llevándose por delante la ilusión por todo y su lívido respecto a su marido. Atravesando un desierto emocional que solo le permitía levantarse para ir a trabajar al obrador. Pero que, cuando regresaba a casa, le abandonaban las fuerzas y la relación con su marido se enrarecía. No había palabra sin discusión, ni conversación sin reproche. Y por cómo era uno y cómo era la otra, acabó asumiendo, por aplastamiento moral, que la culpa era suya. Era impensable que fuera de él, cómo no. “Yo me empalmo con facilidad. ¿Cómo va a ser cosa mía?”, le decía. ¿Estamos locos, o qué?

Y por último estaba el problema de Don Lorenzo Palacios, el todopoderoso dueño de la pastelería de renombre en Zaragoza. ¿Cómo podía ser que su estirpe no se perpetuara a través de generaciones? Se le iban los demonios al pensarlo, no iba a consentirlo. ¿Qué sería de su legado?

Y, por tanto, ideó un plan.

Cierta tarde de domingo en la peña zaragozana, y con Pepe Domingo Castaño comenzando su andadura en la radio entre carruseles y tintineos, Lorenzo cogió a su yerno por la pechera y se lo llevó a un rincón. Cerca del altavoz, donde solo el Diablo los oía.

Desde la distancia, lo único que se vislumbraba durante el aleccionamiento del viejo eran gestos de su yerno, de desaprobación al principio y de asentimiento al final; muecas de sorpresa y hasta angustia en sus facciones. Pedro Jesús negaba con la cabeza mientras se rascaba la nuca con gesto contrariado. No lo veía claro. Pero cuando lo hacía, Lorenzo le abofeteaba levemente la cara como para hacerle entrar en razón.

En aquel lugar, el bar de los juegos de cartas y las apuestas sin sentido, donde se había gestado años atrás la relación entre su propia hija y su ahora yerno, Lorenzo volvía a hacerle, ya no una apuesta, sino una oferta de contraprestación a su integración laboral en la pastelería. Así se lo planteó. Trabajo para toda la vida a cambio de algo muy sencillo: un nieto de quien presumir. O sea, fue como decirle a su yerno de una manera muy sibilina que era eso o se podía ir despidiendo de continuar en la pastelería. Eso o nada.

La cuestión es que no era tan fácil. Pedro salió cabizbajo, caminando hacia su casa casi por inercia. Su suegro quería hacer pasar a su pastelería a la posteridad, costara lo que costara y pasando por encima de quien tuviera que pasar. Y ahí estaba el primer foco del problema: el favor se lo estaba pidiendo a su yerno, pero no a su propia hija.

De hecho, no era la primera vez que creía tener derechos sobre la hoja de ruta de su propia hija. Así que, ¿por qué no actuar así de nuevo? Es más, él mismo se encargaría de hablar con ella y

hacérselo entender. La idea estaba clara, debían encontrar de cualquier modo un bebé recién nacido para integrarlo en la familia como si fuera un hijo propio. Punto.

No vamos a entrar en detalles acerca del amargo trago que tuvo que pasar M.^a Pilar durante los meses siguientes. Era tal el estado de depresión en el que se encontraba en aquella época, que no tuvo fuerza vital ni moral como para negarse. Había acudido a doctores, psicólogos y terapias varias, o probados un sinfín de medicamentos; pero nada daba resultado. Ni para superar la depresión ni para quedarse embarazada.

Visto lo visto, y ante la imposición dictatorial, decidió cortar la hemorragia pronto y ver la situación de otro modo. Según el plan ideado por su padre, en unos meses, un bebé entraría en la familia, y sería suyo. De ella y de ningún otro; salvo su marido, claro está. Y podría cuidarlo y darle todo el amor que necesitara la criatura como si fuera su verdadera madre. Y eso, al fin y al cabo, es lo que llevaba añorando desde hacía mucho tiempo. Así que se dejó arrastrar por ese impulso maternal y lo mantuvo fuertemente agarrado a su pecho. Porque era así o se volvía loca.

El punto surrealista de la partida, si es que ya de por sí no lo era un poco, fue que Lorenzo obligó a comer hasta la saciedad a su hija para intentar mantener la mentira todo lo posible y engañar a los clientes de la pastelería. De manera que falseara su propio estado de gestación sin tener que tirar de almohadones o mantas enrolladas a la cintura. Ya se pondría a régimen después.

María Pilar se lo tomó al pie de la letra y, curiosamente, nunca nadie sospechó nada. Día a día, ella se mostraba más lustrosa y todo el mundo le daba la enhorabuena por su nuevo estado. Dolores, mientras tanto, se metía callada al obrador y batía huevos con ímpetu por no reventarlos en la cabeza de alguien.

Y así fue, con el beneplácito forzoso de su mujer, y la bendición total y absoluta de su suegro —mejor no hablar de la bilis que la suegra tragó—, cómo Pedro Jesús pasó a hacer un sondeo por la región tratando de encontrar la solución a su problema.

Por medio de su suegro, que tenía amigos hasta en el infierno, le llegó el chivatazo de que la hija del primo del cuñado del amigo del vecino del peluquero de una pedanía cercana...se había quedado embarazada con tan solo dieciséis años. Así que allí que se plantó por sugerencia de su suegro Lorenzo. Parecía la candidata ideal. Pedro Jesús estaba de suerte. No tardó mucho en localizarlos. Y lo que se encontró fue una familia rota de desesperación, con miedo a los cotilleos y a que fueran señalados en el pueblo.

En cualquier otro caso, hubieran pensado que aquello era una broma o el producto de una borrachera de algún tipo, pero cuando Pedro se lo planteó de una manera tan serena y le habló del beneplácito de la comunidad familiar, asumieron la propuesta con relativa facilidad. Casi ni se lo creía.

Lógicamente, pidió ver durante unos segundos a la chica, para ver que efectivamente estaba embarazada de poco más de un mes; aunque lo cierto es que tampoco es que se le notara. Pero le bastó la confirmación que había recibido y el ambiente que se encontró. Y, por si todavía les había quedado alguna duda a la familia de que aquello iba totalmente en serio, terminó de convencerles el fajo de billetes que les plantó a fondo perdido y que su suegro le había dado para tal fin. De modo que, si acababan accediendo a llevar la gestión adelante, al día siguiente debían citarse con él y con Lorenzo para tratar los trámites del secreto negocio que se traían entre manos, asegurándoles de nuevo la misma cantidad por acudir a la cita. Y, por si no fuera suficiente, les hizo un resumen de la suma mensual y total que recibirían, y que les hizo tambalearse en el sofá. Tras esto, Pedro se despidió de ellos y salió de la casa de aquella familia.

Cuando se quedaron solos, no tardaron casi nada en decidirse. En primer lugar, porque no era

un hijo buscado. Al padre de la criatura ni se le esperaba ni se le quería. Y, de hecho, ni se conocía realmente su identidad. El embarazo surgió de una noche loca de fin de semana, con puente incluido, entre discotecas de Ibiza cuando arrancaba ya el buen tiempo. Ahí la enganchó un chaval de diecinueve años y ¡bombo al canto! Era la primera vez que la niña se iba con esas amistades en concreto. Ya no se iría más de fiesta en mucho tiempo. “Prometo portarme bien”, les dijo a sus padres. “Vamos a pasar el fin de semana a Formentera, cogeremos un Ferry desde Valencia y allí nos moveremos en bici”. Al parecer, se equivocaron de isla.

Cosas de los mapas de antes...

Y, en segundo lugar, porque el aporte económico que recibirían vendría de perlas a la familia. Por lo tanto, lo único que tenían que hacer era conseguir que la niña “desapareciera” durante una larga temporada. Pero eso lo vieron más que fácil, tan solo tuvieron que llevarla con unos tíos que vivían en la Comunidad Valenciana. De ese modo, desaparecería del pueblo durante todo el embarazo; y después, con decir que la niña se había ido a estudiar con sus tíos, sería suficiente. Lo tenían todo calculado.

Veinticuatro horas después, suegro y yerno se citaron en el bar “El Rincón” sin tenerlas todas consigo. Pero justo a la hora estipulada, los padres de la chica entraron por la puerta, buscaron a Pedro con la mirada y silenciosamente se sentaron junto a ellos. Habían venido.

Minutos después, habían cerrado un trato que cambiaría la vida de todos ellos para siempre. De por medio, la prudencia y el silencio más sepulcral. Y, a cambio, otras cincuenta mil pesetas en la mano —les encantaba el tacto de aquellos billetes—, y la promesa de que mensualmente tendrían cien mil más, hasta alcanzar al cabo de nueve meses la nada desdeñable cifra de novecientas mil pesetas de la época. Y, por si fuera poco, otras quinientas mil a la entrega del bebé si este había nacido totalmente sano. A cambio, el niño o la niña, y la promesa inquebrantable de que tanto la chica como sus padres desaparecerían de sus vidas para siempre.

Y así sucedió. El tiempo pasó religiosamente, si es que esto tenía algo de religioso. A medida que pasaban los meses, Pedro se aseguraba de que todo marchaba bien, les entregaba el sobre y pasaba el parte a su suegro. Poco a poco fueron avanzando las semanas. Mes a mes se producían los exámenes de rigor y los trámites monetarios. Nadie sospechó nada, todo salió a la perfección. Incluso María Pilar había comenzado a sentirse a gusto con el teatro realizado; y, en ocasiones, se sorprendía tocándose la barriga, hasta que se percataba del tacto almohadillado y se metía al obrador, ruborizada.

Hasta que el día llegó, el niño nació y pudo comprobarse que se encontraba fuerte y sano. Fue una transacción tan fría como el tacto de los billetes que plagaban el último sobre que él portaba. Sin tiempo a encariñarse ni a replantearse nada. En un gesto bastante carente de humanidad. Pero con la peculiar certeza tranquilizadora de que a ese niño le iba a ir bien a pesar de todo, porque caía en una familia que lo iba a querer como si fuera propio.

Y aunque a Pedro Jesús le llegaban noticias de vez en cuando, nunca volvió a coincidir con la madre del bebé. Es más, nunca le reveló a Pilar más cosas de las necesarias. Ella, además, no quería saberlas. Le incomodaba remover las aguas sucias. Pero así fue como se enteraron, por ejemplo, de que París fue su destino varios años después, siendo eso lo último que supieron de la joven Raquel Robles Castillo tras la entrega del bebé.

Blanco como la leche, el niño cayó en manos de sus nuevos padres. Al calor de un hogar y con el cariño de unas personas que se volcarían en él. Donde le esperaba un cálido abrazo que compensaría el gélido ambiente de aquella noche de febrero de mil novecientos ochenta y nueve. Dolores se encargó de protegerlos a ambos, hija y nieto, y de hacer crecer en ella el cariño maternal hacia el niño. Porque no por venir de semejante manera se le iba a querer menos. Ahora

era su nieto y lo iba a querer con locura.

Y vaya si M.^a Pilar supo cuidar bien del niño, en mejores manos no pudo caer. Su padre, a modo de compensación, le dejó elegir el nombre del retoño, así que se puso a pensar en ello desde bastante antes del nacimiento. Exactamente, desde que le dijeron que sería un chico. Eso sí, desde el principio quedaron prohibidos cuatro nombres: Mariano, Lorenzo, Pedro y Jesús. El primero, por negativa del abuelo. Y los demás porque, aunque le encantaba tener en sus brazos al resultado final de la transacción, su hija no iba a perdonarles que hubieran maquinado semejante trama entre ambos para perpetuar la estirpe familiar. Y una vez aclarado esto con ellos dos, se puso a pensar.

María Pilar, muy aficionada al arte, siempre había sentido fascinación por la obra del escultor Miguel Ángel Buonarroti. Así que, habiéndolo meditado desde hacía ya algunas semanas, en cuanto aquel bebé llegó a sus brazos, tuvo claro el nombre que le iba a poner: David, como el David que está expuesto en la Galería de la Academia de Florencia; pero, en este caso concreto, de apellidos Marín Palacios. Y su misión, liderar con libertad en un futuro la casa “Palacio” durante todo el tiempo posible.

Aunque el problema es que los designios del destino no siempre coinciden con los planes propuestos. Y si encima se cruzan con un padre borracho en Nochevieja, que acaba abriendo la boca más de la cuenta, pues mucho menos todavía, como acabaría ocurriendo finalmente.

Por fin, el deseo del abuelo se había cumplido con el nacimiento del bebé, y el nombre de David no le incomodaba del todo. Con tal de no llamarse Mariano, le era suficiente. El bebé había nacido y ya podía descansar tranquilo. Ya tenía heredero asegurado. Además, ya contaba en aquel momento con setenta y siete años y no auguraba muchos más de guerra junto a los suyos, aunque se sintiera todavía fresco como una rosa, haciendo honor al dicho popular “mala hierba, nunca muere”.

Sin duda, fue la mejor época para aquella familia. Las muestras de cariño volvieron a aparecer entre la pareja. Un nuevo ciclo positivo emergió con la venida del pequeño. Al menos, hasta la fatídica fecha del veinticinco de julio de mil novecientos noventa y dos. Ahí, empezó el declive de nuevo.

Ese día, y sin que nadie se lo esperara, Don Lorenzo Palacios, el gran pastelero y dueño de “El Palacio de la Ópera”, pasó a mejor vida. Pero no se marchó en silencio, no. Lo hizo con gran estruendo, como de costumbre. Dando la nota, como no podía ser de otro modo. Creando disparidad de sentimientos a su alrededor, pero generando un gran drama familiar, en cualquier caso.

Lorenzo Palacios se encontraba aquella fatídica y calurosa tarde de julio tomándose un aperitivo, con sangría casera incluida, y viendo tranquilamente la jornada inaugural de las olimpiadas de Barcelona 92.

Aficionado a los deportes de salón: televisión y “sillón ball”, no faltó dicha tarde a la cita con su adorada musa. Y es que, más allá del comienzo de las retransmisiones deportivas, a dichas horas calentaba la garganta su amada Monserrat, dispuesta para cantar junto a José Carreras la canción elegida para la ceremonia, y prácticamente improvisada, con la que tuvieron que actuar tras la inesperada muerte de Freddie Mercury unos meses antes.

Lorenzo, que sentía devoción por Monserrat Caballé y por el género operístico, se encontraba junto a su mujer en aquel instante, sentado cada cual en su sillón, viendo la ceremonia inaugural; cuando, de repente, comenzó a sentirse indispuerto.

La tarde ya le empezó torcida al enterarse de que en lugar de cantar alguna pieza de ópera, que era su estilo favorito, tenía que escucharla cantar una sardana con un tipo que no era santo de su

devoción. Pero, aun así, con el morro torcido, Lorenzo escuchaba atentamente a su diva cuando, en uno de los alardes guturales de la soprano, él se emocionó y la aceituna de la banderilla que se estaba tomando se le cruzó en la garganta, impidiéndole respirar con normalidad. Dolores, que en aquel momento estaba entretenida tejiendo un jersey otoñal para su nieto, vio de refilón cómo su marido se ponía en pie y agitaba los brazos de un lado para otro. Pero como la Caballé hacía lo propio sobre el escenario y la mujer estaba algo sorda de un oído, pensó que estaba haciendo una pantomima de las que ya le tenía acostumbrada. Conocía de sobra el platonismo de su marido por la catalana, así que no le sorprendió lo más mínimo aquella actitud.

En total ausencia de oxígeno, el maestro pastelero cayó de bruces contra el suelo durante los últimos acordes de la canción. Impactando en tremenda caída contra el pico de la mesa que había a sus pies, armando un considerable escándalo y haciendo añicos el cristal de la mesa. Dolores, impedida por su hipoacusia de edad, se sobresaltó tras el impacto y acudió rápidamente a auxiliar a su marido, quien yacía ya sin vida mientras que, en la televisión, todo el estadio de fútbol le dedicaba una atronadora ovación como remate final de aquel espectáculo coral.

Lorenzo, tan aficionado a la ópera como era, se había ido al otro barrio precisamente con uno de los agudos de la soprano en plena apoteosis final.

El pequeño David nunca llegó a ser plenamente consciente de lo que ocurrió. Prácticamente no sabía nada de las cosas de la vida y no le interesaba otra cosa que no fuera correr y jugar. Algo más de contacto sí tendría con la abuela Dolores, quien ya no dejaría jamás el luto. Y con los abuelos paternos; quienes aguantaron hasta finales de la década. Aquello le permitió disfrutar de ellos algún tiempo más hasta que los tres se fueron de este mundo, casi de manera encadenada, durante el último trimestre del año. Ninguno llegó por tanto a ver el fin del mundo que se vaticinaba para el treinta y uno de diciembre de mil novecientos noventa y nueve. O, visto de otra manera más literal, los tres lo vieron antes de esa fecha.



Capítulo XVIII

Ocho días después del regreso del viaje
Lunes, 16 de agosto
Zaragoza, España

Se había escapado minutos antes de su propia pastelería para llegar a la hora del cierre. Sentada en un bordillo, Lucía esperaba pacientemente señales que indicaran el fin de la jornada en “Palacio”. Desde su posición, podía ver perfectamente a Pilar Palacios, atareada con los últimos clientes del día. Esperó a que se fueran. Así, pasadas las ocho y media de la tarde, entró de manera precipitada, como si tuviera algo de prisa.

—Vamos a cerrar enseguida —dijeron desde detrás del mostrador.

—Ya, solo quiero una cosita rápida.

Pilar levantó la cabeza. Aunque le costó unos segundos reconocerla, acabó cayendo en quién era. Llevaba años sin verla. Atrás quedó la época en la que ella y su hijo tenían una relación bastante más cercana.

—¡Madre mía! —exclamó Pilar—. ¡No te había reconocido!

—Es que hace mucho tiempo que no nos vemos.

—¡Y tanto! ¿Cómo va todo? ¿Cómo están tus padres?

—Bien, están bien. Todo va bien.

—¿Y la pastelería? Sigue a tope, ¿no?

—Sí, sí, os seguimos plantando la batalla que podemos —respondió con una sonrisa.

—No digas tonterías, no estamos en ninguna batalla. Los del gremio nos tenemos que ayudar. Tenemos que ir todos a una, que las grandes cadenas cada vez tienen más peso.

—Qué me va a decir —contestó.

—Dime, ¿qué te trae por aquí? A por pasteles no creo que vengas. —Lucía se quedó pensando en si habría pillado la verdadera intención de su visita. Siempre había pensado que las mentiras se le veían pronto en la cara—. No te habrán mandado tus padres a robarnos alguna receta, ¿verdad? —añadió.

—No, nuestros espías vienen a otras horas, sin que ustedes se den cuenta —respondió con una amplia sonrisa—. Pero hoy solo vengo a comprar como una clienta más.

—No me hables de usted, que me hace más vieja. Además, nos conocemos desde hace mucho.

—Eso es cierto.

—Así me gusta, que os hayáis dado cuenta por fin de que nuestros productos son mejores.

—Es que me han invitado a una fiesta —mintió—, y me ha pillado sin nada que llevar. Y volver a mi casa me da mucha pereza.

—Entiendo.

—Pero no se lo digas a mis padres, ¿eh? Que sea un secreto entre nosotras.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. ¿Te importa que cierre la persiana? Puedes salir por detrás. Así no se me cuele ya nadie y podemos ir terminando.

—No, claro. ¿Te ayudo a cerrarla?

—No, no. Es automática; es un segundo. —Pilar accionó un botón de debajo del mostrador y el mecanismo comenzó a bajar la persiana metálica—. Pues tú dirás, ¿qué necesitas? Me queda poco género aquí fuera ya, pero dentro tengo alguna cosa más.

No había pensado realmente en qué iba a pedir. Tan solo había entrado con la idea de preguntarle sobre algunas cosas. Desde que había vuelto de Edimburgo hacía ya una semana, no había podido dejar de pensar en David. No sabía si era de modo emocional o por mera curiosidad; pero cuando a Lucía Gascón se le metía una cosa en la cabeza, era difícil que volviera a salir si no mediaba o trabajaba más los asuntos.

Eso sí, por orgullo no le había escrito ni llamado. Y como él tampoco lo había hecho, pues no habían tenido más noticias el uno del otro. Así que, a pesar de que había quemado las zapatillas de correr durante esa semana para tratar de evadirse, no lo había conseguido. Por eso, su mente curiosa, y algo cotilla, la había llevado aquella noche de lunes a plantarse en “El Palacio de la Ópera” para contarle a Pilar las noticias recientes que sabía sobre su hijo. Y si tenía suerte, como contrapartida, quizás pudiera obtener algunos datos sobre su amigo que le rondaban por la cabeza.

—Poca cosa, no te preocupes —dijo, mirando la vitrina—. Con lo que tenéis aquí es suficiente. Creo que prefiero llevarme algo salado. Todos llevaremos alguna cosa, así que no vamos a quedarnos con hambre. Me llevaré esas empanadillas de ahí y ya está.

—De acuerdo, voy poniéndotelas. Y dime, ¿cómo te va todo?

—Bien, todo va bien. Trabajando a tope, ya sabes cómo quema la rutina del obrador. Pero bueno, acabo de regresar de un viaje y parece que he reseteado un poco. La verdad es que me hacía mucha falta.

—Ah, me alegro. Yo no sé el tiempo que hace que no viajo. Mi marido no es de moverse mucho. Mi hijo, en cambio, ha salido justo al contrario. No sé ni los meses que hace que no nos visita. Creo que desde el enero pasado.

Lucía encontró la oportunidad que buscaba.

—Ya que lo comentas, también he venido por otro motivo. —Pilar levantó los ojos sin dejar de envolver las empanadillas—. La semana pasada estuve con tu hijo.

Ahora sí, paró la maniobra y levantó la cabeza del todo.

—¿Con David? ¿Has estado con él?

—Sí, estuvimos tomándonos un café.

—¿Aquí en Zaragoza?

—No, no, en Edimburgo. El viaje que hice con mis amigas fue allí y nos lo encontramos de casualidad.

—¿No me digas que fue vuestro guía? Sigue de guía turístico allí, ¿no?

—Sí, fue una sorpresa encontrármelo. Al principio me costó reconocerlo, me quedé blanca; estaba muy guapo, por cierto. Fue muy agradable, pero estaba trabajando y no pudimos hablar mucho. Pero al día siguiente quedamos para tomar un café y nos pusimos al día. —Ya había lanzado el anzuelo. Era hora de recoger el sedal con mucha tranquilidad para ver si picaba algo—. Pero no quiero liaros ahora con estas cosas, que es tarde y tendrás prisa por irte a casa.

Pilar miró el reloj de la pared y no tardó en responder.

—No, no, no tengo prisa. Pero tú sí que tendrás, te esperan en la fiesta.

—Uy, no te preocupes. Cada uno llegará a su ritmo, y comerá y beberá según le pille. Tengo muchas horas por delante todavía.

Las empanadillas serían su cena en el camino de vuelta.

—Pues si quieres, cierro esto y me cuentas ya en la calle. ¿Me quieres acompañar a hacer el

ingreso de la caja?

—Claro.

—Vale, pues le digo al chico que no me espere. Se va a llevar una alegría. Pasa dentro y espérame en la puerta trasera. Te acuerdas de dónde está, ¿verdad?

—Creo que sí. Al fondo a la derecha, como los aseos de los bares.

—Eso es. Yo voy enseguida, no tardo.

—Tranquila, no tengo prisa.

Lucía atravesó la puerta que daba al obrador. Un montón de recuerdos le vinieron a la mente. Había pasado casi una década desde la última vez que estuvo allí. Antes de la estancia en Yssingeaux había estado en alguna ocasión, pero tras aquellos días, apareció con frecuencia durante un par de semanas al menos, mientras acababa o no su relación secreta con David. Lo mismo le echaba una mano con las masas, que se daban algún beso a escondidas.

Cerca de diez minutos después, Pilar salió por la puerta trasera.

—Otro día más —dijo.

—Ya sobra por hoy.

—No me gusta nada ir a ingresar sola. Al pobre de Nicolás lo tengo siempre de guardaespaldas. Espero que no te importe acompañarme.

—No, qué va. A mí me pasa lo mismo. Lo suele llevar mi padre.

—Y cuéntame. ¿Cómo lo viste?

—Pues lo vi muy bien, la verdad. Al principio me quedé extrañada. Llevaba tanto tiempo sin saber de él que encontrármelo de guía fue como: “¿Perdona?, ¿qué haces tú aquí?”. Pero luego me explicó que ese había sido su estilo de vida desde hacía muchos años.

—Sí, David nunca ha querido seguir nuestros pasos. La pastelería no le va, es una pena.

—Eso no fue lo que me dijo. —Lucía acababa de lanzar un nuevo anzuelo.

—¿En serio? ¿Qué te dijo? —Pilar comenzó a sentirse muy interesada.

—La pastelería le sigue gustando, de eso estoy convencida. Pero abocarse desde tan joven a seguir ya en el negocio familiar le ahogaba muchísimo. Me dijo que se fue por eso.

—¡Ah, ¿sí?! Siempre había pensado que había sido por otros motivos.

Lucía comenzó a ver puertas abiertas.

—Ah, pues no sé. Eso es lo que me dijo. ¿Qué otros motivos podían ser? Si me los quieres contar, claro.

—Creo que se le juntaron varias cosas. Sí, no te pongo en duda que nosotros le presionamos un poco. Pero vamos, nada que no considere normal. Contaba con un porvenir ya montado y llevaba un tiempo haciendo cursos de formación. Creo que era lo lógico en nuestro caso.

—Sí, yo os entiendo. Sé que, sin quererlo, yo también tuve algo que ver.

—Sí, creo que sí. Él estaba muy enamorado de ti en aquella época. Pero tampoco te fustigues por ello. Son cosas de jóvenes.

—Ya, es que las circunstancias eran complicadas.

—Sí, sí. Yo no te culpo de nada, cariño. Pero él hizo una pelota muy grande con lo vuestro y tan solo fue un motivo más a añadir en su lista.

—Entonces, ¿cuál fue el principal motivo de que se fuera?

—Pues entiendo que su verdadera madre.

—¿Su madre? —preguntó, haciéndose la despistada.

—Sí. Supongo que sabes que David es adoptado, ¿no? Eso no es ningún secreto.

—Sí, eso lo sé desde hace mucho.

—Pues eso. Llegó un día en el que la vida en casa ya no le era suficiente.

—Pero siempre os habéis llevado muy bien, ¿no?

—Sí, sí. Más allá de los típicos problemas entre padres e hijos, nuestra relación siempre fue superbuena. Pero tras la adolescencia, comenzó a cambiar. Cosa que también entiendo, por otra parte.

—Todos nos volvemos más complicados con la adolescencia; y luego nos calmamos.

—Ya, pero su calma la ha encontrado yéndose de casa. Es una pena. Espero que la haya encontrado realmente. ¿Lo viste bien, entonces?

—Sí, como te digo. Lo encontré más maduro. Ya no era el chico impulsivo de hace años. Estaba mayor, no sé si me entiendes.

—Tengo muchas ganas de verlo. Hablamos alguna vez por teléfono. Pero ya sabes que eso para una madre nunca es suficiente. Yo lo querría junto a mí en el obrador. Aquí es donde tiene que estar.

—Eso le dije yo.

—¿Y qué te contestó? Creo que sé la respuesta.

—Que no lo veía claro, que estaba a gusto donde estaba. Le gusta aquello.

—No me lo imagino de guía, la verdad.

—Pues lo hace muy bien. En serio, lo hace estupendamente. Sabe un montón de historias y de anécdotas. Y eso que no lleva mucho tiempo allí. Creo que antes estuvo en Francia, ¿no?

Lucía volvió a soltar carrete.

—Sí, fue su primer destino cuando se fue.

—Ahí ya le perdí la pista. ¿Se fue a trabajar?

—No, creo que no. A nosotros nos dijo que se iba a aprender idiomas, que cuando estuvo estudiando allí se vio muy perdido con el francés. Pero yo lo conozco bien y sé que se fue por el otro asunto.

La tenía donde quería.

—¿El de su madre? —preguntó como si nada, al tiempo que llegaban al cajero automático.

—Sí. Pero eso es una parte de la vida de mi hijo de la que no me gusta hablar.

—Ah, perdona, Pilar. Lo siento. Siento haberte agobiado. Lo he preguntado sin pensar. No, no necesito saber nada que no me quieras contar. Quizás he sido cotilla de más. Ha sido sin querer.

—No te preocupes, hija. Si ya lo sé. Además, tú no eres cualquiera. Te tengo mucho aprecio. Me dio mucha pena que no acabarais juntos, a mí me hubiera encantado que te hubieses quedado en la familia. Eres bonita y muy buena persona.

—Gracias.

Hubo entonces un silencio entre ambas. Además, Lucía se giró para no querer curiosear en el cajero automático mientras se realizaba el ingreso. Se apartó unos metros. En aquel momento, sintió que había perdido la batalla. Entrar ahora de repente a preguntarle por cuestiones tan peliagudas no iba a ser sencillo. Le entró hambre. Sin embargo, tampoco podía ponerse a comer empanadillas porque eran “para la fiesta”. Así que esperó a que Pilar terminara y pensó en la dirección a la que se iba a dirigir para no descubrir su mentira y parecer que realmente la esperaban en algún lado.

—Yo no podía evitar que se fuera a buscarla —dijo Pilar de pronto.

No se lo creía. La jugada le había salido a pedir de boca.

—¿A su madre?

—Sí. Lo cierto es que no me gusta nada hablar de este asunto. No es que me moleste, pero me recuerda a su marcha, ¿sabes? Así que me incomoda un poco.

—Pero, ¿es que sabía quién era? Quiero decir, cuando lo adoptasteis, ¿sabíais quién era? —

Lucía era consciente de que se estaba metiendo directamente en el ojo del huracán, pero ahora no iba a parar.

—Sí y no; la verdad. Yo no quise implicarme mucho en aquel asunto. Fue mi marido y mi padre quienes estuvieron más involucrados. Pero sí, algo me llegaba. Aunque trataba de olvidarlo rápidamente cada vez que los escuchaba hablar de ello. Hace ya tanto tiempo que no es más que un recuerdo lejano.

—¿Eran vecinos de Zaragoza?

—Creo que vivían en la zona de Peñaflores.

—No recuerdo haber estado nunca en esa zona.

—Ni yo.

—¿Entonces es real que se fue a París?

Lucía sintió que la había cagado con su pregunta. Acababa de poner al descubierto que tenía información que Pilar no le había revelado. En ningún momento había aparecido “París” en la conversación. Pilar la miró con gesto de desconcierto, pero afortunadamente, no fue más allá. Pensó que habría comentado la ciudad a la que se dirigió y no lo recordaba. Últimamente notaba que su cabeza era cada vez más olvidadiza; así que no le dio mayor importancia y siguió la conversación.

—Sí. Parece que sí. —Lucía respiró aliviada—. Su madre era muy joven, veo normal que quisiera cambiar de aires. La verdad es que yo no sé si hubiera sido capaz de hacer lo que ella hizo. Pero lo cierto es que se lo agradezco.

—Ya, yo tampoco sé si lo hubiera hecho. No puedo ponerme en su situación.

—Era una cría, tenía unos veinte años menos que yo, o más incluso; y toda la vida por delante. Lo cierto es que me hubiera gustado hablar con ella alguna vez. Aunque nunca la tuve delante, así que no pude hacerlo. Pero creo que es mejor así, no sé la reacción que hubiéramos tenido. Pero bueno, ahora ya da igual.

—¿Por qué da igual?

—Murió, según parece.

—¡No me digas! —Lucía se hizo la sorprendida—. ¿Pero cómo estáis seguros?

Miró a Lucía durante unos incómodos segundos. Aquella pregunta tan directa pareció sacar a Pilar de un trance. Todavía seguían paradas junto al cajero automático.

—Cariño, vas a llegar tarde a la fiesta —dijo. Lucía sintió que había tensado demasiado la cuerda.

—No, no te preocupes. Además, me pilla camino de tu casa. Si quieres, te acompaño hasta allí y después sigo.

—Lo que quieras. Yo lo digo por ti.

—No te preocupes —contestó—. Pero eso sí, me está entrando hambre, así que voy a coger una empanadilla y me la voy comiendo por el camino. Nadie sabrá si he comprado una más o una menos. ¿Quieres una?

—No, no. Yo me paso toda la tarde picoteando en el obrador. Cuando llego a casa, a veces ni ceno.

—Ya, mis padres hacen lo mismo. Y yo misma, así estoy.

—“Así estoy”, dice. Más quisiera yo haber tenido tu cuerpo a tu edad.

Lucía dio la batalla por concluida. Quizás esa era toda la información que podía sacar. Cogió una de las empanadillas y comenzó a darle algunos bocados mientras reemprendían la marcha.

—Mi hijo no da muchas explicaciones del asunto.

Acababa de prenderse el último cartucho.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que es un tema un poco tabú, ya sabes. Ni él me cuenta nada, ni yo a él. Sin quererlo, hicimos algo así como un pacto.

—¿Un pacto?

—Sí, él sabe que le quiero mucho. Lo quiero tanto que me hubiera encantado que la hubiera encontrado para que su vida hubiera sido completa. Así nos hubiera tenido a las dos. Pero cuando me dijo que se había dado por vencido, no quise marearlo más.

—¿A qué te refieres?

—Cosas que te llegan.

—¿Cosas que te llegan? No entiendo a qué te refieres.

—No sé, ya te he dicho que yo no estaba muy al tanto. Pero mi marido sí, soy muy consciente. No sé cómo lo hace, pero a él le llega todo. Yo creo que nunca ha dejado de saber novedades de aquella familia, por mucho que me haya dicho que nunca más supo nada. Aunque hubo una vez que sí me dijo algo.

—¿Algo?

—Sí, una cosa que acabé guardándome para no rascar más esa herida que mi hijo tenía.

—¿Sobre su madre?

—Sí, más o menos. —Lucía no contestó, esperó pacientemente durante unos segundos para ver si Pilar ampliaba la respuesta—. Al parecer, mi marido se enteró de que su familia había recibido la visita de una nieta.

—¿Nieta o hija?

—Nieta, nieta.

—Por lo tanto...

—Sí, creo que David tiene una hermana.

—¡No jodas! —exclamó Lucía sin reparos—. ¡Uy, perdón!

—No te preocupes. Más o menos esa fue mi misma respuesta cuando yo me enteré.

—¿Y David no sabe nada?

—No.

—¿En serio?

—Hace ya bastante de esto. Mi hijo me pidió no hablar ya más del tema y yo lo cumplí.

—Puf, pero una cosa así...

—Él me lo pidió.

—Pues habrá sido muy duro mantener el secreto durante todo este tiempo.

—No tanto, lo hice y ya está. Me olvidé del asunto, no sé ni cómo estará la niña ahora.

—Pero, ¿dónde vive la hermana?

—No sé.

—¿Con quién vive? ¿Cuántos años tendrá ya?

—No tengo ni idea.

—¿Con los abuelos o con la madre?

—No lo sé —dijo Pilar, coincidiendo con la llegada a su portal. Lucía reconoció el edificio y miró la hora en su reloj de pulsera—. Pero con ella supongo que no; ya sabes lo que le pasó —añadió—. Aunque he llegado a un punto en el que ya no sé qué pensar. He pensado de todo, desde que la trajeron con los abuelos hasta que la madre sigue viviendo tranquilamente sin que mi hijo lo sepa.

—¿Lo crees posible? —Por fin habían llegado al punto clave al que Lucía, en su persistencia habitual, quería llegar—: ¿Es posible que aún siga viva?

—No tengo ni idea. Pero no es que me preocupe, la verdad. Es mi hijo quien tenía más interés. Y como pasó hace años, ya no le dije nada. Lo cierto es que había olvidado todo este asunto por completo. Ya no tiene mucho sentido removerlo.

—Ya, supongo que no.

David tenía una hermana. Lucía se quedó pensando: “¿Cómo tendría que gestionar ahora ese detalle?”. Si se lo guardaba, no podría servirle para tratar de ayudarlo a recomponer su vida. Pero si se lo decía, pondría a Pilar en un apuro ya que se lo había ocultado. Tenía que pensar con sumo cuidado cómo tratar con aquella sorpresa inesperada.

—A todo esto, tesoro. ¿A qué viene tanto interés por mi hijo ahora? ¿No será que volvéis a tener algo entre vosotros dos?

—No, qué va, ni mucho menos. Somos amigos, ya está. En realidad, tampoco sé si eso. Lo cierto es que me gustó verlo y lo pasamos muy bien en St. Andrews. Pero ya está.

—¿St. Andrews? ¿No me habías dicho que solamente tomasteis un café en Edimburgo?

—Ah, bueno, sí, eso. También me invitó a ver St. Andrews un día.

—¿Os fuisteis de viaje juntos?

—Solo fue una escapada de unas horas.

—No estaréis tramando alguna cosa vosotros dos, ¿verdad? No sé por qué, pero creo que sabes muchas más cosas de las que me has contado.

—No, qué va, Pilar. En serio.

—Que sepas que me encantaría, no tengas duda de eso.

—Gracias, pero no. No hay nada de nada. Además, intuyo que me mataría si supiera que he venido a verte. Lo cierto es que no sé cuándo volveremos a tener contacto de nuevo. Nos dimos los números de teléfono, pero él tiene su vida allí y yo aquí. Creo que lo voy a ver tan poco como tú. Menos, de hecho.

—Pues es una pena.

—Sí, quizás lo sea.

Pilar la miró y la recogió entre sus brazos a modo de despedida.

—Pásate cuando quieras por la pastelería, cariño. Ya sabes que eres como de la familia.

—Muchas gracias, me ha encantado charlar un ratito contigo.

—Y a mí. Dale recuerdos a tus padres.

—Claro, lo haré mañana. Ahora me voy a la fiesta esa.

Pilar la miró con una sonrisa.

—No sé por qué me da en la nariz que no existe tal fiesta y que has venido para sonsacarme información. Te has comido tres empanadillas durante el camino, no te veo muy preocupada por el cumpleaños ese.

—Me pasaré un rato. Lo de llevar algo de comida era voluntario.

—Ya veo. En fin, cariño, cuídate mucho.

—Y tú también.

Pilar palpó el interior de su bolso hasta notar el tacto de las llaves. Lucía avanzó un par de pasos, dispuesta a irse de allí.

—Solo una cosa —dijo de repente la madre de David. Lucía volvió la cabeza hacia ella—. Tonta no soy, y me he ido dejando tirar de la lengua porque eras tú. A otra persona no le hubiera dicho ni pio, pero tú eres especial. Te quiero decir con esto que te he dicho datos muy importantes y bastante privados, y espero que no los uses para hacer daño a nadie. Tesoro, no sé lo que estarás tramando, pero hazlo; te doy mi permiso porque pienso que lo haces para ayudar a mi hijo. Eso sí, que él no lo pase mal, por favor.

Se quedó parada. Miró a los ojos de Pilar y esta le correspondió con una sonrisa sincera.
—Tranquila, todo irá bien. Gracias por confiar en mí —se atrevió finalmente a decir.

Lucía tenía un plan y contaba, además, con el consentimiento de Pilar. Al día siguiente haría una visita a una amiga que quizás pudiera echarle una mano en este asunto. Tal vez pudiera dar con el paradero de la hermana. Miró la hora y comenzó a caminar con paso acelerado rumbo a su propia casa, por supuesto; ya que no había fiesta alguna. Buscó el chat de texto y tecleó a toda velocidad. Por suerte, recibió rápidamente la respuesta que necesitaba.

Lucía:
Noe, voy mañana al centro. ¿Almorzamos juntas?

Noelia:
Vale. ¿10:30 en el bar que hay junto al ayuntamiento?

Lucía:
Ok, nos vemos allí.

Feliz, le pegó un bocado a la última empanadilla que le quedaba y siguió caminando con una sonrisa en los labios.



Capítulo XIX

Martes, 17 de agosto
Zaragoza, España

—Chica, ¿qué haces tú por estos barrios? —le dijo Noelia nada más verla. Lucía llevaba ya unos minutos allí, pero prefirió esperar a su amiga en la puerta del bar en el que solía almorzar cada día junto a algunos de sus compañeros.

—Tenía que hacer unas gestiones por esta zona —mintió—. Me venía de paso.

—¿Historias de la pastelería?

—Sí, papeleos de mi padre.

—Vale, pues entremos. Tengo una media hora, máximo cuarenta minutos. Te va bien, ¿no?

—Sí, claro; lo que sea. Lo importante era vernos.

—Es mi segundo día después de volver de vacaciones y creo que ya necesito otras.

—¿Mucho curro atrasado?

—¡Puf, no lo sabes bien! Es que yo no entiendo qué han estado haciendo mis compañeras durante esta primera quincena. Se la tienen que haber estado tocando a dos manos.

—Es que en agosto apetece poco trabajar.

—En agosto y cuando sea, que parece que lo hagan a propósito. Va entremos, que aquí también son más lentos que una tortuga. Lo cierto es que venimos aquí porque está al lado del curro, pero no hay mucha variedad.

—No te preocupes, con cualquier cosa me apañó.

—No lo compares con la vitrina de tu pastelería que te deprimirás. En este sitio parece que les paguen por tener poca variedad. Cualquier día de estos, aparece Chicote y les revienta el local.

—No será para tanto. Con un café me vale, tampoco tengo mucha hambre.

—¿Ves? El café sí que está bueno, por esas se salvan. Nuestro becario está harto de venir a por pedidos nuestros.

—Pues entonces me vale.

La puerta automática se abrió y entraron al local. En contra de lo que había dicho su amiga, a Lucía no le pareció que tuviera tan mala pinta. Además, el ambiente parecía agradable. Se encontraba estratégicamente situado entre gestorías, administraciones de fincas y oficinas del ayuntamiento; así que siempre se apreciaba cierto alboroto de conversaciones entre las mesas.

—¿Dónde quieres sentarte? —preguntó Noelia—. Allí tengo un par de compañeros de la oficina con los que me suelo sentar siempre. ¿Quieres que nos sentemos con ellos? Hay uno que está soltero y no está mal...

—No, preferiría estar en un lugar más apartado.

—Y yo que pensaba que era antisocial... Vale, pues evitaremos a la raza humana, no sea cosa que se nos pegue algo.

Tras echar una ojeada, encontraron unas mesas apartadas junto a la pared lateral.

—¿Ahí le va bien a la señora?

—¿Puede ser la del fondo?

—¡Madre mía!, ¡cómo estamos! —Pero Noelia no pudo replicar más. Su amiga ya había echado a caminar hacia la mesa más alejada—. Va, coge sitio, que voy a pedir a la barra. Es mejor que espere y lo coja directamente. Le diré que tengo prisa, así me lo da ya, y me lo traigo.

—Vale.

—Y así no se te acerca ni el camarero, no sea que tenga un virus contagioso.

Lucía le respondió con una sonrisa. Se quitó el bolso y esperó pacientemente a su amiga mientras se aislaba del alboroto mirando su móvil.

—Aquí tiene usted —dijo Noelia al regresar—. Hoy pago yo ya que te has dignado a hacerme una visita. Te he pillado un croissant pequeño, para que endulces esa cara mustia.

—Gracias.

—¿Qué tal todo? ¿Te puedes creer que todavía estoy cansada del viaje?

—Sí, a mí también me pasa. He salido a correr algún rato, pero me notaba echa polvo. Hacía mucho calor. Cuando acababa de trabajar, solo me apetecía tirarme en el sofá con el aire acondicionado.

—Suerte que tú has podido. Yo he tenido que estar con Borja de aquí para allá.

—¿Rollos del piso?

—Sí, tía. Que si muebles, que si baños, que si porras en vinagre. No te cases nunca, Luci.

—O que no me compre un piso nunca, será más bien.

—Pues sí, también. La boda me da menos pereza que amueblar la casa nueva. Y mira que tendría que estar ilusionada; que lo estoy. Pero ir a ver muebles de un lado para otro, me cansa muchísimo. Menos mal que Borja tira del carro y muchas veces me soluciona cosas sin tener que hacerlas yo, que si no...

—Pues eso que te ahorras.

—¿Y tú qué? ¿Cómo ha sido la vuelta al curro?

—Pues como si no me hubiera ido. Pasteles, tartas; tartas, pasteles. Ya sabes, todo igual.

—Chica, qué alegría de vida.

—Nos podíamos haber quedado unos días más en Edimburgo.

—Ya te digo. He quedado con estas para vernos a final de mes. ¿Te lo dijo Lore?

—Sí, supongo que podré.

—¿Supones? ¿Qué tienes más importante que hacer? ¿Tartas o pasteles?

—Ya, no. Si será que sí. Seguro que puedo.

—Pues eso.

Era el momento.

—Noe, yo quería verte por otro motivo —dijo con voz más seria de lo normal mientras su amiga soplabla el humo de su café. Al escuchar aquello, alzó la vista y la miró a través del vapor caliente.

—Sorpréndeme. Me lo has dicho como con voz de ultratumba. ¿Qué pasa?

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Un favor? Miedo me das, el último favor que me pediste acabó conmigo en una farmacia comprándote un test de embarazo porque tú no te atrevías.

—No, no es eso esta vez.

—Lástima, me muero por ser la tía Noelia.

—Es otra cosa diferente, seguramente más complicada que esa.

—Joder, ahora entiendo que te hayas querido apartar tanto de todo el mundo. No será ilegal, ¿no? ¿Qué estás tramando?

—No. Bueno, puede ser.

—Luci, no me fastidies, ¿de qué va esto?

—Necesito que me eches una mano.

—¿Vamos a robar un banco, acaso?

—No, joder, es algo mucho más sencillo.

—¿Más sencillo? ¿Robar una mercería?

—Que no; escúchame de una vez. Déjame que te lo cuente ya.

—Pues sí, porque estás mareando la perdiz desde que has entrado y no me has contado nada aún. Desembucha tu acto ilegal.

—No lo digas así.

—Pues tú sabrás qué es, entonces. Aún no me has dicho de qué va. Cuando me lo hayas contado, te lo definiré correctamente. Venga, cuéntamelo ya.

—Es sobre David.

—¡Hombre!, ¡qué raro! —exclamó Noelia—. ¿Todavía estás dándole vueltas a eso?

Tanto en el vuelo de vuelta desde Escocia como durante los primeros días en Zaragoza, había continuado insistiendo con el tema. De poco habían servido las conversaciones disuasorias que mantuvo con sus amigas, tratando inútilmente de convencerla de que se olvidara del asunto. Pero claro, cuando les contó finalmente el episodio de St. Andrews, circunstancia que en un principio pretendió ocultarles, comenzaron a entender que aquello necesitaría de algo más de tiempo.

—Pensaba que dejarías de pensar en él con la vuelta a la rutina —continuó Noelia.

—Ya, y yo.

—¿Habéis hablado estos días? ¿Te ha llamado?

—No, pero he hablado con su madre.

—¿Perdona? ¿Te ha llamado la madre?

—No, la he buscado yo.

—¿En serio? ¡Qué fuerte me parece! ¿Y para qué? Ya ataca de nuevo mi Lucía investigadora.

—Es que necesitaba saber cosas.

—¿Saber cosas? ¿Para qué? ¿Para qué te metes en esos berenjenales, Luci?

—Pues no sé; porque soy así, supongo.

—Pues también. Si no, no serías Lucía Gascón Chaparro. —Noelia le dio un bocado a la tostada de aguacate y semillas de sésamo, y añadió—: ¿Y bien?, ¿sacaste algo en claro? Supongo que le preguntarías por su verdadera madre.

—Sí.

—Que, por cierto, vaya ovarios tienes de plantarte delante de ella y preguntarle por la otra.

—Pues surgió.

—¡Ja, sí, surgió! ¡Unas narices! Si no te conociera...

—No, en serio; salió la cuestión como si nada.

—Luci, ¿a quién quieres engañar? Que soy yo, que te conozco como la palma de tu mano.

—En fin, que da igual. La cuestión es que comenzamos a hablar de David, después apareció su madre; y después...

—Después, ¿qué? —preguntó interesada Noelia al ver que su amiga se había callado.

—Después apareció su hermana pequeña.

—¿Cómo? ¡¿Que tiene una hermana?! —

—Sí.

—¿Y él lo sabe?

—No, no tiene ni idea.

—Joder, joder, joder; qué nivel. —Noelia estaba alucinando de escuchar aquello—. Patri va a flipar cuando se lo diga, se va a volver loca. Eso sí que es investigación de la buena.

—No, a ellas no les digas nada, por favor. Su madre me pidió que guardara el secreto.

—No jodas, Lucía, que estaba de coña. No pienso decirle nada a nadie. Además, ¿qué haces tú investigando esas historias? A ver, entiende lo que te voy a decir, y que no te siente mal. Pero,

¿quién puñetas eres tú para meter el morro ahí?

—Su amiga.

—¿Su amiga? ¿Tú? Hace años, vale, te lo compro. Pero, ¿ahora? No fastidies, Luci, si hasta hace una semana no sabías siquiera si estaba vivo.

—Ya, pero siempre le tuve mucho cariño. Fue una lástima que se fuera de Zaragoza.

—Claro, ahora me vienes con esas.

—Pues cuando ha ocurrido —trató de justificarse.

—Pero a ver, vale, entiendo todo esto que me estás contando. Le has sonsacado información y te ha contado lo de la hermana. Bien. Por cierto, que otra cosa que no entiendo es que ella misma no se lo haya dicho nunca. Pero, como sea, que no me importa. No es mi vida, ellos sabrán.

—Decidieron no hablar del tema de su adopción.

—Ya, Luci, pero esto es muy gordo. Estamos hablando de una hermana. Pero bueno, que repito que me da igual, que no me interesa.

—Lo decidieron así.

—¿Y sabes su edad?

—No, Pilar no sabe nada más. No sé seguro cuándo murió la madre, así que no sé cuántos años podría tener. Yo ya no me aclaro con las fechas.

—Vaya tela. Bueno, la cuestión principal es que sigo sin comprender qué pinto yo en todo esto. No me veo siendo la Doctora Watson en este asunto, la verdad. No sé en qué te puedo ayudar.

—Necesito que me busques información.

—¿Yo? ¿De qué tipo, señorita Holmes?

—Sobre la hermana.

—Vamos a ver, Lucía. Creo que se te está yendo un poco la pinza. ¿Qué puedo hacer yo para ayudarte? Sigo sin entenderlo.

—Como la madre está muerta, creemos que la hermana vive con los abuelos.

—¿Creemos? ¿Cómo que creemos? ¿Quién está compinchada contigo? ¿David?

—No, su madre.

—¡Toma ya! ¿Estáis compinchadas? Y su hijo no lo sabe, ¿verdad?

—No.

—Y estáis maquinando todo esto a sus espaldas sin decirle nada.

—No es que sea a sus espaldas. Simplemente es que no se lo he dicho todavía.

—¿Y ella está de acuerdo en que rebusques en su pasado?

—No está compinchada conmigo, tan solo me ha dado su permiso para que actúe.

—Joder, Luci, “que actúes”. Parece que estés en una peli de intriga. ¿No te estarás medicando y te habrás saltado la dosis, ¿no?

—No, Noe, estoy perfectamente. Solamente quiero ayudarlo. Es como una deuda pendiente que tengo con él.

—¿Porque lo puteaste de joven?

—Pudiera ser.

—Pero no es necesario nada de esto. No sé, queda con él, viaja a verlo de vez en cuando, follad por Europa... No sé, esas cosas. Pero rebuscar en su pasado para encontrar a su hermana misteriosa, pues no sé si es lo más indicado. Al menos es lo que yo pienso. Y como soy tu amiga, te lo tengo que decir.

—Te entiendo, pero creo que puedo serle útil de algún modo. Ya sabes lo perdido que ha estado siempre. Creo que encontrar a una hermana puede ser muy positivo para él.

—Crees. Pero no le has preguntado, ¿verdad?

—No.

—¿Y no piensas hacerlo?

—No hasta que la encuentre.

—Joder, Luci, estás superdecidida a hacerlo, por lo que veo.

—Sí, y por eso necesito tu ayuda.

—Y no hay mucho que pueda hacer para que cambies de opinión.

—No, la verdad.

Noelia miró su reloj, en cuestión de diez minutos debía volver al trabajo.

—Ok. Veamos. No me convence nada de nada todo esto. Pero, a ver, dime en qué te podría ayudar una triste empleada del Ayuntamiento de Zaragoza que solo quiere llegar a su casa para meter los pies en un baño de sal.

—Tú trabajas en las historias esas del censo y tal, ¿verdad?

—Con los datos de la gente, el padrón y esos rollos, sí —respondió mientras que recapacitaba sobre su propia respuesta—. ¡Ay, no, no, no! Lucía, no me pidas eso... No puedo.

—Pero sería sencillo, ¿no?

—No, Luci, no. ¿Quieres que busque a la niña en los datos de los habitantes? ¿En serio?

—Más o menos.

—Más o menos, no. ¿Es eso o no es eso?

—Sí, creo que es eso.

—Pues eso no puedo hacerlo. —Noelia bajó instintivamente la voz hasta hacerla casi imperceptible, acercando su cabeza a la de su amiga—. No creo que sea nada legal, de hecho.

—¿Pero podrías hacerlo?

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que me estás pidiendo que busque los datos de una persona en el archivo municipal por mi propia voluntad.

—¿Pero podrías hacerlo?

—No, Luci, no. Bueno, sí, podría. Pero no voy a hacerlo, no me voy a meter en ese berenjenal. Ni por ti, ni por nadie.

—Vaya, pues es la mejor carta que tenía. A decir verdad, la única.

—Es que no puedo hacerlo. No me puedes pedir eso. Además, es una locura. No sabríamos ni por dónde empezar. No sabemos nada de la niña. ¿Sabes cómo se llama, acaso?

—No.

—¿Y entonces? ¿Cómo piensas encontrarla?

—Pero sé su apellido materno y la pedanía en la que viven los abuelos.

—¡No me fastidies! ¿Todo eso te lo ha dicho la pastelera?

—Sí.

—Joder, pues menos mal que nos dijiste que no sabía nada de su otra madre.

—Y creo que no lo sabe.

—¿Y te lo dice a ti la otra? ¿Así como así?

—Tuve que comprarle cinco empanadillas.

—Vaya, parece buen negocio por tu parte.

—Es broma —respondió—. No sé, yo creo que lo hizo a propósito.

—¿Cómo que a propósito?

—Creo que quiere que David encuentre a su hermana, pero manteniéndose ella al margen. Creo que es una pelota que tiene dentro y que no es capaz de sacar por su propia voluntad.

—Y ahí ha aparecido sor Lucía para obrar el milagro por gracia divina.

—No es eso.

—Por lo que veo, te va a usar a ti para ello.

—Tampoco es que me lo haya pedido. Yo creo que vio la oportunidad de hacerlo a través de mí y se envalentonó. Y a mí me vino de fábula.

—Y tanto.

—Pues a mí me parecería genial que me ayudaran a encontrar a una hermana.

—No, si eso me parece genial. Sería estupendo para él. El problema es que para conseguirlo hay que hacer algunas cosas ilegales. Y encima las tengo que hacer yo, no tú.

—Sabes que, si pudiera hacerlas yo, las haría sin involucrarte para nada. Pero no puedo. Además, yo no lo veo tan ilegal, tan solo hay que meterse en un ordenador y darle a unas pocas teclas.

—Sí, claro. Los hackers informáticos también se meten en los ordenadores y le dan a unas pocas teclas...

—No es lo mismo, Noe.

—A mi nivel, sí. Pretendes que haga de hacker en mis oficinas. ¿Y si me descubren?

—¿Crees que te podrían descubrir?

—No, si la verdad es que no. Entrar a la aplicación del padrón es algo que hacemos a diario, tanto yo como mis compañeros. Y tampoco es que llevemos un registro de las veces que lo hacemos. Forma parte de nuestro trabajo diario, sin más.

—Entonces es imposible que te pillen.

—Joder, ya lo sé. Pero no está bien. La cuestión es que no está nada bien.

—Pero es para ayudar a alguien.

—Ya, pero no está bien, Luci. Que yo soy una chica muy formal. Y esto me parece al nivel de Bonnie & Clyde.

—¡Qué exagerada eres!

—Eso lo dices porque no lo tienes que hacer tú.

—Yo tengo que investigar otras cosas.

—No, ya. Si tú ya has hecho magníficamente tu trabajo. No hay duda de eso. Solo falta que encuentres el nombre de la hermana.

—Dame tiempo y lo encontraré.

—¡Qué fuerte me parece! Creo que necesitas trabajar más. Tú te aburres mucho. Búscate un segundo curro, anda; como Patricia con sus libros.

—Deja, que mis padres ya me exprimen lo suficiente. —Frente a ella, Noelia volvió a mirar su teléfono. Era hora de volver a su oficina—. Entonces, ¿qué me dices?

—Te voy a matar, Luci. Te juro que te voy a matar. Ya me estoy arrepintiendo y todavía no he decidido si voy a hacerlo o no.

—¿Eso es un sí?

La cabeza de su amiga comenzó a moverse intermitentemente a derecha e izquierda, evidenciando que no le gustaba la idea.

—Sí, joder —acabó por responder—. ¡Pero solo porque eres tú! Te voy a matar, me deberás una y muy gorda. Pero muy muy gorda, que lo sepas.

—¡Ole, sí señor! Lo que quieras, tú pídemelo.

—Pero no te aseguro nada. Voy a intentar hacerlo, pero si veo que me van a pillar o algo, abandono.

—Claro, claro, no te arriesgues más de lo necesario.

—Mira la guarra, ahora se preocupa por mí. Joder, el aire está a tope y estoy sudando. Parece

que estemos tramando cómo escaparnos de la cárcel.

—Estas irían a visitarnos...

—¡Ni en broma! ¡No hagas la gracia ni en broma! Mejor lo dejas estar, que ya has dicho suficientes cosas por hoy. No quiero saber ya nada más del asunto.

—A sus órdenes, Doctora Watson.

—Uf, cuánto te odio.

—Sabes que no.

—Al final hubiera sido mejor haber acabado yendo a Cancún.

—No hubiera sido un viaje tan guay.

—No, eso es cierto. En fin..., a ver, delincuente. ¿Qué datos sabes de su familia?

—La madre se llamaba Raquel Robles Castillo y vivían en la pedanía de Peñaflor.

—¿Peñaflor de Gállego?

—Sí, debe ser esa. ¿Tenéis los datos de allí?

—Sí, creo que sí. Allí no vive mucha gente, no será muy difícil filtrar por los apellidos de los abuelos. Podré buscarlos en la base de datos. —Noelia se quedó pensando durante unos segundos—. ¿Buscáis al padre también?

—No, qué va. El padre no existe. Bueno, sí existe; pero es irrelevante. Fue un tipo que se cruzó una noche con ella y ya está.

—Vaya tela, pobre chica —respondió—. ¿Y la niña? Me has dicho que no sabes ni su nombre ni su edad, ¿verdad?

—No, no la sé. La idea es buscar el padrón de la vivienda familiar de los abuelos y ver si vive alguien con ellos que sea tan joven como para ser una nieta.

—Ya, sé perfectamente cuál es la idea.

—Es posible hacerlo, ¿no?

—Sí, sí es posible.

—Fantástico.

—¿Y si resulta que la chica ya es mayor y pasa del tema? ¿En eso no has pensado?

—De eso ya se preocupará él. La cuestión es encontrarla.

—Joder, ya me estoy arrepintiendo. De esto, ni una palabra a nadie. ¿Me oyes? A nadie de nadie de nadie.

—Por supuesto.

—Y mucho menos a estas, que no quiero que esto salga de nosotras dos.

—No te preocupes. Yo soy la primera interesada en que no salga a la luz nada de lo que vamos a hacer.

—“Vamos”, dice. Soy yo la que se la está jugando. Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo tengo claro. Y te lo agradezco enormemente. Tan solo hay que buscar los datos y saber si vive con ellos. Ya me apaño yo después.

—Y si la niña vive con ellos, ¿qué vas a hacer? ¿Cuál es el siguiente paso de tu maquiavélico plan?

—No es maquiavélico. Si la niña está, llamaré a David y se lo explicaré. Ya veré qué excusas pongo para haberme inmiscuido tanto. Yo creo que el hecho de encontrarse una hermana compensaría el que hubiera metido las narices en donde no me llaman.

—De verdad, Lucía. ¿Crees que todo esto merece tanto la pena?

—Sí, de verdad que lo creo. Si no, no lo haría.

—¿Lo haces por él? ¿Por ti? ¿O por quién lo haces?

—Por él, lo hago solo por él. Ahora que sé lo de la hermana, no puedo mirar hacia otro lado.

No me lo podría perdonar. Ya le desvié la mirada una vez cuando él quiso tener una relación conmigo. Quiero hacer esto por él. Ese es el principal motivo.

—Entiendo que David te gusta, ¿no? Que después de verlo tras tanto tiempo, has vuelto a sentir algo por él.

—No sé qué decirte, la verdad. Creo que no, es otra cosa. Es simplemente la necesidad de ayudarlo, ya está. No me gusta que esté tan solo.

—Lo que te digo, te has convertido en sor Lucía, la madre de los solitarios y los desesperados; y yo sin saberlo. —Por toda respuesta, ella sonrió y agachó la cabeza—. No sé, tú sabrás lo que haces —continuó, poniéndose en pie—. Solo te digo una cosa, esto no es un juego. No hagas nada que pueda hacerle daño. Mide muy bien todos tus pasos y tus palabras.

—Lo sé, su madre me dijo lo mismo.

—Pues normal, es que sigo sin comprender cómo te metes en estas historias. En fin, tengo que irme ya, llego supertarde. —Lucía se levantó también y abrazó fuertemente a su amiga.

—Te quiero, Noe —le dijo—. Muchas gracias por ayudarme.

—De muchas gracias nada, maja. Esta me la pagas, y no te va a salir barato, que lo sepas.

—Te haré un superregalo de bodas.

—De eso nada, eso es aparte. Eso ya lo quería antes. Esto va más allá.

—Haré lo que me pidas.

—Te llamo en unos días, ¿vale? Dame algo de tiempo, yo te llamaré cuando sepa alguna cosa.

—Claro, no hay prisa —mintió por no quedar de ansiosa perdida—. Bueno, sí que hay una poquita. Pero ya sabes, cuando puedas...

Noelia echó una última mirada a su amiga, dándola por imposible. Con gesto sereno pero preocupado, salió del bar acompañada por un colega de la oficina. Tras ello, desapareció tras las cristaleras y se reincorporó a su rutina diaria. Por su parte, Lucía retomó el camino hacia la pastelería. Ya no podía hacer mucho más de momento, así que le tocaba esperar. Se sorprendió pensando en David de nuevo. ¿Qué estaría haciendo en ese instante? Estuvo tentada de mandarle un mensaje, pero desistió de ello. Además, tenía esperanzas en llamarlo en unos días, así que se convenció de no hacerlo hasta tener algo sustancioso que decirle. Eso sí, si finalmente ocurría, debía pensar cómo plantearle todo lo que estaba haciendo a sus espaldas; cosa que no iba a resultar nada sencillo. Se agobió un poco al pensarlo. Había actuado por impulsos y no le había ido mal hasta ahora, pero el mayor frente lo tenía todavía demasiado deshilachado. ¿Era realmente buena idea cargarse de un plumazo la zona de seguridad construida por David tras todos estos años? ¿Tenía derecho a hacerlo? Lo cierto es que ni había pensado en ello.

Se agobió tanto al pensar en aquello que sacó sus auriculares del bolso, los conectó al teléfono y se puso un poco de música para tratar de evadirse de sus propios pensamientos. El obrador de la pastelería sería su salvación y era vital llegar a él cuanto antes.



Capítulo XX

Martes, 17 de agosto
Zaragoza, España

Cuando Lucía cogió el teléfono a las ocho y cuarto de la tarde para ver quién llamaba y vio el nombre de Noelia, le dio un vuelco al corazón. No habían pasado ni doce horas. Avisó de que salía un momento a la calle y se sentó en un pequeño muro que bordeaba un parque pegado a la pastelería.

—Dime —contestó sin más.

—Hola, te quejarás de mi eficiencia.

—¿Has encontrado alguna cosa?

—Ya ni saludamos, por lo que veo.

—Hola, Noelia Montes. ¿Has encontrado algo? —repitió con impaciencia.

—Sí, podríamos decir que sí. Creo que te voy a subir la tarifa. Mira qué horas son y todavía estoy en el curro. He tenido que poner excusas a Borja para poder llegar tarde; y a mis compañeros para poder quedarme más tiempo en la oficina, cuando siempre saben que salgo con un petardo en el culo. Mira lo que me haces hacer.

Lucía mostró su impaciencia una vez más.

—Pero, ¿has encontrado a la hermana?

—No seas tan ansias. Déjame que te lo cuente a mi modo que, con el tiempo que le he echado a esto y los nervios tontos que he pasado, no me merezco menos. Que no tienes ni idea de lo que he llegado a hacer. Tengo hasta los codos llenos de polvo, o de telarañas, no sé. Me doy asco. Quiero llegar a casa y darme un baño.

—Vale, va. Cuéntamelo como quieras, pero hazlo ya. ¿La has encontrado?

—No.

—Joder, ¿en serio? Entonces, ¿para qué me llamas tan pronto?

—¿Te vas a enfadar conmigo acaso? Encima que te llamo... Si te pones borde no te cuento nada y te cuelgo.

—Ay, sí, perdón. Es que estoy nerviosa, no sé por qué. Vale, va, me callo ya. Te prometo que ya no te voy a interrumpir más.

—Así me gusta, que se callen las niñas y se deje hablar a las profesionales.

—Ok, te escucho.

—¡Chissss! —insistió—. Hasta el mediodía no he podido ponerme a investigar porque teníamos mucho lío. Así que me he tenido que esperar a que mis compañeros se fueran a comer. Les he contado una excusa mala y me han dejado sola en el despacho. He entrado al archivo del padrón y he buscado los apellidos de los abuelos. La verdad es que me ha costado más de la cuenta. No pensaba yo que en una pedanía tan pequeña como Peñaflor de Gállego hubiera tantos “Castillo”, por ejemplo. Al final, he podido dar con ellos cotejando ambos apellidos en el mismo domicilio familiar. Pero en la vivienda no constaba nadie más. Por las edades de ambos, claramente eran personas mayores; así que se trataban, sin duda, de los abuelos de David. Pero

ya está. Así que no he podido encontrar a ninguna nieta. Una de dos, o esa nieta no existe de verdad; o simplemente, que es lo más probable, vive con otra gente. No hay más.

—¿Y entonces? ¿Ya está? —preguntó Lucía, defraudada—. ¿Ya no se puede hacer nada más por encontrarla?

—Pues entenderás que no. Sin nombre, sin dirección, sin edad y sin apellidos es casi imposible encontrarla. Porque, además, seguramente utilice primero el apellido de su padre, que ni conoces. Y súmale el hecho de que no sabes siquiera si está en España, en Francia o en la Conchinchina. No, no podemos hacer nada más al respecto.

—Pues vaya chasco.

—Lo siento.

—Ya, no, bueno, no te preocupes. Tú has hecho lo que has podido, que ha sido muchísimo. Muchas gracias, de verdad. Pero ya veo que es imposible. La verdad es que me había hecho ilusiones. Pero si no puede ser, pues no puede ser.

Lucía bajó el brazo desde su oreja hasta apoyar el teléfono sobre sus muslos. La voz de Noelia comenzó a escucharse tenuemente en la lejanía.

—Luci, ¿estás ahí?

—Sí, sigo aquí —respondió tras oírla repetidas veces.

—¿Me habías dejado hablando sola?

—No, es que me picaba la oreja —dijo como excusa ridícula—. Vale, pues creo que ya está. Pasaré página y punto. Casi mejor, así no le digo nada a David y no le complico más la vida.

—¿Casi mejor? ¿Y me lo dices ahora? —preguntó un poco molesta—. Si lo sé, no hago los malabares que he hecho hoy.

—No lo digo por eso, de verdad, estoy superagradecida. Lo digo porque como al final no hemos encontrado nada, pues mejor no habérselo dicho.

Durante unos pocos segundos, ninguna de las dos habló. Hasta que, de repente, Noelia retomó la conversación.

—No he encontrado a la niña, pero he descubierto otra cosa.

Lucía frunció el ceño y prestó atención al teléfono.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú sabes, en la tercera película de *Terminator*, cuando la mala va buscando a un actor secundario y se encuentra de frente con John Connor?

—¿Que qué? ¿No sé de quién me hablas? ¿A qué santo me vienes ahora con *Terminator*? Yo no veo esas películas, ya lo sabes.

—¿Y *Big Fish*? Esa sí que la habrás visto, ¿no? Es romántica.

—Joder, esa creo que sí; pero no te pillo. ¿Me lo quieres explicar de una maldita vez?

—Creo que hemos encontrado al *Big Fish*.

—Noe, ¿estás jugando conmigo o qué? ¿Quieres hacerme sufrir gratuitamente?

—Pues un poco, la verdad, no te voy a mentir. Pero creo que me lo merezco por todo lo de hoy.

—Uf, ¡va, va!

—Bien. Resulta que cuando he visto que no había encontrado a la niña, yo también me he sentido un poco defraudada. Digamos que, puestos en el ajo, me gustaba mi rol como ayudante de la Señorita Holmes. Esa eres tú, Lucía.

—Ya lo intuyo, ya. Va, continúa.

—Pues eso, como no había encontrado gran cosa, he pensado en bajar al cuartucho de los archivos antiguos. ¡Dios, hacía años que no bajaba por allí! Y como me sabía muy mal no haber

encontrado nada, se me ha ocurrido volver a buscar a la familia en esos archivadores. Allí casi nunca baja nadie, están los archivos medio enmohecidos. Hace tiempo que se tenían que haber tirado o llevado a otro lugar menos húmedo. En fin, que hoy me ha venido bien que estuvieran ahí todavía.

—A ver si te vas a meter en un lío por rebuscar en ese sitio...

—¿Perdona? Me puedo meter en un lío gordo por cualquiera de las cosas que me has hecho hacer hoy. Si me apuras, lo del almacén era lo de menos.

—Venga, di.

—Pues eso, que buscando aquí y allá, he dado con un dato que me ha llamado la atención. Algo que no me cuadra con lo que me contaste sobre la madre de David.

—¿Sobre su madre?

—Sí. Me dijiste que ella murió en el año dos mil, ¿no?

—Sí, eso fue lo que me dijo.

—Pues no me cuadra, la verdad.

—¿Qué es lo que no te cuadra?

—Tengo delante de mí un papel que no cuadra con eso.

—¿Un papel?

—Sí, el documento ya estaba amarillento y hecho polvo. He hecho una fotocopia con mucho contraste para que se apreciaran las fechas. Pero no hay dudas.

—¡Joder, déjate de intrigas! ¿Qué dice ese papel? ¿No hay dudas, de qué?

—Entre los papeles antiguos del padrón he visto el nombre de Raquel Robles Castillo varias veces, según lo iban pidiendo para alguna cosa: becas, ayudas o esas historias. Y el último que nos aparece no es un certificado de empadronamiento ordinario, sino otro documento distinto. Se trata de un certificado de petición de cambio de domicilio a una dirección de París. Al 03 de Rue Lepic, concretamente.

—Ya, bueno, es normal. Estuvo viviendo en París durante muchos años.

—Lo sé, ya me lo dijiste. Lo que no me cuadra es la fecha.

—¿Por qué?

—Lucía, esta petición de cambio de domicilio no es normal. Lo lógico es que no sea necesario tramitar nada en el municipio de salida para causar baja en el padrón de un sitio. Pero a veces, según el caso, se tramita la baja si previamente se presenta un certificado enviado desde el lugar de destino, como es el caso.

—No te pillo.

—Tengo aquí una solicitud de baja en Zaragoza para causar alta en París. Pero eso no es lo raro, la cuestión es que la solicitud se tramitó en noviembre de dos mil tres. Eso es lo extraño, Lucía. Noviembre de dos mil tres.

—¿Dos mil tres? No puede ser. Falleció sobre el año dos mil o un poco antes.

—Por eso te digo que no me cuadra.

—A mí tampoco. A no ser...

—Luci, este tipo de trámites entre diferentes países no suele ser muy habitual. No se suele pedir así, con archivos adjuntos y tal. Raquel Robles Castillo tramitó su cambio de residencia oficial a París en noviembre de dos mil tres. Y lo tramitó ella, la firma es bastante clara. Por lo tanto...

—Por lo tanto, ¿no pudo morir en el año dos mil!

—Elemental mi Querida Holmes.

—¡Ey, esa frase te la tendría que haber dicho yo!

—Ya, pero el descubrimiento ha sido mío.
—Entonces, ¿piensas que está viva?
—Pues eso no lo sé, yo no soy adivina. La gente muere cada día. Pero que no murió en el año dos mil, eso lo tengo clarísimo. Tan claro como que me caso en tres semanas.
—¡Joder, lo sabía! ¡Lo sabía!
—No cantes victoria, Luci; que no sabes cómo está actualmente. A lo mejor, ahora sí que ha fallecido por otras causas.
—Ya, bueno; pero, en cualquier caso, es una gran noticia. Estoy deseando decírsela.
—Frena los caballos, anda. Yo no sé si deberías. No sabes nada de cómo estará actualmente.
—Ya, pero eso es secundario. Ahora no puedo dejarlo, tengo que contárselo.
—Te la juegas mucho, Luci.
—¿Y la hermana? ¿Estará entonces con ella?
—Pues sería lo más lógico. Si sigue viva, lo normal es que estén juntas. Como cualquier madre e hija.
—¡Joder, qué noticia!
—No te emociones tanto todavía.
—¡Por supuesto que sí, estoy deseando decírselo! ¿Te has enterado de algo más?
—¿Te parece poco?
—No, no, qué va. Solo era por preguntar.
—No, nada más. Ese tipo de trámites se suele hacer por convivencia con alguien. La experiencia me dice que, si llevaba tantos años viviendo en París y no se había planteado cambiar de residencial oficial, es que debió haber un motivo concreto.
—¿Una boda, quizás?
—Efectivamente, en eso estoy pensando. Raquel debió casarse con alguien en dos mil tres y por eso decidió cambiarse de residencia.
—O por haber tenido a la hija.
—Podría ser también.
—¿No podrías buscar en el padrón de París?
—¡Claro, como que en Zaragoza gestionamos el padrón de todo el mundo!
—Ay, yo qué sé. Yo confiaba en ti.
—No, maja. Nosotros tenemos el nuestro, y nos sobra; que tenemos trabajo suficiente en nuestra oficina. Los asuntos de Francia, que los gestionen mis colegas franceses.
—¿Qué calle me has dicho? Voy a apuntarlo.
—El número tres de Rue Lepic.
—Ok. ¿Y eso en qué zona está? —preguntó, mientras ponía el altavoz y pasaba a buscar la aplicación de notas del móvil.
—¡Y yo qué sé! ¡Yo no me conozco los barrios de París! Me sé el nombre de todos los de Zaragoza y tira que va. ¿Qué más dará en qué zona de París esté esa calle? ¿Es que si el barrio no te gusta, le vas a decir que no la busque?
—Ya, también es verdad.
—Además, ni siquiera sabes si seguirá viviendo ahí. Lo normal sería que no estuviera ya.
—Tampoco ha pasado tanto tiempo. La gente no cambia tanto de domicilio.
—Veinte años, Lucía. Han pasado veinte años. Y lo normal es que sí que cambie de vez en cuando.
—Bueno, ya. Pero no voy a pensar en eso ahora. Voy a centrarme en lo que tengo.
—¿Y piensas que va a coger el petate y se va a plantar en Rue Lepic para buscar a su madre

como si fuera Marco, el de los dibujos?

—Ay, no sé qué hará. Solo sé que se lo pienso contar. Yo sabía que estaba viva, se lo dije. Ahora sí que me va a creer.

—¡Joder! La verdad es que no querría estar en tu pellejo cuando se lo cuentes. No sé cómo lo vas a hacer, pero a mí no me metas. Dile que la información la has sacado de un amigo de un amigo de un amigo, o algo así. Ya te inventas algo.

—Descuida. Voy a pensar bien en cómo se lo digo sin agrandar mucho la pelota.

—Puf, pues tienes un buen hueso delante. Mucha suerte.

—Ay, Noe; eres la mejor. Te quiero muchísimo. ¿Algún día me dejarás contarle esto a Lorena y a Patri?

—No sé yo si sería buena idea. Mal si se lo contamos y mal si se enteran sin que se lo hayamos contado. Patricia se enfadará muchísimo cuando se entere por no haberla hecho partícipe de la investigación.

—Venga, sí. Cuando nos juntemos a final de mes, se lo contamos.

—Como quieras. A ver si podemos contarles el final de todo esto. Ya me cuentas qué te ha dicho él cuando le revientes todo su universo.

—Ay, no lo digas así que parece superfuerte.

—Es que lo es. Y lo que no entiendo es que tú no lo veas así también. Tenme al corriente de todo, porfa.

—Claro. En cuanto hable con él, te llamo.

—No hagas locuras, anda.

—Tranquila. Un beso enorme.

—Ale, me voy ya a mi puñetera casa. Voy a llamar a Borja para que me vaya llenando la bañera, me voy a tirar una hora dentro. Espero que también haya hecho la cena.

—Disfruta, y echa un buen polvo a mi salud, que te lo has ganado.

—Sí, como para polvos estoy hoy. Con los que me han caído encima en el almacén, son suficientes. Estoy reventada. Anda, ya hablamos. Te quiero.

—Y yo.

Lucía colgó el teléfono y una sonrisa emocionada apareció en su rostro. Cruzó correteando la carretera entre un par de coches que le pitaron simultáneamente y alcanzó la fachada de la pastelería. Ya habían cerrado la persiana. Tuvo que pegar un par de golpes para que su madre la viera desde dentro y volviera a activar el mecanismo de apertura.

—¿Dónde te habías metido?

—Era una llamada importante.

—Te tocaba cerrar a ti. Tu padre me está esperando, me voy ya.

—Sí, sí. Yo acabo, vete ya. Nos vemos ahora.

—¿Te pasa algo? ¿Y esa sonrisa? ¿No te habrás echado novio?

—Sí, claro, no tengo otra cosa que hacer. Era una llamada de Noelia.

—Ojalá se te pegara algo de ella, tan prudente y buena chica.

—Tendrás queja de mí...

—A ver si encuentras un novio como el suyo y te casas.

—Va, déjame tranquila y tira para casa. Ya cierro yo.

La madre salió de la pastelería y volvió a activar el mecanismo de la reja. A través de los orificios metálicos, miró a su hija. Hacía tiempo que no la veía con esa luz en los ojos. En el interior, Lucía dejó el móvil en el mostrador y desapareció por la puerta del obrador. Tenía mucho por hacer y por pensar. Pero hoy ya no era el momento. Esa noche pensaría cómo, y al día

siguiente comenzaría la nueva fase de su travesía emocional.



Capítulo XXI

Miércoles, 18 de agosto
Melrose, Escocia

Apenas a una hora de distancia en coche, la ciudad de Melrose contenía todo lo necesario para pasar un buen día: campiña verde escocesa, bonitos cascos antiguos medievales, monasterios con mucha historia, cementerios de leyenda, etc. Y no es que los habitantes de Edimburgo anduvieran escasos de eso; pero siempre era una buena opción visitar otros lugares.

Por eso, David había aprovechado ese miércoles libre para dar una vuelta junto a Molly Campbell por los *Scottish Borders*, en la frontera con Inglaterra. Y si bien es cierto que no eran las zonas favoritas del guía, le venía muy bien tantear el terreno por si alguna vez le tocaba hacer una visita guiada. No en vano, con la nueva empresa pretendía abrir las fronteras más allá de Inverness, así que esta ciudad era una candidata para ello.

No era extraño que hubieran hecho una excursión así. Por sus respectivos trabajos, los fines de semana los tenían bastante ocupados, sobre todo ella; así que cualquier día libre era propicio para hacer una salida de este tipo. Les venía ideal para desconectar, hablar de sus cosas o hacerse arrumacos, por ejemplo. Y así solía ser siempre que viajaban. Sin embargo, una llamada inesperada trunció esta vez el desarrollo normal de los acontecimientos.

Sería sobre la una del mediodía cuando escuchó sonar su teléfono desde el interior de su mochila. Saltó desde un murete derruido al que se había subido para que Molly le hiciera una foto y corrió a coger la llamada. Al ver el nombre de la persona que le buscaba, miró instintivamente a la camarera escocesa. Pensó en no cogerlo; pero al ver que la chica estaba cogiendo tranquilamente algunas flores del suelo, decidió apartarse unos cuantos metros y contestar.

—¿Diga? —dijo por inercia—. ¡Vaya sorpresa!

—Hola, soy Lucía.

—Ya, el teléfono me lo ha dicho —contestó con ironía—. Me ha salido tu nombre.

—Ah, claro, qué tonta.

—¿Qué tal estás? ¿Qué tal fue el regreso?

—Bien, bien; todo muy bien. Ya de vuelta a la rutina, ya sabes.

—No se puede estar siempre de vacaciones.

—Ya, es una pena. Aunque tu trabajo es un poco así, por ejemplo. Siempre vas de aquí para allá.

—Uy, no; lo mío es de todo menos vacaciones. Mi trabajo me aburre a veces tanto como a ti o como a cualquiera.

—Ya, es normal.

—Pues tú dirás. No creo que me llames para decirme que tengo morro por estar siempre de viaje. Aunque, de hecho, hoy, por ejemplo, sí que lo estoy.

—Ay, perdón, no lo sabía. ¿Te pillo mal? ¿Te pillo de ruta?

—No, no, tranquila. Hoy estoy en mi día libre.

—Ah, es que no sabía cómo te iba a pillar. Como nuestro tour acabó más o menos a esta hora, he pensado que ya estarías libre.

—Sí, en un día normal, seguramente sí. Pero hoy me pillas por ahí con..., con una amiga.

—Oh, vaya —respondió cortada—. Pues te llamo más tarde, si quieres.

—No, no —respondió, mirando a Molly desde la distancia—. Está todo bien. Dime, ¿qué te cuentas?

—¿Es un ligue? —dijo sonriendo, pero sin pensarlo mucho—. ¿Te has llevado a otro de tus ligues a St. Andrews?

—¿Cómo es eso? —respondió sorprendido—. Yo no me llevo ligues a ningún sitio.

—Ups, creo que en mi cabeza sonaba distinto. Solo pretendía hacer una broma.

—No lo dirás por ti, ¿no? No me suena que fueras mi ligue el otro día. De hecho, la que se lanzó a mi cuello fuiste tú.

—Que sí, que sí. Perdón. Tengo una extraña habilidad para cagarla por teléfono. No he dicho nada, perdóname.

—Por teléfono y sin teléfono —dijo con tono conciliador.

—Ya, tienes razón.

—Pero no, no es mi ligue, es lo más parecido que tengo a una pareja. Se llama Molly. Llevamos quedando una temporada.

A Lucía le explotó la cabeza con aquella novedad inesperada.

—Ah, no lo sabía. No me dijiste nada.

—Tampoco surgió el momento.

—Me alegro por vosotros, entonces.

—No es algo por lo que alegrarse. Quedamos de vez en cuando, como hoy. Es una buena chica. Lo cierto es que no hemos hablado nunca de futuros en común ni esas cosas.

Lucía empezó a sentirse un poco incómoda con aquella conversación.

—Bueno, pues te dejo, ya te llamaré más tarde. Era una tontería, la verdad —dijo, para disimular su agobio—. Luego, si quieres, te escribo un mensaje y te lo cuento mejor.

David estuvo tentado de aceptar la propuesta, pero echó una mirada a Molly y vio que se había alejado todavía más, así que contaba con algo de tiempo hasta que regresara.

—No, tranquila. Tengo unos minutos, cuéntame eso que tanto te preocupa. ¿Noelia ha decidido no casarse?

—No, que va —respondió—. Eso no hay Dios que lo pare. En unas semanas estamos de bodorrio.

—Va, pues dime.

Ella cogió aire y decidió soltarlo todo del tirón.

—Antes de nada, quiero pedirte perdón por si lo que te voy a decir te molesta o sientes que he metido la pata hasta el fondo.

—Ya me tienes acostumbrado a eso.

—Sí, también es verdad. No, hablando en serio. Lo que te voy a contar es importante.

—Intrigado me tienes. Desembucha.

—Va, déjame hablar.

—¡Sí, senséi!

—Quiero que sepas que solo lo he hecho por ti. Yo no tengo ningún interés en esto más allá de ayudarte y preocuparme por ti.

David frunció el ceño, empezaba a no gustarle el tono tan serio que estaba usando.

—¿Qué has hecho, Lucía? —preguntó sin querer hacerse ideas previas.

—Anteayer fui a hablar con tu madre.

Un incómodo silencio se apoderó de la llamada telefónica. David cerró los ojos y suspiró.

—¿Para qué? ¿No será por lo que me imagino?

—Creo que sí.

—¿Esto es en serio? —contestó contrariado—. ¿No te bastó la conversación del otro día?
—Solamente pretendía ayudarte.
—¿Ayudarme a qué?
—Con el asunto de tu otra madre.
—¡Y dale! ¡Ya estás otra vez con lo mismo!
—¡Escúchame, solo escúchame un momento!
—¡Es que no entiendo por qué no lo dejas ya de una vez!
—Dame un minuto, solo te pido un minuto de tu tiempo; de verdad. Pero no me cuelgues. Y si no te convence lo que te tengo que decir, te prometo que ya no volverás a saber de mí nunca más.
—No me lo puedo creer...

Esas últimas frases cambiaron el tono de la conversación, y la tensión comenzó a sentirse en sus propios movimientos. Desde la distancia, Molly se percató de que movía mucho los brazos y de que parecía preocupado por algo, pero prefirió darle espacio y no acercarse. Ya le preguntaría después. David se sentó en una roca cercana y siguió escuchando atentamente.

—Sabía que te ibas a enfadar —continuó Lucía—, pero tenía que hacerlo.
—¿Por qué? ¿Por qué tenías que hacerlo?
—Porque me importas.
—¿Perdona? ¿Que te importo? ¿Desde cuándo?
—Pues desde siempre.
—¡Vamos, hombre, no me vengas con esas a estas alturas! ¿Qué tonterías estás diciendo? Nunca te he importado un carajo.
—Eso no es verdad.

—En fin, no vamos a discutir eso ahora. Mira, Lucía, un minuto tienes. Estoy tratando de no alterarme demasiado porque Molly me está mirando y tengo gente alrededor; pero ten clarísimo que no me gusta un pelo esto que has hecho.

—Ya, te comprendo.
—Sí dices que me comprendes, ¿por qué lo has hecho? ¿Y mi madre qué te ha dicho?
Nada más comenzar a hablar, David ya empezó a encontrarse mal. ¿En serio conocían detalles de su madre que no le habían contado durante tantos años? Lucía se lo estaba vendiendo como beneficioso para él, pero no acababa de verlo claro. Además, en su explicación, tuvo que meter finalmente a Noelia en el ajo, circunstancia que todavía le molestó más. Que gente no afín a él supiera de sus “trapos sucios”, no le gustaba en absoluto. De hecho, ni Molly sabía de toda esta historia; no había tenido necesidad de contársela nunca. Para ella, tan solo era un chico más de Edimburgo. Solamente su compañero argentino sabía parte de su historia en Francia. Ni siquiera su otro compañero griego era consciente.

—¡Joder, Lucía, no sé qué decir de todo esto! No soy capaz de procesarlo todo.
—Pues no te he contado nada aún.
—¿Nada? ¿Te parece poco que me hayan ocultado tantos detalles acerca de dónde vivía? Peñaflor estaba al lado de casa.
—Es que hay más. Tengo más cosas que decirte.
—¡No fastidies! —David se pasó la mano por la frente sin saber hacia dónde mirar. Un manto negro le cubría el pensamiento.

A pesar de que Lucía trataba de poner un grado cómico en la búsqueda de información por parte de su amiga, a David le estaba pareciendo de todo menos gracioso. Ni iba a serlo en ese momento, ni nunca. Aquello hizo que se sintiera más molesto todavía.

—¿Cuánta gente más sabe lo que estáis haciendo?

—Nadie, nadie más. Te lo prometo.

—No sé ya si fiarme de ti o no.

—Te lo digo en serio. Estoy llevando esto con el mayor de los secretismos. Te lo juro.

—Estoy llevando, dice; ni que yo te hubiera dado permiso para estas cosas.

—No, ya lo sé. Pero si te hubiera preguntado, no me lo hubieras dado.

—¡Lógico, Lucía, lógico! Es que ya te dije que era un asunto cerrado y personal, no sé para qué metes la pezuña en esto. Total, para nada, que ya me veo el final.

—Estás equivocado, no ha sido para nada.

—Ah, ¿no?

—No, pero no me estás dejando contártelo. Pero bueno, te entiendo; te estoy dando tiempo para que lo proceses.

—No, ya. Si llego a saber que es algo tan profundo, sí te digo que me llames más tarde. Tengo a Molly ahí esperándome un buen rato ya.

—Por eso te lo he dicho antes. ¿Quieres que te llame más tarde y hablamos con más tranquilidad?

—No, no; ahora ya no. Ahora quiero que me lo cuentes todo. —Lucía lo oyó inspirar profundamente al otro lado del teléfono, le dejó unos segundos y esperó a que dijera algo—. Venga va, estoy preparado. Dime todo lo que hayas descubierto y punto. Sé que me voy a arrepentir de escucharte, pero dímelo. Puede que sea la última vez que hable contigo, te aviso.

—Ok, lo entendería. Pero, aunque eso ocurriera, me quedaría con la conciencia tranquila.

—¡Cómo no! Metes las narices donde no te llaman y te quedas con la conciencia tranquila. Muy propio de ti.

Ella prefirió no responder y mantener la serenidad.

—¿Te lo cuento, entonces?

—Sí, va.

—Ok, sigo. Voy a contarte dos cosas superimportantes. La primera no la hemos podido contrastar, aunque estamos convencidas al cien por cien de que es verdad. Y ahora te explicaré el motivo por el que tiene relación con el segundo descubrimiento. Pero prefiero empezar por el segundo.

—Va, pues empieza de una vez.

—David... —Hizo una pausa antes de seguir—: Noelia descubrió que tu madre cambió de domicilio en noviembre de dos mil tres.

—Imposible —respondió con rapidez—. En esa fecha ya estaba muerta.

—David —repitió—, tu madre cambió de domicilio en noviembre de dos mil tres, me creas o no. Ella misma firmó los documentos. ¿Entiendes lo que eso significa?

—¡Que no, Lucía, que es imposible! Que yo he estado sentado delante de su tumba.

—¡Y dale! Que ya sé lo que me contaste. Pero te lo dije la otra vez y te lo vuelvo a decir ahora, la historia que me contaste me pareció un poco fantasiosa. Un tío que no la conocía casi, te cuenta una historia y tú te la crees a pies juntillas. Y otro le pone una lápida por pena. ¡Vamos, hombre, si no hay por dónde cogerlo! Que sí, que comprendí tus motivos para creerles. Y, a lo mejor, hasta hay parte de verdad en esa historia. Pero lo que es innegable, repito, innegable, es que se cambió de domicilio en el año dos mil tres. Lo quieras ver o no, es la verdad. David, estamos hablando de papeles oficiales. Papeles que constan en el archivo del Ayuntamiento de Zaragoza. No estamos hablando de un tipejo francés que te cuenta una película.

—Que no puede ser, que no es posible. —El guía veía que la Abadía se le caía encima. Era tal el terremoto que estaba sufriendo en su interior que veía que alguna roca se iba a desprender y le

iba a caer sobre la cabeza—. Pero, vamos a ver... —prosiguió—, ¿esto es verdad?, ¿me lo estás diciendo en serio? Entiendo que no eres tan sumamente cruel como para bromear con este tema, ¿verdad?

—Es tan cierto como que me llamo Lucía Gascón Chaparro.

—Joder, Lucía, no puedo con esto.

—Lo intuyo. Sé que es difícil de asimilar. Pero es cien por cien verdad. ¿Puedo continuar?

—¿Hay más? ¿Qué más puede haber?

—¿Perdona? Si solo acabo de comenzar.

—Vaya tela. Va, dime.

—Tengo una dirección.

—¿De quién? ¿De mi madre?

—Pensamos que sí.

—¿Pensamos?, ¿quiénes?

—Noelia y yo.

—Ah, vale —respondió preocupado—. ¿Y está allí?

—Eso no lo sabemos. En el documento del cambio de residencia indica una dirección concreta, Rue Lepic.

—No me suena esa calle.

—Está por el barrio de Montmartre, lo he buscado.

—Esa es mejor zona que por la que yo estuve buscándola. Pero, escucha, me estás hablando de una dirección de dos mil tres. Puede haber cambiado de sitio mil veces. Eso, si todavía sigue viva.

—Hazme el favor y no vuelvas a pensar más en que está muerta. Cambia el chip ya, por favor.

—Sería un sinsentido ir a buscarla sin saber si sigue allí.

—No sé por qué.

—La gente cambia de pisos. Yo me he mudado muchas veces.

—Ya, pero no todo el mundo. ¿Tus padres se han movido alguna vez de su casa en Zaragoza?

—David no contestó—. No, ¿verdad? Los míos tampoco. Hay gente que se mueve y gente que no. Nadie te dice que no siga viviendo ahí.

—Me supera esto, Lucía. Me supera mucho.

—Ya, te entiendo perfectamente.

—No, no puedes entenderlo. No sabes cómo ha sido mi vida.

—Me la contaste.

—No, yo te conté lo que me dio tiempo durante aquel café. Pero han sido bastantes años de pasarlo mal, de ir sin rumbo, de no saber hacia dónde tirar. Y esto me está rompiendo los esquemas. Estás derrumbándolo todo.

—Lo sé. Pero por eso te estoy llamando. Es un camino nuevo hacia el que tirar. Me dio mucha pena cuando me dijiste que habías tirado la toalla. Yo soy más de mantener la esperanza hasta el final, y los hechos me han dado la razón. David, tu madre sigue viva y creo que tendrías que agarrarte a este flotador que te estoy tirando.

—¿Y qué pretendes? ¿Que coja un avión y me plante en esa calle para ponerme a llamar a todos los timbres?

—Exacto.

—¡Sí, hombre! ¡No tengo otra cosa que hacer! Tengo un trabajo, por si no lo sabes.

—Hoy no, hoy estás de viaje con tu chica.

Molly. De repente pensó en Molly. La buscó con la mirada y la encontró mirando su móvil en

una zona un tanto apartada. Durante los últimos minutos se había olvidado totalmente de ella y se sintió mal. Al observarla, vio que levantaba la cabeza. El guía le hizo un gesto con el dedo, le pedía esperar un minuto. Ella le levantó el pulgar y le lanzó una sonrisa desde la distancia. Aquello le permitió ganar un poco de tiempo y volver a centrarse en la intensa conversación que estaba teniendo.

—Pero no lo veo, Lucía. ¿Cómo voy a coger un vuelo y me voy a plantar en esa dirección? Además, no sé ni el número.

—El tres, que no te lo había dicho.

—Vaya. Bueno, da igual. Ahora tengo aquí mi vida. Mi chica, mi trabajo, mis amistades...

—No te estoy diciendo que dejes nada de eso. Tan solo te he llamado para decirte que sigue viva y que creo que tendrías que tratar de encontrarla. Y lo hago porque sé que tú mismo estuviste tratando de buscarla durante muchos años. Te acabo de abrir otra puerta. No seas tonto y úsala; porque, además, hay otra cosa que deberías saber...

—¿Otra más? Miedo me da ya preguntarte.

—David...—dijo, temblándole la voz—, tienes una hermana pequeña.

Esto ya fue demasiado. Apartó el teléfono de su oreja y volvió a sentarse. Llevaba de pie desde hacía unos minutos por el nerviosismo que le estaba produciendo la llamada, pero escuchar aquello, lo removió por dentro. ¿Una hermana? En aquel instante, dejó de pensar en si la información que le había dado era verdad o mentira. En si se había entrometido más de la cuenta, o en la discusión que tendría más adelante con sus padres por haberle ocultado tanta información. Todo pasó a un segundo plano cuando escuchó que tenía una hermana. Una hermana pequeña. De algún modo, de manera inconsciente, aquello sí quiso creerlo; y un nudo en la garganta se apoderó de él.

—¿Estás completamente segura? —preguntó, pasados unos segundos.

—No puedo estarlo del todo, como comprenderás, porque no la he visto. Pero la información también me pareció totalmente real. Es una niña que ha estado en Zaragoza alguna que otra vez. Y como no vive con los abuelos; pues, indudablemente, vive con ella. Con tu madre, David. Así que asúmelo ya. Yo creo que están vivos tus abuelos, tu madre y tu hermana pequeña; que sepamos. ¿Quién sabe si tendrás más familia?

No contestó durante largos segundos, prácticamente medio minuto. Había mucho que procesar y no creía que fuera el momento de hacerlo. Pasado ese tiempo, agarró de nuevo el teléfono y respondió con la mayor frialdad que pudo.

—¿Alguna cosa más? —respondió secamente.

—No, eso es todo —contestó ella. Entendía perfectamente el estado de su amigo.

—Vale. En fin, no sé qué decirte. —Lucía se sorprendió de la falta de emoción que había adquirido la voz de David—. Gracias por toda la información. Trataré de asimilarla y ya veré lo que hago.

—¿Ya verás lo que haces? —preguntó confundida—. ¿En serio no te vas a poner en marcha después de todo lo que te he dicho?

—No sé, lo tengo que ver bien —respondió fríamente.

Su cerebro había explotado. Una nebulosa parecía cubrirle todo el pensamiento. No tenía la capacidad de decir más palabras que las justas. Sintió que el cielo se nublaba y que las sombras de las rocas de la Abadía lo cubrían todo de un oscuro manto que se proyectaba sobre su pensamiento. Y, cuando eso ocurría, era mejor no pensar demasiado.

—Creo que deberías ponerte a ello.

—Ya lo pensaré, hoy me pillas liado —dijo sin más—. Tengo que colgar, Molly me está

esperando.

—Sí, claro. Bueno, ya hablamos en otro momento. —Lucía se había quedado tan sorprendida de su reacción que ya no supo cómo meterle mano al asunto.

—Sí, ya nos llamamos.

Y colgó.

Y se quedó solo, completamente solo. A pesar de que había más turistas como ellos y de que Molly seguía ausente mirando su teléfono no muy lejos de él, se quedó solo. Sin embargo, en esa soledad, el sonido de unas gaitas comenzó a llegarle a los oídos. Ni pájaros, ni conversaciones de gente, ni vehículos cercanos. Tan solo el agudo sonido de una gaita que poco a poco se le aproximaba y cada vez era más perceptible para sus oídos. Y así estuvo durante unos cuantos segundos hasta que la música cesó y alguien comenzó a llamarlo.

—Eh, tú, el de abajo. —Tal y como le pasara la semana anterior, no reaccionó a la primera llamada—. ¡Ey, que te llamo a ti! —repitió—. ¡Al que está tan pálido como las rocas de mi trasero!

David levantó la cabeza hacia la parte alta de la Abadía de Melrose. Allí, una gárgola con forma de cerdo lo miraba mientras agarraba firmemente una gaita escocesa con sus pezuñas de piedra.

—Tú no existes —dijo mirando hacia arriba.

—Prefiero no existir a tener una existencia tan triste como la tuya.

—¿Desde cuándo los cerdos hablan y tocan gaitas?

—Desde que alguien cree en ello —replicó la gárgola—. Ni más ni menos. Y ahora, contéstame tú a mí: ¿Desde cuándo hay gente que te llama para tratar de que mejore tu vida?

Él tardó unos segundos en responder.

—Supongo que desde que esa gente se preocupa por mí.

—Exacto. Pues entonces no seas lerdo y haz caso a esa gente.

—¿En serio crees que eso serviría para algo?

—Pues claro. Tú hazlo sin dudar, que te irá bien. Palabra de cerdo gaitero.

Un nuevo sonido de gaitas alcanzó los oídos del guía hasta hacerse cada vez más imperceptible y desaparecer del todo. Las nubes se abrieron y el sol volvió a aparecer entre ellas. La Abadía de Melrose volvió a mostrarse en todo su esplendor.

David inspiró fuerte y se secó un par de lágrimas que habían aparecido en su cara sin que él se hubiera dado cuenta. Buscó a Molly con la mirada y echó a caminar hasta su encuentro. Del modo que fuera, tenía que tratar de no fastidiarle el resto del día a la chica. Mientras llegaba a su altura, trató de decidir si contarle la conversación que había mantenido, con todo lo que suponía, o disimular y dejarlo para más tarde. Generalmente, los momentos de sinceridad entre ambos se producían tras echar varios polvos; y aquel no era el caso. Seguramente por la noche sí lo fuera, pero no todavía. Eso sí, no llevaba la cabeza como para tales asuntos.

—¿Todo ok? —preguntó ella—. Parecías preocupado.

—Sí, no pasa nada; cosas de la nueva empresa, ya sabes —mintió.

Ya lo había decidido, lo dejaría para la noche. Se cogieron de la cintura y continuaron su marcha a través de la zona verde que rodeaba un pequeño cementerio. A su alrededor todo había vuelto a la normalidad. Niños corriendo, gente haciéndose fotos y varios frailecillos cruzando el cielo de Melrose, batiendo sus alas en busca de algo que echarse a la boca. El día libre debía continuar para todos, lo más normalizado posible.

Ajenos a ellos, a muchos kilómetros de distancia desde ahí, algunas piedras se desprendieron de

la fachada de la Catedral de St. Giles, en Edimburgo.

—¿Qué sería de este hombre sin nosotras? —dijo la gárgola lanuda.

—¿Algún día dejaremos de hacerle falta? —contestó la picuda.

—Más pronto que tarde —añadió el dragón.



Capítulo XXII

Jueves, 19 de agosto
Zaragoza, España

Al menos lo había intentado. Y ese era el consuelo que le quedaba a Lucía Gascón. A duras penas, ahogaba su desilusión con el tran tran de la máquina amasadora, en un ejercicio de reseteo mental. Desde que colgó el teléfono el día anterior, había tratado en balde de relajarse y pensar en cualquier otra cosa. Pero ni Coldplay, ni Imagine Dragons, ni ninguno de sus otros grupos favoritos, había conseguido hacerle olvidar el desinterés de David ante su propuesta. Además, se sentía incómoda de manera absurda ante la presencia de Molly en el entorno cercano de su amigo. Saber que ambos mantenían aquella relación había creado en ella una antipatía que no sabía bien a qué se debía. De alguna manera, la acusaba de ser uno de los motivos principales por los que él se aferraba a un lugar en el que, a su parecer, no debía estar.

Pero ese siempre había sido uno de los puntos negativos de la personalidad de Lucía. Era bastante tozuda para sus cosas y tenía tendencia a creerse con la verdad absoluta. Por eso, cuando algo no salía como consideraba, le costaba Dios y ayuda comprender los puntos de vista de los demás. Afortunadamente, la correa de amasado no se quejaba. Y los golpes que le daba para pasar la masa por la cinta, una y otra vez, paliaban su evidente enfado. Sus compañeros del obrador, que la conocían de sobra, sabían que los días en los que no estaba receptiva, era mejor dejarla a lo suyo. Los auriculares eran la señal definitiva. Cuando los llevaba puestos, era mejor esperar a que fuera ella la primera en querer interactuar; por lo que pudiera pasar.

No lo entendía, no le cabía en la cabeza. Y así se lo había hecho saber, por ejemplo, a Noelia a primera hora de la mañana. Lo cual había acabado por cabrearla todavía más. Su amiga estaba de parte de David. ¿En serio? ¿Cómo podía ser mejor tratar de seguir con su vida como si nada de esto hubiera ocurrido? Ella no lo veía así, y de ahí su monumental enfado. Pero no cabía otra que aceptarlo. Ahora sí, se daba por vencida. Había hecho todo cuanto había podido. Ya no tenía sentido presionarlo más, ni volver a hablar con la madre de él, ni nada de nada.

Así que su día transcurrió de la siguiente manera:

De 08:00h. a 10:00h.: prepara masas y bizcochos. Pela frutas. Recuerda a los chicos cómo atemperar bien el chocolate. Se da cuenta de que intentan evitarla. Mejor, no tiene ganas de hablar con nadie.

De 10:00h. a 12:00h.: rellena vitrinas mientras se toma un café. Elabora gominolas de frutas y bastones de chocolate y naranja. Le dice a su padre que se vaya al bar un rato y que la deje tranquila con sus cosas.

De 12:00h. a 13:00h.: ayuda a sus padres en el mostrador. Se mete en el obrador a los diez minutos porque sigue sin tener ánimo como para que le hable nadie. Se vuelve a poner los auriculares. Limpia un poco el cuarto de baño y se lía a escobillazos con el wáter.

De 13:00h. a 16:00h.: vuelve a casa, descansa y se come unos macarrones gratinados y la cabeza. Se vuelve a poner música para desconectar, lee a Neil Gaiman y mira Netflix. Todo al mismo tiempo y sin prestar atención real a nada. Le entran ganas de romper muros a martillazos.

Regresa a la pastelería antes de hora. Se mete al obrador sin mediar palabra con nadie.

De 16:00h. a 19:30h.: prepara pasteles para el día siguiente. Monta tartas y bizcochos. Riñe a los chicos por haber dejado unas rocas de chocolate mal colocadas sobre las bandejas. Se cambia en la trastienda. Se aprieta fuertemente los cordones de las zapatillas. Volverá en cuarenta y cinco minutos.

De 19:30h. a 20:15h.: corre a todo lo que le dan sus pulmones. Se ahoga. Corre más, se ahoga más. Le entra flato, se siente mayor. Cruza por donde no toca, le pitan unos vehículos. Le saca el dedo a un conductor. Corre más, se ahoga más. Pasa a la carrera por la casa de los padres de David. Se acuerda de él. No ha dejado de hacerlo en todo el día. ¿Y si me gusta de verdad?, piensa. Joder, qué mierda. Corre más rápido. Se ahoga un poco más. Vuelve a la pastelería, cansada y sin remedio.

De 20:15h. a 20:20h.: mira el móvil. Tiene un mensaje de las 19:45h. Lo lee. Se seca el sudor de la frente. Le entran nervios y le vuelven a salir gotas. Vuelve a mirar el móvil. Vuelve a leer el mensaje. Se seca de nuevo. En la pantalla ve cinco palabras que le dan un vuelco total a su estado. Le molesta el ruido. Alguno de los chicos jóvenes ha puesto música *remember* para limpiar el obrador. Se trata de *Turn the tide*, de Sylver, del álbum Chances. Es una buena canción, pero no es el momento. Les pega una voz y les dice que bajen el volumen. Se sienta, está cansada por la carrera. Le entran ganas de decirle a alguien que le lea el mensaje para asegurarse de que es real. No lo hace. Mantiene el pulso acelerado. Por la carrera y por el mensaje. Lo vuelve a leer. Lógicamente, es de David.

“¿Te vendrías conmigo a buscarla?”.

“Sí, por supuesto que sí”, piensa.

Y lo escribe en cuestión de segundos.

De 22:00h. a 0:00h.: come tostadas con aguacate, queso blanco y anchoas mientras habla con él y le muestra su ilusión. Busca una plaza precipitada de avión para ese mismo viernes. No la encuentra, lo dejan para el sábado. Se conforma. Desde Zaragoza no hay muchos vuelos directos a París los sábados, y los que hay son muy caros. Se indigna y lo asume. Ensucia el ordenador con aceite. Se enfada consigo misma. Se asegura que desde Edimburgo haya horarios parecidos de llegada. Los hay. Compra su billete y confirma con David el otro desde Edimburgo. Llegan sábado y regresan domingo. No hay tiempo para ir a EuroDisney. Se lamenta, hubiera estado bien. Busca habitación de hotel con dos camas individuales. Solamente encuentra sitios caros. Le da igual. Reserva hotel en Le Marais. Le apaña bastante. Le tira un trozo de anchoa al gato. Ve cómo se lo come de un bocado. Ahora toca explicárselo a sus padres. Lo del viaje, no lo del gato. También le da igual, ya hará horas extra a la vuelta. Total, son solo un par de días. Un par de días que pueden cambiar la vida de su amigo para siempre.

De 0:00h. en adelante: no puede dormir. Escribe un mensaje a Noelia. Pero hace lo propio con sus otras dos amigas. No lo puede resistir, está demasiado emocionada. Ninguna le contesta, todas duermen apaciblemente. Una con Borja, otra con Susana en el colchón bueno; y la tercera, abrazada a su e-book. Se arrepiente de inmediato. Les manda un nuevo mensaje: “Noe os lo explicará todo. Ya os cuento más a la vuelta”. Ya está hecho, no hay vuelta atrás. Noelia la va a matar. Trata de dormir. El cansancio acaba vencéndola sobre la una y media de la madrugada.

El jueves 19 de agosto termina. Por fin.

Se baja el telón.

*Ópera para
un Palacio
Tercer acto*





Capítulo XXIII

Sábado, 21 de agosto
París, Francia

No había tiempo para mucho. La aventura parisina tenía las horas contadas desde el mismo momento en el que ambos pisaron tierra firme. No iban a pasar ni treinta y cinco horas desde que Lucía puso los pies en suelo francés hasta la hora de vuelta al día siguiente. Ella llegó hora y media antes que él. Pisó el aeropuerto Charles de Gaulle a las diez de la mañana del sábado. No encontró mejor combinación de vuelos, ni más barata. Pero no le importó, dada la precipitación de su aventura. Palos a gusto, no dolían.

Toda la tarde del viernes la ocuparon preparando por teléfono los pormenores del viaje relámpago. Decidió esperarlo en el propio aeropuerto. Así les sería más fácil trasladarse después. Además, su francés estaba prácticamente abandonado, así que prefirió que él llevara la voz cantante en ese aspecto. David llegó a las once y media. Así que ella simplemente tuvo tiempo de recoger sus maletas, ir al aseo, tomarse un café con leche y configurar el móvil para decirle a sus padres que había llegado perfectamente. Poco más.

En Zaragoza todavía estaban asimilando lo que había ocurrido. La noche del jueves apareció su hija por casa contándoles una auténtica odisea; y, pocas horas después, coge y se lanza a la aventura en otro país para ayudar a un chico del que hacía un montón de años que no sabían nada. Y aunque supieran de sobra lo tenaz que era su hija para sus cosas, y el empeño que siempre ponía en todo, el hecho de coger un vuelo sola y plantarse en una ciudad como París, era algo más difícil de asimilar. Hacía apenas una semana que había regresado de Escocia y ahora se iba a Francia, sin comerlo ni beberlo. Alguna cosa más debía haber ahí.

Se saludaron con un efusivo abrazo. Sin embargo, una vez separados, la frialdad se palpó de nuevo en el ambiente; y eso que llevaban desde el jueves por la noche comunicándose cada poco rato. Los dos sintieron una sensación parecida, como si por teléfono todo hubiera resultado fluido y muy sencillo, pero ahora que ya se tenían delante, ambos pensaron: ¿Y ahora qué?

Por suerte, ella iba con todo más o menos estudiado. Cogieron un RER que los llevó al centro, dejándolos cerca de Rue Cossonnerie. Y desde ahí, tan solo tuvieron que caminar nueve minutos hasta el hotel. El barrio de Le Marais los recibió con aire fresco a pesar de encontrarse a mitad de agosto. Así era París. Sin embargo, el frenetismo que llevaban los mantenía muy activos.

Al entrar al hotel se les cayó el alma a los pies porque en la página web tenía mejor pinta. El ascensor no funcionaba ese día, así que subieron por unas escaleras bastante empinadas. Afortunadamente, la habitación olía bien. Punto a su favor. Dejaron las maletas en el suelo y se tumbaron cada uno en su cama. Estaban reventados.

—Uf —se quejó Lucía—. Acabamos de llegar al hotel y ya es casi la una del mediodía.

—Es que esto no es Edimburgo. Aquí las distancias son enormes. Solo con ver el aeropuerto ya te podías haber hecho una idea.

—Estoy molida. Entre que no pude dormir mucho anoche y que me he levantado a las seis y media...

—¿Por qué tan temprano?
—Tenía que coger el taxi a las ocho.
—Repito, ¿por qué tan temprano? Yo he ido con el tiempo justo, y me ha sobrado.
—Tú eres tú, y yo soy yo.
—Habrás abierto la terminal, ¿no? No habría nadie.
—Pues casi. No quería llegar tarde. A lo tonto, llevo en danza casi siete horas ya.
—¿Prefieres descansar? Podemos ir esta tarde si quieres.
—¡De eso nada! —exclamó Lucía, incorporándose sobre la cama—. Vamos ya mismo, en cuanto me arregle un poco. ¿Te tienes que duchar?
—Pues hombre, sí que me daría una ducha rápida.
—Va, pues venga. Déjame entrar antes a mí un momento. Ve preparándote las cosas.
—¡Sí, sargento!
—¡Que no me llames así!
—Te encanta dirigir, ¿eh? ¿En la pastelería también llevas a todos tan firmes?
—Allí más, que no quiero que me vean como la hija de los dueños. Alguno de los aprendices tiene mi edad y no quiero que no me tomen en serio.
—No te recordaba así.
—Una, que ha madurado.
—Ya veo, ya.
—¡Va, espabila que tu madre te espera!

Al escuchar aquello, David sintió una sensación extraña. Miedo, emoción, nerviosismo. Sin poder remediarlo, durante el último par de días, se había ido imaginando el encuentro en su cabeza. ¿Qué decirle? ¿Cómo presentarse? Y lo cierto es que no había acabado teniendo ninguna de las respuestas claras, así que había decidido plantarse sin más. Y ya frente a ella, improvisar un poco. Si era capaz de hablar a diario con decenas de desconocidos, enfrentarse a una sola persona no le resultaría tan difícil.

—¿Listo? —le preguntó Lucía veinte minutos después.
—Creo que sí. ¿Sabes cómo llegar?
—Chico, pareces de pueblo. ¿Tú eres el que vive en una gran ciudad?
—Edimburgo no es una ciudad grande, no tiene metro siquiera.
—Ya, también es verdad.
—Me refiero a que si sabes qué línea coger y eso.
—Sí, yo lo tengo clarísimo. ¿Y tú?
—Pues no, la verdad. No he tenido la cabeza para estas cosas. Contaba con que tú lo habrías mirado. Eres la jefa de operaciones.
—Ya veo, ya. Ahora entiendo cómo se siente mi amiga Lorena cuando la mandamos a organizar los viajes. Pero en francés vas a hablar tú, ¿eh?
—Sí, de eso me encargo yo. Tú llévame a los sitios y ya hablo yo con quien haya que hablar.
—Vale, pues estamos listos. Tenemos que llegar al número tres de la calle Lepic. Cogemos la línea 4 y después la 2. Me ha parecido ver una boca de metro en la esquina.
—Sí, hemos pasado cerca.
—Pues andando, señor Marín.

Era fácil estar con ella. A pesar del momento tenso que pasaron en St. Andrews, se sentía feliz de que la vida le hubiera devuelto a Lucía. Tan solo habían hecho falta algunas conversaciones para que recuperaran la buena sintonía que ambos tenían cuando eran más jóvenes. Se sentía a gusto a su lado. Para él, no era ninguna desconocida. Parecía mentira, pero sentía mucha más

conexión con ella que con Molly, a pesar de haber compartido con la británica tantos momentos durante los últimos años.

Finalmente, no le había dicho nada a la camarera. Y no se sentía bien por ello. A pesar de que se habían visto la tarde anterior, David le vendió este viaje como parte de la futura expansión de su nueva empresa. Y aunque lo cierto es que Molly y él mantenían una relación muy abierta, no quitaba para que sintiera que, de alguna manera, la estaba engañando.

Allí sentados, dentro del desgastado vagón de metro parisino, tan solo podía pensar ya en la persona que tenía al lado. Valoraba enormemente lo que estaba haciendo por él. Tenía muy claro que, si no hubiera sido por la insistencia de su amiga, seguro que no se hubiera planteado volver a buscar a su madre. Por eso, tenerla junto a él en esos momentos tan complicados, hacía que su aprecio hacia ella hubiera aumentado enormemente. La misma tozudez que tantas veces lo había desquiciado de joven, ahora le era de muchísima utilidad.

—Es nuestra parada, tenemos que cambiar de línea —dijo Lucía sin avisar. El chirrido de los frenos del vehículo avisó de que se acercaban a la estación de Barbès-Rochechouart.

No le dio tiempo a pensar en lo que acababa de ocurrir. Cuando Lucía le cogió la mano y lo arrastró fuera del vagón, no supo reaccionar. Aunque no dejaba de serle una sensación extraña, se dejó llevar por ella. Aquella mano lo llevaba firmemente, sin ningún cariz emocional. Simplemente lo llevaba por la estación para que no se perdiera, como si de un niño pequeño se tratase. Poco después, cuando el andén se hizo más amplio y la gente se dispersó, lo soltó y siguió andando como si nada. David se frotó el interior de su mano con los dedos, la sintió desnuda. Se dio cuenta de que le había gustado la sensación.

—Va, subamos, este es el último tren que tenemos que pillar. El destino es la estación de Blanche. Creo que es yendo hacia la derecha.

—No, mira —dijo él—. Por la derecha volvemos hacia el hotel. Blanche está en el otro cartel.

—Cierto, es el pasillo de la izquierda.

—¿Ves? Ya me voy enterando.

—Ya era hora, chico de pueblo —dijo, guiñándole un ojo.

Moverse entre metros es una labor muy solitaria. Cientos de personas se agolpan en cada tren, decenas en cada vagón. Todas en silencio, todas ensimismadas en su vida. Los hay que escuchan música, los que teclean en los teléfonos móviles o los que miran al infinito a través de las oscuras ventanillas. Algunos se entretienen con videoconsolas, otros leen o dormitan. Cada uno se lo gestiona a su manera. En el caso de Lucía, esta miraba al infinito mientras mantenía cruzados los brazos. Y en el de él, tragaba la poca saliva que tenía en su boca porque se acercaban a la salida que los llevaría al número tres de Rue Lepic. La casa en la que vivía su verdadera madre, a la que empezó a buscar en dos mil diez. Más de diez años detrás de un fantasma que ahora parecía haber vuelto a la vida. ¿Qué decirle? ¿Qué ofrecerle? Las mismas preguntas de antes, y que volvieron a surgirle en la soledad de su trayecto por los larguísimos túneles subterráneos de París.

Y en estos pensamientos se encontraba cuando su amiga volvió a reclamar su atención. Aunque, en este caso, estaba preparado. Llevaba mirando fijamente la parada de metro desde hacía minutos. Estación de Blanche. Habían llegado. David miró la mano de Lucía. ¿Volvería a cogerle su mano otra vez?

Pero ese momento nunca llegó.

—Va, lentorro, que tenemos que salir —le dijo mientras le abría paso hacia las puertas.

“No ha habido suerte”, pensó.

A pesar de que era muy evidente por la hora que era, les sorprendió la intensa luz del exterior.

Penetrar en el subsuelo de París durante tantos minutos les había hecho perder un poco la noción del tiempo.

—¿Dónde vamos, jefa?

—Al tres de Rue Lepic.

—Eso ya lo sé. Pero, ¿hacia dónde tiramos?

—Pues ni idea, pero lo miramos en el mapa del móvil.

—¡Oh, no lo sabes! Tu plan tiene una falla.

—De eso nada, no tiene ninguna falla. Lo miré ayer en el móvil. Pero como vi que era muy sencillo de llegar, lo dejé para cuando saliéramos del metro. ¡Que es este preciso instante, listo! Así que no le presté mucha atención al camino. Va, saca el móvil y haz algo. Y ve practicando tu francés, que casi has llegado.

—¡Pero si mi madre es española! Supongo que sabrá hablar castellano, ¿no? No se le habrá olvidado del todo, digo yo.

—Ay, es verdad, qué boba —respondió—. Vaya, pues yo quería oírte hablar francés.

—Tú querías verme hacer el ridículo.

—También era eso —dijo—. Venga, ayudante, ¿derecha o izquierda?

—*Tout droit*.

—¿Eso qué es? ¿Derecha o izquierda?

—Ni lo uno ni lo otro. ¿Es que ya no te acuerdas?

—¡Qué va! Ahora tan solo practico inglés, y poco. Va, ¿hacia dónde es? Déjate de mareos.

—*Tout droit* —repitió, señalando con el brazo hacia el frente.

—Ale, pues marca tú el rumbo. ¿Cuánto tiempo marca a pie?

—Cuatro minutos.

—Buah, de lujo, ya estamos casi. Eso no es nada. ¿Estás nervioso? —dijo mientras lo agarraba del brazo.

—Pues un poco, la verdad —respondió—. A ver qué tipo de barrio nos encontramos. Según recuerdo, la zona donde me dijeron que vivía era algo chungu.

—Pues no sé qué decirte. Esta no parece mala zona. Ya te dije que no te fiaras de lo que te dijo el tipo ese.

—No, lo cierto es que no. Parece un barrio bastante bueno, de hecho.

Alegando nerviosismo, David ya no dejó que se soltara de su brazo. Caminaron despacio, pero sin detener la marcha. Y así, cinco minutos después, alcanzaron la dirección que Noelia le había indicado a su amiga.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucía al ver su cara.

—No sé. ¿Ves los edificios?

—Sí.

—No me cuadra mucho.

—Son superbonitos.

—Ya, por eso.

—¿Y cuál es el problema?

—Pues que ella vivía en un barrio con mucha delincuencia y mal ambiente; y este sitio es de todo menos eso.

—¿Cuándo me vas a hacer caso? Te he dicho mil veces que dejes de pensar en lo que te dijeron y hagas caso a lo que te he dicho yo.

—Igual tienes razón. Creo que tengo que cambiar el chip. Estos edificios son la leche.

—Tienen que tener mogollón de años.

—Ya, pero están superbién conservados.

—Todo el barrio es muy bonito. Y hay mucha vida, está lleno de comercios.

—Sí.

—Bueno, ¿qué? —apremió—. ¿Nosotros a qué hemos venido? ¿A comprar pan?

—Pues lo que es comer no estaría mal —respondió David.

—Eso después, lo primero es lo primero. Aunque si te va mal, quizás prefieras un copazo en lugar de un crep.

—¿Crees que me va a ir mal?

—¡No digas tonterías, te lo he dicho de broma! Pero es que ya me estás desesperando un poco. Con todo lo que has recorrido hasta llegar aquí, ahora parece que no quieras dar este último paso.

—Tengo un poco de miedo, no te voy a mentir.

—Va, hombre, que esa mujer no te va a comer. Simplemente tienes que presentarte, hablar con ella, explicarle todo y ya está.

—Qué fácil lo ves.

—Pues claro que es fácil. No pienses en cómo va a reaccionar. Tú, simplemente, dile lo que tengas que decirle. Estás ilusionado por conocerla, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—¿Supones?

—Esto, sí; claro, sí. Tengo muchas ganas.

—Pues entonces, va. Cruza ya y ponte a tocar timbres como un loco.

—No te dijo el piso, ¿verdad? No me has dicho nada.

—No, Noelia no me dijo ese dato. Da igual, tocamos a todos y en alguno sabrán sobre sus vecinos.

—Me da vergüenza hacer eso.

—¡Que tires ya, anda! —exclamó, pegándole un empujón para que cruzara la carretera.

El bloque estaba formado por cinco viviendas y un par de locales comerciales en alquiler. Al igual que las demás fachadas, la piedra y la herrería de los balcones eran de una gran belleza. En lo más alto, ventanales pronunciados parecían precipitarse desde los grises tejados de cinc. David comenzó a tocar timbres con diferentes nombres en francés, pero no tuvo mucha suerte. Los dos únicos vecinos que le contestaron no pudieron darle información que les resultara relevante. Por desgracia, las viviendas se encontraban en su mayoría alquiladas y ninguno de los dos vecinos con los que pudo hablar llevaba en el edificio más de cuatro o cinco años. Y, en cualquier caso, ninguno de ellos conocía a ninguna española llamada Raquel en el edificio. Ni Raquel ni cualquier otro nombre español.

Salvo a esos dos, no pudo localizar a más gente. Nadie contestó en el ático de Monsieur Bernard, un anciano que aparentemente era el único de la finca que era dueño de su vivienda. Ni en el cuarto piso de Madame Dubois, una mujer que acababa de mudarse junto a su hermana y sus tres gatos siameses. Ni siquiera en el primer piso de Monsieur Coquineau, un joven que trabajaba en uno de los restaurantes de esa calle.

Esa fue toda la información que pudo conseguir tras preguntar con su decente francés a los dos vecinos que sí le abrieron la puerta. Nada relativo a su madre ni que les pudiera ser de ayuda en la búsqueda.

—¿Y ahora qué? ¿Se acabó?, ¿ya está? —preguntó David.

—No, hombre —respondió Lucía mientras trataba de pensar rápido—. No, todavía podemos seguir preguntando.

—¿Dónde? ¿Vas a ir puerta por puerta en todos los edificios preguntando por una mujer que ni

conocerán?

—Pues podríamos.

—No, me niego, yo paso. Creo que es una pérdida de tiempo. —El desánimo lo había vencido totalmente—. La aventura ha estado bien, pero creo que no ha servido de nada.

—No digas eso, hombre. Algo más podremos hacer.

—¿El qué? Esto mismo ya lo hice hace años. No me hagas repetir aquello, por favor. —Lucía lo miró sin saber qué responder a eso—. No querría tener que pasar por lo mismo de nuevo. Lo hemos intentado y ya está; y yo te lo agradezco. Mañana volvemos cada uno a nuestra casa y que la vida siga su curso. Esto se quedará como una bonita aventura y ya está. Como el último baile.

—Jo, me da mucha rabia.

—¿Y qué hacemos? De verdad, no importa. Lo has intentado. Estoy contento de haber venido. Pero ya has visto que no, que no era tan sencillo. Por lo menos, esta vez no me han dirigido a un cementerio.

—No digas eso.

—No, si está bien. Si quieres te llevo a alguno luego. Me traen recuerdos.

—No, mejor no.

—Pues ya está. Aquí ya no hacemos nada.

—No hemos preguntado a todos los vecinos.

—A todos los que hemos visto. Pero da lo mismo. ¿No te das cuenta? Aquí, unos españoles no pintan mucho. Es un barrio de gente francesa de la que no pasa apuros económicos. Mira los restaurantes, todos tienen una pinta muy elegante.

—¿Significa eso que no me vas a invitar a comer? —preguntó para tratar de sacarlo de la inercia negativa.

—No, eso era seguro. Te lo mereces por toda la fuerza y el interés que has puesto en esto. ¿Tienes hambre ya?

—Pues bastante, a decir verdad.

—Va, pues olvidemos esto y vayamos a alguna terraza de esas.

—¡Jo!, David, qué mal me sabe. Lo siento mucho.

—Tú no tienes la culpa. No teníamos que encontrarla y ya está. En serio, no me arrepiento de haber venido. Me gusta haber venido contigo, me trae recuerdos.

—De los malos, supongo. La última vez que vinimos no acabó muy bien la cosa.

—Pues depende. Si solo pienso en cómo acabó la noche que dormimos en París...

—No me refiero a eso, idiota. Me refiero a todo lo demás.

—Creo que eso ya quedó atrás. Si no estuviera superado, no hubiera querido venir contigo hoy.

—Me alegro mucho. Me encanta haberte recuperado como amigo.

—Va, rollera. *On mange ?*

—¿Qué es eso?

—Que si vamos a comer ya de una vez.

—Ah, sí; vamos.

Por lo menos iban a comer bien. Lucía no tardó en decidirse. Y lo hizo más por la ambientación de la terraza que por la propia comida. Eligió una crepería a escasos quince metros de donde se encontraban. Un coqueto espacio descubierto adornado por jardineras a ambos lados que parecía un sitio muy agradable. Tanto las mesas redondas como las sillas, estaban forjadas de manera parecida a las balconadas de toda la calle; y de la fachada colgaba un toldo a rayas que le recordaba a los de su pastelería.

A pesar del desánimo, trataron de que el ambiente fuera lo más entretenido posible. Abrieron el

cajón de los recuerdos al rememorar sus días en la Academia. Lo cual les provocó algo de nostalgia al recordar el grupo que formaron; del que, con el paso de los años, acabaron por desconectar del todo.

Y precisamente fue recordando una de aquellas aventuras a bordo del Cinquecento de Marco, cuando el guía se percató de que un vehículo acababa de parar en doble fila justo delante del portal número tres.

Sin perder oído a la conversación con Lucía, David se fijó en que una mujer de unos cincuenta años bajó con prisas para abrir la puerta del copiloto. Al abrirla, apareció un anciano que caminaba con dificultades. Tras ayudarlo a subir a la acera y acompañarlo hasta la puerta, volvió a la carrera al vehículo, para desaparecer pocos segundos después por la carretera.

—Llamando a la Tierra... —dijo Lucía al ver que había dejado de prestarle atención, y añadió —: ¿Ocurre algo?

—Sí, espera. —David siguió con la mirada la dirección del anciano. Iba directo al portal número tres—. Va hacia el edificio.

—¿Crees que será el vecino del ático, el tal Bernard?

—Pudiera ser.

—¿Quieres que vayamos a preguntarle? —Pero antes de que le contestara, lo vio levantarse a toda pastilla para cazarlo antes de que el hombre atinara con la llave en la cerradura—. ¡Ey! ¡¿Qué hacemos con la comida?!

—¡Dile que volvemos enseguida, que no se la lleve! —gritó David desde la distancia.

Lucía buscó en el traductor de teléfono cómo decirle todo eso. Tras ello, acudió hasta donde se encontraban ellos.

—Perdone —dijo el guía—. ¿Vive usted en este edificio?

—¿No ve que llevo las llaves? —respondió con la poca cortesía de quien no quiere mareos. David tragó saliva y siguió hablando.

—Estoy buscando a una persona.

—Yo no conozco a mucha gente aquí, llevo poco tiempo en el edificio. Y tengo prisa.

—¿Vive usted en el ático?

—¿Y a usted qué le importa?

Respuesta esperada. David insistió.

—¿Es usted Monsieur Bernard?

—Sí, ¿por qué?

—Sus vecinos me han dicho que lleva usted viviendo en el bloque toda la vida. Seguro que ha conocido a muchas personas.

—Mis vecinos son unos cotillas miserables, no se fíe usted de ellos.

—Estoy buscando a una persona que vive o que vivió en este sitio.

—Por estas viviendas ha pasado mucha gente. Desde que los dueños han ido muriendo, los servicios de alquileres nos han metido aquí a una rata tras otra.

—Seguro que no es para tanto —dijo, tratando de llevárselo a su terreno. Justo en ese momento Lucía apareció a su lado.

—¿Es su novia? —La pregunta los pilló de improviso.

—No, es una amiga.

—Me llamo Lucía —dijo con el escaso francés que recordaba.

—Pues muy bien —respondió el hombre. Ambos se miraron y resoplaron sin que el anciano los viera.

—Encantada —contestó mientras le mostraba una sonrisa. El hombre giró la cabeza y volvió a

mirarla.

—Es guapa —le dijo a David—. No la deje escapar o se quedará tan solo como yo. —Esta respuesta no la esperaban. Pero se alegraban de que, a su manera, aquel hombre hubiera tratado de hacer una broma.

—Yo voy picando piedra, ya me comprende —dijo David.

—Pero no pierda usted mucho el tiempo. Si ve que esta no quiere nada formal, vaya pronto a por otra; que el mar está lleno de peces.

—Lo tendré en cuenta —respondió—. Entonces, ¿qué? Si le digo cómo se llama la persona que busco, ¿me dirá si la conoce?

El anciano se dio por vencido, guardó el manojito de llaves en su puño tembloroso y se giró de frente a la pareja.

—Venga, tienen un par de minutos, hasta que mi hija vuelva de aparcar. Si yo tengo mal carácter, esperen a conocerla a ella. Vengo del hospital por una pulmonía. Como me vea todavía en la calle, voy a echarle a ustedes la culpa.

—Seremos rápidos, se lo prometo. También tenemos prisa, hemos dejado los platos sobre la mesa para venir a hablar con usted.

—¿Dónde están comiendo? ¿En el restaurante de André? —dijo, señalando hacia la terraza de las jardineras.

—Sí, en ese.

—Ese hombre es un usurero. Tiene la comida pasada desde hace días. No se lo digo en broma, han tenido más de diez inspecciones este año.

Lucía miró a David con gesto de asco; sin embargo, por el talante del hombre, estaban descubriendo que cada frase que decía podía ser tan verdad como mentira.

—Entonces pasaremos directamente al postre. Somos pasteleros, así que sabremos si está envenenado.

Lucía abrió los ojos al escucharle decir que era pastelero. Tan solo escucharlo de su voz le sonó más que agradable. Ese era el David que ella necesitaba ver. Se privó, sin embargo, de decirle nada. Aquella conversación con el anciano estaba cogida con pinzas y cualquier metedura de pata podría llevar todo al traste.

—¿Pasteleros? —preguntó de forma interesada.

—Sí, nuestras familias tienen pastelerías en Zaragoza.

—¿Eso dónde está?

—En España.

—¿Son españoles ustedes?

—Sí. De Zaragoza. ¿Sabe dónde está?

—No, de España solamente conozco Madrid y Benidorm. El primero, por mi viaje de bodas. Y el segundo, para celebrar mi divorcio. —Interesante respuesta, pensó Lucía. Cada vez tenía más claro que los divorcios también tenían que celebrarse con tartas especiales.

—Zaragoza le encantaría —dijo ella.

—Si usted lo dice. —De nuevo, era mejor opción no contestar—. ¿Y los dos son pasteleros, trabajan en la misma ciudad y no son novios?

—Exacto —respondió David.

—Pues entonces son estúpidos. Los dos. Joven, me encuentro yo en su situación y esta chica no se me escapa. Me llevo a la mujer y hago un emporio pastelero donde hayan dicho que tengan sus pastelerías.

—Lo tendré en cuenta para el futuro. A ver si entre usted y yo la convencemos —respondió,

mirándola con una sonrisa.

A ella no le gustaba mucho el cariz que estaba tomando la conversación; pero entendió que era una manera de llevarse de calle al hombre, así que los dejó fanfarronear un rato.

—Estoy buscando a una mujer española —continuó él.

—Aquí no vive nadie de España, todos somos franceses. No sé si han visto ustedes el barrio.

Lucía no acabó de comprender qué quería decir con aquello. David no decayó en su insistencia.

—¿Y que haya vivido anteriormente?

—Ya le he dicho que no conozco a todo el mundo. Soy bastante huraño, por si no se han dado cuenta todavía. —Se ahorraron la contestación—. Pero no me suena de nada, lo siento.

—Se llamaba Raquel. Raquel Robles.

—Uy, y con ese nombre, menos. En Francia no somos muy amigos de sus erres.

—Ya lo sé. Estuve viviendo en París durante algunos años.

—Pues debería saberlo entonces. En esta zona, cualquier persona no puede alquilar un piso. Las inmobiliarias te piden mil y un papeles. Y que venga un inmigrante a buscar vivienda...

—¿No ha dicho que el edificio estaba lleno de inquilinos ratas?

—Joven, hay ratas con montañas de dinero.

—Eso es verdad. ¿Y que estuviera viviendo con alguien de aquí? ¿Que se hubiera casado o algo?

—No, no me suena. Lo siento.

Diciendo esto, su hija apareció por una esquina y llegó hasta el hombre. En un francés con un acento muy cerrado, cruzaron un par de frases en las que el anciano le explicó lo que ocurría. La mujer se quedó a su lado, mirando a la pareja con gesto serio. Seguramente habría recordado que su padre regresaba de una prueba médica y todavía estaba en la calle.

David y Lucía se miraron. No había necesidad de comprobar el teórico mal carácter de la hija. Además, aquel viejo era un muro, y no había ya mucho que hacer. Lucía le hizo un gesto con la cabeza, invitándolo a volver al restaurante. El anciano había comenzado a tintinear las llaves en clara señal de impaciencia.

—De acuerdo —dijo el guía pastelero—. No se preocupe entonces, muchísimas gracias por habernos atendido.

—Siento no haberles ayudado.

—No se preocupe. Esperamos que se mejore.

—Gracias, que tengan un buen día.

Tras despedirse, se giraron de nuevo hacia el restaurante. En el portal, el viejo y su hija mantuvieron la conversación lejos de los oídos de la pareja. Lucía agarró a su amigo del brazo mientras este caminaba cabizbajo hacia la mesa. La magia se había perdido, y el plato estaría ya más que frío.

Pero, de repente, alguien lo tocó por el hombro. Era la hija del anciano.

—Hola —dijo con su cerrado acento parisino—. Me ha dicho mi padre que buscan a una mujer española.

—¡Sí! —exclamó súbitamente David ¿La conoce?

—No —dijo la mujer—, y sí.

—Explíquese, por favor.

—Como le ha dicho mi padre, no hemos tenido nunca vecinos españoles. Aquí son muy raros para eso, ya se lo ha explicado. Pero en ese local de ahí que ahora está vacío ha habido durante bastantes años una galería de arte de un artista bastante popular. El dueño era François Joubert.

¿Lo conocen?

—No, creo que no —dijo él.

—Su mujer llevaba la parte de la escuela de pintura y recuerdo que era española; aunque no me suena que habláramos mucho. Algún saludo y poco más. Yo no vivo con mi padre, solo vengo de vez en cuando para ver cómo está. Pero sí recuerdo que era una mujer delgada y muy elegante.

Lucía, que iba entendiendo más o menos lo que podía, llegó a comprender esta última frase y le dedicó a David una enorme sonrisa.

—¿Recuerda su nombre? —preguntó emocionado.

—No, lo siento. Solamente sé que era española. Es raro que mi padre no recuerde la galería. Está ya muy mayor. Debe haber estado aquí durante una década o así. Aunque, a decir verdad, tampoco me parece extraño. No era gente que viviera en el edificio. Tan solo atendían su negocio y se iban.

—¿Ya no alquila nadie este local?

—No, hace mucho que no. Los precios están muy altos ahora.

—¿Ya no interesa la zona?

—Sí, pero los negocios no duran mucho, no le sacan rentabilidad. Aunque Monsieur Joubert no ha sido el último que ha estado en este local. Después han montado otras exposiciones diferentes; pero hace tiempo que no he visto ningún movimiento. Lo siento. Como le he dicho, la Galería Joubert debe estar cerrada desde hace seis o siete años, más o menos.

Otra subida y bajada de ánimo en la montaña rusa. El destino le estaba siendo muy cruel. Cuando parecía que se acercaba por fin, la ola volvía a llevárselo a la profundidad del mar.

—¿Sabe si ha cambiado de sitio? ¿En otro barrio?

—No, lo siento, no tengo ni idea. Creo que el artista se jubiló. Seguramente decidió cambiar de aires. No sé qué habrá sido de él, ya era mayor cuando estaba a cargo del local. No es tan mayor como mi padre, pero casi. Recuerdo que ella era mucho más joven que él. De eso sí que me acuerdo bien, era bastante más. Resultaba llamativo. Pero no tengo ni idea, lo siento.

Otro paso en falso. No por recibir una mala noticia tras otra, acababa por acostumbrarse a tanta negativa.

—Bueno, ya es un dato más —dijo David sin que se le notase el desánimo—. Muchas gracias por la información. Seguiremos preguntando por aquí, a ver si descubrimos algo más.

A Lucía le asaltó súbitamente una duda.

—David, pregúntale por la niña. Dile si le suena que hubiera una niña con ellos.

La mujer los miró con atención, parecía interesada en la conversación de los españoles.

—Perdone, una última cosa. ¿Recuerda si tenían una hija?

—¿Una hija? —La mujer se quedó pensando unos segundos—. ¡Ah, sí, la niña! Sí, es verdad, había una niña pequeña, muy pequeña. No lo recordaba. Tendría uno o dos años tan solo.

—¡Es ella, David, es ella! ¡Lo ves, está viva! —Lucía exclamó emocionada al punto de saltarle las lágrimas. Él trató de calmarla agarrando su brazo para que rebajara la euforia. La mujer vio que aquella respuesta había dado un vuelco positivo en el ánimo de la pareja.

—¿Es alguien importante para ustedes? —preguntó.

—Es mi madre —dijo David—. Y mi hermana pequeña.

—¡Oh! —respondió la mujer—. ¿Llevan mucho tiempo buscándolas?

—Casi quince años.

—*Oh, mon Dieu !* —exclamó en voz alta—. Ojalá las encuentren pronto.

—Nosotros también lo esperamos. Muchas gracias.

—Voy a reñir a mi padre, ha estado a punto de no querer ayudarles en una búsqueda tan

importante.

—No le diga nada, han sido ustedes muy amables, de verdad. Lamento las molestias, espero que se recupere de la pulmonía.

—Molestia ninguna. Espero de todo corazón que las encuentren.

—Muchas gracias.

Tras despedirse, regresaron a la cristalera de la fachada. El postre esperaba un poco más. Lucía no podía disimular su nerviosismo. Él, quizás sedado por tanto vuelco de ánimo, parecía encontrarse más sereno. Asomaron las cabezas por entre la verja polvorienta, con afán curioso, pero no había realmente nada que les pudiera aportar ningún dato. Definitivamente, ya no había ni rastro de ninguna Galería Joubert. Los diferentes locales habían ido tapándose unos a otros. Ella se apartó unos metros y sacó su teléfono para mirar la hora, aquella conversación con el anciano del ático había durado más de lo que esperaban. Mientras, David siguió curioseando el interior del local como si le fuera a servir de algo. Se sentía decaído. En aquel lugar, no hacía mucho tiempo, habían estado su madre y su hermana. Pero ahora, nuevamente, se volvía a encontrar lejos de ella.

Pocos segundos después, Lucía lo llamó con voz temblorosa.

—David.

—Dime —contestó de espaldas, mientras seguía mirando el interior del local.

—David, mira.

—¿Qué quieres?

—¡Hazme caso, joder! —exclamó Lucía.

Al escuchar su voz alterada, se giró sorprendido. Al hacerlo, la vio con los ojos humedecidos y la pantalla del teléfono apuntando hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo mientras se acercaba a la pantalla del teléfono. La mano de Lucía temblaba.

Mientras él había estado curioseando el interior del local, ella había estado buscando a través de su móvil. David cogió el teléfono y miró en la pantalla.

Galería François Joubert

C/ de l'Alcalde Reig, nº5 —Valencia (España)

Sin poder articular palabra, levantó la vista y miró a Lucía. Esta estaba llorando.

La habían encontrado.



Capítulo XXIV

Sábado, 21 de agosto
París, Francia

- ¿Esto es en serio?
- Pues claro, ¿no lo estás viendo?
- ¿En Valencia? ¡No fastidies! ¿Nosotros dando vueltas por París y ella se encuentra en España? ¿Lo has mirado bien?
- ¡Que sí, David! ¿No lo has visto tú mismo?
- ¿Y si también está cerrada?
- No, está abierta. Pone que hoy cierra a las dos.
- ¿Y qué hacemos? ¿Tenemos que ir ahora hasta Valencia?
- ¡Evidentemente, no me fastidies! ¿Piensas parar ahora?
- Pero es empezar otra vez de nuevo. Esto me está volviendo loco. ¿Habrá que buscar otro avión? ¿Tú sabes la pasta que nos estamos dejando?
- ¡Quieres olvidarte de eso! ¡Alégrate, joder, que casi la hemos encontrado ya!
- Sí, sí, si estoy muy contento; pero estoy agotado, te lo prometo.
- Pues luego descansas en el hotel y retomas fuerzas. Pero ahora no vamos a parar. Te aseguro de que no te voy a dejar abandonar a estas alturas.
- Puf, no sabes lo que te agradezco que estés aquí conmigo. No lo hubiera podido hacer sin ti.
- Lo sé, lo tengo clarísimo. Sí, merezco todos los agradecimientos que me quieras dar.
- ¿Qué hacemos ahora?
- Pues llamar allí para preguntar.
- ¿A la galería?
- No, al Museo de Louvre, si te parece. ¡Pues claro!, ¿dónde si no? Tenemos que asegurarnos de que se encuentra allí antes de coger ningún avión. ¿O quieres dar más palos de ciego?
- No, no, no, por Dios. Tienes razón. Estoy tan bloqueado que no soy capaz ni de pensar. Será la misma galería, ¿no?
- Supongo. Métete en Google y búscala también, a ver si encuentras fotos de los dueños o alguna información. Mientras, yo voy llamando.
- ¿Pero te vas a saber defender en francés por teléfono?
- ¿En francés? Voy a llamar a Valencia, lerdo. Se supone que me van a atender en español.
- ¡Joder, es verdad!
- Bueno, o en valenciano, si acaso; aunque no lo creo. Pero ya me apañaría.
- Lucía marcó el número de teléfono y, tras un par de tonos, respondieron desde el otro lado.
- Galería Joubert, ¿dígame? —respondió una voz de mujer joven.
- Hola, buenos días, quería saber si podía hablar con Raquel Robles —dijo directamente.
- Tras unos segundos de pausa, finalmente respondieron.
- La señora Joubert no se encuentra ya aquí. Se ha marchado después de finalizar sus clases. Lucía necesitaba una mayor aclaración.
- Pero yo estoy buscando a una mujer llamada Raquel Robles Castillo, ¿es ella la señora Joubert?
- De nuevo, se produjeron unos incómodos segundos de espera.
- ¿Puedo preguntar con quién estoy hablando? —respondió la recepcionista—. ¿Y por qué

necesita hablar con la señora Joubert?

Lucía entendió que quizás había sido demasiado directa en su pregunta. No había previsto plan b, así que tuvo que improvisar todo lo rápido que pudo. A su lado, David la escuchaba sin querer interferir en la conversación. Había puesto el-manos-libres y ambos podían escuchar a la chica. Mientras, ojeaba las diferentes fotos de que disponían en su página web. Según había podido comprobar, sí se trataba del mismo sitio. En una de las pestañas citaba el hecho de que habían estado hasta dos mil quince en París; y que, desde esa fecha, se habían trasladado allí.

—Me llamo Lucía Gascón —respondió—. Voy a pasar una larga temporada en Valencia por motivos de trabajo, unos seis meses o así. Y como me gusta la pintura, he ido preguntando por diferentes academias para poder seguir desarrollando mi trabajo. Algunas personas de confianza me recomendaron a una artista llamada Raquel Robles Castillo; y, al preguntar, me dijeron que daba sus clases en la Galería Joubert. Por eso estoy tan interesada en saber si la señora Joubert es ella. Es que, si no, no estaría interesada. ¿Me comprende?

Él sonrió y le levantó el pulgar aprobando su improvisada idea.

—Ah, ya veo. Pues sí, la señora Joubert es Raquel Robles. Es la esposa del artista François Joubert. Pero siento comunicarle que los talleres que imparte para adultos están prácticamente llenos. Creo recordar que tan solo hay un par de huecos disponibles y no sé si le apañará el horario. Si quiere, se los digo.

—Claro, eso sería mirarlo —respondió ágilmente—. Mi trabajo es un poco flexible y me podría adaptar, seguramente. Pero no, no necesito saberlos ahora. Primero debo mudarme y saber mi horario laboral con exactitud.

—¿Pero no ha dicho que era flexible?

—Sí, lo será. Pero recién llegada no quiero ya imponer mis horarios, ¿me comprende?

—Sí, entiendo.

—¿Y está ahora mismo ahí?

—No. Como le he indicado, la señora Joubert ha terminado su turno y ha salido. Suele ser así.

—Ah, es verdad. ¿Mañana estará?

—No, los domingos la galería está cerrada, al igual que los sábados por la tarde.

—Ya veo. Entonces, ¿me podría indicar cuándo tiene el siguiente taller?

Con la paciencia un tanto mermada, volvió a tardar unos segundos en responder a su pregunta. Debía estar muy ocupada en aquellos momentos.

—La señora Joubert impartirá su próximo taller el lunes de nueve a diez y media de la mañana.

—¿Cree que podría ir a hablar con ella personalmente? Me hace muchísima ilusión.

—Pero, ¿no iba a tardar todavía en venir a Valencia?

—Sí, pero me tengo que acercar para ir buscando alojamiento y esas cosas.

—Ya veo —respondió sin mucho convencimiento—. Durante la sesión no podría molestarla. Si la aviso previamente, quizás pueda atenderla unos minutos al acabar.

—¡Eso sería fantástico!

—¿Le anoto entonces la visita?

—Sí, sí; por supuesto.

—De acuerdo, le apunto la cita el lunes a las diez y media. Intente estar un pelín antes porque el horario de finalización a veces varía un poco.

—De acuerdo, allí estaré.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Lucía Gascón Chaparro.

—De acuerdo, apuntado queda.

David comenzó a hacer aspavientos para llamar su atención. Al verlo, se señaló el pecho un par de veces. Ella cayó entonces en la cuenta.

—¡Espere! —dijo de repente—. No iré sola, iré... con mi novio. —David abrió los brazos a modo de sorpresa. Lucía le mostró una enorme sonrisa y levantó los hombros—. Así será más creíble —le susurró fuera del alcance del auricular.

Sin problema. De hecho, a él no le había sonado mal del todo.

—¿Dos personas? —preguntó la recepcionista.

—Sí. No hay problema, ¿verdad? Donde cabe uno, caben dos, ¿no?

—Creo que la frase no es del todo así. Pero está bien que me lo haya dicho. No creo que haya problemas. ¿Y cómo se llama su acompañante?

—David Marín Palacios —dijo en un impulso.

—De acuerdo, pues parece que ya está. Entiende que tan solo tendrán unos minutos para hablar con ella, ¿verdad? Es un trato de favor que hace para las personas que están interesadas en asistir a sus talleres.

—Claro, no se preocupe. Con unos minutos nos bastará. —Ambos sabían que, si realmente daban con ella, lo de los cinco minutos iba a ser complicado. Pero todo eso estaría por venir y no iban a darle más vueltas a eso en aquellos instantes.

—¿Se quedarán después a ver la exposición?

—Ah, pues no lo habíamos pensado.

—Es por guardarles la plaza o no. Tenemos aforo limitado.

—Ah, pues no sé qué decirle. Supongo que sí, ya que vamos, nos gustará ver la galería.

—La verdad es que los lunes a primera hora no suele haber casi nadie, no creo que tengan problemas para decidirlo cuando lleguen.

—Ah, pues fantástico.

—¿Necesitan algo más de mí?

—No, creo que no. Eso es todo. Nos vemos el lunes, entonces.

—Eso parece. Que pasen un buen día.

—Igualmente —respondió.

En ese momento, pensó en la posibilidad de que estuviera hablando con la hermana.

—¡Espere! —añadió justo antes de colgar—. ¿Por casualidad no será usted...? —Pero David la paró antes de que dijera nada.

—No, por aquí no —susurró, tapando el móvil de Lucía con su mano—. No preguntemos esto por teléfono.

Al otro lado, se escucharon un par de “¿diga?” que no fueron contestados, así que la recepcionista colgó finalmente.

—Es verdad, mejor nos esperamos a llegar allí.

Cuando la conversación acabó, David le dio un fuerte abrazo. Se sentía enormemente ilusionado y estuvo tentado de besarla de pura emoción. Pero no lo hizo. Lucía recibió el abrazo y lo mantuvo durante varios segundos.

—¿Y ahora qué? —preguntó el guía—. Tenemos cita en la galería y todavía nos encontramos a un porrón de kilómetros de distancia. Si echamos a andar hasta allí, quizás lleguemos a tiempo.

—Tenemos que ponernos a buscar un avión como locos. Nos vamos hoy mismo si hace falta.

—¿Lo podemos ver mientras nos tomamos el postre?

—Joder, ya ni me acordaba. Yo creo que ya he hecho la digestión de la comida.

—Si quieres lo dejamos.

—No, no, de eso nada —respondió Lucía con rapidez—. Nos servirá para celebrarlo. Por

cierto, que me ha tocado pagar a mí lo anterior, listo. Que te has ido corriendo a por el hombre y me has dejado ahí tirada.

—Ni lo he pensado. Va, yo pago los billetes de avión.

—¡Sí, hombre!

—Que sí. Con todo lo que estás haciendo, déjame pagar estos, al menos.

—Bueno, pues si te empeñas, no te voy a decir que no. Pero va, hagamos ya la reserva que vamos contrarreloj. Es hoy o mañana, no tenemos más opciones. No sé yo los aviones que habrá entre París y Valencia. Espero que no nos toque bajarnos hasta Alicante y tener que subir luego en tren. Seguro que ese avión va lleno de turistas que van a Benidorm.

—¿A celebrar divorcios como el del viejo del ático?

—Exacto.

—Si quieres que sea otro día, podemos posponer lo de la cita.

—¡Y una leche, con todo lo que nos ha costado! Venga, ve pidiéndome un tiramisú que yo me meto en *Skyscanner*.

—Y los otros vuelos —dijo David—, ¿los perdemos? Fueron una pasta.

—Ya, bueno, pero es lo que hay. ¿No me digas que no contabas ya con la posibilidad de quedarte algún día más si la encontrabas? Yo creo que lo hubieras perdido igual.

—No sé, puede ser. Va, mira a ver si encuentras vuelos y nos ponemos luego con el hotel, que eso también habrá que mirarlo.

—También lo pagas tú, ¿no?

—Ah, sí, claro. No te preocupes.

—Creo que me está encantando esto de ir contigo de viaje, casi nunca pago nada.

—No te acostumbres, anda.

—¿A qué? ¿A que me pagues todo o a que vayamos de viaje juntos?

—A lo primero, por supuesto. Lo segundo me parece genial y ojalá se repitiera más a menudo. ¿No crees?

Lucía sonrió antes de contestar.

—Sí, no estaría mal... —respondió.

No fue nada barato para el bolsillo de David, pero al menos pudieron encontrar un vuelo directo para el día siguiente, domingo, a las ocho de la tarde. Eso, al menos, les permitiría estar ya en Valencia por la noche para poder llegar sin problemas a la hora acordada el lunes.

—Pues parece que nos acabamos de encontrar unas cuantas horas libres en París —dijo Lucía—. No tenemos nada más que hacer hasta mañana por la tarde. ¿Ves? Tenía que haber pillado las entradas de EuroDisney. ¿Quieres ir a la habitación a descansar un rato? Has dicho antes que estabas cansado.

—No, no lo estoy realmente. Debe ser más la tensión de todo esto. Además, mi cabeza no sería capaz de desconectar. No creo que merezca la pena hacerse todo el camino de vuelta en metro y tal.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? Los dos ya hemos visto lo más importante de la ciudad. Sobre todo tú, que te conocerás París de cabo a rabo.

Tras meditarlo unos segundos, dijo:

—Estoy de buen humor, ¿de verdad que no te apetece que visitemos un cementerio?

—¿Ya vuelves a eso? Qué pesado eres. Estarás de coña, ¿no?

—No, te lo digo muy en serio. Me gustan los cementerios, cada dos por tres estoy visitando algunos en las rutas. Me encanta el ambiente que se respira entre las gárgolas y el resto de estatuas.

—Dios, qué tétrico eres. No sabía de esa faceta tuya.

—Es como lo tuyo con el príncipe William, pero con panteones de piedra y mármol.

—Claro, será lo mismo.

—Estoy seguro de que si los visitas conmigo, pensarías diferente. En esta ciudad hay alguno muy chulo. ¿Qué me dices?

—“Chulo” no sé si sería la palabra más adecuada, me dan mal rollo esos sitios.

—¡Pero si son todavía las dos de la tarde! ¿Qué miedo te van a dar?

—¿Quieres llevarme a donde se supone que estaba enterrada tu madre?

—No, la verdad es que estaba pensando en otro. No tiene ya mucho sentido ir a ese.

—Afortunadamente.

—Sí, afortunadamente. Ahora me pregunto quién puede estar enterrado en la tumba que yo fui a visitar tantas veces.

—Vete tú a saber.

—Al menos le hice un poco de compañía.

—Qué mal suena eso.

—Si quieres, te puedo enseñar la tumba de Óscar Wilde o la del cantante de *The Doors*, por ejemplo.

—¿Esa gente está enterrada aquí?

—Sí, y mucha gente más. El cementerio de Père Lachaise está lleno de celebridades. ¿A ti no te gustaban las *celebrities*?

—Sí, pero me gusta verlas vivas, preferentemente.

—¡Qué mejor que visitar las tumbas de leyendas de la literatura o de la música?

—¿Ir a sus conciertos, quizás? —respondió—. Bueno, va, vamos si quieres. Eres muy pesado. Me parece un plan muy *creepy*, pero vale. Tú eres el guía. Si dices que merece la pena, adelante.

—Exacto, ahora dirijo yo. Ya está bien de que me vayas manejando tú todo el tiempo.

—¡Ja!, ¡vaya tela! ¡Y aún te quejarás! ¿Qué harías tú sin mí?

—“Pues empiezo a planteármelo”, pensó, ahorrándose la respuesta.

—Con todo lo que te he ayudado —añadió ella—, me merecería un plan de *shopping*, más que de ver muertos. Como no pueda dormir esta noche, verás.

—Mañana por la mañana podemos ir de compras si quieres. Y, además, si te da miedo el cementerio, siempre puedes abrazar a alguien esta noche para que te proteja...

—Sí. Muy listo eres tú, me parece...



Capítulo XXV

Sábado, 21 de agosto
París, Francia

Cuando uno se imagina en París, seguramente lo que menos se imagina es visitando cementerios. Sin embargo, había algo en ese lugar que hacía que miles de personas acudieran a él cada año, como otro de los reclamos de aquella increíble ciudad.

Lo primero que uno veía cuando entraba en Père Lachaise, era que aquello tenía más pinta de parque que de camposanto. Sí, era evidente, todo estaba lleno de tumbas, pero era uno de esos sitios que la gente había establecido como zona de paseo, más que como lugar de descanso para los difuntos.

Aquel espacio era de una belleza arquitectónica destacable, y por eso los visitantes no dudaban en atravesar sus muros llenos de madreselvas. Lo segundo que veías, era que no iba a ser una estancia muy agradable. Y no por la sensación que produjera el andar entre tumbas, sino porque todo estaba plagado de mosquitos. A partir de ahí, si tolerabas ese asunto, pasear por sus corredores era hasta entretenido.

Allí había más de setenta mil sepulturas, y habían enterrado a verdaderas personalidades del mundo del arte en todas sus vertientes. Era un auténtico museo *post mortem* de artistas, actores, premios Nobel o políticos. Pero, generalmente, las peregrinaciones para adentrarse en aquel cementerio se producían por dos motivos. Uno era el cantante Jim Morrison. Nada de Bizet, Chopin o Édith Piaf. No, Morrison. Todo un americano que había ido a morir en la europea Francia. Allí se encontraban los restos del que fuera cantante de *The Doors*, y eran centenares de personas las que acudían a ver su tumba para rendirle homenaje. Algunos de ellos incluso le lanzaban partituras de canciones propias para que, de alguna manera, se las bendijera. Ellos dos, en cambio, sin un particular entusiasmo por su música, se dedicaron simplemente a hacerse la foto de rigor y a continuar la visita por los pasillos infestados de insectos voladores.

Fue Lucía la primera que vio el segundo objetivo principal de la visita. David intuía que le iba a llamar la atención, y así fue. En contraste con todos los demás mausoleos, bastante más clásicos, el sitio donde descansaba el escritor irlandés Óscar Wilde estaba formado por una basta roca de piedra, adornada con una efigie en pleno vuelo. Pero esto no era lo más peculiar.

Lo curioso era que se encontraba cubierta por una urna de cristal repleta de carmín de labios de todas las personas que habían querido dejar su marca en ella. Una urna que había sido instalada a propósito por el Ayuntamiento de París para paliar el gasto de limpieza de los besos marcados sobre la propia piedra.

Lucía sacó su pintalabios con el firme propósito de estampar las huellas de sus labios. Y así lo hizo. Y como él sintió cierta envidia, no dudó en dejar también su propia marca. Una vez cumplido el propósito, le pidieron a una pareja que pasaba por allí que les hiciera una foto.

Sumidos por el magnetismo del lugar, cruzaron sus brazos por la espalda y sonrieron a la cámara. La complicidad era más que palpable entre ellos dos. Unidos para el posado, giraron sus cabezas y se miraron sonrientes. En aquel instante, pensaron que resultaría gracioso acercar sus labios para una última foto.

Y así, casi sin querer, o queriendo, sus labios se mantuvieron unidos durante el posado de la foto. Rápidamente se separaron y agradecieron al fotógrafo las molestias que le habían causado. Pero de algún modo, aquello fue un antes y un después. Se miraron a los ojos y sintieron que era

algo que ambos necesitaban. Ya estaba bien de frenarse y de poner ridículas excusas.

Toda la historia de la búsqueda de su madre, y la enternecedora manera en la que Lucía había querido preocuparse y ayudarlo, había hecho que los sentimientos hubieran vuelto del todo, así que se dejó arrastrar por aquella sensación. Y a la chica le ocurrió lo mismo, ya estaba harta de negárselo a ella misma. Ambos se fundieron en un tierno abrazo y se volvieron a besar, y en esta ocasión no pusieron ninguna excusa. No pensaron más allá del momento. Se besaron porque sentían que querían hacerlo y nadie se sintió mal por ello.

—Creo que esta vez no hay nada que explicar —dijo él—. No voy a ponerle pegas a una cosa que quería hacer desde hacía tiempo.

—Sí, y yo. Aunque todo sea muy complicado.

—Pues no le demos más vueltas. Estamos aquí y ahora, ya no somos los críos de hace años. Nos apetecía y punto.

—Pero ahora eres tú el que tiene pareja y me sabe mal por ella.

—Ya te dije que Molly no es exactamente mi pareja, no es tu querido Cristian...

—Calla, que aún me siento mal por hacer aquello.

—¿Hacérselo a quién? ¿A él o a mí?

—A él, por supuesto. A ti no te hice nada, tú me engatusaste a mí —dijo sonriendo.

—Ah, muy bonito, ¡mira la lista! Entiendo lo que piensas respecto a la relación que tengo con Molly. Y en sí, no está bien que lo esté haciendo, lo sé. Pero nosotros tenemos una relación muy particular. Tampoco estoy seguro de que solo quede conmigo, o de que me considere su pareja “formal”. En realidad, no se lo he preguntado nunca. Quedamos cuando queremos; y cuando no, no. Por eso no me voy a sentir mal del todo por estar besándote. Es lo que quiero hacer y a quien quiero besar realmente. No siento que tenga que acabar nada para empezar algo contigo. Si fuese ella la que me planteara dejarlo porque ha encontrado a otro chico, lo vería normal y punto. Ahí acabaríamos lo nuestro y estoy seguro de que quedaríamos como amigos.

—No sé cómo lo has hecho, pero desde que te vi en Edimburgo no he podido dejar de pensar en ti.

—Yo no hice nada.

—Ya, lo sé. Pero algo surgió de nuevo en mí. Supongo que por eso me he metido en estos embrollos. Necesitaba que estuvieras cerca de mí, y ayudarte con esto era lo que más me apetecía hacer.

—Pues bien que te has involucrado. Desde luego, si no me hubieras empujado, no hubiera ni empezado.

—Y ahora mira qué cerca estás del final.

—¿Del final? No sé yo si es el final. No sé ni cómo plantear el encuentro.

—No pienses ahora en eso.

—Ya, es fácil de decir, pero difícil de hacer.

—Intenta distraerte el fin de semana y ya te preocuparás a partir del lunes.

—¿Puedo besarte de nuevo para que me ayude a distraerme?

—Claro, ya estás tardando.

Y no hubo más que hablar. De pronto pareció no haber pasado el tiempo desde la última vez que se vieron en la misma situación, viviendo en su burbuja de Yssingeaux. Ahora, en cuestión de unos pocos días tras el reencuentro, habían conectado de nuevo. Así que dedicaron la tarde del sábado a pasear por la ciudad como cualquier otra pareja de enamorados por las calles de París, haciéndose fotos en cada rincón. No era momento de analizar qué pasaría más allá del comienzo de la nueva semana, en la que cada uno volvería a su ciudad. Ni siquiera se preocuparon de lo

que ocurriría al llegar a Valencia. Tan solo disfrutaron de ellos mismos y de su compañía. Aislándose voluntariamente. E ignorando, de igual modo, los mensajes y llamadas que ella recibía de sus cotillas amigas para que les fuera contando el parte de su viaje. Se quedaron con las ganas.

Y así ocurrió durante toda la tarde, hasta que llegaron a la habitación de dos camas individuales que Lucía había reservado para aquella noche.

Ni que decir tiene que, de las dos camas, les sobró una.

París, la ciudad del amor, tenía esas cosas...

A la mañana siguiente ninguno de los dos puso excusas, sino todo lo contrario, tenían ganas de más. No salieron de la habitación hasta la hora límite. Y después, tras seguir visitando la ciudad ese domingo, se les hizo la hora de ir al aeropuerto de Orly para continuar su aventura: Valencia les esperaba. Allí cogieron el vuelo que los llevó hasta la capital del Turia; y una vez ahí, fueron directos al hotel que habían reservado. Fue un intenso fin de semana de emociones, maletas y aviones.

David puso la alarma de su teléfono a las ocho de la mañana. Su aspecto después de todo aquel ajetreado fin de semana no era el más indicado para su importante encuentro. Le hacía falta una ducha, un afeitado y, seguramente, un planchado de la camisa que llevaba arrugada en su maleta, aunque esto ya lo daba por perdido. Pero aquella noche no estaba para eso, así que prefirió poner el despertador más temprano para que le diera tiempo a todo.

—¿Qué va a pasar mañana? —preguntó preocupado, incorporado sobre su almohada. Lucía, recostada junto a su hombro, movió el cuello y lo miró durante unos segundos.

—No te preocupes, que todo va a ir bien.

—No sé qué significa “ir bien” en este caso. Es todo demasiado complejo.

—¿Qué buscas tú con todo esto? Creo que esa es la cuestión.

—¿Qué busco? No lo sé realmente.

—Piénsalo así, ¿con qué te conformarías? ¿Con qué te irías satisfecho de vuelta a Edimburgo?

—Pues no sé. Quizás, simplemente, con que se alegrara de verme después de todos estos años.

—¿Solo con eso?

—Sí, sinceramente, creo que sí. No puedo pretender otra cosa. Además, no busco ahora tener una nueva familia con quien pasar la Nochebuena y esas historias; para eso ya tengo a mis padres. Mi referencia principal siempre será mi familia de Zaragoza, eso lo tengo clarísimo. No sé, creo que me bastaría con presentarme y decirle quién soy, ya está. Darle un abrazo y después decirle que me ha gustado verla. No quiero cambiarle tampoco la vida a ella, la verdad.

—¿Y no crees que eso vas a conseguirlo?

—No lo sé. Ni se imagina lo que va a ocurrir mañana. Me pongo en su lugar y me agobio solo de pensarlo. Ya ni se acordará de que tuvo un hijo.

—Eso no es así, te lo digo yo.

—Ah, ¿sí? ¿Tienes experiencia como madre que dio a un hijo en adopción? No lo sabía.

—No seas idiota. No, no la tengo y no puedo imaginarme en semejante tesitura. Pero sentido común tengo bastante. Y estoy segura de que por muchos años que hayan pasado, es imposible que se le haya olvidado que tuvo un hijo. Imposible al cien por cien.

—No estaría yo tan seguro, pero en fin... Imagina verte en tu nueva vida montada desde hace siglos y que aparezca un tipo greñudo y sin afeitar y te diga que eres su madre. Así, sin avisar.

¡Sorpresa!

—Lo del afeitado lo vas a arreglar mañana.

—Sí, eso sí. Mañana iré más presentable que ahora.

—A mí me gustas así.

—¿Despeinado y con olor a sudor rancio?

—Bueno, lo segundo quizás te sobre, sí.

—Eso no me lo has dicho hace media hora...

—¡Calla!

—Pues eso, que mañana no sé qué ocurrirá.

—Mira, yo no me preocuparía tanto. Y más si tienes tan claro que esto va a quedar en una visita fugaz y que después te vuelves a Escocia. Más me preocupa a mí, entonces.

—¿A qué te refieres?

—A lo nuestro.

—¿Lo nuestro? ¿Tenemos algo nuestro? Ahora me entero.

—No seas tonto. A esto, ya sabes. Después de este fin de semana tan bonito que hemos pasado juntos, no me apetece que te vuelvas a ir.

—Aquí nos vamos los dos, creo yo.

—Ya, sí, pues eso. ¿En qué va a quedar esto?, ¿en este fin de semana y ya está? ¿Se acabó de nuevo?

—No sé qué responderte. Al menos, no que te convenza. Tú tienes tu trabajo en Zaragoza y yo el mío en Edimburgo. Además, está la nueva empresa. Quizá nos bajemos a Inglaterra o nos vayamos a Irlanda, todavía está por ver.

—Pues a eso me refiero. Me da rabia no poder mantener esto.

—Pero eso ya lo sabías antes de meterte en el fango de nuevo, digo yo.

—Ya, pero no puedo evitar mis sentimientos. Sinceramente, no me veo teniendo una relación a distancia. Yo no valgo para esas cosas.

—La verdad es que yo tampoco. No me imagino yendo de avión en avión cada dos o tres semanas. Imagina estar siempre como hemos estado este fin de semana.

—¡No, por Dios, estoy molida!

—Pues por eso.

—Es que tampoco hemos dormido mucho estos días.

—Eso también es verdad, pero no me voy a quejar —le dijo, alargando el cuello para besarla de nuevo.

—Sigo pensando que deberías venirte con tus padres a la pastelería.

—Ya estás otra vez.

—Pues sí, porque sigo pensándolo.

—Esa puerta está cerrada y no tengo intención de abrirla.

—Pues sería ideal. Trabajarías en Zaragoza, al lado mío. Y estaríamos juntos. Ahora que por fin podemos estarlo, dices que no quieres.

—Ah, mira qué bien, parece que yo tengo toda la culpa. Ahora que le interesa a la niña, quiere que esté cerca, qué bonito.

—No es eso.

—Sí es eso.

—Bueno, sí, un poco. Pero sigo pensando que es una gran idea. Y me apetece estar contigo.

—También puedes venirte tú a Edimburgo a trabajar.

—Sí, claro. A buscarme la vida por ahí.

—¿Qué? Yo lo hice.

—Tú, pero yo no. Yo no valgo para eso. A mí me gusta Europa para ir de visita. Pero para vivir, no hay nada como España.

—Eso no te lo voy a negar.

—El clima, el trabajo, el idioma, la gente...

—Ya, pero mi rollo es otro.

—Porque quieres.

—No insistas. Tú, lo que quieres es crear el emporio pastelero ese que nos dijo el de la finca de mi madre.

—Uy, me has pillado, esa es mi mayor preocupación.

—Entonces lo que quieres es tenerme cerca, atado siempre a la cama, para aprovecharte de mi cuerpo cada noche.

—Eso sí, ¿ves? Ahí sí que me has pillado. Soy la señora Grey.

—Pues mira tú por dónde, ahora me tienes así; aprovecha.

Lucía miró el reloj y después a David.

—¿No es muy tarde? —acabó preguntando.

—El despertador sonará dentro de ocho horas, mira si tenemos tiempo todavía.

—Pues entonces deja ya de decir idioteces y bésame —dijo ella, apagando la luz de la habitación y desapareciendo ambos bajo las sábanas, una vez más.

Valencia: tierra de las flores, de la luz y del amor...

O, al menos, eso dice la canción.



Capítulo XXVI

Lunes, 23 de agosto
Valencia, España

David no pudo desayunar nada sólido y el café le pasó a duras penas por la garganta. Desde que se había levantado, no había parado. Se encontraba tremendamente nervioso.

Al contrario que los días anteriores en los que todo había sido buen ánimo y risas, Lucía y David prácticamente no habían intercambiado palabras aquella mañana. Y no por falta de cordialidad, sino porque a él le iba a explotar la cabeza de tantos pensamientos que se le aturullaban en su interior. Ella, a sabiendas de la importancia del momento, simplemente trató de acompañarlo con abrazos, sin generarle mayores preocupaciones. El cansancio acumulado también se notaba. Lucía usó más maquillaje de lo normal, y él tiró de un afeitado más apurado. Pero poco más.

Agradecieron el aire limpio de la calle. La zona de Valencia en la que se encontraban tenía grandes zonas abiertas y el clima del exterior les pareció una maravilla. No era muy temprano, las agujas del reloj ya habían marcado las diez y cuarto de la mañana, pero el sol que se preveía para ese día de agosto todavía remoloneaba en intensidad.

Era la primera vez que David caminaba por ese lugar. Sin embargo, algo en el ambiente le resultaba conocido. No era el clima, eso sí. Le sobraba ropa por todos lados. Pero su calor se debía a la tensión que sentía en aquellos instantes. Tuvo un *déjà vu*, como si hubiera estado allí en otra ocasión, en otra época, en otra vida. Pero no, a pesar de haber recorrido muchas ciudades, sabía que nunca había estado allí. Cuando era joven varias veces tuvo el propósito de ir a ver las Fallas con unos amigos, pero nunca lo había cumplido.

Una fuerza desconocida le impulsaba a seguir, tenía la convicción de que esta vez sí que era la correcta. No se estaba equivocando. Ahora no iba a parar, le quedaba muy poco y por fin iba a encontrar a su madre. Después de estar tanto tiempo peleando por ese sueño, parecía que por fin iba a poder cumplirlo. Solamente con pensarlo, sintió miedo de nuevo.

Al llegar al puente, miró hacia arriba. En lo más alto de cada pedestal, dos Guardianes de piedra le dieron la bienvenida, encaramados a sendos soportes que daban acceso a la pasarela del Puente del Reino. David se sobrecogió al verlos, con esos colmillos amenazantes y sus portentosas alas. Ahora supo con certeza que estaba en el lugar correcto. Las estatuas estaban ahí para echarle una mano y le habían ido guiando a través de todos estos años hasta llegar aquí.

No podía ser casualidad. Parecía tener un sexto sentido para “comunicarse” con estos seres. Aunque no fueran gárgolas, sin ninguna duda eran como primos lejanos. Y él sabía moverse en ese ambiente: conocía su mundo y se sentía a gusto allí. Miró a las dos primeras, encaramadas en la entrada del puente, animándolo a seguir, como diciéndole: “Sigue, ya estás cerca; ya casi lo tienes”. Les hizo una reverencia a modo de saludo y prosiguió su camino siguiendo la estela de Lucía, que iba un par de metros por delante de él.

Al poner el primer pie sobre el puente, su nerviosismo le provocó un escalofrío. Y, de alguna manera, sintió el empuje del viento tras él. Se paró y miró hacia atrás, a ambos lados. Los

primeros Guardianes estaban con él, a derecha y a izquierda. Lo acompañarían hasta cruzar el puente. Caminó despacio, miró a Lucía y esta le dio la mano para darle la fuerza que necesitaba. No lo iba a dejar solo. Los vehículos se desplazaban a toda velocidad junto a él, pero en su cabeza se oían muy lejanos. Parecía no escuchar nada debido a los miles de pensamientos que se le agolpaban ruidosamente en su mente.

Casi al final del puente, los otros dos Guardianes le esperaban en lo más alto, como los compañeros que acababa de dejar atrás. De repente, el sol se abrió entre las nubes y la sombra de una de las gárgolas se extendió, como un brazo que señala una dirección y un lugar. Parecía haber echado a volar con sus magníficas alas hasta chocar contra la fachada que había más allá de la concurrida avenida.

Miró al nuevo Guardian y sintió su fuerza. “Estoy contigo”, pareció decirle, “síguenos”; y la sombra se estiró todavía más, llevada por el juego de luces y sombras entre nubes. Echó la vista al frente y solamente apreció edificios y más edificios. Pero en ese momento, la luz del sol se proyectó sobre uno de los portales. David volvió la vista hacia los Guardianes y estos se lo corroboraron. “Es ahí”, sintió que le decían.

Cruzó la carretera siguiendo la proyección de la luz hasta que llegó a los bajos del edificio. De pronto, el cielo se volvió a cerrar. Echó la vista atrás. La sombra de las gárgolas había desaparecido, así como el reflejo en los cristales. Todo volvía a la normalidad. Las figuras de piedra volvieron a su posición fría e imponente. Y el sonido del tráfico cobró mayor intensidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Lucía—. Pareces muy ausente.

—Sí, tranquila. Estoy algo tenso, ya está. —Vio mejor no comentar nada de la conversación con los Guardianes del puente o lo tomaría por loco.

—Tómate tu tiempo. ¿Quieres que entre yo primero? Estás un poco pálido.

—No, no, voy yo. Solo es el calor, creo que llevo demasiada ropa.

Miró de nuevo a la fachada. El letrero indicaba que estaban en el lugar correcto: “Galería Joubert”.

—Venga, voy a entrar.

—Para eso hemos venido.

—Pero, y si...

—No hay “isis” —dijo ella—. Todo va a ir estupendamente, ya verás.

Miró a través del cristal de la puerta. El interior parecía muy apacible y tranquilo. No había prácticamente nadie. Cogió aire y empujó la puerta. Una suave fragancia a sándalo y melocotón lo golpeó de lleno.

La chica de recepción los miró desde el frío mostrador. A pesar de la calidez del ambiente, el entorno era bastante austero. Miró el reloj en la pantalla del ordenador. Las diez y veinticinco, la hora de la cita concertada un par de días atrás. Sin duda eran ellos. Se apresuró a esconder su teléfono móvil y a mover el ratón para aparentar que estaba atareada con algo. Les echó una mirada cautelosa. David y Lucía entraron con pasos un poco dubitativos, parecía que los hubieran dejado caer desde una nave espacial de otro planeta.

—Hola, bienvenidos a la Galería Joubert —dijo la chica de recepción, poniéndose en pie y saliendo a recibirlos—. Ustedes son los de la cita con la señora Joubert, ¿verdad? Lucía Gascón y David Marín, si no recuerdo mal.

—Sí —respondió ella, adelantándose a él, que parecía seguir ausente mirando a todas partes sin esconder sus nervios—. Espero que hayamos venido a tiempo.

—Sí, la clase está a punto de acabar. La señora Joubert ya sabe que iban a venir. Pueden sentarse ahí, si quieren esperarla.

—Perdone, ¿podemos echar un vistazo? —preguntó, señalando la exposición.

—Sí, claro, claro. Dense una vuelta. Además, sabrán exactamente cuándo ha acabado el taller porque comenzarán a salir niños por aquella puerta. En agosto, la mayoría de los talleres matinales que tenemos son infantiles por las vacaciones escolares.

—Ah, perfecto —respondió Lucía—, pues esperaremos por aquí.

—Le he comentado a la señora Joubert que estaba usted interesada en recibir clases dentro de unas semanas.

—Ah, sí, eso es —dijo—, más o menos.

—¿No era eso?

—Sí, sí, eso era. Ahora lo hablamos con ella. Gracias.

—De acuerdo. Si necesitan saber algo más, me avisan.

—Ah, muchas gracias.

Lucía se alejó de la recepcionista y se fue a buscar a David, que estaba entretenido al final de la sala, viendo unas pinturas colgadas en la pared.

—Mira quién firma los cuadros —dijo al verla aparecer a su lado—: Raquel Joubert.

—¿Quién esperabas que los firmara, si la exposición es suya?

—No usa sus apellidos.

—Es su apellido de casada, supongo que en Francia se estilará así. Además, es la galería de su marido. En teoría, el caché viene del apellido Joubert, no del de ella. Tiene todo el sentido del mundo.

—Ya, también es verdad —respondió el guía—. La chica de recepción no será mi hermana, ¿no?

—¿Quién, aquella? Ni de coña. Esa es más española que tú y que yo. Además, debe tener más de veinte años, no cuadra ni por asomo con las fechas. Es una pobre currante que se tiene que estar aburriendo como una ostra. Seguro que en la pantalla del ordenador tiene puesto el solitario.

—Pudiera ser. ¿Qué te ha dicho?

—Pues que en cuanto una jauría de niños asome por esa puerta, el taller habrá terminado. Por cierto, que podías haber preguntado tú. Parece que sea yo la que esté buscando a su madre.

—Ya, es que estoy un poco nervioso. Además, como el teatrillo lo habías empezado tú con tus sesiones de pintura, pues te he dejado rematar la faena.

—Pues a partir de ahora te toca a ti.

—Sí, sí, me toca. Es mi turno.

—De hecho, yo no quiero estar. Creo que es una conversación privada entre vosotros, así que aprovecharé para salir y llamar a mis padres. No les he dicho nada de todo este cambio a Valencia, creo que siguen pensando que sigo en París.

—Llama a tus amigas también, que seguro que quieren saber las últimas noticias.

—¡Qué pesadas que son! Sí, creo que también las llamaré. O solo a Noelia y que se encargue de pasarles el parte.

—No sé lo que voy a tardar. Quizás me despache en cinco minutos.

—Tú no te preocupes, como si quieres estar dos horas.

—No creo que sea tanto.

—A lo mejor se desmaya de la sorpresa y no puedes hablar con ella ni esos cinco minutos.

—¡Ala!, ¿crees que puede pasar eso?

—Pues no, claro que no; no seas bobo.

—Joder, que estoy sensible y me lo creo todo.

—Estás tonto, que no es lo mismo. Da igual, lo que sea. De verdad, yo me saldré en cuanto nos presentemos. Buscaré una cafetería y te esperaré allí.

—Trataré de ser rápido.

—Que no, que no seas tonto. No llevas esperando tantos años como para despachar esto en solo diez minutos. Date tu tiempo, y dáselo a ella, que seguro que tiene muchas cosas que decirte.

Diciendo esto último, la puerta del taller se abrió y comenzaron a salir los niños de manera muy ordenada y calmada. Nada de la algarabía esperada. Desfilaron frente a ellos hacia la puerta, donde les esperaban sus familiares. Tras ellos, salió una mujer de unos cincuenta años, con una bata llena de motas de pintura y el pelo recogido con un moño en lo más alto de la cabeza. Cerrando la puerta del taller tras de sí y limpiándose las manos con un trapo que metió en su bolsillo. Echó un vistazo a la pareja sin prestarles mayor atención y acompañó a los niños a la salida. Las pulsaciones de David comenzaron a alterarse. Lucía, a su lado, puso su mano sobre su brazo para transmitirle calma.

—Esa es —dijo él a modo de pregunta sin entonación.

—Seguramente —le respondió sin dejar de mirarla.

Tras despedirse de todos los alumnos del taller menos de una niña que se quedó a su lado, se acercó al mostrador para hablar con Rebeca, la chica de recepción. Al llegar, la pequeña comenzó a revolverle todos los cajones en busca de folios y se puso a pintar en silencio. Después de unas breves palabras con Rebeca, la artista se giró a mirarlos, al tiempo que asentía con la cabeza a las últimas indicaciones de la recepcionista. Dejó a la niña a su cargo y se les acercó por fin.

—Hola, me han comentado que está interesada en asistir a uno de mis talleres —dijo, dirigiéndose directamente a Lucía.

—Hola, sí. Esa era la idea inicial —respondió, dándose una pausa—, pero también queríamos hablarle de otro tema.

Fue directa al grano. Lucía lo cogió del brazo y lo estiró hacia adelante, de manera evidente, para ponerlo a su altura, ya que este se mantenía todavía un paso por detrás.

—Entiendo —dijo Raquel.

Lo miró directamente a los ojos. Su mirada era firme, pero mostraba tranquilidad. Él dio un paso al frente y la miró también, cosa que no había podido hacer hasta ese instante. Se encontraba en blanco, tenía muchas cosas que contarle y otras tantas por preguntarle; pero no sabía siquiera cómo empezar con aquello.

Aunque no le dio tiempo ni a abrir la boca, pues fue la pintora la que finalmente lo hizo por él, pillándolo totalmente desprevenido.

—Tú debes de ser David Marín Palacios. Rebeca me dijo el sábado que hoy tenía una cita con un tal David Marín Palacios —dijo, señalando hacia el mostrador—. Eres tú, ¿verdad?

—Sí —respondió sin más.

—Es curioso —añadió ella con serenidad y dándose una pausa para coger aire—. Una vez supe de un tal David Marín Palacios, pero hace muchísimos años de eso. Nunca llegué a conocerlo bien, ni a verlo casi. Pero siempre supe que era un chico que crecía feliz y sano junto a una familia que lo quería mucho. Un niño que cada tarde correteaba por el obrador de una pastelería. Eso es lo que supe de aquel chico. —Tras aquellas palabras, el mundo de David pareció congelarse—. ¿Eres tú ese mismo chico que correteaba por la pastelería?

Lucía se puso la mano izquierda en la boca, al tiempo que los miraba alternativamente, como si estuviera en un segundo plano de la acción.

—Sí, creo que sí —respondió él sin poder añadir nada más.

Sentía un nudo enorme en la garganta. Lucía tampoco sabía qué pensar, pero asistir a todo aquello le provocaba una extraña sensación muy agradable.

—Pues entonces —dijo la pintora—, creo que ya entiendo qué haces aquí, tan lejos de tu casa —añadió, mirándolo con ojos amables.

—Vengo buscando a una persona —se atrevió finalmente a decir. Sin embargo, evitó decir “mi madre”—. Vengo buscando a una mujer llamada Raquel Robles Castillo. Una persona que nació y vivió en Peñaflores de Gállego, en Zaragoza. ¿Es usted esa persona? —preguntó temeroso.

Tras unos segundos de pausa, que ella aprovechó para reconocer sus ojos y su propia nariz en la cara de aquel chico, acabó por contestar.

—Sí, la mujer que vas buscando creo que soy yo. ¡Cómo me encantaba comer tortos de Peñaflores para merendar, qué ricos! Creo que es uno de los pocos buenos recuerdos que tengo del barrio. Así que sí, yo debo ser esa persona que buscas. Y, por lo tanto, lo que debes estar pensando ahora mismo, es totalmente cierto. Solamente hay que ver nuestras caras, nos parecemos mucho; es muy evidente. Sí, yo soy tu madre.

Al escuchar aquello, Lucía sintió la misma emoción que cuando encontró la galería a través de internet. A David le flaquearon las piernas. Solo Raquel parecía más entera. No en vano, sabía de aquel encuentro desde hacía un par de días y se había ido preparando para ello. Por nada del mundo, la pareja se hubiera imaginado que ella conociera tantos datos acerca de él; o al menos no contaron con aquella posibilidad en ningún momento.

Lejos de ser la gran sorpresa que pensaban que se llevaría, llevaba preparándose mentalmente todo el fin de semana para el encuentro. Raquel abrió los brazos para recibir a su hijo, quien dio un par de pasos hacia adelante y se fundió con ella mientras comenzaba a llorar. Lucía hizo lo propio, apartándose unos metros para dejarles la intimidad que el instante requería.

Desde el mostrador cercano, sin entender muy bien qué ocurría, la recepcionista no perdía ojo del asunto, mientras se ocupaba de Audrey Joubert, la niña de diez años que dibujaba paisajes en un cuaderno a su lado, ajena a todo.



Capítulo XXVII

Lunes, 23 de agosto

Valencia, España

—Hola —dijo Raquel mirando a Lucía cuando se separó de los brazos de su hijo—. De ti sí que no tengo referencias. Entiendo que eres su novia, ¿verdad?

—No, no, solo soy una amiga. Lo estoy acompañando.

No vio que fuera momento para dar mayores explicaciones.

—Es más que eso —añadió David—. Es la culpable de que hoy esté yo aquí. Sin ella no habría sido capaz de venir, ni de encontrarte siquiera.

—Buena amiga tendrás que ser entonces, sí señor.

—La mejor —dijo él, mirando cómo se ruborizaba.

—Todo esto es un poco extraño, ¿verdad? —le dijo Raquel al mirarla—. Estarás alucinando bastante.

—En todo este asunto ya me sorprenden pocas cosas —respondió ella—. Estoy bastante al corriente de todo. Pero lo que sí que me ha sorprendido es que ya te lo esperaras. Pensábamos que ibas a entrar en shock o algo así al verlo.

—No es que os esperara, por supuesto que no. Jamás hubiera pensado que mi hijo estuviera buscándome a estas alturas de su vida. Pero al ver tu nombre en la agenda de hoy, comprendí que podías ser tú. Tenías que ser tú.

A pesar de la atípica situación, el trato de Raquel era tan agradable, y su voz tan sosegada, que les hacía encontrarse supercómodos.

—¡Eso! Me tienes que explicar cómo sabías que era yo.

—Siempre he sabido tu nombre —respondió sin más—. Pero, uf, si solo tuviera que explicarte eso... Creo que vienes a saber más cosas, no creo que solamente quieras saber eso.

—Ya, claro. No he venido solo a eso. He venido a saber de ti. Quiero decir, a verte. O sea, a conocerte, ya sabes. La verdad es que tengo tantas preguntas en la cabeza que no sé ni por dónde empezar.

—¡Hijo, qué espesura llevas hoy! —dijo Lucía, sonriéndole—. Creo que tu madre entiende perfectamente lo que quieres decir, así que no trates de explicarlo más.

—Sí, pues eso. ¿Cómo sabías que era yo? Bueno, ya me lo has dicho. Pero no lo esperaba. Al final, el sorprendido he sido yo. Llevo dos días pensando en cómo te lo iba a decir y me encuentro con que ya lo sabías. Si lo sé, no me preparo nada.

—¡Prepararse, dice! —cortó Lucía, mirando a Raquel—. Todo lo que se ha preparado es lo que te ha dicho hasta ahora; o sea que imagínate su preparación.

—¡Qué graciosa eres! —exclamó, pillándola de sorpresa—. ¿Tú también eres de Zaragoza, ¿verdad? El acento te pierde. El que no tienes acento eres tú, no te reconozco el deje aragonés.

—Uf, yo he dado muchas vueltas. Hace años que ya no vivo allí.

—¿En serio? Uy, creo que tú también tienes mucho que contarme. La verdad es que, en estos días, he estado preguntándome muchas cosas. Hasta hace cuarenta y ocho horas, no me hubiera imaginado ni por asomo encontrarme en esta situación. Pero desde anteayer, algo ha hecho clic en mi cabeza. Me sigue sorprendiendo enormemente tenerte aquí delante, y tan mayor; pero creo que estas últimas horas me han servido para asimilarlo. Por eso me veis ahora tan calmada, ayer mismo era un manojo de nervios. Y, además, tengo que admitir que ya llevo dos tilas esta

mañana. Me he despertado a mitad de noche y ya no he podido dormir nada pensando en que vendrías hoy.

—¿Te alegras de que haya venido?

—Por supuesto, me siento superfeliz ahora mismo. Aunque he de confesarte que tampoco las tenía todas conmigo. No sabía con qué intención ibas a venir y mantenía el escudo puesto. Me había preparado para todo. Pero sois muy majos; y claro que sí, me alegro mucho de que hayas venido a buscarme. Tenemos que hablar de todo. Estoy dispuesta a contarte todo lo que necesites saber. Ha pasado muchísimo tiempo, más de treinta años; y creo que estoy preparada para enfrentarme a esto. Además, te veo guapísimo y fenomenal. ¡Madre mía, qué mayor estás ya! Pero no nos quedemos aquí. Creo que no es una conversación para tener de pie. ¿Queréis que vayamos a algún lado? ¿Vamos a alguna cafetería? Si queréis, podemos pasar al taller. No tengo más sesiones hoy, y tengo una cafetera; puedo ponerlos un café.

—Yo creo que necesito una tila, más bien —dijo su hijo.

—También tengo una tetera, te la puedo preparar. Vamos a pasar dentro y hablamos más tranquilamente.

—Yo mejor os dejo solos —comentó Lucía—. Ya lo había hablado con él. Esto es algo que os atañe a ambos, yo no pinto nada aquí.

—No, chica, quédate con nosotros. No hay nada que vaya a contarle que no puedas saberlo tú también. Además, por los gestos que os hacéis, yo creo que sois más que amigos. —Ambos se sonrieron.

—No, en serio. Ya lo tenía decidido. Yo me voy a dar un paseo. Iré a una cafetería y esperaré tranquilamente. De verdad, lo prefiero así. No tengo ninguna prisa, tomaos el tiempo que necesitéis.

—Como veas, no quiero ser pesada. En tal caso, yo de ti me bajaría al cauce del río. Si giras a la derecha en cuanto salgas de la galería, verás una cafetería. Ahí podrás cogerte un café para llevar. Hay muchas zonas de césped para poder descansar.

—Ah, me parece buena idea.

—Eso sí, aléjate un poco del parque Gulliver porque los gritos de los niños te van a volver loca.

—Ok, lo tendré en cuenta. ¿Está cerca el parque?

—Sí, sí. En cuanto bajes las escaleras de piedra lo vas a ver, te lo aseguro.

Acompañaron a Lucía a la puerta. Por si todavía albergaba dudas acerca de la relación entre ambos, le quedó más clara cuando David le dio un abrazo y un tierno beso en los labios. Ya no tuvo que preguntar nada más.

En ese instante, y cuando estaban a punto de abrir la puerta, la niña salió del mostrador y abrazó a su madre por la cintura.

—Mamá, ¿puedo ir a comprarme algo para almorzar? —preguntó en un castellano sin ningún acento extranjero.

—¡Ey, qué susto me has dado!

—¿Quién es esta gente? —preguntó de manera inocente.

Ambos se miraron sin sentirse con derecho a responder.

—Se llaman Lucía y David. Son dos visitantes que han venido desde Zaragoza —respondió—. Viven cerca del pueblo de los abuelos.

—Ah —dijo ella, sin más.

—Antes os he dicho que casi no tenía recuerdos del barrio, pero no era del todo cierto. Volvemos de vez en cuando, muy de vez en cuando, eso sí, para que mis padres vean crecer a su

nieta.

—Me gusta tu chaqueta —dijo la niña, mirando a Lucía—. Tiene muchos colores.

—Ah, ¿sí? Me alegro de que te guste. ¿Cuál es tu color favorito?

—Es el naranja —contestó después de pensarlo durante unos segundos—, pero ese color no está en tu chaqueta.

—Ay, pues es verdad, qué pena.

—Os presento a mi hija Audrey —dijo Raquel—. La que me lleva de cabeza todo el verano. Estoy deseando que empiece ya el colegio.

—Yo no —respondió la niña con descaro.

—El primer día que te lleve de vuelta, hago una fiesta en casa.

—¡Ja, eso que te lo crees tú!

—Tu hija... —dijo David con segundas intenciones.

—Sí. Tiene diez años.

—Casi once —inquirió la niña.

—Casi once, es cierto. Es hija de François y mía. Así que sí, es justo lo que estás pensando. Ahora hablamos también de ello...

—¿Se encuentra su marido aquí? —preguntó Lucía.

—¿Dónde, en la galería? —Lucía asintió como respuesta—. No, él suele venir viernes y sábados. Ya está jubilado, es bastante mayor que yo, unos veinte años más. Audrey llegó bastante tarde a nuestras vidas. Supongo que os podréis hacer una idea de por qué no quise saber nada de tener más hijos durante bastante tiempo. A ella la tuvimos un par de años antes de mudarnos a España. Antes vivíamos en Francia.

—Sí, lo sabemos, venimos de allí.

—¿De Francia?

—Sí, literalmente, venimos de París —añadió Lucía—. Anoche mismo llegó nuestro vuelo.

—¿Venís buscándome desde París?

—Exacto, directamente desde la calle Lepic, número tres.

—¡No os creo!

—Como te lo está diciendo —dijo David.

—¡Pero nosotros no vivíamos allí, tan solo teníamos la galería!

—Ya lo sabemos, nos lo contó el viejo del ático.

—¿El del ático? ¿El señor Bernard? ¿Hablasteis con Monsieur Bernard? ¿Cómo estaba?

—Con su hija, más bien. El hombre era un poco gruñón.

—No digas eso —quiso aclarar Lucía—, que fueron muy amables con nosotros.

—¿Quién es el señor Bernard, mamá? —preguntó la niña, que parecía muy interesada en la conversación.

—Uy, no sé si te acordarás, eras muy pequeña. ¿Recuerdas a un hombre mayor que te apretaba las mejillas cuando te veía por la calle?

—No.

—No, claro que no, ¿cómo te vas a acordar? Todavía ibas en el carro; eras muy pequeña. No tendrías ni dos años. Pues Monsieur Bernard era un vecino que teníamos en París. Es que tú no tienes muchos recuerdos de allí. ¡Madre mía, debe estar ya muy mayor ese hombre!

—Sí, bastante —respondió David—. Creo que la hija es la que lo lleva de aquí para allá.

—¡Anda! ¿Hablasteis también con Juliette?

—Sí, a no ser que tuviera más hijas.

—No, solo tenía una. ¡Ay, cómo me gustaría saber qué tal le va! Al menos, me alegro de que el

hombre siga vivo. Era bastante seco en el trato, pero me caía bien. Mi marido es parecido. Puf, pues también quiero que me cuentes eso.

—Y si no vivíais en ese edificio —preguntó Lucía—, ¿cómo pudiste empadronarte allí? Mi amiga pudo encontrarte por ese motivo.

—¡Guau, menuda labor de investigación habéis hecho! La verdad es que sí que estuvimos viviendo allí, aunque tan solo fueron un par de meses. Cuando mi marido alquiló el local para montar la galería, pensó que vivir en el edificio sería mucho más cómodo. Ese fue el motivo de empadronarme ahí. Y en cierto modo sí que resultaba práctico, pero pronto nos dimos cuenta de que no nos gustaba vivir y trabajar en el mismo sitio. Así que rompimos el contrato de alquiler de la vivienda y nos fuimos a una zona más apartada. De esa forma estábamos más a gusto. Creo que tan solo estuvimos allí viviendo mientras hacíamos las reformas. Antes de abrir la galería al público, ya nos habíamos marchado a otro lugar. Pero vamos para adentro y os lo cuento más tranquilamente. ¿Seguro que no te quieres quedar? —le volvió a preguntar a Lucía.

—No, no, en serio. El plan del césped me parece fantástico.

—Mamá —repitió de nuevo la niña—, ¿puedo ir ya a comprarme algo?

—No, que no me gusta que vayas sola.

—Rebeca puede acompañarme.

—No, ahora no puede salir. Espera un poco y luego vamos.

—Si usted quiere, yo la puedo acompañar —se prestó Lucía—. Voy a ir a la cafetería a por un capuchino.

—No me llames “de usted”, que me hace más vieja. Pues no sé... Audrey, ¿quieres ir con Lucía?

—¡Sí!

—Vale, pues ya está. Si a ti no te importa, por supuesto. Mi hija enseguida se pilla confianzas.

—Sí, claro, sin problemas. Así, Audrey y yo nos podemos hacer amigas. Luego la traigo hasta la puerta, lo prometo.

—Dame dinero, mamá.

—Yo te invito —se apresuró a decir Lucía.

—No, de eso nada. Yo os invito a las dos.

—Que no, que no te preocupes.

—No hay nada que hacer, te lo aseguro —dijo David, dirigiéndose a su madre—. Cuando dice de hacer algo a su manera, es muy difícil hacerla cambiar de opinión.

—Eso no es verdad —dijo Lucía con una sonrisa.

—Hoy lo pago yo; déjame invitarte —respondió Raquel.

—Que no, que he dicho que lo pagaba yo.

—¿Lo ves? —dijo David abriendo los brazos.

—Bueno, pues como quieras. Gracias, entonces. Audrey, hazle caso todo el tiempo a Lucía, y no salgas corriendo.

—Queee nooo...

—Te lo digo en serio.

—¡Que sí, pesada!

—¡Encima! ¿Tú te crees? Lo dicho, estoy deseando que empiecen los colegios. No serás maestra, ¿no? Los maestros tienen el cielo ganado.

—No, yo soy pastelera. Mis padres son los dueños de “Dulcinea”, en Zaragoza.

—Ah, me suena. Eres la competencia de mi hijo, por lo que parece —añadió con sorna.

—Yo no diría eso. Dentro del gremio tratamos de apoyarnos. Mi madre habla muy bien de sus

padres. Sintió mucho cuando el abuelo se murió. Le tenía muchísimo aprecio, nos lo decía siempre.

La pintora tenía otra percepción del abuelo de David, pero no era lugar para hablar de aquello.

—¿Está por el centro de Zaragoza? —preguntó.

—Sí.

—Entonces, los dos sois pasteleros, por lo que veo.

—No —respondió él—. Yo trabajo como guía turístico en Edimburgo.

—¡Qué me dices! ¿No has seguido con la pastelería de tus padres?

—No.

—¿Y eso?

—No era lo mío.

—¡Ja! —exclamó Lucía—. ¿A que tú tampoco le ves el sentido?

—Pues no, la verdad. ¿Ves?, ya tienes otra cosa que contarme. ¿Y vives en Edimburgo?

—Sí.

—Debe de ser un buen sitio para vivir. No he estado nunca, pero me parece que es muy bonito. En cualquier caso, me parece una pena que no sigas con tus padres, pero entiendo que cada cual elige su camino. Así que, si tú lo has decidido así, me parece genial; es tu vida. Miradme a mí, por ejemplo, pasé de camarera a artista, ¿qué os parece?

—Pues estupendo —dijo Lucía.

—Y más —añadió David—, teniendo en cuenta lo que pensábamos que te había ocurrido.

—¿A mí? ¿Qué pensabais que me había ocurrido? ¿A qué os referís?

Lucía se dio cuenta rápidamente de lo inapropiado del momento. La niña seguía con el oído puesto.

—Audrey, ¿nos vamos ya? —dijo, cortando la conversación—. ¿Necesitas coger algo?

—No.

—Sí —corrigió su madre con rapidez—. ¿Piensas salir a la calle con el babi de pintar?

—Ay, no.

—Va, déjalo bien colgado en el taller y sal, que te espera aquí.

—Voy —dijo ella.

Cuando la niña desapareció de escena, David terminó la frase.

—Me dijeron que moriste en el año dos mil.

—¿Muerta? ¿Yo?

—Sí, de hecho, hasta llegué a visitar tu tumba varias veces.

—¡Ay, madre mía! Ya sé por dónde pueden ir los tiros. No me lo creo. Si te dirigieron de alguna manera, debiste visitar la tumba de mi amiga Blanca. Pobrecita. Ahora te lo cuento también. Perfectamente podría haber sido yo, pero fue ella. En parte, su muerte es un poco la responsable de que yo esté aquí. Ay, mi niña, qué penita, qué pena me ha dado recordarla; con lo bonita que era...

—Ya estoy —dijo Audrey apareciendo desde el aula taller—. ¿Nos vamos ya?

—Claro, vamos.

Fue Lucía, en este caso, la que lo besó; y, de manera cariñosa, le pasó el dedo pulgar por el labio para quitarle el resto de carmín que le había dejado.

—¿Sois novios? —preguntó Audrey abriendo la puerta.

—Uy, qué cotilla eres para ser tan pequeña —respondió, saliendo de la galería junto a ella.

—No lo sabes tú bien —añadió Raquel desde el interior—. No le cuentes nada que quieras guardar como un secreto.

Por toda respuesta, Lucía sonrió y se despidió de ambos agitando la mano a través del cristal de la puerta. Raquel se acercó al mostrador y le indicó a Rebeca que no les molestara nadie; ni siquiera su propia hija, a no ser que fuera algo de fuerza mayor. Oficialmente, salvo para la pequeña, la señora Joubert se había ido a casa. Tras esto, puso la mano sobre la espalda de su hijo y lo dirigió con el brazo hacia la puerta del fondo. David se sentía tranquilo y animado, le alegraba comprobar que su madre estaba feliz por haber vuelto a saber de él. Aquello le permitió deshacerse de la mochila de preocupación que cargaba desde hacía muchísimo tiempo.

Al entrar al taller, le inundó un olor a pintura. Aquel sitio representaba el paradigma absoluto de caos organizado: pinturas, caballetes, lienzos, retratos a medio acabar, taburetes llenos de chorretones de colores, etc. Aunque para David Marín Palacios supondría algo más: el lugar en el que conocería de primera mano todo lo que su madre había vivido hasta la fecha. Y donde podría, por fin, colocar todas las piezas de su propia vida que todavía le faltaban por encajar.



Capítulo XXVIII

Raquel Robles Castillo

Historia de una mujer con nombre y apellidos:

Raquel Robles Castillo se ahogaba en Peñaflor de Gállego. Le faltaba mundo, aquello no era para ella. Ya desde bien pequeña mostró un genio difícil de dominar. De hecho, vino a la vida ya dando patadas. Curiosamente, nació el veinte de julio de mil novecientos setenta y tres, el mismo día en que murió Bruce Lee. Quizás estemos ante su reencarnación. Nunca lo sabremos.

Tras una infancia en un colegio de monjas en la que la llevaban atada en corto, cuando pasó al instituto despertó y ya no hubo marcha atrás. Desde los quince años de edad, los fines de semana aparcaba la seriedad con la que se tomaba los estudios, yendo por todas las discotecas de Aragón, Cataluña y donde le dejaran. En tales escapadas, siempre iba acompañada por amigas y hermanos mayores, de esos que se sacan el carnet con dieciocho años recién cumplidos, pero que convendría que no se lo hubieran dado hasta los treinta y seis. O más.

Aunque los estudios no eran lo suyo, trataba de ser constante para que sus padres confiaran en ella. Las artes plásticas eran lo que mejor se le daba. Y, a la postre, es lo que había acabado haciendo después de dar mil tumbos por la vida.

Una noche de aquellas de fiesta ocurrió lo que no tenía que ocurrir. Amigos de amigos de amigos la invitaron junto a otras personas a una *rave* que iban a hacer en Ibiza. Obviamente, con dieciséis años, era difícil —por no decir imposible—, que sus padres la dejaran irse; así que acabó mintiendo, diciéndoles que iba a pasar un puente festivo a Formentera junto a unas amigas. Días de risas, bicicletas de cesta y faros en el *Cap de Barbaria*; esas particularidades de las islas Baleares. Aunque la verdad más verdadera era que las esperaba tanto la *rave* prevista, como la entrada a la discoteca Amnesia mediante unos carnets falsos que se habían encargado de conseguir a buen precio. Y así fue, en el éxtasis del todo vale, donde se dejó llevar y acabó preñada de un tipo de esos que te invitan a todo lo que haga falta, sobre todo en el interior de los aseos del local.

Así que, por arte de magia, un conejo blanco apareció en la chistera de Raquel; o, mejor dicho, en su útero. Y apareció tan rápido como desapareció el chaval que ayudó a ello. De hecho, este lo hizo mucho más rápido porque ya no se le volvió a ver el pelo nunca más en la vida. Un tiro certero fue suficiente, después de algún que otro tiro de otro tipo en los baños de la discoteca, claro. A saber qué habrá sido de él...

Cuando lo contó en casa, llegó el drama. Por inexperiencia o por miedo, aquello de abortar, no lo vio; así que escondió el embarazo todo lo que pudo, hasta que la mentira ya no dio más de sí. Y una noche de llanto prolongado dio a conocer la noticia/problema a sus padres. No era momento de embarazos para esa familia.

Y cuando abres la puerta al Diablo, este se aprovecha.

Ya hemos hablado en esta historia de “el club del habano”: la peña futbolística de la ribera del Ebro en la que se hablaba de fútbol, pero también de muchas otras cosas. Un local donde se hacían negocios, se saldaban deudas y se revelaban o guardaban secretos a cambio de favores

mutuos, según conviniera. Y estamos ante uno de esos casos: un problema que generó una deuda y un modo de compensarla, por fin.

Hemos conocido algunos tejemanejes que ocurrieron en ese lugar. Pero lo que no sabíamos hasta ahora era que otro de los que de vez en cuando asomaba los bigotes por el local era Arturo Robles, el padre de Raquel. Y aunque no se le viera aparecer mucho, la verdad, cuando lo hacía no le gustaba quedar por debajo, por supuesto. Por eso, cosas de la vida, cuando ocurrió el episodio de la niña, las alimañas fueron a rasgar.

Digamos que se juntó el hambre con las ganas de comer. Una muy particular situación y una deuda por pagar. Así que, así ocurrió, se cruzaron los astros para que Lorenzo Palacios llevara un tiempo pensando en querer tener un nieto que no le llegaba de forma natural, y Arturo Robles tenía el problema contrario en casa.

Billete a billete, se fueron convenciendo entre unos y otros. Y es que Raquel tampoco se veía teniendo a ese bebé siendo tan joven. Tan solo quería seguir yendo al instituto y continuar con su rutina diaria. Y, además, en cuanto se les pasara el enfado a sus padres, volver a Amnesia y a Pachá, aunque con algo más de cuidado, carnets verdaderos y medidas anticonceptivas, claro.

Del grueso de la operación “club del habano”, ella ni se enteró prácticamente. Además, la artimaña requería sacarla de la circulación. Si nadie se enteraba de su embarazo, todo fluiría con normalidad. Pero sí que vería que el dinero estaba entrando en casa porque apareció un coche nuevo, una capa fresca de gotelé en las paredes y algunos electrodomésticos de último modelo.

Así que en cuanto vieron que el trato se había hecho efectivo, cogieron un par de maletas y se la llevaron a Valencia, a esconderla de la gente de Peñaflo. Allí, en la ciudad del Turia, pasaría los últimos meses de embarazo hasta que diera a luz y estuviera en condiciones de regresar, para que nadie sospechara. A ojos del pueblo, y de las amigas de la niña, se había ido a Valencia “a centrarse más en los estudios”.

Por suerte, Teresa, la mujer de Arturo Robles, tenía familia allí, así que les llevó a la niña y estos no pusieron reparos en ayudarla. De hecho, ese tiempo junto a sus tíos fue el que le sirvió para ganarse su cariño. Y que heredara, a posteriori, aquella vivienda muchos años después; y ahora la estuviera disfrutando junto a su marido escultor y la pequeña Audrey.

Las vueltas que da la vida.

El día de la entrega, esa noche fría que Raquel nunca olvidaría, le dio un beso en la frente al recién nacido, se lo pasó a su padre en el asiento trasero del nuevo y flamante Citroën XM gris y lo dejó marchar a un hogar cálido donde lo querrían mucho. No pudo ni mirar por la ventanilla. Por su juventud, se autoconvenció de que no podía hacerse cargo, pero lo cierto es que no pudo olvidarlo jamás. Sin embargo, entendió que tenía que hacerse a un lado y no quiso interceder en la nueva hoja de ruta del pequeño. Pero, lejos de conseguirlo, de vez en cuando le seguían llegando noticias porque las relaciones entre Lorenzo Palacios y Arturo Robles se reforzaron. Con la relajación que les daba la transacción ya realizada, compartir puros daba para muchas conversaciones.

Y por si no fuera suficiente compadreo, una vez Lorenzo murió en el verano del noventa y dos durante el do de pecho de Monserrat Caballé, también comenzó a caer por allí su yerno. Así que, en todo momento, hubo intercambio fluido de información acerca del estado del niño y del paradero de la madre biológica. Tanto en los primeros años en el barrio, como cuando se fue a París o acabó mudándose a Valencia en dos mil quince. Sin embargo, Pedro Jesús se guardó esta información para siempre y no dijo a su mujer más que algunas pinceladas. Suficientes, sin embargo, como para que esta supiera de su marcha a París. Y para que, en último término, Lucía pudiera poner en marcha la maquinaria de la búsqueda junto a David.

Raquel lo intentó, pero regresar a la normalidad no se le hizo nada fácil. Durante una temporada fue sencillo mantener la compostura y tratar de que la vida siguiera su cauce, pero ya nunca fue lo mismo. Aquella chica implicada en los estudios comenzó pronto a perder el hábito y la motivación. La larga temporada que pasó fuera de Zaragoza fue dinamitando en ella las ganas de estudiar y de tratar de seguir el cauce de sus amistades más cercanas.

Con aquel año perdido, el instituto se le hizo cuesta arriba y ya nunca fue la misma. De repente, apareció una chica más despreocupada y rebelde, tanto fuera de casa como en el seno familiar. Y aunque acabó los estudios a regañadientes, no pudo acceder a Bellas Artes que era lo que realmente le hubiera gustado hacer. Y acabó metiéndose en el único sitio que pudo, filología hispánica. Tenía veinte años y la mente dispersa. Pero como realmente le importaba un pimiento dicha carrera y le parecía un tostón, la dejó antes de llegar a la primera navidad; así que ahí acabó la joven estudiosa y surgió su versión más despreocupada, terminando por trabajar en un pub de Zaragoza a jornada completa.

Durante aquella época no se le conoció relación alguna. El episodio de su embarazo la marcó tanto que se alejó de los chicos lo máximo que pudo. Ni quería hombres que se parecieran al tipo de Ibiza, ni a su propio padre o a la calaña con la que se juntaba. Fueron años de curiosear con las relaciones del mismo género; y de, sobre todo, vivir en libertad, sin sentirse atada a nadie. Y así estuvo hasta que cumplió los veinticinco y dijo basta. Basta a trabajar en aquel pub y basta a vivir en su casa. Así que aprovechó que una compañera del pub se iba a Francia a trabajar en otro bar y ella se subió al carro.

Sin embargo, sus correrías no fueron tan deseables como imaginaron. Pronto, cada una se buscó la vida a su manera y terminaron por distanciarse del todo. Por suerte, Raquel no tardaría en hacer nuevas amistades. Y así fue como surgió la relación entre ella, Margarita y Blanca, tres jóvenes españolas que en los meses de otoño de mil novecientos noventa y ocho coincidieron en la aventura parisina.

Trabajar allí iba a resultarles más costoso de lo que esperaban y pronto comenzaron a frecuentar malos ambientes. La promesa de un puesto de trabajo con buen sueldo quedó en nada, y las malas compañías acabaron por dilapidar las ansias de fortuna con que contaban. Sobre todo, para una de las tres, Blanca. Quien, de tanto dejarse arrastrar, en menos de veinticuatro meses la mala vida se la llevó por delante. Ella sería, Blanca Monteagudo, la que realmente enterrarían en el cementerio de París en lugar de a la madre de David; y a quien un empresario que le cogió estima pagaría su entierro. Blanca, Margarita, Raquel, ¿qué más daba? Alguna sería.

A partir de aquello que sucedió, sus dos amigas, Raquel y Margarita, se harían la eterna promesa de no acabar como ella; para mantener vivo su recuerdo y tenerla siempre presente si la vida las volvía a golpear de alguna manera. Y con ese ímpetu y propósito fue con el que resurgieron de sus cenizas y se plantaron, por ejemplo, en el fiestón de celebración del cambio de milenio que una sala de fiestas hacía en la ciudad del Sena. Allí, invitadas por unas amistades bien situadas, se prometieron comenzar el nuevo con buen pie, y no había mejor manera que ir a la caza y captura de algún francés que estuviera de buen ver.

Así fue como conocería a François Joubert, un escultor bastante reconocido en la ciudad. Lo suyo fue amor a primera vista; o, al menos, lo pareció. Unas risas, unas copas y aquello acabó fraguando. Lo curioso fue que realmente aquel hombre, veinte años mayor que ella, era un buen tipo; así que comenzó una relación bastante sincera y duradera que se estiraba hasta la fecha y que había dado como fruto una galería de arte. Y, por supuesto, a una niña llamada Audrey con aires franceses, pero acento valenciano.

A partir de ahí, todo fue vino y rosas para ella. Tanto que comenzó completamente un nuevo

camino, abandonando relaciones anteriores, incluso las de Margarita. A ambas les fue tan bien, que trataron de hacer sus nuevos caminos sin mirar atrás. Para Raquel, fueron años de no parar y prácticamente no regresar jamás a Peñaflor. El escultor se movía mucho, y ella siempre iba con él. Galas benéficas, cenas, estancias en el extranjero, etc. Una larga temporada en la que encontró el sentido a su vida. Comenzó a pintar y a colaborar junto a su pareja, que se convirtió en su marido a finales del año dos mil tres. Tiempos de papeleos por el cambio de domicilio entre las oficinas del Ayuntamiento de Zaragoza y las de los *quartiers* de París.

Casados, adinerados y libres.

Aunque todavía quedarían tres circunstancias más por suceder en su vida parisina. La primera, cuando se fundó la Galería François Joubert en la ya nombrada Rue Lepic, número tres. La segunda, su hija Audrey, en el verano de dos mil trece; nada más y nada menos que veinticuatro años después del nacimiento de su primer hijo. Y, por último, la aparición de los reumatismos y continuos achaques que acabaron por amargar al escultor y le pidieron la jubilación y un cambio de aires.

París era muy bonito, pero también muy frío, así que en dos mil quince, la familia se lanzó al vacío. Cerraron el local, aprovecharon la herencia de los tíos de Raquel y se embarcaron los tres en la nueva aventura valenciana, donde les esperaba una acogedora vivienda para reformar, un local para la nueva Galería Joubert; y, ante todo, lo que buscaban en un primer lugar: las bondades del clima mediterráneo.

Así que, mientras que su hijo lloraba su muerte allá por el año dos mil diez, pensando que llevaba bajo tierra más de una década y que había llegado tarde a su encuentro, Raquel Robles Castillo disfrutaba de su nueva vida, desconociendo totalmente la búsqueda que iba tras ella. Y lo más chocante de todo esto es que, durante todos los años que David pasó en París fregando platos en hoteles y haciendo sus primeros pinitos como guía turístico, la vivienda en la que se alojaba se encontraba tan solo a kilómetro y medio del local al que su madre acudía cada día a crear y mostrar sus pinturas. ¿Quién sabe? Quizás, hasta se cruzaran por la calle más de una vez. Pero claro, ¿quién lo iba a saber? A él le iba la pastelería por aquel entonces, no las esculturas de metales variados y la pintura contemporánea.



Capítulo XXIX

Lunes, 23 de agosto
Valencia, España

La conversación duró cerca de hora y media. David escuchó pacientemente todo lo que su madre le iba contando. Tan solo, de vez en cuando, la interrumpía con alguna pregunta. Aprovechaba para hacerlas durante los instantes en los que Raquel daba un trago a su té.

Él había ido a buscar respuestas, así que trató de no interrumpirla en su monólogo, que solamente fue cortado un par de veces cuando Audrey entraba al taller a coger algo. Al acabar la historia, se sintió bastante satisfecho; pero tenía tal maremágnum de información en la cabeza que le costaba digerirla. Y aunque le quedaban algunas dudas por resolver, tiempo tendría de preguntarlas más adelante.

—No me lo puedo creer —dijo David al conocer toda la historia—. Quizás hasta nos viéramos por la calle.

—Pues pudiera ser, es probable. Pero, ¿cómo lo íbamos a imaginar? Estuvimos conviviendo muy cerquita, eso es seguro; pero París es tan grande...

—Me gustaría ir ahora y decirle un par de cosas al tipo del restaurante. ¡Mira que confundiros! He estado años pensando que estabas muerta por creer a un tipo que ni siquiera te conocía del todo. Qué ridículo me siento al pensar en las horas que me tiré junto a la lápida de tu amiga.

—Pobrecilla. No la pagó el dueño del restaurante. En realidad, fue un tipo que caía por allí de vez en cuando y que salió en alguna ocasión con ella. Creo que tenía una editorial o una empresa de ese tipo, algo relacionado con libros. Salían a cenar o hacían algún viaje corto, seguramente a escondidas de su mujer. Porque siempre pensé que estaba casado. En cualquier caso, no hubiera sabido cómo localizarlo. Iba y venía de París. No la trataba mal. De hecho, aunque no la viéramos en semanas, sabíamos que estaba bien si estaba con él.

—Tan bien no la trataría si acabó como acabó.

—No fue por su culpa. El problema surgía cuando él desaparecía. Ahí se sentía sola y le entraba la ansiedad. Nosotras tratábamos de estar con ella, pero no fue suficiente. Eran otras compañías las que se la llevaron por delante. Aunque aquello podría habernos pasado a cualquiera de las tres. Lo cierto es que fuimos demasiado alocadas durante una larga temporada.

—Aun así, no entiendo que no os supiera diferenciar.

—Ahora ya no importa, ¿no crees?

—Sí, eso es verdad.

—Yo me pude escapar de esa vida y me fue mejor. Menos mal que tu amiga te ha empujado a buscarme de nuevo.

—¡Ostras, Lucía! —exclamó mirando el reloj—. Lleva casi dos horas esperándome, la voy a llamar a ver cómo va.

—No me mientas, ¿es tu novia?

—No.

—¿Quieres que sea?

—Eso no es fácil de decir. Esa historia necesitaría de otro par de horas para explicarse. Creo que daría hasta para una novela.

—Yo creo que sí que es fácil de responder. ¿Te gustaría que fuera tu novia?

—Eso es otra cosa, supongo que sí, pero nuestros caminos se han distanciado demasiado ya.

Ella está en Zaragoza y yo en Edimburgo. Además, estoy empezando un proyecto para expandir la empresa a Dublín y Londres.

—¿Pero no preferirías ser pastelero?

—No empieces tú también, por favor. ¿Os habéis compinchado, o qué?

—No, sabes que no. Pero debes hacer caso a las personas que te quieren. Y, por lo poco que he podido tratarla, ya me he dado cuenta de que Lucía es una de ellas. No sé de qué modo, pero te quiere mucho.

—Ese es uno de los problemas. No quisiera volver a pasar lo que pasé hace años. Ya pretendí mantener una relación con ella, pero ella quería tenerme tan solo como amigo. No quiero volver a pasar por lo mismo.

—No me ha dado la sensación de que esos besos sean solo de amiga. Además, las personas maduran y cambian.

—Quizás, pero no voy a dar un paso en falso ya. Prefiero quedarme como estoy, a darle otra patada a mi vida sin saber qué va a ser de mí.

—¿La relación con tus padres es mala?

—No, qué va. Pienso que tenemos una relación normal para alguien que vive fuera. Me fui porque me agobiaban con lo del trabajo y yo tenía todavía muchas cosas que saber por mi cuenta. Siempre he sido bastante despegado de la familia. Pero no, la relación es buena. Al menos, hasta que me presente en casa y empiece a pedirles explicaciones por todo lo que me han ocultado sobre ti.

—No lo hagas. Estoy segura de que si lo han hecho es para protegerte. No te hubiera hecho ningún bien saber de mí antes.

—¿Cómo estás tan segura?

—Pues porque soy madre. Quitando lo que ocurrió contigo cuando era joven, que lo hice casi por obligación de mis padres; ahora, que lo soy también de Audrey, haría lo que fuera por protegerla y tenerla a salvo. No quisiera hacer nada que le afectara psicológicamente lo más mínimo. Y en tu caso, ya viste lo que te afectó cuando te contaron que eras adoptado. Así que estoy convencida de que, si tu padre no te quiso contar todo lo que sabía, fue para protegeros.

—Si tú lo dices...

—Estoy convencida de ello.

—De todos modos, algún día se lo preguntaré.

—Bueno, tú haz lo que debas; pero intenta ponerte también en su lugar.

—Y a Audrey, ¿crees que conviene decirle algo?

—Pues supongo que debería decírselo pronto. Pero es pequeña y tampoco se lo puedo soltar del tirón. Quiero que sepa que tiene un hermano. Y que tú también la tienes a ella, claro. Pero no creo que sea conveniente que salgamos ahora y le diga: “¡Sorpresa, aquí está tu hermano!”.

—Ya, también es verdad. A mí me ha costado asimilarlo. Si ya es chocante haberte encontrado; mucho más fue el haberme enterado de que tenía una hermana.

—Vaya labor de investigación hizo vuestra amiga.

—Y tanto.

—Creo que incluso un poco por encima de la ley, pero no se lo vamos a tener en cuenta.

—No, desde luego que no; la buscaré para agradecerérselo.

—También yo se lo tendré que decir a mi marido.

—Entiendo que él tampoco sabe nada.

—Sí, sí lo sabe.

—¿Todo?

—A grandes rasgos. Pero sí, sabe que en estos momentos estoy reunida contigo. Lo intuye, al menos.

—¿Por qué lo intuye?

—François ya sabía lo del hijo que di en adopción cuando era adolescente. Nunca me juzgó por eso. Es un hombre que no juzga ni critica. Me encanta eso de él. Asume la vida tal y como viene; y sigue caminando. Parte de ello debe ser su propio carácter cerrado francés. Le cuesta abrirse a cualquiera. Lo tuyo se lo dije hace muchísimo tiempo, antes incluso de casarnos. Hubo una temporada en la que hablamos de tener hijos en el futuro. Durante esos meses él insistió bastante. Fue en aquel momento en el que le dije que aún no estaba preparada y le conté el motivo. Lo tuyo no fue sencillo y me creó un trauma que me duró años. Pero él me ayudó también a pasar página y a entender que las cosas a veces son así. Nunca más hablamos de tener hijos hasta que yo misma tuve la necesidad.

»Cuando me acerqué a los cuarenta, algo surgió dentro de mí. Me acerqué a él y le dije que quería tener un hijo. Él aceptó a pesar de que era muy mayor. Al menos, lo íbamos a intentar. Y lo cierto es que funcionó, y rápido. Por eso nació Audrey. Ya nunca más hablamos de hijos pasados. Yo sabía cómo te llamabas y que eras feliz en la familia Palacios, claro está, pero simplemente seguía caminando. François me ayudó a no volverme loca. Nunca se habló más del tema hasta este mismo fin de semana, cuando Rebeca me dijo que tendría una cita con un tal David Marín Palacios. Ahí supe exactamente que eras tú, no podía ser otro con el mismo nombre. Por eso tuve una conversación con mi marido el otro día. Le dije que seguramente fueras tú.

—¿Y se lo tomó bien?

—Sí. Pero me hubiera dado igual cómo se lo hubiera tomado. Al fin y al cabo, esto no es algo que le incumba del todo. Es una circunstancia de mi pasado. Algo superbonito, además. Estoy encantada de que me hayas encontrado. Yo prometí a tus padres no buscarte, pero si has sido tú el que lo ha hecho, estoy superagradecida. Nunca debí hacer lo que hice.

—Me alegro. No sabes el agobio que he llevado estos días.

—Supongo. Mi marido simplemente siente curiosidad por este encuentro. Me ha pedido que luego lo llame y se lo cuente. Él es un hombre bastante serio pero muy agradable. Lo verás tú mismo cuando te lo presente. Eso sí, le gusta enterarse de todo. Es un poco cotilla, pero luego pierde rápido el interés. Audrey ha salido como él en ese aspecto. Él está a sus obras y sus viajes. Ese es todo su mundo, además de nosotras, claro.

—¿Crees que nos conoceremos alguna vez?

—¿Por qué no? Ahora ya todo depende de ti, diría yo. Nosotros, la verdad, es que no nos vamos a mover mucho más de Valencia. Tenemos buen clima, un centro histórico bonito para pasear, la playa... Pero por supuesto que me gustaría verte más a menudo.

—Ya, en eso estaba pensando. En el ¿ahora qué?

—Pues no sé. Supongo que depende de nosotros mismos. Ya no eres un niño. Eres un adulto con su propia vida. Si lo miramos bien, no es más difícil que para cualquier familia que tiene hijos estudiando o trabajando fuera. Ocurrirá lo mismo que tú con tus padres, nos veremos cuando nos tengamos que ver y ya está. Yo voy a estar aquí para lo que necesites. Está en nuestra mano estar más en contacto. Antes de irte te daré mi teléfono y el de mi marido. Al menos, eso es lo que a mí me apetece.

—Sí, a mí también me gustaría.

—Desde luego, si estuvieras en España todo sería más fácil.

—No tiene por qué, salen vuelos cada día.

—Ya, pero no es lo mismo. Y lo sabes.

—Para mí sí, estoy acostumbrado.

—Sea como sea, me alegra mucho haberte conocido al fin, y que podamos retomar nuestra relación, de la manera que sea. Ahora bien —dijo tras una pausa—, quiero dejar una cosa muy clara. Soy madre y, aunque no lo fuera, soy capaz de entender la posición de tus padres. Ten clarísimo que yo no quiero suplantar a nadie. Tus padres viven en Zaragoza, no me gustaría que los dejaras de lado por haberme encontrado. Padres son los que te cuidan a diario. Y, fuese por lo que fuese, ellos son los tuyos. Y yo soy tu madre biológica, por supuesto. A la que, a partir de ahora, vas a tener de nuevo para lo que necesites. Pero me gustaría que los mantuvieses a ellos siempre en el primer lugar del escalafón. Ellos son tus padres. Creo que cada cual debe mantener su puesto.

—Hablas como si, en parte, te arrepintieras un poco de que te haya buscado.

—No, para nada. No he querido decir eso, quizás no me he explicado adecuadamente. Estoy encantadísima de haberte recuperado en mi vida, pero quiero mantenerme en un segundo plano siempre. Lo último que deseo es ocupar el puesto de tus padres. Ellos se lo merecen más por haberte cuidado desde bebé. En cambio, yo no hice nada de eso. No tengo derecho a reclamar nada. Que me arrepintiera de darte en adopción, pues ese es el castigo que me merezco por hacer lo que hice. Pero te veo y me alegro de que hayas tenido la familia que has tenido. Así que les estoy muy agradecida por haberte cuidado tan bien y haberte convertido en un chico tan educado y agradable. Ojalá pudiera verlos alguna vez para decirles que me siento muy feliz de que hayan criado a un hijo tan maravilloso.

—Quién sabe, quizás algún día nos podamos juntar todos.

—Claro que sí, ya verás. —Raquel abrazó a su hijo y añadió—: ¿Qué vais a hacer ahora? ¿Os quedáis en Valencia? Me he quedado con las ganas de conocer más a tu chica.

—Que no es mi chica...

—Las madres sabemos de eso, nuestro sexto sentido no falla. Esa chica es especial para ti.

—Eso no te lo discuto. Pero realmente no hay mucho más entre nosotros, y no lo habrá. Vivimos en mundos diferentes. —Con esto, quiso cerrar la cuestión—. Nuestros vuelos salen esta misma noche. Bueno, corrijo, solo el mío. Ella se vuelve en tren.

—Vaya, qué pena. Pues sí que es una visita fugaz.

—Estos días han sido una locura, estoy deseando dormir en mi cama. Hemos cogido unos aviones, hemos perdido otros ya pagados. Un desastre. Como no sabíamos cómo nos iba a ir, nos hemos asegurado de poder regresar esta misma noche. Esto acaba aquí, de momento. Ha sido una auténtica odisea.

—Pero ha merecido la pena, ¿no?

—Sí, sin duda.

Raquel se incorporó para abrazar de nuevo a su hijo. Así estuvieron durante cerca de un minuto.

—Entonces, ¿cada uno de vosotros vuelve a su casa?

—Sí, esto también acaba hoy. Se vuelve a Zaragoza y yo vuelo a Escocia. Cada uno regresa a su vida y a sus cosas. Ella a hacer pasteles y yo a pasear por cuestas empedradas. Tengo bastante trabajo atrasado. Mañana mismo tendré que reunirme para seguir avanzando con la empresa. Y puede que tenga que hablar con una personita...

—¿Una chica?

—Sí.

—Ah, no sabía que tenías pareja allí. No lo hubiera imaginado por lo que he visto antes.

—Ya, es que no es mi pareja del todo. Lo es, a veces; ya sabes. Pero, en fin, allí está. Creo que voy a tener que hablar con ella. No es mi pareja, pero creo que no está bien lo que he hecho estos días y quizás debería distanciarme de ella para no estar mareándola.

—Uy, eso es que tienes a Lucía muy metida dentro.

—No, no es eso. Solamente, que me sabe mal estar sin estar.

—Me parece bien, eso dice mucho de ti.

Se produjo entonces un silencio que pareció marcar el final de aquel reencuentro.

—Creo que es hora de llamar a Lucía, a ver por dónde anda.

—Espero haber puesto todas las piezas del rompecabezas que traías en el coco.

—Sí, creo que sí. Lo cierto es que me has explicado una barbaridad de cosas. Me ha sorprendido que supieras tantos detalles, la verdad.

—Tu abuela acabó por contármelos. Se suponía que tenían que ser secretos. Pero no es lo mismo escondérselos a una cría de veinte años que a una mujer de cuarenta o cincuenta, casada y con hijos. Con la edad, los problemas se digieren de otra manera. Así que me lo fue contando con el tiempo. Entiendo que decírmelo también le supondría un descanso. Me llevo mejor con ella que con tu abuelo. Supongo que porque somos mujeres. Nos entendemos mejor entre nosotras. Vosotros sois menos emocionales y más despreocupados.

—Yo creo que no entro mucho en el perfil de hombre que estás dibujando.

—Ya, es cierto; y me alegra. Pero hay bastantes cenutrios por ahí, te lo digo yo. Pero no, tú no me das esa sensación. Por eso me hace feliz ver cómo te han educado. Va, llámala, que estará deseando saber cosas.

David le dio un nuevo abrazo y marcó el número. Tras apenas un tono, respondieron al otro lado.

—Hola, ¿ya has terminado?

—Sí.

—¿Ha ido bien?

—Sí, muy bien, ahora te cuento. ¿Dónde estás? ¿Voy a buscarte?

—Estoy aquí fuera —respondió Lucía.

—¿En la calle?

—No, fuera del taller. Estoy pintando paisajes con Audrey.

—¡No fastidies!

—Sí, es que me aburría de esperar y hacía mucho calor. Cuando han pasado dos horas he venido caminando tranquilamente y he entrado.

—¡Vaya tela! Pues haber avisado, te hubiera dicho que entraras.

—No importa, hemos estado entretenidas. Audrey me ha hecho un dibujo increíble, es una artista.

—Va, pues ya salgo.

Y colgó.

—Está ahí fuera con... tu hija. —No se atrevió a decir “mi hermana”.

—¡No me digas!

—Se ha cansado del sol valenciano.

—Normal. Venga, pues salgamos.

—Están pintando juntas.

—¿Con tu hermana? —David esbozó una sonrisa al escucharlo.

—Sí.

Tras una emotiva despedida llena de abrazos y promesas de próximos encuentros, cruzaron de

nuevo las puertas de la Galería Joubert con la sensación de haber hecho los deberes. De igual modo, sentían una claridad y relajación muy diferente a la de aquella misma mañana, apenas unas horas antes. Después de una última despedida a través de las cristaleras, cruzaron la avenida y decidieron bajar a dar un paseo por el cauce del río, donde decenas de personas disfrutaban de la calurosa mañana de agosto. David se sentía todavía algo extraño, pero más feliz y completo que nunca.

Sin embargo, en el horizonte estaba todavía la despedida entre ambos. Tenía ganas de llegar a su piso de poco espíritu edimburgués para ordenar en su cabeza todo lo que acababa de añadir a la historia de su vida. Pensara lo que pensara, e hiciera lo que hiciera; eso era lo que quería. Regresar a su casa para ordenar sus pensamientos. Y tal vez quedar con Germán y Stéfanos para recuperar un poco la normalidad después del maremágnum emocional de las últimas horas.

Por eso, aquellas últimas horas en Valencia fueron un cúmulo de diferentes sensaciones. No era capaz de asimilarlo todo y tan solo quería regresar a sus rutinas y a su zona de confort. Además, aquello olía claramente a despedida, y eso hizo que la tarde fuera más agri dulce de lo esperado.

Así que las últimas horas no fueron tan agradables como ambos esperaban. Comieron en un restaurante cercano a la Plaza del Ayuntamiento y dieron un paseo por el casco antiguo de la ciudad. Durante ese tiempo, él volvió a relatar toda la conversación que había mantenido con Raquel. De nuevo, se repetía el monólogo. Pero, en este caso, para ponerla al corriente. Dos horas de conversación habían dado para bastante y era lógico que ella quisiera saber también todos los detalles. Se lo merecía.

La conversación paró cuando él empezó a sentir un dolor de cabeza que le fue creciendo a medida que pasaban los minutos. Por eso, regresaron tranquilamente al hotel para preparar la salida. Un único taxi los llevó a ambos. Primero dejó a Lucía en la Estación del Norte para coger su tren; y, después, acercó a David al aeropuerto. Sus horas de salida eran parecidas, pero él debía estar con mayor antelación por temas de embarque. Así que a ella le tocó esperar algo de tiempo en la estación.

Fue un adiós demasiado breve y frío como para cómo había transcurrido el fin de semana. Un largo abrazo y unos pocos besos con el taxímetro corriendo y la mirada de reojo del conductor. No fue la despedida soñada por ninguno de los dos.

Se acababa de bajar el telón al intenso episodio de la búsqueda de su madre, tras unos días de locura y más de diez años deseando este reencuentro.

Prometieron llamarse en cuanto llegaran a casa, pero ninguno de los dos cumplió su promesa. Entre Zaragoza y Edimburgo parecía haber una distancia demasiado insalvable.

Esa noche no hubo mensajes en el móvil. Como tampoco en los días sucesivos.

*Ópera para
un Palacio*

Acto final





Capítulo XXX

Lunes, 23 de agosto
Zaragoza, España

El traqueteo de la maleta a través de los andenes de la Estación del Norte puso fin a la aventura de Lucía. Llegó con tanta antelación que le dio tiempo a tomar algo en una cafetería. Sentada en una butaca, dejó correr los minutos que le quedaban hasta la salida de su tren. Enganchó su teléfono a la corriente y se dedicó a llamar, escribir mensajes, ver series y todo lo que se le fue ocurriendo. Estuvo tentada de comprarse un libro en uno de los locales de la estación, pero para el poco tiempo que iba a durar el trayecto, no le mereció la pena.

Se sentía un poco triste. Las últimas horas con David no habían sido como se imaginaba aquella misma mañana. Tras toda la ilusión que supuso el reencuentro, y la adrenalina de ir de aquí para allá, el final no había sido el que a ella le hubiera gustado, por mucho que lo tuviera claro de antemano. Lucía había intentado, por activa y por pasiva, que David intentara reconducir su vida viniéndose de nuevo a Zaragoza.

Con su madre ya encontrada y con todas las piezas en su lugar, seguía sin entender que hubiera preferido continuar en las islas británicas. Sabía que era una posición bastante egoísta, pero era su posición, al fin y al cabo. Para ella, ahora sí que era el momento. Le hubiera gustado darse una nueva oportunidad, estaba preparada para ello. Lástima que él tuviera tantos asuntos pendientes y un futuro tan definido ya. Si había elegido a Molly Campbell, ella no podía hacer nada más.

Tal fue su sensación, que el impulso la llevó a borrar el chat que mantenía con él. Cuando lo abrió esa última vez, sintió rabia; y aunque estuvo tentada de escribirle algo, su orgullo la frenó y le hizo eliminarlo del todo. Pensó que, si no iban a mantener un contacto continuo, eliminar el rastro sería lo mejor. Miró aquel chat de texto de una manera distante y fría. Como si su simple presencia en la pantalla, la incomodara. Así que, al borrarlo, sintió una especie de liberación.

El hecho de que no le hubiera dicho que había llegado al aeropuerto, o que le dijera tan abiertamente que no le apetecía tener una relación, ni intentarlo siquiera, le hizo pensar en si todo lo ocurrido durante esos días no habría sido una pérdida de tiempo, un ridículo gasto de energía emocional innecesaria. Sabía que era lo que tocaba, pero se sentía enrabietada porque no estuviera ahí con ella en la estación de tren, volviendo a Zaragoza; y en cambio se encontrara en aquellos instantes en el aeropuerto, a la espera del vuelo que lo llevaría a los brazos de su chica, por ejemplo. Porque de repente solo podía pensar en ello. Molly, la camarera, la que le hacía galletas de chocolate y le cantaba canciones al oído.

Celosa y furiosa como una niña pequeña, desenchufó el teléfono y lo lanzó al bolso. Los dedos de su mano comenzaron a moverse, evidenciando su inquietud. Cruzó los brazos y se dedicó a mirar a la gente para no pensar más en el tema. Su entrecejo arrugado ya hablaba por sí mismo.

Asumida la derrota, se convenció de que la rutina sería su mejor aliada. Ya le había ocurrido otras veces en diferentes circunstancias de su vida. Sabía que su cabeza pronto volvería a la normalidad. Era cuestión de días que comenzara a pasar página al asunto para dedicarse de nuevo a sus pasteles con toda la atención que requerían. O al menos, quería pensarlo así.

Tal y como pensaba, el viaje se le hizo corto. Pero estaba tan agotada que se tumbó directamente en la cama en cuanto llegó a casa. Nada como dormir en cama propia y a pierna suelta. Tanto viaje en tan corto espacio de tiempo la había estresado un poco, y se sentía como si le hubiesen pegado una paliza.

Al llegar a su cuarto, soltó la maleta en el suelo y se lanzó sobre su cama. Se descalzó haciendo palanca con sus pies y se despreocupó de todo lo demás. No sería hasta cerca de una hora y media después cuando sus padres regresarían del trabajo. Al ver la luz del comedor encendida, su madre fue a verla a la habitación, sacándola del trance somnoliento.

—¿Estás despierta? —susurró bajo el dintel de la puerta del cuarto.

—Sí, Coco no para de subir y bajar de la cama. —El gato siguió relamiéndose la pata en posición acrobática como si aquello no fuera con él.

—Espera, que lo saco y sigues durmiendo —dijo, acercándose hasta la cama.

—No, no, déjalo; da igual. Quería veros antes de acostarme.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, al tiempo que le daba un beso en la frente. Lucía se desperezó sobre el colchón y se incorporó un poco—. ¿Te preparo algo?

—No, no te preocupes.

—¿Un vaso de leche al menos?

—No, no me apetece. ¿Hay zumo?

—Creo que queda de piña.

—Venga, eso sí.

—¿Te preparo una tortilla?

—No, en serio. Tengo el estómago un poco revuelto del viaje.

—¿Unas tostadas con aceite y sal, aunque sea?

—Bueno, va; eso sí.

—Espera, que te lo traigo enseguida.

—No, no. Te acompaño a la cocina. A ver si me espabilo un poco que tengo que sacar cosas de la maleta antes de acostarme. Quiero daros unos regalos que os he comprado. Pero no te hagas muchas ilusiones, es un imán de nevera, y una camiseta para papá.

—¿Otra más?

—Sí, a él le hace ilusión.

—Se cree joven aún para llevar esas camisetas.

—Déjalo, que a él le gusta llevarlas.

No venía con mucha hambre, pero ante la insistencia, optó por tomar el vaso de zumo y un par de tostadas. Al entrar a la cocina, le dio un beso a su padre. Lucía no tenía muchas ganas de hablar, se encontraba muy cansada; pero quería verlos. Y, más que nada, no le apetecía estar sola para evitar darle vueltas a sus traicioneros pensamientos.

—Tómame un trozo de bizcocho también.

—No me apetece.

—Así ya has cenado y te puedes acostar cuando quieras.

—Con esto es suficiente. Me duele un poco la cabeza, estoy supercansada. Voy a recoger rápido la maleta y me acuesto.

—Déjalo para mañana —dijo su padre—. No hace falta que vengas a trabajar.

—Sí, sí que me hace falta. Necesito rutina.

—Pues ven por la tarde y ya está. Descansa por la mañana.

—Bueno, eso quizás lo haga. Según como me levante, voy o no.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó su madre.

—Sí, genial. Mañana os lo contaré con calma.

—Me alegro mucho de que el chico de los Palacios la haya encontrado finalmente.

—Falta ver si sus padres se lo toman tan bien como él —añadió su marido.

—Pues claro que sí —respondió su mujer—. ¿Por qué se lo iban a tomar mal?

—Yo no lo veo tan claro como tú, Almudena. No estamos hablando de que haya encontrado un coche robado hace años. Ha aparecido una madre verdadera cuando nadie la esperaba ya. Fíjate si será sorpresa, que la tenían por muerta.

—Yo creo que sí que se alegrarán —dijo Lucía—. Sabían que llevaba mucho tiempo buscándola.

—Si son buenos padres, lo harán —añadió su madre—. Y yo creo que lo son. Si ves que tu hijo está sufriendo por algo, lo que quieres es que se recupere pronto. Yo no tengo dudas de que Pilar se lo tomará bien. Vamos, si fuera yo, me gustaría que mi hijo fuera feliz, ¿o tú no? —preguntó, dirigiéndose a su marido. Anselmo optó por no contestar y siguió cortándose unas lonchas de queso.

—Sí, yo creo que también —contestó Lucía—. La he llamado desde la estación y se lo he contado. Yo creo que se ha alegrado de que la encontrara al fin.

—¿Él no los ha llamado aún? —preguntó Anselmo.

—Que yo sepa no. Supongo que necesitará encontrar el momento idóneo.

—Mañana me puedo pasar por “Palacio” para cotillear —dijo su padre—, a ver si saben alguna cosa.

—¡De eso nada! —exclamó su mujer—. Ni se te ocurra. —La mirada de Almudena evitó cualquier respuesta. Y añadió, mirando a su hija—: ¿Vais a veros pronto?

—Pues no tiene pinta, la verdad. Pero, en fin, quién sabe. Si te digo la verdad, ahora mismo no me apetece hacer más viajes.

—Total, que ya habéis cortado —dijo su padre.

—No hemos cortado. De hecho, ni siquiera habíamos empezado.

—¿Teníais una relación abierta de esas?

—¡Qué vocabulario más moderno tienes tú ahora! —contestó Almudena.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? ¿No se dice así?

—Sí, sí, se dice así; solo que me ha hecho gracia. No te hacía a ti con ese vocabulario.

—No conoces de mí muchas cosas todavía.

—¡Míralo!, a estas alturas me vas a sorprender tú.

Algunos minutos después, Lucía se acabó la bebida y un trozo de bizcocho que acabó picando y se marchó de vuelta a su habitación donde pudo descansar hasta el día siguiente.

Tras ese sueño reparador, el martes se despertó más fresca, pero todavía se sentía con agarrotamientos en piernas y brazos. Aquello le hizo ser consciente de la baja forma física en la que se encontraba. Cuando se levantó, sus padres ya no estaban en casa. A pesar de ello, se encontró el desayuno preparado en la cocina, y una nota recordándole que no hacía falta que fuera a trabajar. Así que acabó por autoconvencerse. Se tomaría el día entero de descanso.

Se dedicó entonces a organizar con tranquilidad el contenido de su maleta, que no contaba con mayor solución que meter todo en el cesto de la ropa sucia, ya fuera por usado o por arrugado. Puso una lavadora y preparó un buen montón de ropa para la siguiente. Tener esas horas de margen antes de volver a trabajar al día siguiente, le permitiría recuperarse con tranquilidad.

Parecía mentira cómo simplemente aquellas horas de normalidad la habían devuelto un poco a su sitio. A pesar de haber regresado la tarde anterior, sentía todo lo vivido como algo alejado en el tiempo. Seguramente por el agotamiento que todavía sentía. Tenía muy presente el viaje a

París y el hecho de haber compartido aquella experiencia en Valencia. Y los besos. También recordaba los besos y las noches en los hoteles. Pero viéndolo ahora en frío, lo sentía distinto.

Seguía sin tener noticias de él. Y no era ella la que iba a tocar primero a la puerta, su punto orgulloso era una de sus características. Y más, después de que le sugiriera la oportunidad de regresar para estar juntos y él dijera que no con tal convicción. Cada vez que lo recordaba, crecía en su interior una extraña sensación de rechazo, tratando de negar todo lo ocurrido durante esos días. Seguramente, por protección propia.

O quizás por despecho, también pudiera ser.

Y así, poco a poco, fue pasando aquel martes en el que finalmente decidió dedicarse a ella misma. La tarde la pasó tumbada en el sofá con la única compañía de su gato y el aire acondicionado. Chateando con sus amigas, comiendo helado de vainilla con nueces de macadamia y viendo *La crónica francesa*, una película de Wes Anderson. Ya la había visto varias veces, pero le encantaba su estética y su banda sonora. Un último día de vacaciones improvisadas antes de volver a llevar el timón de la pastelería familiar.



Capítulo XXXI

Viernes, 26 de agosto
Zaragoza, España

Levantar la persiana de “Dulcinea” durante los días sucesivos fue lo más reconfortante que pudo hacer. Mucho más que la carrera suave que decidió establecerse como nueva rutina y que le reactivaba los músculos. Treinta minutos a trote cochinerero durante los que tenía que parar de vez en cuando para frenar los amagos de flato. La cosa parecía ir en serio, tendría que hacer más deporte para compensar su vida sedentaria. Quizás retomara las clases de tenis que hacía de pequeña, pero algo debía hacer. Se lo comentaría a Noelia para ver si se animaba. Pero, por lo pronto, conseguir salir a las siete y media de la mañana a correr un rato ya era un buen comienzo.

Pronto, la actividad diaria la refrescó, tanto de cuerpo como de mente. Ver a los clientes habituales desayunando allí la devolvió a la realidad; hecho que le encantaba. Poder volver a servir cafés, tostadas, milhojas o croissants era el mejor de los remedios a su estado. Todo volvía de nuevo a su cauce. Miércoles, jueves, viernes. Así una jornada tras otra. Abrir a las ocho y cerrar a las mil. Esa era su vida; y le gustaba que fuera así.

Por eso la cara de Lucía mostraba una sonrisa de satisfacción cuando bajó la persiana automática cerca de las nueve y media de la noche del viernes. Se despidió de las dos ayudantes que trabajaban en el mostrador de la tienda, guardó las llaves en el bolso y se giró para emprender la marcha.

Y así habría sido aquel viernes, como cualquier otro día, si no se hubiese dado la vuelta al cerrar la persiana y se hubiera encontrado a David frente a ella.

—Hola —dijo él escuetamente. A ella le costó reaccionar. Parecía haber visto un espíritu. De hecho, hasta pareció notarse falta de aliento—. ¡Sorpresa! —añadió de modo gracioso. Lucía, sin embargo, pareció no acabar de entender esa gracia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó aún descolocada.

—Vaya, veo que te alegras de verme.

—No es eso. Pero, ¿a qué has venido?

—Tú me pediste que volviera, ¿no?

—Sí, pero, no sé. Ya no te esperaba. Ha pasado tanto tiempo...

—¿Tanto tiempo? ¡Pero si nos despedimos hace solo unos días!

—Ya, bueno, sí. Pero no hemos tenido contacto desde entonces. No sé, ha sido volver aquí y como que... como que ya no me acordaba de ti.

—¿Vaya? —respondió confundido.

—Bueno, no quería decir eso, realmente.

—Ah, pues, no sé. Si quieres me voy. No sé, lo que tú prefieras.

—No, no, no; que no es eso. No quería decir eso. Es que me has dejado un poco en shock. Un poco bastante.

—Parece que no te alegres de verme.

—No, no. Si no es eso. Sí que me alegro de verte. Es que no te esperaba, ya está. ¿Cómo voy a esperarte? Y encima así de sopetón al darme la vuelta. Y además con ese cambio tan drástico. ¿Te has rapado la cabeza? ¿Y eso?

—Nada, una apuesta perdida con mis compañeros —dijo, al tiempo que se quitaba la gorra que llevaba puesta y se rascaba la nuca pelada—. Tranquila, volverá a crecer.

—No, si mal no te queda. Solo que me ha costado unos segundos reconocerte. Me has pillado en fuera de juego.

—Sí, quizás te he asustado.

—Tranquilo. Es que he salido con todo el mareo del trabajo en la cabeza y te he encontrado así de repente. Me ha sorprendido verte, solamente es eso. —Lucía pareció salir del shock en aquel momento y tendió sus brazos para abrazarlo. Sin embargo, ninguno de los dos trató de hacer nada más. Ambos se encontraban un tanto cohibidos—. ¿Has venido de vacaciones? ¿Te quedas unos días? ¿Has venido a hablar con tus padres? Se me ocurren varios motivos, así a priori. ¿Has vuelto para quedarte? No veo que lleves muchas maletas.

—Me he venido, así de simple. Te hice caso y salté del barco. La verdad es que no me he traído mucho. He dejado bastantes cosas allí, se las he regalado a mis compañeros.

—Pero, ¿vienes para quedarte?

—Sí, en principio sí. Me he despedido de mis compañeros de piso, pero les he dicho que no me busquen sustituto durante un par de semanas, por si acaso. No sabía exactamente qué panorama me iba a encontrar por aquí, tanto contigo como con mis padres. Eso sí, me han dicho que lo que les he regalado, ya lo he perdido. Son muy majos.

—¿Y qué vas a hacer con tu nueva empresa?

—Me he despedido también de ella sin ni siquiera haberla creado.

—¿En serio?

—Sí, no tenía mucho sentido seguir involucrado en el proyecto si no iba a estar allí.

—¡Qué fuerte! Te vuelves, al final...

—Eso parece.

—¿Y no la echarás de menos?

—No sé, me he venido y ya está. He seguido mi instinto. La empresa se quedó allí. Es un poco rollo todo, pero digamos que lo he dejado todo bien cerrado. No me echarán en falta. Yo solo era uno más en el proyecto, y tampoco era el que más involucrado estaba. La he dejado en buenas manos. Veremos a ver si en el futuro no tienen que darme trabajo otra vez y acaban siendo mis jefes.

—Verás como no.

—Ayer mismo tuve la última reunión con mis compañeros. Les di toda la información en la que yo había estado trabajando. Se quedaron a cuadros cuando les dije que me iba.

—¿Se lo dijiste ayer mismo? Así, ¿sin más?

—Sí, por la tarde; salvo a mis dos compañeros de piso, que lo supieron unas horas antes. Pero vamos, que sí, que todo el mundo se enteró ayer.

—¿Y no les extrañó?

—Un montón, claro. Algunos de ellos ni siquiera sabían que yo llevaba camino de pastelero en mi juventud. La mayoría no acaba por conocerte mucho. Mi trabajo es así. La verdad es que estamos muy acostumbrados a las idas y venidas de nuevos compañeros, así que no hicimos ningún drama. Anoche nos tomamos unas pintas a mi salud y me marché. Así funcionan allí las cosas. Pero, en fin, que ellos seguirán con la idea de la nueva empresa. Les he dicho que andaré detrás de ellos durante una temporada por si necesitan mi ayuda para algo. El hecho de que yo me haya ido no significa que no la vayan a montar. Seguro que cierran un buen proyecto y les va de maravilla. Yo solamente era una pieza más del engranaje, ya pondrán pronto a otro en mi lugar.

—¿Y tu chica?

—Ya no hay chica.

Lucía se guardó unos segundos antes de responder.

—¿También te despediste de ella ayer?

—No, con Molly hablé tras regresar de Valencia. Me sentía mal por lo que había hecho y decidí cortar la relación. No se merecía este juego de ahora sí y ahora no.

—Vaya, qué maduro por tu parte.

—No creo que sea cuestión de madurez. Me sentía mal, eso es todo. No llegué a contarle todo, tan solo una parte. Pero daba igual, la idea era la misma. En fin, que aquello tenía los días contados, yo sabía que esto no duraría para siempre.

—¿Cómo se lo tomó?

—Pues le pilló bastante de sorpresa. Pero como tampoco estaba enamorada de mí, creo que se lo tomó bastante bien. Supongo que también tiraría un poco de orgullo para que no se le notara si estaba afectada o no. Tenía miedo de contárselo, pero fue mejor de lo que esperaba. Creo que los dos sentimos lo mismo, un poco de pena al acabar esto; pero te aseguro que no va a quedarse mal. Algo fastidiada y ya está. Yo también lo estoy, si te soy sincero. Molly no es de las que se quedan llorando en casa. Es una chica muy activa. Entre el trabajo y sus bolos con la banda, estará muy entretenida. Y pretendientes no le van a faltar. Es muy simpática y guapa, pronto me habrá reemplazado.

—Entonces es real, parece que vuelves al gremio de la pastelería.

—Esa es la idea, no he venido para hacer rutas guiadas por Zaragoza. Pero antes, tengo que hablar con mis padres.

—¿No has hablado con ellos aún?

—No, estarán trabajando. Ni siquiera saben que he vuelto.

—¿No los has visto todavía?

—No, he llegado hace un rato. He dejado las maletas en casa de mis padres y he venido directamente aquí.

—¿Has venido a verme a mí primero?

—Sí.

—Vaya...

—Me apetecía más, sinceramente. Con ellos me queda todavía un par de conversaciones pendientes. Aunque ahora que he visto tu reacción, estoy dudando de que haya sido buena idea venir a verte.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, no te veo muy ilusionada con mi vuelta.

—Que no, que no es eso; que me alegro mucho de que hayas decidido volver. Solo es que no te esperaba. No hemos tenido ningún contacto durante todos estos días y pensaba que no querías saber nada de mí.

—Tú tampoco me has llamado.

Lucía evitó contestar.

—Me podías haber dicho que estabas pensando en venir, hubiera ido al aeropuerto.

—Quería que fuera una sorpresa.

—Y tanto que la ha sido, sí.

—Además, no ha sido una decisión fácil. Realmente, la tomé ayer mismo por la mañana. Desde que regresamos de Valencia, no he estado bien. Mi cabeza ha ido a mil por hora.

—Creo que me suena esa sensación —dijo ella.

—Pues eso, no te he podido sacar de la cabeza. Pero, al mismo tiempo, pensar en destruir todo lo que tenía allí, no era sencillo de digerir. Al final, puse todo en la balanza y había algo que

pesaba demasiado. Eso fue lo que terminó de ayudarme a decidirlo.

—¿Y se puede saber qué fue lo que tuvo tanto peso?

—Tú —respondió sin más.

Y sin esperar lo, Lucía sintió que aquella respuesta tan sencilla le era más que válida. Totalmente aliviadora. Era todo lo que necesitaba escuchar, y se aferró a ella. Notó un vuelco en su interior. Las capas que se había autoimpuesto para protegerse, se volatilizaron como por arte de magia. Llevaba esperando aquellas palabras desde hacía varios días y se acababa de dar cuenta que era todo lo que necesitaba oír. Tenerlo allí delante y escuchar aquello.

A pesar de que había tratado, en vano, de volver a su realidad anterior, sabía que no le era posible. Pero ahora sí, era el momento. No iba a desperdiciar de nuevo otra oportunidad con él. Ya no. La vida los había vuelto a unir y por fin se sentía preparada. No podía evitar sentirse enamorada. Se acercó a él y dejó vencer su cabeza sobre su pecho. Cerró los ojos y se besaron tranquilamente bajo la luz de la fachada de Dulcinea.

Aquel beso sí fue definitivo. El primero de los muchos que estarían por llegar a partir de entonces.

Ahora, sí.

Ya solo quedaba un asunto pendiente en David: la conversación con sus padres.



Capítulo XXXII

Viernes, 26 de agosto

Zaragoza, España

Cuando regresó a casa después de haber acompañado a Lucía a la suya, sus padres ya habían vuelto de “Palacio”. Al encontrarse las maletas en la entrada y una nota manuscrita junto a ellas, los padres de David supieron que se trataba de su hijo. Le llamaron por teléfono en cuanto la vieron, pero les dijo que les explicaría todo enseguida, en cuanto regresara. Evitó nombrar a Lucía, ya tendría tiempo de explicarlo todo después. Aunque, a decir verdad, su madre estaba ya enterada de prácticamente todo, ya que fue una de las primeras personas a las que ella llamó cuando regresó a Zaragoza.

Por eso, cuando sonó el tintineo de las llaves, sus padres acudieron a la puerta a recibirlo. La última vez que había estado fue durante las navidades pasadas, y tenían muchas ganas de verlo. Pero en esta ocasión la visita parecía diferente, no había viajado con la típica maleta de mano para un par de días. Había facturado equipaje, y eso les generaba mucha intriga.

—Sorpresa —dijo David con poco énfasis al verlos.

Pilar corrió a darle un abrazo. Pedro se quedó detrás, esperando su turno, que no tardaría en llegar.

—¿Y ese pelo? —le preguntó su padre—. ¿Te estás quedando calvo ya? Llevas el camino de tu abuelo...

—No, me lo han cortado mis compañeros de piso.

—Pues díles que no se dediquen a la peluquería.

—No, desde luego que no.

—Pasa, anda, no te quedes en la puerta; vamos dentro —dijo ella. Y al ver la maleta facturada, añadió—: ¿te quedas para algún tiempo?

—Puede que sí.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Te han despedido?

—No, no es eso. Ahora lo hablamos. Es bastante largo de contar.

—¿Quieres cenar alguna cosa?

—No, gracias; puede que después.

—¿Cuándo has venido? Nos lo podrías haber dicho, habría ido tu padre a recogerte.

—No quería marearos. He cogido un taxi.

—Te habrá costado un ojo de la cara —dijo Pedro.

—No tanto como esperaba.

—Cuando te vuelvas, yo te llevaré al aeropuerto y así te lo ahorras.

—Como quieras —respondió sin dar más explicaciones.

—¿Qué tal por allí? —preguntó Pilar—. ¿Cómo están tus compañeros?

—Bien, muy bien todos. Nada nuevo bajo el sol, allí todo sigue igual. Y supongo que seguirá así. Edimburgo siempre es igual de edimburgués que siempre.

—¿Has venido de vacaciones? —Pedro echó un vistazo al equipaje de su hijo.

—Algo así.

—Esa maleta es más grande de lo normal. ¿Te quedas para muchos días?

—Parece que te moleste.

—No, hombre; no es eso. Pero siempre vienes casi con lo puesto. Tu madre dice que esa

maleta es de alguien que vuelve a casa a quedarse.

David la miró. Lejos de mostrarle sorpresa, los ojos de Pilar le ofrecían confianza. Rápidamente tuvo conciencia de que sabía mucho más de lo que él pensaba.

—¿Has hablado con Lucía? —le preguntó abiertamente.

—Sí, hace unos días.

—¿Quién es Lucía? —preguntó extrañado Pedro.

—La niña de “Dulcinea” —respondió su mujer.

—¿Te has echado novia? —dijo su padre.

—No.

—¿Seguro que no? —añadió Pilar, sonriéndole.

David no dijo nada.

—¿Con esa chica no estuviste ya hace tiempo? —dijo Pedro.

—Aquella vez no fue nada.

—Pero esta sí, por lo que parece.

—Va, centrémonos, que no estábamos hablando de eso. Dejemos a Lucía tranquila un rato. Tenemos otras cuestiones pendientes de las que hablar.

—¿Pero hay algo con ella o no?

—Sí, puede que sí, pero eso no es importante ahora —dijo, tratando de cerrar aquel punto de la conversación—. Por lo que veo, mamá, a ti no hay muchas cosas nuevas que contarte, ¿verdad?

—Pues creo que no, pero entiendo que también quieras hablar conmigo.

—No me estoy enterando de nada —cortó su marido—. Lleváis un secreto entre manos y aquí soy el último mono en enterarse. Si queréis, me voy y seguís con vuestros acertijos.

—No, no, quédate; que esto te afecta a ti directamente —le dijo David—. Tengo muchas preguntas que hacerte.

—¿A mí?

—Sí, hay mucho de qué hablar, creo que ya llegó el día. Pero todo a su tiempo, paso a paso. Mamá, ¿me puedes hacer una manzanilla? Vengo con el estómago algo revuelto.

—Claro, ya mismo. Pero dime, antes de irme, ¿esa maleta significa que vuelves para quedarte?

—Seguramente.

—¿Qué significa “seguramente”?

—Pues que tengo que buscar una vivienda y un trabajo.

—¿Vivienda? ¿Y esto qué es?

—No, ya no tengo edad para estar con vosotros. En Edimburgo no tenía más remedio que compartir piso, pero ya estoy mayor para eso. Quiero encontrar pronto un piso para vivir solo. No quiero quedarme en casa.

—Ya discutiremos eso. Y el trabajo, ya sabes que “Palacio” es tuyo.

—¿Quieres volver a la pastelería? —preguntó su padre—. Pero si no te acordarás ni de hacer pan...

—No le digas eso, Pedro.

—Papá tiene razón, pero contaba con ir recordando las cosas día a día. Si me dejáis probar, claro.

—¡Qué tontería! —exclamó su madre—. No tenemos que dejarte probar. Si tu padre es capaz de aclararse allí, tú en dos ratos que vengas ya le estás dando sopas con hondas otra vez.

—¡Anda y hazle la manzanilla a tu hijo! —se quejó su marido.

—¡Con azúcar, por favor!

Pedro Jesús miró a su hijo.

—Así que te vuelves al gremio porque has empezado una relación con la hija de los de “Dulcinea”. Seguro que te ha comido el tarro para que te dejes aquello. ¿No fue la misma que te estuvo mareando hace años y, al final, no quiso nada?

—Eso pasó hace tiempo.

—Pero, ¿fue esa?

—Sí, fue esa. Pero todo es diferente ahora, ha cambiado.

—Ninguna cambia, te lo dice tu padre.

—Eso es una tontería, yo tampoco soy el mismo.

—Si tú lo dices... Aun así, me sigue sorprendiendo mucho que hayas decidido regresar después de tantos años.

—Parece que te molesta.

—No, no, qué va. Ya te lo he dicho antes. De hecho, yo nunca entendí que te fueras. Sí conocía los motivos, pero aquí lo tenías todo para labrarte un futuro.

—Necesité hacerlo, ya lo sabes.

—Pues por eso. Por eso no entiendo todavía lo que te ha hecho cambiar de opinión. Sí que debes haber cambiado, sí.

Pilar apareció en ese instante con la taza humeante.

—Déjala reposar un rato, que quema.

—Y tanto —respondió David al tocarla.

—¿Te traigo un hielo?

—No, no; me espero. Necesitaba ordenar las piezas de mi cabeza —añadió, dirigiéndose de nuevo a su padre—, y hasta ahora no lo había conseguido.

—¿Y ahora ya sí?

—Sí, ahora sí.

—Pues tú sabrás los líos que llevas en la cabeza. Si te hubieras quedado aquí, todo te hubiera sido más fácil.

—No lo creo.

Pilar, que veía que la conversación no fluía, se metió por el medio como un elefante en una cacharrería.

—Lo que tu hijo te quiere decir y no sabe ni cómo plantearlo es que por fin ha encontrado a su verdadera madre. Y que la ha encontrado vivita y coleando. —Su marido abrió los ojos como platos al escuchar aquellas palabras—. Y además, resulta que yo misma le ayudé a hacerlo, aunque él no lo sepa.

—Sí lo sé, mamá; sí lo sé. Lucía me lo contó todo. Pero ahora mismo no sé si darte las gracias o dejarte de hablar para siempre.

—Te entendería si lo hicieras.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Pedro Jesús haciéndose el sorprendido—. Esa mujer murió hace años. Tú mismo nos dijiste hace muchísimo tiempo que había muerto en Francia.

—Sí, ya sé que os lo dije. Pero resulta que no. Y, ¿sabes qué, papá? ¿Sabes qué es lo más gracioso? Que tú sabías perfectamente que ella estaba viva y no me lo dijiste.

—¿Yo? Yo no sabía nada de eso, no sé de qué me hablas.

—Yo misma se lo dije, Pedro —dijo su mujer—. Creo que ya está bien de mentirle. No hace falta que le ocultemos más tiempo la verdad.

Su marido la miró sorprendido ante la revelación y tardó unos segundos en contestar.

—Pero nos juramos que no lo haríamos.

—Lo sé. Sé que nos lo prometimos.

—¿Y ahora se lo has contado todo?

David asistía a la conversación de sus padres sin querer interferir.

—Hasta donde sé, sí. Aunque no se lo dije directamente a él. Se lo conté a Lucía.

—¿Lo sabe más gente entonces?

—Yo se lo conté a ella, ya está. Ya no podía más.

—¿Y dónde ha quedado aquello de no decirle nada para protegerlo?

—Ya lo sé. Pero tu hijo ya es un hombre. Míralo bien. Ya no tenemos que protegerlo. Se sabe cuidar solito. Y yo ya no quería guardármelo más tiempo, necesitaba quitarme ese peso de encima.

—Mira, papá —cortó finalmente David—. Podría haberos llamado por teléfono el otro día. Lo cierto es que cuando me contó todo, me enfadé muchísimo con vosotros dos. Con todo el mundo, en realidad. Con mi madre, con Lucía, con vosotros; con todo el mundo. Pero fue ella misma la que me hizo comprender que todo había sido para tratar de protegerme. Ese es el motivo por el que ahora mismo no estoy destrozando los muros de esta casa del cabreo que llevaba hace menos de una semana.

Su padre cerró los ojos y se pasó la mano varias veces por la frente. Para nada esperaba verse en aquella situación. De la alegría de ver a su hijo y pensar que pasaría con ellos un par de días, a acabar descubriéndose un secreto que había estado guardando durante más de veinte años y del que él era, en parte, responsable.

—¿No dices nada? —le preguntó David.

—¿Qué te digo? —respondió tras unos segundos de pausa—. ¿Qué te digo?

—Pues la verdad, supongo. Creo que ya va siendo hora de que me cuentes la verdad de todo. De hombre a hombre. Como te digo, no estoy enfadado con vosotros —añadió, dirigiéndose a Pilar—. Contigo tampoco, aunque podría. Lucía me dijo que tú sabías muchas cosas, como lo de mi hermana.

—¿También le contaste lo de la hermana? —dijo su padre.

—Pues claro, le conté todo lo que sabía.

—Da igual —cortó David—. No es momento ya de echaros cosas en cara. Ya lo sé todo, o casi todo; ya me da igual. Además —añadió, mirándola de nuevo—, a ti te lo perdono por haber ayudado a Lucía a darme el empujón que necesitaba. Yo soy mucho de poner en la balanza las cosas. Y lo que has hecho por mí en estas últimas semanas, te perdona todo lo que me ocultaste. O casi todo.

—No te lo oculté para fastidiarte, hijo. Te lo juro por la tumba de tus abuelos. Lo hice solo porque le juramos a tu otra familia que cuidaríamos de ti y te daríamos la vida que te merecías. Sentimos no haberlo conseguido.

—Eso no lo sientas, que eso lo hicisteis de sobra. Me disteis la mejor vida que una persona puede tener. Pero ya sabes que para mí no era suficiente, yo necesitaba encontrarla.

—Sí, y por eso te ayudé. Bueno, más bien la ayudé a ella. De hecho, si no hubiera aparecido aquella noche por la puerta de la pastelería, todo seguiría como hasta ahora; manteniendo nuestra promesa de no contarte nada.

—Sí, lo sé.

—¿Vino a verte esa chica? —cortó su marido—. No me lo dijiste.

—¿Qué te voy a decir a ti?! Aquello fue una cosa nuestra. Cuando comprendí que quería ayudarlo, no lo dudé. Le dije todo lo que sabía.

—¿Todo? —dudó su hijo.

—Sí, ya no sé más. Te lo prometo. Aquí, el que sabe más detalles, y no los cuenta, es tu padre.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo no sé nada de este asunto.

—Sí, tú sabes más cosas; y no pocas —replicó su hijo—. Y, de hecho, casi todas mis preguntas van a ir para ti. Así que no te guardes ni un detalle. Aunque haya venido para quedarme en Zaragoza de nuevo y trabajar en la pastelería, antes necesito escuchar respuestas. Esta noche lo quiero saber todo. Hoy mismo. Pero no al modo borracho de “lanzo frases y digo verdades a medias”. No, hoy será bebiendo agua clara y detallando todo lo que me explicó mi madre el otro día. O, sobre todo, lo que ella no fue capaz de explicar y me dijo que tú sí que conocías de primera mano.

—Pilar, ¿me traes agua? —preguntó su padre.

—Claro que te la traigo, que hoy se te va a secar la garganta.

—Tráele, tráele.

—Voy a poner la lavadora y vuelvo, que creo que va a dar tiempo de que acabe antes de irnos a dormir. ¿Queréis que os traiga algo de cena?

—No, mamá, gracias.

—A mí tampoco —añadió su marido—, que no creo que ahora me pase nada por la garganta.

—Pedro Jesús se puso en pie y abrió la ventana, necesitaba algo de aire. Se giró sobre sus pasos, agobiado, y levantó un poco la voz para que su mujer lo oyera desde la cocina—: Pero a mí no me echéis ahora la culpa de todo, que fuimos los dos juntos, tú y yo; y lo hicimos por él, que lo sabes muy bien, Pilar.

Su padre se sentía derrotado, había bajado del todo la defensa. Los pocos minutos que tardó en regresar su mujer, se le hicieron eternos. Se sentía incómodo. A pesar de que Pilar había sido partícipe de la ocultación de detalles sobre la realidad de la madre de su hijo, sabía perfectamente que el mayor peso recaía sobre él. Y que, si contaba absolutamente todo, podían tambalearse muchos cimientos, y no solo los de su propia casa.

Aquella reunión a tres le recordaba a las partidas de parchís que jugaban cuando su hijo era pequeño; pero esta vez parecía más una partida de ajedrez en la que, desprovisto ya de sus peones, iba a ver caer sus piezas una a una sobre el tablero. Y aunque tuviera cierto apoyo de su mujer por haber sido en beneficio de su familia, responder a cada pregunta que le hiciera, iba a ser duro de pasar por la garganta. Sin embargo, le prometió contarle toda la verdad. Una vez localizada, y visto que su hijo lo había asumido con madurez, él ya no quería ser ningún impedimento para que David pudiera por fin pasar página, con pleno conocimiento de su pasado.

—Creo que hay muchas preguntas que me puedo ahorrar porque ya sé la respuesta —empezó diciendo su hijo—. Con eso de “para protegerme y para que mi vida fuera lo más normal posible”, habéis cubierto muchas respuestas. Ya no tiene sentido preguntaros por qué no me dijisteis que estaba viva o que vivía en Valencia, que tenía otra hija o que venía a Zaragoza a ver a sus padres. Vale, a todo eso ya me doy por contestado. Ella ya se encargó de explicarme cómo había sido su vida durante todos estos años.

—Nos podías contar algo de lo que te dijo, me gustaría saberlo —dijo ingenuamente Pilar.

—¿Perdona? Sí, claro. No os pienso contar nada de ella. Os hacéis un viaje a Valencia y se lo preguntáis vosotros mismos, que sabíais perfectamente dónde estaba. —Su madre ni respondió, lamentando su falta de tacto—. Por otro lado —continuó David—, también dio por imposible la localización de mi padre. Pero como, al parecer, fui un polvo de una noche entre cocaína y alcohol, no me interesa descubrirlo realmente. Mi objetivo era ella y la he encontrado, con el doble premio de que ha aparecido una hermana pequeña superbonita.

—Me alegro mucho de que tengas una hermana —dijo Pilar—. Yo no pude dártela.

—Nunca eché en falta hermanos, la verdad. No te lamentes por eso. Pero lo cierto es que ahora que la tengo, me gusta la idea. He hablado con mi madre un par de veces por teléfono esta semana y sé que ya se lo ha dicho, pero todavía no hemos hablado mucho. Aunque me ha dicho que tiene más ganas de volver a ver a Lucía que a mí, que ella le cayó mejor. Pero tampoco voy a quejarme por eso porque la entiendo. Así que, con tantas cosas comprendidas ya, tan solo me gustaría saber una más. Solo una más. Y es cómo llegan dos personas como vosotros a convencer a otra familia cualquiera para que le dé su hijo recién nacido a cambio de dinero. Eso es lo que no puedo acabar de comprender. Puedo entender un accidente o una orfandad. Una enfermedad que deje a un bebé sin familia, una adopción por guerra, problemas de inmigración o cosas así. Pero, ¿por dinero? Es lo que no me entra en la cabeza. Eso me parece repulsivo. Y haber formado parte de eso, me repatea.

—Pues no sabes ni la mitad —dijo su padre de repente. Pilar lo miró en parte con extrañeza y en parte con preocupación.

—¿Lo dices en serio? —preguntó su hijo.

—Sí.

—En fin, podría sentirme sorprendido. Pero lo cierto es que ya no, ya nada me sorprende. Y, de hecho, era justo lo que necesitaba oír: que hubiera un motivo, un porqué; por muy ruin y miserable que fuera.

—Tu madre tenía razón antes —contestó Pedro, cogiéndole la mano a Pilar—. Creo que ya no es hora de ocultar nada más, le pese a quien le pese.

—Pues soy todo oídos —dijo David, al tiempo que bebía un poco de su bebida y se recostaba sobre el sillón de la sala de estar.

Pedro Jesús tomó aire.

—Yo conozco al padre de Raquel Robles desde hace muchos años. Fue tu propio abuelo Lorenzo el que nos presentó. —Automáticamente, al decir esto, Pilar agachó la cabeza y se sintió avergonzada—. Tú no llegaste a conocer a tu abuelo lo suficiente porque murió cuando eras muy pequeño. Tenía cosas muy buenas, pero también otras malas. Su carácter lo hacía ser muy terco a veces. Si él decidía algo, tenía que ser así. Y aquí está tu madre para negármelo si no es así.

—No puedo llevarte la contraria —dijo ella sin poder levantar la cabeza.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo todo? —insistió Pedro.

—Sí, segurísimo. No creo que haya nada a estas alturas que ya me pueda sorprender.

—No estés tan seguro. Pero bien, allá voy —dijo, y pegó un largo trago de agua—. Lo que te voy a contar es la suma de lo que yo mismo viví, más lo que escuché de boca de tu abuelo o del mismo padre de Raquel, en las pocas veces que coincidimos en el bar cuando tu abuelo ya había fallecido.

»Arturo Robles diría que fue, por así decirlo, el yerno que tu abuelo siempre quiso tener. Suena extraño dicho por mí, pero así era; y en alguna ocasión me lo dijo de su propia voz. Es un poco mayor que yo, diría que unos diez años o así. Estaban muy unidos. Pero una vez que aparecí yo en escena, la cosa cambió. Vio que yo le seguía más el juego y que estaba enamorado de tu madre, y se le pasó la fiebre por Arturo. Además, él no solía aparecer mucho por el bar y le perdió la pista durante un tiempo. Pero hasta que eso ocurrió, era su ojito derecho para todo, una especie de aprendiz de vida. Se llevarían treinta años o así, pero lo acogió como a un hijo, un yerno o algo así; ya me entiendes. Tu abuelo fue su referencia, y él era su protegido. Y en ese cariz de protector, un día tu abuelo se vio obligado a intervenir.

Pedro volvió a pegar un buen trago de agua.

—Me has dicho que no te va a sorprender ya nada —continuó—, pero atento a lo que te voy a decir. El hecho de que acabaran dándote en adopción se debe directamente a una especie de compensación de deuda.

—¿Una deuda? ¿De juego? ¿Una apuesta?

—No, de esas solamente las hace tu padre —cortó Pilar—, como hizo conmigo.

—¡Calla, que no estamos hablando de eso ahora! Te quejarás de cómo te ha ido conmigo...

—Te quejarás dice... —respondió Pilar—. Aunque, viendo lo cafres que sois todos, no me quedé yo con el peor.

—Por eso.

—Va —cortó su hijo—, que la historia de “cómo conocí a vuestra madre” ya me la habéis contado. Sigue contándome lo del abuelo.

—Según me contó —prosiguió su padre—, Arturo se metió en un buen lío de faldas, y aunque te sorprenda escucharlo, acabó dejando embarazada a una chica menor de edad.

—¡No fastidies!

—Sí, el padre de Raquel Robles. Tu abuelo Lorenzo me lo contó, años después, una noche de medio borrachera.

—Vosotros dos no cogíais “medio borracheras”, cogíais buenas cogorzas —dijo su mujer—, que alguna vez me tocó ir a buscaros...

—Bueno, pues eso. Este asunto ocurrió unos años antes de que yo conociera a Pilar. Antes de que mi tío Enrique me llevara al bar. Pero no podría decirte cuánto. Lo que sí que sé seguro es que la chica en cuestión era menor de edad.

—Entonces, ¿tuvo el mismo problema que tendría su hija años después? —preguntó David.

—Más o menos.

—¿Y también lo dieron en adopción? ¿Se supo quién era la chica? ¿Tengo un tío? Vaya, la familia sigue creciendo...

—No, sí, no; espera que te lo cuente todo. No, la criatura no llegó a nacer. Tu abuelo se encargó de ello.

—¿El abuelo?

—Sí.

—Mamá, ¿tú sabías esto? —preguntó sorprendido, mirando a Pilar.

—Se me había olvidado ya, pero sí.

—Sí, claro; se te había olvidado —dijo su marido—. David, la historia de tu familia materna da para escribir una novela; o dos.

—Ya lo veo, ya. Venga, sigue.

—Pues eso, que no llegó a nacer porque tu abuelo puso el dinero para ello.

—No me lo puedo creer.

—Y por si no fuese suficiente ya con semejante percal, resulta que Arturo Robles ya estaba casado y con una niña: Raquel ya existía.

—¡Sí, hombre!

—Por eso tuvieron que ocultarlo y mantenerlo en alto secreto. Además de la infidelidad con la menor, él ya tenía una hija de unos siete u ocho años. Tu madre. Pero vamos, que eso ya era lo de menos. La cuestión es que ocurrió así. Por lo que parece, en ese rol raro que se llevaban como protector y protegido, Arturo acudió a tu abuelo; y como este tenía la pastelería y le iba muy bien, le prestó el dinero necesario para el aborto.

—¿Tú lo sabías, mamá? ¿La abuela lo sabía?

Pilar ya ni contestó. Agachó la cabeza, sumida en la tristeza, y dejó que su marido contara el

resto de la historia. Su hijo sí que se estaba sorprendiendo, finalmente.

—A escondidas de su mujer y de su hija —siguió Pedro Jesús—, se llevaron a la chica a una clínica privada de Pamplona y ahí le practicaron el aborto. Ida y vuelta en una sola mañana, como si no hubiera pasado nada.

—¿Y sus padres? ¿No se enteraron?

—No tengo ni idea.

—¿Te dijo quién era ella?

—No, nunca me lo dijo. Fue una pobre chica de diecisiete años a la que enganchó este tiparraco que ya tendría cerca de cuarenta.

—¡Joder, sí que estoy alucinando, sí!

—Creo que ya te has hecho una idea del porqué de la adopción. Como habrás visto, entre ellos se creó una especie de deuda que, de forma rocambolesca, se saldó con el embarazo de tu madre.

—Sí, creo que empiezo a hacerme una idea.

—Quizá ya has tenido suficiente historia y podemos dejarla ya.

—No, no, quiero saberlo todo. Necesito saber más. ¿Hay más cosas?

—Bueno, alguna hay.

—Va, pues sigue. Creo que me merezco saberla.

—No sé yo. Valóralo cuando haya acabado de contarte toda la historia. Pero, en fin, lo que quieras; yo te he avisado... —Su padre dio un nuevo trago a su vaso—. Al final, como ocurre con estas cosas, las mentiras tienen las patas cortas y acaban por pillarte. Sobre todo, si te gusta emborracharte en pueblos pequeños y bares de barrio. Ahí se generaron unas confianzas que no fueron tales. Siempre había quien soplara las noticias al viento. Y así es como acabó llegándole la información a su mujer, bastante tiempo después. Y, aunque nunca llegó a perdonárselo, se acabaron poniendo piedras sobre la cuestión al no haber niños de por medio. Una tumba, todo el mundo fue una tumba por propia conveniencia. Y creo que así se quedó, porque la persona que supuestamente se lo contó a su mujer, ya murió. Aunque ese se fue de cáncer de vejiga bastante joven, así que digamos que se fue por muerte natural y no porque nadie tuviera que silenciarlo. Como ves, acabaron usando un problema familiar para solucionar el otro asunto similar de su hija. Y por eso llegaste a nuestra familia.

»Años después de todo aquello, y a pesar de que Arturo ya no frecuentaba tanto el bar porque yo había ocupado su lugar, nos llegó “de casualidad” la noticia del embarazo. Aunque la pura verdad es que él se puso en contacto con tu abuelo para contárselo. Si no, dime tú a ver cómo vamos a dar con nuestra solución a tan pocos kilómetros de casa, con esta familia de Peñaflor de Gállego. Así que, lo cierto es que todo fue orquestado minuciosamente por Arturo Robles y por tu abuelo. Y claro, al llegarnos la noticia justo cuando estábamos tratando de tener un hijo por todos los medios; pues pensamos que era una señal divina. Nosotros dos creyendo ingenuamente que Dios había obrado un milagro y la realidad es que era justo todo lo contrario, los demonios se estaban confabulando para que apareciera un bebé de la nada.

—Ah, muchas gracias por lo que me toca.

—No lo digo por ti, hombre; sino por la acción de ellos dos. Es una forma de hablar. Dios sabe que fuiste una bendición para nosotros dos.

Se produjo una pausa de algunos segundos.

—Vaya, no sé qué pensar. La verdad es que no me esperaba esta historia. Barajaba algunas posibilidades. Pero, desde luego, esto no. Supongo que ya está todo, ¿no?

—Bueno...

—¿Hay más?

—Una cosa solo.

—Joder, va, pues sigue contando.

—Falta el asunto del dinero.

—Ah, es cierto. Aunque ella me dijo que nunca supo muy bien dónde fue a parar ese dinero.

—Normal, porque se fue perdiendo por el camino.

—¿Cómo?

—Esto, tu madre no lo sabe; creo.

—¿Que no sé el qué? —respondió ella—. Claro que sé que les ibais pagando a la familia.

—No, no lo sabes todo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué hicisteis con el dinero?

—¿Yo?, nada. En esta parte de la historia yo no tengo nada que ver. Ni en la otra, vamos. Que conste que me estoy comiendo yo el marrón, pero es tu abuelo el que tendría que estar aquí contando su propia mierda. Pero bueno, ya que estoy metido en el pozo y él está muerto; pues te lo cuento yo.

»Al parecer, la deuda de la clínica privada no fue barata. Así que, aunque a Teresa Castillo le mostrábamos todos los fajos de billetes para llenarle los ojos, lo cierto es que la mitad volvía siempre al bolsillo de tu abuelo, como medio de pago por el silencio respecto al embarazo de la menor. Así que la jugada le salió redonda a tu abuelo Lorenzo: tuvo el nieto deseado y le costó la mitad del dinero que había prometido.

—¡No te creo! —exclamó su mujer.

—Pues créetelo, Pilar. Es exactamente como te lo estoy diciendo.

—Joder, esto es más escabroso por momentos. —David alucinaba más a cada novedad—. De verdad, siento asco de estar en medio de todo esto.

—Tú no tienes la culpa de nada. Esto sucedió así, ya está.

—Le prometí a mi madre que le contaría lo que descubriera, pero ya no sé si quiero hacerlo.

—Si quieres mi consejo, no lo hagas.

—¿Y acabar siendo como vosotros? Me va a ser difícil guardarme todo esto en secreto. No creo ser capaz.

—De esto no se muere uno.

—No me lo puedo creer, me dais miedo. ¿Qué tipo de padres sois?

—Unos que te quieren, David. Y recuerda que todo esto que te estoy contando, ocurrió casi al margen nuestro. Todo lo tejieron tus abuelos. El que ya no vive y el otro, el padre de Raquel. Quien, por cierto, sigue viviendo no muy lejos de aquí, por si le quieres hacer una visita...

—Uf, ahora no podría. Al menos todavía, creo que aún tengo muchas cosas que asimilar.

—Bueno, pues esa es toda la historia que te faltaba por descubrir. Espero que te haya dejado satisfecho a pesar de ser tan dura.

—Sí, supongo que sí. Era algo que necesitaba saber. Y me alegro de haberla escuchado de vosotros mismos.

—Espero que sepas entendernos y perdonarnos —dijo su madre—. Siempre te hemos querido como a un hijo propio. Te hemos educado y dado todo lo que hemos tenido. Por eso nos encanta tu decisión de volver con nosotros. El obrador de la pastelería te estará esperando para cuando tú lo decidas. A nosotros ya nos queda poco tiempo allí y sería fantástico que tú te hicieras cargo de ella.

—No sé, dadme unos días. Necesito procesar mucha información nueva.

—Claro. De momento, quédate aquí hasta que encuentres algo y ya lo decides con tranquilidad. Tanto lo de trabajar en la pastelería como lo de vivir fuera.

—No, eso sí que es seguro. Haga lo que haga, quiero comenzar una vida fuera de casa. Creo que ya me toca. Me apetece.

—Como quieras.

David se puso en pie. A pesar de sentirse confundido y contrariado, no dudó en abrazarlos. Parecía satisfecho con las explicaciones.

—Dios, creo que me va a estallar el cerebro —dijo—. Voy a salir un rato. Necesito que me dé el aire y llamar a Lucía. Empiezo a pensar que no ha sido tan buena idea regresar, no me apetece nada representar el papel de último eslabón de la Saga de los Palacios.

Se dio media vuelta, agarró las llaves de casa y salió sin decir adiós.

—No se ha enfadado mucho —dijo Pedro, pasados unos segundos.

—Dale un par de días para que haga la digestión de todo esto.

Tras estas palabras, se produjo el silencio en la sala de estar. Pilar se fue a la cocina a fregar los vasos y Pedro salió hacia el cuarto de baño. Le acababan de bajar los nervios del mal rato que había pasado y necesitaba echarlos por algún lado...



Capítulo XXXIII

Viernes, 26 de agosto
Edimburgo, Escocia

—Vaya, creo que esto se acaba. Lo echaré de menos. ¿Pensáis que se defenderá bien sin nosotras? —dijo la gárgola lanuda.

—Sí, por fin ha cerrado el círculo. Ahora empieza su propia historia —contestó la picuda.

—Mantendremos las espadas en alto, por si acaso... —añadió el dragón.



Epílogo

ÓPERA PARA UN PALACIO

Mayo. Dos años después.

Zaragoza, España

Con la sutil delicadeza que le caracterizaba, su afilado cuchillo perfilaba los bordes sobrantes de aquel extraordinario bizcocho. Cuatro ojos seguían atentamente sus indicaciones. Los chicos de prácticas que asiduamente visitaban el obrador de “Palacio” apuntaban con todo detalle cada una de las indicaciones del maestro pastelero. Con un trazo preciso, prácticamente quirúrgico, el chef David ajustaba lentamente el filo sobre los moldes. Actuaba con la intención de que aquella tarta rozara la excelencia pastelera, como venía siendo habitual desde hacía un tiempo.

Había pasado ya un par de años desde que regresara de Escocia y se instalara en un piso a las afueras de Zaragoza. Primero en soledad; y más tarde, junto a Lucía. Dicha vivienda no estaba muy lejos de la nueva vivienda de sus padres; quienes, después de vender la anterior porque era demasiado grande para sus necesidades, vivían más cómodos en una parcela donde se dedicaban a un pequeño huerto u otros menesteres así. Tan solo salían de allí para acudir a misa y para jugar al parchís los domingos con algunas amistades del centro social. Y es que algunas cosas no cambiaban. Pero con agua, eso sí. Siempre con agua.

Ayudado por aquellos aprendices de pastelería, Chef, como ellos acostumbraban a llamarlo en el obrador, embadurnaba de ganache de chocolate derretido toda la superficie de la tarta. Se esmeraba al extremo, realizando suaves pasadas con el pincel de cerdas naturales. Esa era la tarea de cada fin de semana, la que realmente le llenaba; mucho más que los recorridos por las ciudades europeas que habían ocupado los anteriores años de su vida.

Había días en los que añoraba trabajar al aire libre y batir las alas más allá de aquellas cuatro paredes. Pero, sin duda, crear esas pequeñas obras de arte le compensaba con creces. De hecho, más que un trabajo, lo veía como un *hobby*. Pudiendo, además, compartir su afición junto a la mujer que amaba. Era a ella a quien le tenía que agradecer todo aquello. La que le tendió la mano cuando ya no lo esperaba. Y la misma con quien podía compartir por fin su vida, que pintaba magnífica. Tan magnífica como aquella exposición de pasteles que se elaboraban cada fin de semana y que duraban un visto y no visto tras la vitrina del expositor de la pastelería.

Concretamente en aquellos momentos, David se dedicaba en cuerpo y alma a la tarta cuyo nombre estaba tan arraigado en su familia, la tarta Ópera. Desde siempre fue la favorita de todos, siendo el propio abuelo Lorenzo quien se la diera a conocer a todos ellos. Tiempo ha pasado desde que la trajera como novedad a su negocio desde la Francia de los años cincuenta. El principio del cambio.

Esta precisa tarta que se esmeraba en pulir, tenía incluso un valor añadido más. Era el complemento perfecto para el cumpleaños de Raquel Robles, que en esos mismos instantes estaría a punto de llegar a la estación de Zaragoza-Delicias junto a su marido y a Audrey para pasar ese fin de semana en la ciudad.

No era la primera vez que la visitaban. A lo largo de los últimos meses fueron varias las ocasiones en las que David y su madre coincidieron. Algunas aquí y otras en Valencia. De ese modo, le era posible mantener cierta relación tanto con ella como con su hermana, que ya estaba altísima y comenzaba a defenderse con el idioma francés. Además, resultó que, a François, aunque era más de ajedrez, le encantó aquello del parchís. Así que en las pocas ocasiones en las que pudieron coincidir con los dueños de “Palacio”, la cordialidad siempre estuvo presente.

Y esto se pudo comprobar ya desde la primera visita que hicieron. Y es que, a pesar de la preocupación que David sintió la primera vez que unió a su madre adoptiva y a la biológica; pronto se vio que ahí no había diferentes bandos, sino circunstancias complejas con las que debieron lidiar y solventaron como buenamente pudieron. Así que la preocupación de su hijo desapareció pronto, con el primer abrazo entre las dos, y con la felicidad de que ambas pudieran compartir un chico tan excepcional como él. Y también una nuera, porque Lucía ya era parte de la familia. Por lo tanto, no hubo conversación temida entre ambas, sino que todo fluyó con normalidad desde el principio. Ocurrió muy al estilo de su hijo: pusieron todo en la balanza y decidieron qué era lo que pesaba más. Y pesó la felicidad de que David tuviera por fin la vida que buscaba y merecía.

La suave mantequilla, que tan buen sabor hacía en boca, era observada por el chef con muchísima atención. Le gustaba cómo estaba quedando, a su gusto. Con la consistencia que requería. A semejanza de la fortaleza que también él había perseguido y conseguido, al fin, en el seno de su propio hogar. Y con la ayuda de Lucía, que llevaba sus propias riendas como dueña de “Dulcinea”. ¿Quién sabía si en un futuro se cumplirían los vaticinios del anciano del ático de Montmartre y unirían sus respectivos negocios creando ese emporio pastelero? Pero, de momento, seguían funcionando por separado. Si finalmente ocurría, podría ser buena idea volver a coger el martillo y cambiar de nuevo el cartel del negocio por algo así como “Los líos de Palacio”.

Por su parte, Lucía no estaba esa mañana en el obrador de “Dulcinea”. De hecho, en los últimos meses había estado poco. Pero, en este caso concreto, se debía a que, en aquellos instantes, se encontraba saliendo de casa, camino de la estación. Se había ofrecido a recoger a los visitantes. Estaba deseando ver a Audrey. La trataba también como a una hermana pequeña y le encantaba verla crecer. Aunque ahora tuviera sus propios crecimientos de los que preocuparse.

Caminaba medio a trompicones. Con una mano, agarraba firmemente la correa extensible del pizpireto Bobby, su joven yorkshire terrier. Sobra decir por qué le habían puesto ese nombre. Y, con la otra mano, empujaba el carro de la pequeña Blanca, la niña de apenas cinco meses que había nacido para cerrar el círculo familiar; y que se llamaba así en honor de la amiga de la abuela Raquel. El embarazo llegó por sorpresa, pero tenían más que claro que aquello iba para adelante, fuera como fuera. De hecho, ya era una auténtica madraza; y, al ir más liberada en el trabajo, podía disfrutar de la pequeña, que era lo que le apetecía.

Su actividad principal era ahora pasear por las tardes junto a su amiga Noelia y sus mellizos de un año. ¡Cómo habían cambiado las cosas! La tía británica y la tía tronada estaban más que contentas con su nuevo rol. Así que, aunque tuviera a todo el mundo trastocado desde hacía casi medio año, la pequeña había terminado de aportar los matices dulces que ambos llevaban tiempo queriendo degustar. Tan dulces como el sirope con el que seguía empapando a finas pinceladas cada una de las capas de esa tarta de cumpleaños tan especial para ellos.

La cámara frigorífica recibió la creación con los brazos abiertos. Tan solo quedaría ultimarla con los postreros detalles. Aquellas tartas y pasteles serían lo único que David enfriaría a partir de entonces. Atrás quedaron los años de emociones congeladas, de luchas internas, de miedos y

de soledad. Ahora todo eran días dulces. Tiempos nuevos para reflejar certezas de sentimientos y brillar con luz propia. Del mismo modo que el manto glaseado de chocolate negro que recubriría finalmente la Ópera en cuanto tuviera la temperatura idónea. Una auténtica cascada dulce que los aprendices del chef derramarían sobre la rejilla para rematar la tarta, impregnando todo el local de un inconfundible olor a chocolate. El mismo preciso aroma que devolvió a la vida a David Marín Palacios aquella lejana noche en el cementerio de París, junto a la tumba de la que, por aquel entonces, creía que era su madre. Esa última madrugada al raso en la que se prometió no llorar más y tener el valor de salir adelante pese a las dificultades que se encontrara. Al fin se sentía feliz y completo.

Progresivamente, la tarta fue cubriéndose de chocolate en su totalidad, sintiéndose también plena y completa. Enmendando posibles errores e imperfecciones que había que dejar atrás, como sin duda fue la tónica de la pareja a partir de entonces.

Por fin estuvo dispuesta. El futuro se mostraba tan brillante como aquella tarta Ópera que tan bien representaba el espíritu de la oxigenada familia Palacios. El chef David culminó la obra depositándola con suavidad en una caja de cartón decorada con mimo. Impresas sobre su superficie, las letras de “El Palacio de la Ópera” brillaban en tonos dorados y en relieve cursivo como clásica seña de identidad. Todo estaba al fin dispuesto y preparado.

Poco tiempo después, recibió un mensaje en su teléfono. Ya estaban ahí. Miró el reloj que colgaba de una de las paredes del obrador y salió del mismo, despidiéndose de todos durante unas horas. Volvería al cierre. En su mente ya solo había una cosa por hacer. Agarró unas velas de cumpleaños que tenía preparadas y salió del mostrador con la clara intención de encontrarse en la puerta con sus chicas y con “los valencianos”, como él los llamaba cariñosamente. Al verlos, abrazó a todos y dejó para el final a Lucía, a la que le dio un cariñoso beso. Nunca podría agradecerle lo suficiente todo el tesón que había tenido y el amor que le demostraba cada día desde que volvieron a verse en las empedradas calles de Edimburgo. La vida pintaba bien para David y toda su gente, tal y como si fuera un cuadro firmado por su propia madre; haciéndole olvidar todo lo malo y teniendo a su alrededor a todas las personas que le permitieran ser feliz de una vez por todas.

Como siempre tuvo que ser.

Glosario de personajes

DAVID MARÍN PALACIOS: pastelero y guía turístico, según la época en la que le pillaras.

LUCÍA GASCÓN CHAPARRO: pastelera y tozuda a partes iguales. Y que siga así.

PATRICIA COBOS: amiga de Lucía. *Booktuber* y estudiante de ingeniería informática, en ese orden.

LORENA MENOR: amiga de Lucía y natural de Daroca.

NOELIA MONTES: amiga de Lucía. ¡Que viva la novia! Y que viva su novio Borja, también.

MOLLY CAMPBELL: camarera y aspirante a cantante de *country* con su grupo “The Three Cats”.

DON LORENZO PALACIOS: bisabuelo de David. Fundador de la pastelería.

DON MARIANO PALACIOS: hermano de Don Lorenzo, cofundador de la primera pastelería junto a él.

LORENZO PALACIOS (hijo): abuelo materno de David.

DOLORES: abuela materna de David. Mujer de Lorenzo.

M.^a PILAR PALACIOS: madre de David. Dueña actual de la pastelería.

PEDRO JESÚS MARÍN: padre de David. Hace como que es el dueño de la pastelería.

MARCO MARTONELLI: estudiante italiano en Yssingeaux. Propietario del apreciado Cinquecento.

CAMILA: estudiante mejicana de Yssingeaux. Copiloto temporal del Cinquecento.

ANSELMO GASCÓN: padre de Lucía. Dueño de “Dulcinea”.

ALMUDENA CHAPARRO: madre de Lucía. Dueña de “Dulcinea”.

MONSIEUR BERNARD: el anciano del ático de Montmartre.

JULIETTE BERNARD: hija de Monsieur Bernard.

RAQUEL ROBLES CASTILLO: camarera, artista, empresaria y madre. Todo al mismo tiempo, y todo bien.

ARTURO ROBLES: padre de Raquel.

TERESA CASTILLO: madre de Raquel.

FRANÇOIS JOUBERT: escultor y marido de Raquel.

AUDREY JOUBERT: hija de Raquel.

BLANCA MONTEAGUDO: amiga de Raquel.

MARGARITA: amiga de Raquel.

REBECA: recepcionista de la Galería Joubert.

ALEXANDER: El gaitero del valle de Glencoe. Aunque no dice nada en la novela, se merece aparecer aquí por el frío que pasa cada día.

Para acabar, y sin menospreciar su importancia en la historia, hemos de agradecer la colaboración de la GÁRGOLA LANUDA, la PICUDA y el DRAGÓN. Así como al resto de personajes pétreos o felinos de la narración. Sin ellos, esta historia no hubiera sido la misma; estoy seguro.

Agradecimientos

Cuando uno escribe una historia, pone en juego su alma y toda su creatividad para dar vida a unos personajes; y, a partir de ahí, los pone al servicio del lector para que los ame, los odie, los comprenda o los deteste. Todo es igualmente válido, porque se habrá conseguido convertir las palabras en emociones. Y ese era mi objetivo fundamental desde la primera hasta la última letra escrita.

Por eso, querida lectora o lector, infinitas gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que te haya gustado y hayas disfrutado de su lectura, tanto como yo lo hice escribiéndola para ti. Eres la primera persona a la que quiero mostrar mi total agradecimiento, por haber dedicado parte de tu tiempo de ocio a conocer esta historia y por darle vida a todas las palabras que la componen.

Gracias también a todas las personas que me han ayudado a hacer de “Ópera para un Palacio” un manuscrito mejor: encontrando erratas, repeticiones, incoherencias y el sinfín de matices que es necesario pulir para que os llegue este libro de la mejor manera posible. De hecho, la primera versión de la novela era totalmente diferente a lo que ha acabado siendo. Fue frustrante tener que tirar a la basura una historia ya completamente tejida y trabajada durante varios años. Pero, gracias a eso, apareció meses después esta nueva versión que me gusta infinitamente más y que me he animado finalmente a publicar. Aquello fue un gran aprendizaje en mi propósito escritor. Me siento orgulloso de haber sabido desprenderme de la primera idea para permitir nacer a la nueva. Y ese es el motivo fundamental de la dedicatoria que aparece al principio del libro y que me gustaría repetir aquí:

“Dedicado a todas las personas que, con ilusión, tiempo y esfuerzo, tratan de cumplir sus sueños o desarrollar su trabajo. Esto es para ti”.

Si os ha gustado la historia, o si no, os agradecería enormemente que valorarais la novela en Amazon y que pusierais vuestro comentario o reseña tanto ahí como en las redes sociales que deseáis. (No seáis muy crueles, *please*...) Eso ayudará a darla a conocer. Solo os ocupará un instante hacerlo. Y para David, Lucía y el resto de personajes de esta historia, será una nueva oportunidad de vida.

Un abrazo, Javi

Reseña biográfica del autor



Javier Samper Madrigal

(Villena, 1978) comenzó escribiendo relatos breves cuando era joven, pero pronto descubrió que se sentía cómodo creando todo tipo de textos literarios. Ha ganado premios en certámenes de relato y poesía; y ha obtenido accésits con alguno de sus cuentos.

Es diplomado en Magisterio por la Universidad de Alicante y, como tal, ejerce la docencia en centros públicos de Primaria desde el año 2003, donde trata de potenciar el buen uso de la escritura y la lectura entre sus alumnos.

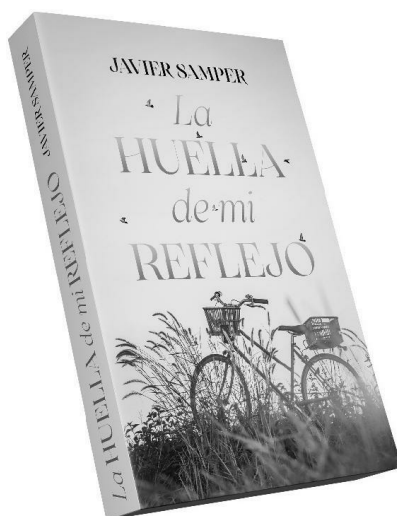
En 2018 publicó la primera de sus novelas: “Oscuras luces de septiembre” (Ed. Adarve), obra nominada al Premio Arquero de Plata 2019. Una obra de ficción con tintes de novela negra policiaca, que él mismo cataloga como thriller folklórico. Actualmente, y tras la finalización de su paso por dicha editorial, sufrió un lavado de cara bajo el actual nombre de “Cinco de septiembre”, disponible a la venta en Amazon desde 2022.

Con su segunda novela: “La huella de mi reflejo”, Javier cambió radicalmente de tercio y nos presentó una historia mucho más profunda, dentro del género de la narrativa contemporánea. Un viaje al pasado de su protagonista, con la que no tardaremos en empatizar gracias a la escritura ágil del autor y la fluidez de sus diálogos.

Ahora, con la tercera: “Ópera para un Palacio”, el autor sigue la línea de su anterior novela dentro del mismo género; presentando en este caso una intensa narración acerca de una búsqueda, entendida desde todos sus aspectos posibles. De nuevo, sus entretenidos y vivos diálogos evocarán diferentes sentimientos en el lector y facilitarán la lectura. Además, Javier se ha permitido jugar con el surrealismo en ciertos momentos de la historia, homenajeando a la literatura de Haruki Murakami, uno de sus autores predilectos.

Otros títulos

¿Te ha gustado el estilo del autor?
¿Te has quedado con ganas de leer más?

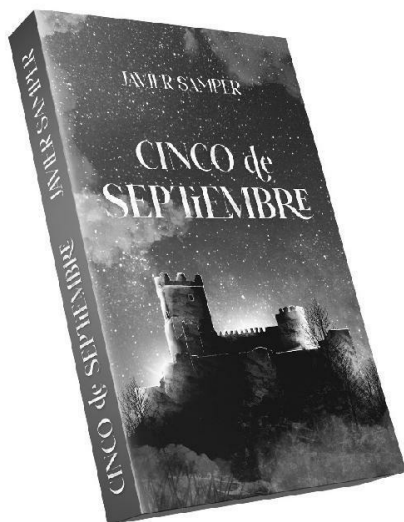


La huella de mi reflejo (Amazon – Independently published)

Cuando Olivia Rendón recibe una inesperada llamada telefónica, los fantasmas de su pasado reabren viejas heridas que ella quiso cerrar poniendo tierra de por medio. La aparición de una carta manuscrita con una petición de perdón hace a Olivia tener que regresar por unos días a su pueblo de la infancia, Cantimpalos.

Más allá de tener que dejar su apacible vida en Almería junto a su pareja y la atención de su librería “Velas de papel”, este breve viaje al pasado supondrá toda una introspección en ella misma y en su verdadera identidad; además de descubrir la realidad sobre un asunto tan turbio como sorprendente relacionado con su familia. Sus descubrimientos harán tambalearse los cimientos de su propio seno familiar. Y, en consecuencia, los de ella misma.

Acompañemos a Olivia en esta novela de búsqueda de identidades y realidades ocultas, que se mueve libremente entre el azul del Mediterráneo y el cielo nublado de Castilla y León. Dirigida por el viento fresco de sus diálogos y la cadencia de su narrativa; y que cuenta con matices y olores diferentes para cada uno de los ambientes en los que se desarrolla.



Cinco de septiembre (Amazon – Independently published)

El oficial de policía Darío Prado decide aprovechar unos días de permiso para empaparse del folklore de la localidad a la que llegó hace nueve meses, intentando alejarse de una vida sentimental anterior.

Lo que en teoría iban a ser cinco días de disfrute de las fiestas de moros y cristianos de la ciudad de Villena, da un vuelco cuando se produce el asesinato de Concepción Galán, de una manera un tanto grotesca. Darío, que en un principio era un miembro circunstancial de la operación, va convirtiéndose, sin esperarlo, en una pieza clave de los acontecimientos al verse inmerso en el centro de la trama.

Paralelamente a todo el conflicto, el devenir de los sucesos ofrecerá momentos para la intriga, el romance y, cómo no, para el conocimiento de una de las fiestas más populares de las tierras del levante español.

“Cinco de septiembre” ofrece una visión diferente de lo que pueda entenderse por una novela policiaca al uso, aproximándose más al género de narrativa de ficción; donde, a lo largo de sus diferentes capítulos, se juega con las distintas emociones del lector.

***Nota del autor:** “Cinco de septiembre” fue mi primera novela publicada allá por 2018 bajo el nombre de “Oscuras luces de septiembre”, y se nota claramente en su ejecución. Soy muy consciente de ello. Sin embargo, a la hora de reeditarla para Amazon en 2022, no consideré enriquecerla para mantener su esencia y recordarme a mí mismo que la mejora en la escritura no es un proceso sencillo, sino que depende mucho del esfuerzo realizado, la constancia que le pongas y el mimo con que cuides cada detalle. Si llegáis a leerla, tenedlo en cuenta y tomadla como tal: los inicios de un escritor que plasmó una historia bien tejida y entretenida para que los lectores pudieran disfrutarla. Muchas gracias.

RRSS

Página web: <https://javersampermadrigal.wixsite.com/escritor>

Instagram: https://www.instagram.com/javier_samper.m/

Facebook: <https://www.facebook.com/javier.sampermadrigal>

YouTube: https://www.youtube.com/@javersamper_escritor